CARMEN LAFORET

LA MUJER NUEVA

CARMEN LAFORET

PREMIO MENORCA DE NOVELA 1955

ÁNCORA Y DELFÍN

SEGUNDA EDICIÓN

UNA MUJER NUEVA

Premio Menorca de Novela 1955 Nº

Paulina, una mujer de mediana edad, se separa de su marido, cuyo matrimonio es invalidado por las coincidencias contradictorias de la guerra civil y decide independizarse y demostrar que puede valerse por sí misma, acomodándose en un piso en Madrid y, si es necesario, haciéndose cargo de su hijo. Es una nueva vida, llena de desconocidos horizontes, descubre de nuevo el amor y mantiene una apasionada relación amorosa.Esta historia prodía parecer habitual en nuestra época pero La mujer nueva está escrita en los años cincuenta, en plena posguerra y en una etapa de gran represión franquista lo que hace de esta novela una precursora en España de una literatura feminista

©1954, Laforet Carmen
©1955, Ediciones Destino
ISBN: 9788423303847
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Ramon Hortelano, 08/09/2021

PREMIO MENORCA DE NOVELA 1955 PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1956

A Lili Añvarez, con agradecimiento,
con mi gran cariño, como madrina mía de confirmación.

© Carmen Laforet
© Ediciones Destino Consejo de Ciento, 425. Barcelona-9 *Primera edición: diciembre 1955*
Segunda edición: enero 1956
Tercera edición: mayo 1956
Cuarta edición: junio 1957
Quinta edición: julio 1960
Sexta edición: agosto 1964
Séptima edición: abril 1967
Octava edición: enero 1970
Novena edición: febrero 1975

Depósito Legal: B. 5875-1975 ISBN: 84 − 233 − 0384 − 5

Impreso por Gráficas Instar. Constitución, 19 -

Barcelona-14 Impreso en España - Printed in Spain

En esta novela, además de todos los personajes, se inventan varios pueblos, un río y un valle, y se les coloca en la provincia de León. Esto no se ha hecho con la menor intención de hacer novela de costumbres. La autora, que sólo conoce de paso esta maravdlosa región, llena de contrastes, ha creído posible encajar este valle inventado dentro de su geografía que, para el desarrollo de su relato, le parecía conveniente. Y ésta es la única razón de haberlo hecho.

Porque respecto de Jesucristo, ni la circuncisión ni la incircuncisión valen nada,

sino el hombre nuevo…

Epístola de San Pablo a los Gálatas

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Un cielo pesado quedaba detrás. Entre el polvo y los guijos de la calle, sembrados de grandes plastas de vaca, sobre las cuales zumbaban ávidas moscas verdes y listadas, se estaba levantando como un deseo de humedad, un ansia de la tormenta próxima.

Paulina no se fijaba dónde ponía los pies; bajaba la cuesta muy de prisa. No sentía más que los golpes, pesados también, de su corazón. Su marido, Eulogio, le sujetó el brazo más de una vez cuando los frágiles zapatos de la mujer se torcían entre las piedras o tropezaba.

—El tren no sale hasta las siete —le recordó.

Se veía, allá abajo, al otro lado del río, la pequeña estación iluminada por la luz especial de aquella tarde de verano. Rayos de sol, en haces, se escapaban de entre las costras, cada vez más compactas, de las nubes. El río tenía un brillo oscuro. A su orilla, a un lado de las vías, se amontonaban unas grandes pilas de carbón. Había unas minas a unos pocos kilómetros del pueblo y el mineral lo llevaban hasta allí en camiones. Más tarde, era recogido por los trenes carboneros... Aparte de estos montones de carbón, nada en Villa de Roble indicaba la presencia de las

minas. Pastos muy verdes, con grandes vacadas, y montes cubiertos de robles y castaños, y, más lejos, los grandes riscos que hacían un semicírculo alrededor de aquel ensanchamiento del valle donde estaba el pueblo. Estos riscos no se veían ahora, cubiertos por las nubes enfermas, que poco a poco lo oprimían todo.

Cuando Paulina y Eulogio cruzaban el puente nuevo para llegar a la estación, empezaron a oír los primeros truenos lejanos. Paulina sintió en su cuerpo aquel aviso de la tempestad. Levantó la cabeza con los ojos abiertos, serios. Siguió con la mirada el curso del río… Muy cerca, a menos de dos kilómetros de la estación, sobre una colina y junto al llamado puente viejo (aquel puente antiguo de piedras romanas, por donde estaba prohibido cruzar carruajes) se veían las almenas del castillo dibujadas en oscuro contra las nubes, oscuras también. El río las reflejaba.

Eulogio siguió, con su viva mirada azul, la mirada de Paulina.

—No comprendo por qué no quieres utilizar el coche de Antonio para ir a Ponferrada. Estoy seguro de que si telefoneamos desde la estación…

Paulina volvió la cabeza sin contestar. Era una mujer esbelta, con el cabello y los ojos intensamente negros. Su marido, un hombre aún joven, ancho de hombros, algo macizo, llevaba en la mano el maletín de viaje. Eulogio era rubio, con ojos azules, como la mayoría de los miembros de su familia, los Nives, importantes ganaderos del valle del Robre. Iba vestido con una chaqueta gruesa de tejido artesano, a propósito para el campo. Llevaba abierto el cuello de la camisa, muy blanco, sin corbata. Daba la impresión de una gran seguridad en sí mismo, de una gran limpieza en todos los detalles de su persona, sin

ningún rebuscamiento. Su cara era obstinada. Cuando sujetaba a Paulina por el brazo para que no cayese, ella sentía la fuerza de su mano cuadrada pasando la tela ligera de su traje de verano, un traje de gabardina color de paja… Paulina llevaba al cuello un pañuelo de seda verde que no la favorecía. Su cara pequeña, delgada, parecía coger reflejos, verdes también, de aquel pañuelo.

Eulogio cargaba con el abrigo de su mujer y el maletín, y ella solamente sostenía su bolso blanco. Era asombroso que tuviese tan pocas cosas que llevar… En una hora se había decidido a marcharse. Y se iba… Nadie se había opuesto a ello.

Mariana, la madre de Eulogio, se había limitado a levantar las cejas. Después buscó los ojos de su hijo. Los dos habían sostenido la mirada unos momentos… Mariana pensaba que Paulina no era una mujer enteramente cuerda. Eulogio, por su parte, tenía la convicción de que no podía impedir a Paulina nada de lo que ella quisiera hacer. Ni moral, ni legalmente podía. Paulina no había contado con que él iba a tomar con tanta naturalidad aquel maletín y aquel abrigo de lana blanco, para acompañarle. Durante aquel corto espacio de tiempo que medió entre el anuncio de su marcha y la realización sin obstáculos, Paulina sintió algo muy extraño: como alguien que hubiese preparado un esfuerzo titánico para empujar una pared… y se diese cuenta luego de que la pared había sido sólo una ilusión óptica.

—Voy a telefonear a Antonio —había dicho Eulogio en la puerta de la casona—; lo mejor será que él nos lleve a Ponferrada en su coche. Así te acompañaría yo hasta el expreso… Estoy seguro de que a él le gustará tener ese pretexto para cenar fuera de casa.

—No.

Había sido un no tan seco que Eulogio se quedó parado.

—No quiero despedirme de nadie. No tengo ganas de hablar con nadie… No iré con Antonio.

El matrimonio, al cruzar el puente sobre el Robre, había mirado hacia el castillo. Antonio vivía ahora allí. Era un primo de Eulogio, que estaba casado con la hija de los dueños de este antiguo castillo, los condes de Vados de Robre.

Desde la estación, el pueblo se veía esta tarde como un aguafuerte. Gris y negro. Era un pueblo escalonado, con casas de piedra en su mayoría y tejados de pizarra. Las casas parecían pegadas sin perspectiva alguna al fondo de un bosque de castaños, y al oscuro cielo. De algunas chimeneas se levantaban hilos de humo. Salían pesadamente, cansados del calor y del agobio del cielo.

Eulogio fue hacia la ventanilla para sacar los billetes. Paulina estaba inmóvil, mirando hacia el pueblo. Le pareció un lugar extraño, una estampa oscura, algo irreal.

—Te he sacado una primera porque aunque sólo son dos horas, irás más cómoda…

Sacó su cartera y con naturalidad escogió unos billetes grandes. Mientras, iba hablando, con lentitud, con trabajo…

—Toma. Pienso ir en octubre; si no te llega hasta entonces, me avisas, ¿en?… Cuando yo vaya lo arreglaremos todo definitivamente. Me parece que tendrás tiempo para pensar, en dos meses… Yo también… Creo, sin embargo, que me decidiré a quedarme aquí. Esto es lo que buscaba yo, hace años, sin darme cuenta. Tú ya lo pensarás todo. No quiero forzarte… Ya sabes que no quiero forzarte… Pero ten en cuenta a Miguel; en fin, tú verás… De todas

maneras, llevaré a Miguel, en octubre, conmigo. Tendrá que estar interno, o… Ya veremos.

Paulina comprendía que lo que decía Eulogio era de mucha importancia, a pesar de su vaguedad. Sí, quizás tenía importancia… Era algo que se refería a la vida de los dos y al porvenir de su hijo. Escuchaba, abiertos los ojos oscuros, como dos grandes manchones de tinta negra. Pero no podía decir nada. Ni tampoco podía pensar en lo que estaba oyendo.

Tenía todavía los billetes en la mano, sin decidirse a meterlos en el bolso. Su cara estaba un poco rígida. Eulogio insistió:

—Si te hace falta algo más, ya te digo, telefonéame o ponme dos letras… Bueno… Y si te decides a otra cosa, ya sabes…

La actitud de Eulogio era cariñosa, protectora. Como si hablase a un niño o a un enfermo.

Paulina pensaba que le iba a costar mucho trabajo hablar. Si hablaba, se le iban a llenar de lágrimas los ojos. Esa impresión le parecía horrible. Esperó un poco. Guardó despacio su dinero y cuando se dio cuenta de que el trenecito de vía estrecha iba a salir dijo un «gracias» muy áspero y ronco.

Eulogio, que había colocado ya en su sitio la maleta de la mujer, la cogió por los hombros y le dio un rápido y sencillo beso. Después, la vio desaparecer en el interior del tren.

El tren era pequeñito, cómico, con sus tres clases de viajeros. Una locomotora vieja, con una gran chimenea, pitaba y lanzaba pelotas de humo blanco a aquella tarde tan oscura y oprimente. Paulina no se asomó a la ventanilla.

Eulogio quedó solo, algo rígido y desamparado en el andén. Pensó: «¡Pobre Paulina!» No sabía demasiado bien por qué era tan pobre… Pero hasta

él, que no acostumbraba a bucear en estas cosas, podía notarle la tristeza en los ojos. Mientras Eulogio no había encontrado la felicidad de un trabajo con verdadero interés, mientras nada, más que pegas, dificultades y ambiciones le habían corroído el alma, Eulogio había encontrado natural y desagradable a un tiempo aquel pozo negro y triste que había en los ojos de Paulina. Ahora era distinto. Además, ella había estado realmente enferma…

El tren se perdió en una revuelta del valle. Iría siguiendo todo el curso del río Robre en el fondo del valle encajonado. Luego se desviaría hacia Ponferrada. En esta población era donde tendría que tomar Paulina el expreso de Galicia para Madrid. En aquel momento, Eulogio tuvo la idea de que no había cumplido del todo con su deber. Debió de acompañarla hasta allí, procurar que fuese cómoda… Había cosas que a Eulogio le habían enseñado desde siempre respecto a las mujeres. Pequeñas obligaciones, que su madre le había

hecho considerar sagradas. Esto no quitaba para que en ocasiones fuese duro como una piedra… Ahora se avergonzaba de las grandes y desagradables discusiones que había tenido con Paulina hacía unos meses solamente… La vergüenza es algo extraño. Va socavando a uno, hasta que sale a flor de piel en el momento más inesperado. Eulogio no había sentido compasión de Paulina durante el largo año anterior cuando cada gesto de Ja mujer le irritaba.

Y entonces ella había tratado de agradarle, o al menos de someterse sumisamente a sus exigencias… Ahora que Paulina había cambiado hasta el punto que le parecía una desconocida, ahora que jamás se ocupaba de él (¿habrían hablado a solas una vez siquiera desde que ella pudo levantarse de la cama

después de la enfermedad que la tuvo a punto de morir?), ahora que en la casa de la madre de Eulogio, ella se había comportado como una invitada de honor, llena de caprichos… Ahora precisamente era el momento en que Eulogio sentía unos imprecisos remordimientos, una vergüenza rara, algo por cuya causa no se atrevía a juzgar a Paulina ni a contrariarla.

Eulogio cruzó el puente. Sus ojos azules brillaban vivos, redondos, en la cara tostada y sana. Tenía el ceño fruncido. El aire aplastaba y él deseó que estallase de una vez la tempestad. Un chiquillo rubio estaba inclinado sobre la baranda del puente mirando el agua. Otros pilletes se bañaban abajo, desnudos. Eulogio recordó que Paulina ni siquiera había esperado el regreso de Miguel, que pasaba una quincena en la aldea, donde ellos tenían una casa entre los bosques, para despedirse… En la última temporada, ni su hijo parecía importarle. Sin embargo, había vivido dedicada al niño durante diez años.

Los truenos empezaron a llenar el mundo de avisos, como si de un momento a otro fueran a caerse las montañas. Resultaba rara la calma del pueblo, la impasibilidad del humo en las chimeneas, de los negros tejados, de los negros árboles. Vio claramente el zigzag de una chispa eléctrica, allá arriba, entre las nubes, y un ruido tremendo, como si los riscos se hubiesen caído ya, resonó en todo el valle… Eulogio se sintió contento de aquel chispazo, de aquel trueno. Pronto llovería.

Capítulo II

Cuando alcanzó su casa, aún no habían empezado a caer las primeras gotas.

Toda la familia Nives procedía de aquella casona ancha y sólida de ganaderos señores, que ahora era suya, aunque, como todos sus bienes, los tenía su madre en usufructo.

Otros parientes de Eulogio se habían instalado en Madrid y en varias capitales de provincias. Casi todos eran grandes burgueses, mucho más ricos que lo había sido Miguel Nives, el padre de Eulogio, aunque su manera de vivir no era mejor que la que había establecido Mariana para ellos. Las Empresas Comerciales Nives, por ejemplo, con un capital de muchos millones, pertenecían a sus tíos y a sus primos hermanos casi totalmente... Y todo esto tenía importancia, mucha más importancia en la familia de Eulogio, que en la mayoría de las familias españolas corrientes, porque los Nives tenían un instinto familiar fuertísimo. Paulina solía decir que los Nives eran una especie de masonería desparramada por la nación. Ni siquiera la guerra civil les había desunido. Todos los parientes, de distintas tendencias políticas, se habían ayudado cuanto pudieron salvando todas

las diferencias de opinión. A Eulogio le ayudaron sus parientes cuando estuvo en América; y al llegar a España le habían tendido una mano. Eulogio se sentía más sólidamente asentado en la vida al darse cuenta de que no estaba solo, de que pertenecía a un clan. Un clan de trabajadores, llenos de tesón, afortunados.

Antonio Nives, aquel primo segundo de Eulogio, con el que Paulina se había negado a marchar a Ponferrada, era el Nives más acaudalado y menos característico; éste (hijo de un buen abogado de Barcelona) era rico sin ninguna clase de mérito propio. Era rico por gracia del destino. Su madre (una muchacha de origen filipino, con una fortuna inmensa) murió al nacer Antonio y ahora él había heredado esta gran fortuna. El abogado, su padre, que también le había hecho estudiar esa carrera con la esperanza de tenerle en su bufete, le desesperaba al ver la vida que hacía Antonio de absoluta pereza y despilfarro. Se había confiado en su matrimonio como en un recurso. Pero desde que se había casado iba mucho peor aún…

Todos los Nives consideraban a Antonio con ciertas reservas. El matrimonio que había hecho les llenaba de asombro, porque Rita Vados, la mujer de Antonio, era exactamente la clase de persona que cualquier señora Nives hubiese deseado para su hijo, así como Paulina, la mujer de Eulogio, hubiera sido considerada una desgracia familiar siempre… Y sin embargo, Eulogio, un muchacho sensato, que siempre hizo lo que sus padres esperaban de él, había escogido a Paulina, y era Antonio, el nervioso, el «artista» —y sus parientes daban a esta palabra un retintín bastante merecido, pues Antonio presumía de poeta y escritor sin razón alguna— quien había sabido elegir y conquistar a la hija de los condes de Vados de

Robre, la mejor familia del país, y la única aristócrata del pueblo.

Todos los Nives se sentían algo vinculados a este pueblo de Villa de Robre. Había varios chalets de verano, pertenecientes a algunos miembros de la familia. A todos les gustaba venir por aquí de cuando en cuando, por lejos que viviesen… Por eso había sido aquel conocimiento desde la niñez y aquella boda de Antonio Nives con Rita Vados… Pero la casa matriz de todos los Nives era la de Eulogio. Mariana había cuidado aquella casa, había introducido en ella todas las comodidades nuevas, sin estropear el encanto de sus sólidas paredes de piedra. Era un sitio agradable para vivir. El sitio mejor del mundo.

En una calle estrecha, un portón claveteado, medio empotrado en un muro… Casi toda la calle estaba ocupada por un enorme automóvil amarillo. El automóvil de Antonio… Unos minutos más, y Paulina no hubiese tenido pretexto para la excentricidad de marcharse a Ponferrada, sola, en el trenecillo de vía estrecha… Casi todas las tardes, después de algún paseo en coche con su mujer enferma, Antonio se llegaba a la casona.

El portón estaba entreabierto. Eulogio lo empujó. Entró en un patio-jardín. Grandes arriates con hortensias azules y rosáceas lo adornaban. Por las paredes de la casa trepaban enredaderas con flores quietas, y como dormidas en la calma angustiosa del momento. Un porche ancho, como una habitación a la que sólo faltase una pared, adornado con muebles antiguos, parecía esperar sobre unos escalones de piedra. El suelo del patio estaba empedrado con lajas entre las que crecía hierba.

En el porche no había nadie, pero nada más entrar en la casa, Eulogio oyó voces en la habitación que

llamaban ellos «el saloncillo» o «el cuarto de Mariana», porque era el refugio de su madre… Una habitación hermosa, clara, con un piano, con una chimenea que a pesar de la buena calefacción, cuando era invierno, a Mariana, le gustaba tener siempre encendida… Una biblioteca con los libros preferidos de Mariana, en bonitas encuademaciones, y el escritorio donde ella resolvía las cuentas con los aparceros; un diván, varios sillones y cortinas de colores vivos y agradables.

Cuando entró Eulogio estaban corridas las cortinas y encendida la luz. En el cuarto estaban Antonio y Rita, su mujer; alta, delgada, guapa y muy joven, con una tierna languidez de caña verde, aunque su grave enfermedad le estaba deformando la cara. No se sabía decir en qué consistía el cambio que estaba sufriendo Rita, pero ya no era la misma de unos meses antes. Algo blanco y blando, triste, indefinible, parecía borrarle las facciones.

Estaban también los suegros de Antonio. El conde de los Vados, que era un viejo alto y flaco, con lentes, muy cortés y risueño, que, según decían, estaba loco, y la condesa, una señora gorda que a la primera impresión parecía un ama de llaves distinguida, vestida con un traje parecido a una sotana o a un saco negro, peinada con un rulito de cabellos grises en la nuca y con una cara sonriente y sonrosada como una criatura, y unos ojos verdosos como los de Rita, unos ojos de una asombrosa limpidez, de niño. También tenía una voz de criatura que contrastaba con su volumen. Estaban tomando unos refrescos con Mariana.

La madre de Eulogio tenía la misma edad que la condesa, pero era esbelta y se vestía con gusto. En verdad había sido alta y gruesa en sus buenos

tiempos. Al adelgazar se le había arrugado la cara, aunque presumía, como siempre, de tener una frente muy hermosa y tersa. Sus ojos eran inquietos como los de un hombre de negocios. Tenía miedo de perderse cualquier cosa que pudiera ocurrir a su alrededor. Mariana habría quedado enormemente sorprendida si hubiese podido saber que su amiga, la condesa de los Vados, la juzgaba un ser muy inocente y poco perspicaz… En verdad, ésta era una opinión poco compartida. La gente del pueblo la consideraba buena administradora de sus bienes, y por lo tanto le atribuían toda clase de sagacidad y malicia.

Hacía calor, hasta en aquella gran habitación se notaba un aire opresivo.

—Hemos tenido que cerrar las ventanas. A Rita le asustan los truenos —explicó Mariana.

Rita, metida en un sillón, con unas larguísimas y bonitas piernas extendidas delante de ella, sonreía.

Eulogio aquella tarde se sentía extrañamente inclinado a la piedad. Lo notó al mirar la somisa de Rita y la mano un poco temblorosa (muy tierna y a un tiempo ya como marchita) con que ella sostenía su vaso.

Se oyeron más truenos. La casa daba una sensación protectora con sus gruesas paredes.

—Así, en una casa, resulta hasta agradable escuchar ese ruido…

—¿No llueve aún, Eulogio?

—No.

Antonio Nives, que no se parecía en nada a su familia de Villa de Robre, era un muchacho de veinticinco años, alto y muy flaco, con unos ojos castaños, pensativos. Fumaba sosegadamente, sentado en uno de los brazos del sillón donde estaba su mujer. Pero sus orejas inspiraban pensamientos de

atención. Parecía escuchar algún otro ruido que el producido por la tempestad. Como si estuviese atento a los pasos que pudieran oírse en la escalera de piedra que arrancaba del cercano vestíbulo.

—¿No viene Paulina? —preguntó al fin.

Rita se somojó inesperadamente.

Mariana miró a Eulogio. Eulogio dijo con cierto esfuerzo:

—Os pido de su parte que la perdonéis, pero ya sabéis cómo es de impulsiva… —Somió para cargar de naturalidad las últimas frases, que por esto mismo resultaron afectadas.— Ha decidido que se tenía que ir a Madrid hoy mismo. Acabó de dejarla en el tren de las siete.

Hubo una pausa muy pequeña. Una pausa casi angustiosa. Se oyó al conde canturreando a media voz:

La dona é mobile
quale piuma al vento

Rita se echó a reír. Era una risa nerviosa, tonta. Antonio aplastó su cigarrillo en el cenicero. La condesa, que estaba un poco aparte, metida en su traje negro, miraba con sus grandes ojos limpios, redondos, el grupo que formaban Antonio y su hija. La cara de su hija no podía verla bien, medio oculta por el cuerpo del marido.

Antonio miró su reloj:

—¿A qué hora pasa por Ponferrada el tren que tiene que tomar Paulina para Madrid?… Yo podía haberla llevado.

—No lo sé muy bien. A las once o a las doce, creo que pasa el expreso. Yo hubiera querido que tú nos

llevases y cenar juntos allí… Pero ya sabes cómo es. Le entró el arrebato y…

El conde preguntó lo que no se atrevía a preguntar nadie:

—No os habéis enfadado, ¿verdad?

—¡Por Dios, Alfonso, ni mucho menos!… Es que ya sabes que Paulina, desde que estuvo tan enferma, no anda bien de sus nervios… Las cosas tiene que hacerlas así, en el momento, tal como se le ocurren…

La voz de Mariana se oyó. Era una voz taladrante. Una voz que se oía desde todos los rincones de su casa, aunque no gritase:

—Sí, nos ha parecido lo más conveniente dejarla hacer lo que quiera… Ya sabéis lo que nos dijo Joaquín. No contrariarla. Dejarla que se reponga… Creo, de todas maneras, que físicamente está totalmente repuesta. Algunos días ha estado perfectamente alegre. Hasta demasiado… Casi me fastidiaba… Hemos visto cómo le daba por reír, por correr con los perros en el huerto, como si fuese una chiquilla, y ya sabéis todos que de chiquilla no tiene nada ya… ¡Le daba por irse a buscar insectos al campo, para la colección de su hijo, con el niño de la mano! Casi nos mareaba con tanta entrada y salida… Otros días no se la podía aguantar, de tristona, ensimismada… Luego, Blanca contribuyó a fastidiar sus nervios… Esto hay que reconocerlo.

La condesa volvió sus extraordinarios ojos hacia su amiga. Mariana tenía la costumbre de atribuir a Blanca cuantas cosas poco claras sucedían por los alrededores.

—Sí, tú, tú, hija mía, con tus beaterías y tus cosas…

Bueno, no se puede decir que Paulina tenga nada de supersticiosa, es uno de los pocos defectos que no tiene, ni siquiera es creyente. Pero se empeñó Blanca

en que la acompañase a visitar a sus amigas, esas monjas raras de la fundación del Altozano… Sí, las carmelitas… Bueno, no sé por qué me molesto en explicar lo que todos sabéis. La llevó un día y a la tonta de mi nuera la ha fascinado aquello. Vamos, se horrorizó… Esa es la palabra. Pero el horror tiene también como una fascinación malsana… Ultimamente, el tema del día y de la noche ha sido el de esas mujeres que están enterradas en vida, que comen mirando una calavera, el comentario de que si es humano, de que si es inhumano… Pero volvía a verlas. Y luego le dio por ir al cementerio… Bueno. Algo fatal… Decía que era el mejor entretenimiento que podía ofrecerle el pueblo. Al fin, hoy ha salido con que este pueblo la enerva demasiado, que por todas partes ve calaveras y beatas y monjas y que se iba… ¿Qué podíamos hacer? Yo creo que lo mejor ha sido lo que hemos hecho: decirle adiós con toda naturalidad… y dejar la puerta abierta por si al llegar a Madrid se le ocurre volverse de nuevo.

Eulogio sonreía un poco. Paulina no había dado ninguna de esas explicaciones a las que aludía su madre. Había dicho que se iba, sin más. Había añadido: «Ahora mismo, en cuanto arregle la maleta». Lo de las monjas y las calaveras y las beatas eran cosas de Mariana.

Antonio se puso en pie. Miraba a Rita.

—Bueno, nena, me parece que eso se calma… Además, iré yo mismo conduciendo; de modo que no tienes que tener miedo ninguno. De aquí a casa no hay nada… Un paso… Tenemos que irnos.

La tempestad no sólo no se calmaba, sino que empezaba a estar en su apogeo. Las ventanas cerradas y las cortinas corridas sobre ellas no

dejaban ver los relámpagos, pero se oía la tronada cada vez más fuerte.

Mariana se detuvo en medio de la habitación.

—Bueno, pero ¿no os quedáis a cenar?... Yo había creído... Os quería contar que he leído un caso de desequilibrio muy parecido al de mi nuera, no sé si en Adler o en el mismo Freud...

—No, no... Ya sabes que Rita cena en la cama. Ya es bastante con que haya dado un buen paseo esta tarde. Hay que ir despacio... ¿No es verdad, nena? No pongas esa de mona... Sabes que es verdad. Luego me lo agradeces...

Rita estaba verdaderamente muy cansada. No se atrevía a protestar por aquella brusca salida a la tempestad, los relámpagos, el ruido enorme de los truenos... Desde luego, en pocos minutos estaría en su casa. Allí las paredes eran también sólidas y acogedoras.

Violentas tempestades...
agitan la barquilla...
del sucesor de Pedro...
que abandonado está...

Esta canción, cuyo origen de un remoto colegio y de un remoto parvulario nadie sabía, la canturreó el conde con una sonrisilla irónica, como solía hacer. Era su manera de expresarse. Después de su canto besó cariñosamente la mano de Mariana. Blanca sonreía, como disculpando a su marido. Se oyó un trueno terrible. Un trueno con distintas gradaciones, que pareció sacudir la casa, aunque es claro que la casa seguía completamente sólida. Una criada chilló en la lejana cocina.

Blanca miró hacia su hija, que se había puesto de pie y estaba apoyada en su marido, cogida de su brazo, pálida. Miró luego hacia su yerno. Dijo con su tímida y fresca voz de niña:

—¿No podríamos… Antonio?

Antonio estaba decidido a marcharse. Era cosa que se veía en su cara, en sus ojos alargados, que solían tener una expresión cariñosa y dulce, y ahora parecían dos rayas oscuras, sin expresión.

—Muchas gracias, tía —dijo a Mariana, sin hacer caso de su suegra—; a ver… ah, sí…, aquí está el abrigo de Rita. Póntelo, nena.

A veces decía nena como un martillo que estuviese cayendo sobre cada letra. Como una orden terminante. Siempre llamaba así a su mujer.

Al saludar a Eulogio lo hizo casi sin mirarle. En cambio, el conde le dio dos o tres cariñosas sacudidas sobre la espalda, para disculpar la brusquedad de su yerno.

Cuando salían, todo el porche se llenó durante unos segundos de una claridad azul. Rita se apoyó contra Antonio y escondió la cabeza en su hombro. Era disculpable esta debilidad, ya que ella estaba tan enferma. Los últimos análisis casi la desahuciaban, acusando todos una leucemia grave. El marido, a pesar de eso, la arrastró para atravesar el patio, cogiéndola por los hombros, mientras al relámpago seguía aquel ruido inofensivo que a ella le asustaba.

Unas cuantas gotas muy gruesas comenzaron a caer.

Se vio como la luz de los faros del «Cadillac» iluminaba la oscura tarde, aumentando la negrura alrededor. Casi era de noche ya.

—Hijo mío, este Antonio —comentó Mariana— tiene a veces cosas… Ha sido tan grosero con Rita…

No sé cómo Blanca se lo consiente… Bueno, sí, lo sé. Antonio paga íntegros los gastos de la familia… Le consienten todo…

Eulogio quedó en el porche un rato. Le gustaba oír la lluvia, difícil, cálida, que pronto se precipitaría con rabia. Le gustaba el olor de la tierra que se desprendía ya desde los macizos de hortensias. Se sentía el revivir de las buganvillas y las glicinas.

Cuando entró en el saloncillo de su madre, vio que Mariana, que no tenía miedo a nada, acababa de abrir las ventanas de par en par. El delicioso olor de la tierra y la lluvia entraba por ellas, así como la lividez de los relámpagos. Eulogio suspiró a gusto. Se preparó un poco de jarabe con hielo y agua, y empezó a beberlo a pequeños sorbos, despacio.

Cuando su madre vino a sentarse frente a él, en otro de los sillones, adivinó que iba a romper a hablar de aquella manera nerviosa, viva, seca, que tenía ella; que iba a caer sobre él una catarata de palabras llenas de sensatez y buen tino comentando la situación e incitándole a tomar determinaciones.

Las paró con la mano antes de que empezasen.

Mariana estaba sentada en la punta del sillón, erguida, con la boca casi abierta ya para hablar.

—Mamá. Mañana voy a ir a Las Duras… Quiero ver qué tal le va a Miguelito allí.

Las Duras es una aldea misérrima, sin comunicaciones, en la gran región de bosques del linde de León con Galicia y Asturias. Allí tenían los Nives una casa construida por un antepasado de Eulogio sobre las ruinas de un viejo convento. La había comprado este señor cuando la desamortización, muy barata, lo mismo que gran parte de los bosques que la rodeaban, imposibles de explotar por falta de carreteras y caminos. Esta casa

era un lujo que se habían permitido aquellos trabajadores Nives a través de tres generaciones. La empleaban como refugio para caza mayor, algunas veces. Cuando Eulogio era muchacho le gustaba pasar en ella varios días cada verano… Ahora tenía allí a su chico, al cuidado de los guardas y de su amigo José Vados.

Mariana volvió a sentarse bien, hundiéndose en la butaca, apoyando en ella la espalda.

—Está bien… Haced todos lo que queráis…

Cerró los ojos, como si estuviese fatigada. No lo estaba. Inmediatamente los abrió, escuchando todos los ruidos que venían desde la cocina, a través del huerto, por las ventanas abiertas.

—Esa estúpida Justa, la cocinera, se divierte en asustar a la pequeña y…

Eulogio no escuchaba a su madre, sino a la lluvia que caía ya con fuerza y que parecía levantar también de su alma polvaredas y frescura y vida. Parecía que le alentaba en sus proyectos con el fuerte olor que sacaba de la tierra, que le reforzaba.

Cuando Mariana, llevada por su celo de ama de casa, salió del cuarto, Eulogio ni se dio cuenta.

La lluvia y aquel olor de su tierra le traían recuerdos de muchos deseos sentidos a lo largo de sus treinta y seis años de vida.

Había sido educado para vivir aquí, en el pueblo. Para dirigir prosaicamente la fábrica de quesos y mantequilla que tenía su padre, y cuidar de sus tierras. Tenía un título de ingeniero industrial. Le gustaba el campo… Había sido educado también para vivir con una gran comodidad y con todas las satisfacciones materiales que su familia exigía a la vida. Y se le había dotado de muchas cosas más. Tenía una enorme fuerza física y la cultivó. Le gustaba vivir

bien, pero desde muchacho había sido cazador y excursionista y sabía soportar penalidades y hacer frente a muchas situaciones... La guerra le lanzó fuera del pueblo y luego fuera de España. Cuando su hijo Miguel iba a nacer, al terminarse la guerra civil, tuvo que dejar a Paulina en Barcelona, casi abandonada a su suerte... Y aunque pensaba volver en seguida a España, las cosas se arreglaron de tal manera que embarcó hacia América Central, y no hacía ni año y medio que estaba otra vez en su país. Recordó cómo había tenido ocasión de enriquecerse en dos o tres momentos, y no lo logró por algo, una especie de destino extraño que acababa desbaratando todos sus planes ambiciosos. Podía recordar el peor de aquellos momentos, aquella ocasión en que pensó divorciarse en Méjico aprovechando ciertas leyes arbitrarias, para poder casarse con una millonada histérica. Con este matrimonio le parecía que hubiese llegado a una cumbre de poder económico fabuloso... La millonaria se aburrió de él antes de que hubiese terminado de decidir tal proyecto. Paulina no lo supo nunca... Las mujeres no habían sido factor muy fuerte en el destino de Eulogio. Sólo aquel afán de triunfo, de hacer cosas, de moldear la vida. Y es claro, siempre recordaba que tenía un hijo. El era un hombre muy viril, con un profundo instinto paternal. Al fin creyó que era necesario encontrar otra vez el hogar y el hijo... Pero aún después de su regreso estuvo más de un año empeñado, con aquella ambición de siempre, en una lucha áspera en Madrid, metidos él y la familia en un piso modesto, alquilado con muebles, aguardando la gran ocasión de llegar a dirigir las Empresas Comerciales Nives, en las que trabajaba. Fue un año de dureza, de mal humor, de exigencias con Paulina, que tenía que vivir adaptándose a un

sueldo pequeño y que estaba enferma… Un año durante el que se hizo el sordo a las llamadas, a las visitas y a las cartas de su madre… Al fin, cuando Paulina se vino a Villa de Robre, casi secuestrada por Mariana, y le nació aquí un hijo prematuro y muerto, él consintió en venir por obligación… Y solamente darle el olor del valle en la nariz, oír el habla especial de las gentes, encontrar los cómodos sillones de Mariana y ver la chimenea de ladrillos que sobresalía del edificio de la fábrica, supo que aquello era su destino. El destino que desde siempre le estaba aguardando. Y… se quedaba. Ahora mismo, esta tarde, había decidido quedarse. Mariana había tenido razón desde el primer día. Era lógico que al terminar el plazo de arrendamiento de la fábrica el la tomase en sus manos. Tenía que levantar lo que era suyo. Cuidar de aquellas tierras y de la ganadería. Y hasta, ¿por qué no?, sus grandes y emocionantes bosques de Las Duras podían ser una aventura más grande que ninguna de las que le pudieran haber sucedido por el mundo. Su verdadera finalidad estaba en el trabajo que le gustaba y quería hacer. En ese olor de la lluvia de tempestad, en todas estas ramas agitadas encontraba un sentido, nuevo y viejo. Había cosas que empezaron sus abuelos y él tenía que continuar, y cosas que podía empezar a hacer él mismo, allí en su propia tierra, y que sus hijos continuarían…

Al llegar al momento de pensar en los hijos frunció el ceño. No sabía sí habría más hijos que Miguel.

Recordó el rubio y lacio cabello de su muchacho y su boca somiente y sus derechas piernas de diez años. De todas maneras, Miguel valía por muchos hijos.

Mariana entró en la habitación con su paso nervioso y sus inquietos ojos claros.

—¿Cómo? ¿Vas a fumar ahora?

Eulogio tenía su pipa en la mano y se disponía a llenarla.

—No me daba cuenta.

—Es que vamos a cenar dentro de un minuto, hijo mío… Luego me dirás qué equipaje quieres llevarte a Las Duras.

Eulogio dejó cortésmente la pipa. Cuando una ráfaga de viento golpeó las puertas, tiró dos altos vasos forrados de paja, hizo revolar unas piezas de música colocadas en el atril del piano, se levantó para arreglar en lo que podía aquellos estropicios.

Ahora hablaba Mariana. Hablaba, hablaba… No de Paulina, como él había temido, sino precisamente de Miguel y de la mala influencia que en un niño de diez años podía ejercer un chiflado como Pepe Vados.

—Te lo debes de traer en seguida, hijo. ¿Qué idea tuviste? Pepe ha sacado el ramalazo de locura del padre. Eso es… No hay más que verle la cara… El padre loco y la madre tonta; porque Blanca es buenísima, pero tonta; de allí puede hacer salir lo que se quiera… Ya me extrañaba a mí que cuando muchacho fuese tan listo.

Hablaba de Pepe Vados, que ahora se llamaba don José González y era sacerdote párroco de Las Duras y otras aldeas de los contornos, aldeas perdidas, miserables, que quedaban incomunicadas durante varios meses y que estaban sin médico ni sacerdote desde hacía años… Los Vados de Robre se llamaban González de apellido, aunque se les solía llamar por el título de sus padres. Así la transformación de Pepe Vados, primogénito de los condes, ingeniero de Montes, librepensador, íntimo de Eulogio Nives y niño mimado de Mariana, en un cura de aldea que se llamaba don José González, era una de las cosas más extrañas que encontró Eulogio a su vuelta a España.

Pepe le había pedido parte de la casa de Las Duras (aquella antigua iglesia que era granero) para que volviese a ser iglesia provisionalmente. Y lo era ya…

Eulogio guiñó un poco los ojos, que cambiaron hgeramente de color mientras escuchaba a su madre. No sabía expresar en palabras sus sentimientos. Además, hubiese sido demasiado difícil esquematizar aquella verdad que él sentía de una manera tan confusa… Pepe Vados, junto con el olor de aquella tierra leonesa y la sensación cómoda y familiar de su casa, había sido el factor más importante en su decisión de quedarse allí para siempre. Era Pepe quien, casi sin hablar de ello, le había abierto la imaginación a las grandes perspectivas de trabajo que se le abrían en sus propios bosques… Exactamente lo mismo que cuando eran muchachos, Pepe le había descubierto aquella belleza.

Pepe Vados era la juventud de Eulogio. El compañero, más querido que un hermano, de la niñez y de la adolescencia y Eulogio había tenido miedo de volverle a ver convertido en algo tan diferente a todo lo que podía soñarse de Pepe; en un sacerdote… A Eulogio le producía molestia oh hablar de Pepe, cuando volvió a Villa de Robre… Y si al fin se había decidido a subir a Las Duras, lo había hecho en el mismo estado de ánimo con que se decidía a veces a sentarse en el sillón de un dentista. Por necesidad. Porque tenía necesidad de convencerse, de una vez, de que el amigo no existía… Luego, había sucedido algo profundo, algo importantísimo en su vida cuando, con el primer abrazo, se dio cuenta de que, asombrosamente, Pepe Vados seguía siendo el amigo y el hermano, como si no hubiesen ocurrido cosas tan terribles en aquellos años que llevaban sin verse, como si no hubiesen cambiado los dos.

La excursión a Las Duras la había hecho Eulogio hacía tres semanas junto con Paulina, con Miguel y con Antonio Nives. De pronto se había organizado aquella caravana para llevar algunos víveres y medicamentos que había pedido el sacerdote.

Antonio les llevó en coche hasta el último pueblo con carretera: Doña Urraca. Desde allí, cinco horas en mulos, bosques arriba… Eulogio había recordado sus excursiones a pie, hechas en la adolescencia, desde Doña Urraca. Pepe Vados y él, con calzones cortos y mochila a la espalda, con aquel sudor dorado y limpio que los empapaba en la cálida, húmeda y ardiente penumbra del bosque, durante las largas marchas hasta la altura. Al recordarlo, se había notado con las articulaciones viejas y oxidadas… En cuanto a Antonio Nives, que era aún un muchacho, ¡qué calamidad!. Le picaron todos los mosquitos, explicó todas las sensaciones espantosas que le iban recorriendo las largas piernas (sensación de estar desarticulado, de estar apaleado, de estar molido); sudaba a chorros, y se quejó del sudor. Se quitó del cuello con un horror histérico un insecto duro, de oro, maravilloso, que Miguel reclamó para su colección… Paulina había sido mis valiente; aunque tuvo luego que quedarse durante una mañana en cama, cuando llegaron a Las Duras, no se había quejado.

Miguel resultó magnífico. Eulogio se había sentido orgulloso de él. No se cansaba. Para Eulogio había sido una emoción fuerte volver a aquel escenario tan grande y tan extraño, con sus árboles mudos y gigantes. Miguel decía que era igual que estar en las selvas de Africa.

Llovía cuando llegaron. Aquél es país de lluvias y fiebres. Llovía y un cálido olor se desprendía de la tierra. José Vados, casi irreconocible, con el cabello

gris, áspero y cortado a cepillo, se acercó a ellos sonriendo y se le formaban arrugas hondas en la cara curtida, alrededor de los ojos alegres.

—Pareces veinte años más viejo que yo —le había dicho Eulogio—; pero estás veinte años más joven de cuerpo. Sigues igual de ágil.

Los excursionistas le llevaron a José un gran cajón de medicinas que le enviaba otro de los Vados, Joaquín, que también vivía en el castillo y que era médico. José examinaba las medicinas con entusiasmo, y se puso a leer en seguida unas largas explicaciones escritas a máquina por el bueno de Joaquín.

—Me hubiera sido más útil haber estudiado yo la carrera de Medicina… Ahora me serviría de mucho. Aquí, en invierno, no hay manera de hacer subir a nadie… Son cuatro aldeas abandonadas.

Todo era muy simple, muy poco importante. Sólo que los gestos de Pepe Vados, su barbilla tenaz, sus ojos limpios eran los mismos, y también la intimidad que nacía entre los dos hombres apenas empezaban a andar uno junto a otro en aquellos parajes que les habían formado.

Hacer que Pepe y Miguelito se conocieran fue un extraño y limpio orgullo para Eulogio. ¿Cómo podría explicar estas cosas, jamás?

Fue una semana extraordinaria la que vivieron allí Eulogio, el padre José y Miguelito. Se iban a los viejos lugares de sus excursiones y le contaban al chico sus aventuras de otros tiempos.

Le contaron cómo fue la primera expedición de caza a la que les llevaron un grupo de cazadores veteranos.

—Porque tu padre y yo éramos entonces jóvenes. No tanto como tú… Cuatro o cinco años más de los

que tú tienes ahora…

Esto lo decía José, riéndose de la cara extrañada de Miguel.

—Sí, aquel día no dormimos en Las Duras; íbamos a cazar rebecos; ¿sabes lo que son?, cabras salvajes. La caza más difícil… Tu padre, convencido de que todo consistía en la fuerza física, juraba que volvería con dos cabritas de esas colgadas de los hombros… ¿No te acuerdas, Eulogio?

Eulogio recordaba el cansancio y el encanto de aquel viejo día de otoño en que habían andado horas, pasadas ya las regiones de los bosques, por los riscos pelados de la crestería, para acabar durmiendo sobre paja, en el suelo de un chozo de pastor. El pastor era un tipo sucio que se le había grabado vivamente a Eulogio. Tenía los dientes negros y su pipa apestaba los horizontes cristalinos de la altura. Cuando terminaba de fumar, el hombre raspaba con su navaja la cazoleta de la pipa. Juntaba parsimoniosamente en su mano, que parecía tallada en madera oscura, la nicotina ensalivada…, y se la comía más tarde.

Eulogio se acordaba del perfil barbudo de este hombre en la puerta del chozo, toda llena de estrellas.

—Bueno, ¿cuántos rebecos cazasteis? —decía Miguel. Eulogio y José se reían. Eulogio dijo que no recordaba. José explicó sobriamente: —Aquel día, ninguno.

Cuatro o cinco mocosos de la aldea, a quienes José estaba amaestrando con paciencia de domador, para futuros monaguillos, les seguían a todas partes y escuchaban junto con Miguel estos cuentos. Si se les hablaba, no contestaban jamás.

Paulina y Antonio debieron de pasarlo mal aquellos días. Parecían aburridos y como temerosos de aquella

naturaleza que les rodeaba. Se debieron hastiar de los interminables bosques y de aquellas gentes sucias y hambrientas que parecían al acecho.

—Nunca sería capaz de vivir en este sitio. Es algo horrible —dijo Paulina—. Todos los campesinos creen en los duendes, con la niebla que hay. Yo los comprendo… Lo que puede ser el invierno aquí, ¡qué horror, Dios mío!…

Paulina parecía más frágil, pálida y suave entre la humedad salvaje de los bosques. Se notaba que era mujer de ciudad; parecía gritarlo, con sus manos blancas, que casi siempre sostenían un cigarrillo, y sus zapatos de piel demasiado fina. Desentonaba en el ambiente… Cuando Eulogio la encontraba, de pronto, durante aquellos días, en el patio húmedo de la casa medio en ruinas, o acurrucada, fumando, junto al fuego, sentía algo extraño dentro de él. Algo que dejó al descubierto aquel abrazo de Pepe Vados, que estaba misteriosamente unido a esta dicha de haber encontrado al amigo… Una compasión tenue, pero insistente, como una niebla. Paulina empezó a darle pena aquellos días quizá porque él se sintió rejuvenecido y lleno de seguridad… Cuando él se alejaba de la casa, entusiasmado, se alegraba de que al menos Antonio le hiciese compañía a Paulina. Antonio también parecía desplazado y aburrido allí. Pero era sobre todo Paulina la que miraba a su alrededor asombrada de que alguien pudiese soportar aquel clima y aquel aislamiento.

Ella miraba a José como si fuese un loco. José se reía. Todas sus gestiones de los últimos años habían sido para lograr que lo mandasen a estos lugares. Tenía el sueño de que resucitase la vieja y muerta parroquia. Ya estaban arreglando la iglesia de Las Duras. Mientras tanto, se decía Misa en casa de

Eulogio… Esto no dejaba de tener su chiste, porque la familia de Eulogio era conocidamente anticlerical. Al menos, su padre, y Mariana, a quien llamaban «la extranjera» por su origen suizo, se habían declarado públicamente enemigos de la Iglesia. Eulogio era escéptico… Sin embargo, por cortesía, asistía a las misas que decía José Vados en las verdes mañanas, en aquel viejo granero blanqueado por el mismo José, y le emocionaban.

Sólo las oían él y Miguelito y dos viejas comadres de Las Duras, además de aquellos rapaces llenos de mocos verdes en las narices y de costras en las cabezas, a los que José regalaba luego caramelos. Siempre pedía a Villa de Robre grandes provisiones de ellos… Aquella misa en tanta desnudez, con el pobre Sagrario, con el ara sobre una mesa de pino y un solo crucifijo. Aquel niño grande de cabeza rapada, que debía ser el más listo del pueblo y acompañaba, leyendo las contestaciones escritas con letra bien clara por el mismo José; el canto de los pájaros llegando desde las ventanas y, sobre todo, el extraño gesto reverente con que José oficiaba, a Eulogio le conmovían. Paulina y Antonio nunca quisieron levantarse a tiempo para asistir a la misa.

Ahora Mariana charlaba y charlaba de José.

—Un niño puede volverse supersticioso con una influencia así. Y el niño es muy pequeño. Necesita ciertos cuidados y no debiste, no debiste de ninguna manera dejarlo…

—También a mí me hubiera gustado quedarme allí a su edad. En fin, mañana vuelvo a buscarlo. Me quedaré unos días…

Se abrió la puerta y apareció la doncella. Era un chica del pueblo que aún estaba avergonzada de la

cofia y los guantes que le hacía ponerse Mariana para servir la cena.

Los señores están servidos —anunció con un hilo de voz…

Capítulo III

A veces, un hombre siente que se le saltan las lágrimas de rabia. El motor había empezado a fallar. Justo cuando él aceleraba en la vieja carretera, bajo la lluvia, que ahora caía a cubos tibios, iluminados por relámpagos.

El coche se le paró junto a la cuneta, en aquel barrizal peligroso que era la carretera medio colgada sobre el abismo. Antonio era un buen conductor, pero de mecánica no tenía ni siquiera ideas rudimentarias. No sabía en este momento sino que le era necesario llegar a Ponferrada al mismo tiempo o antes que el tren de vía estrecha en que iba Paulina, que estaba dispuesto a conseguirlo como fuese, y que aquello era como un aguijonazo que le producía dolor.

Apretó las manos sobre el volante, hasta sentir dolor en las palmas. Dolor físico. Algo más soportable que la rabia que le estaba derritiendo. Apagó los faros por un momento, con el deseo de advertir mejor cualquier otra luz en la noche. Una oscuridad completa le envolvió. Un olor a hierba montaraz, un ruido de agua que se precipita, de agua que choca contra el brillante encapotado del automóvil, de agua que empapa la tierra. Allí abajo, en el valle, las luces

de las aldeas que iban regando como luciérnagas el paso de las vías. Había creído oír muy a lo lejos, bien conducido el sonido por el aire húmedo, el inconfundible pitar del tren.

Había acelerado la salida de su casa todo lo posible. Pero, hay límites a los deseos. No se puede saltar por sobre toda la familia, dar un empujón a la mujer enferma y asustada, una patada al viejo conde que enredaba en el vestíbulo, un escupitajo en la cara de su cuñado Joaquín, que estaba plácidamente instalado en su butaca leyendo el periódico, ni a la mujer de Joaquín, Ana María, un ser insulso… No podía hacer nada de esto. Corrientemente, tampoco deseaba hacer estas cosas, pero lo hubiera necesitado esta noche.

Se había contentado con ser brusco y desagradabilísimo con todos. Había empujado casi a Rita hacia su alcoba. Después se puso a dar paseos por el vestíbulo, y dijo que la tormenta, encerrado en casa, le molestaba.

—Date una vuelta por el jardín —apunto Joaquín.

Se le antojó que Joaquín tenía un tonillo irónico. Pero la cara de palomo de su cuñado era inalterable, como siempre. En cuanto a la mujer, ni había levantado la cabeza de su labor de punto. Antonio no sabía que aquella familia le consideraba un ser malhumorado y peligroso y que en aquellos momentos procuraban no irritarle. Esto no iba con el conde, es claro. Alfonso vivía su propia vida.

Nubes de tempestad que rompe el rayo
y en fuego ornáis las desprendidas orlas…

Recitó el conde, con voz temblorosa y una sonrisilla no muy buena.

El jardín crecía entre los muros almenados del antiguo patio de armas. La masa de la torre del homenaje había sido aprovechada por el padre del conde actual para construir una simpática casa de campo… Antes de la guerra, los condes sólo pasaban allí los veranos. Ahora vivían allí todo el año, por economía, lo mismo que su hijo Joaquín, un médico mediocre que no acertaba a desenvolverse en la ciudad. Rita, al sentirse enferma, había querido venir también…

—¿Que me dé una vuelta por el jardín? Hombre, tiene gracia…

Desde el vestíbulo encristalado contempló unos minutos todo el destrozo que la lluvia salvaje hacía en los arriates de flores. Las luces de la casa descubrían los macizos cargados de rosales en flor, que se deshojaban fantásticos, empalidecidos por la electricidad. Iluminaban los sauces todos tiernos, como agitados, casi llorosos, y los dos magnolios que le gustaban a Blanca. También estaba iluminada la capilla, reconstruida por Antonio después de la boda, como homenaje a toda la pía familia.

—Me voy. Lo siento mucho, pero me voy. Cenaré por ahí… Necesito un poco de inspiración para mi libro.

Esto lo dijo como un reto, pero cayó en vacío.

Ni siquiera sonrieron al oír el acostumbrado pretexto del libro. Blanca había subido a la habitación de Rita, el conde paseaba con las manos a la espalda. Aquel matrimonio tímido, que para colmo se llamaban Joaquín y Ana, se miraron. No hubo más. Antonio pudo lanzarse al jardín, desde luego, y desde allí al garaje. Cuando encendió la luz del garaje, fue cuando Blanca, que estaba cerrando las ventanas del cuarto de su hija, pudo verle desde el piso de arriba.

—¿No coges la gabardina?

El grito de Joaquín le vino cuando ya iba bajo la lluvia.

—Mándamela.

Mientras sacaba el coche, apareció un criado protegiéndose con un gran paraguas, con la gabardina al brazo…

Sentado al volante del gran coche americano recién adquirido, que no tenía fallos, que devoraba los kilómetros, Antonio se sintió poderoso y aliviado. Se notaba unido a la máquina, a su velocidad. Sentía sus buenas suspensiones, que garantizaban una comodidad, una suavidad, aun por entre aquellos baches infernales. Aquel artefacto poderoso y blando era su aliado, tan unido a él como un buen caballo. A veces le acuciaba, le animaba como si el coche entendiese.

Y ahora fallaba. Ni siquiera un jadeo. Un jadeo puede entenderse, un animal reventado lo da. Es una esperanza, una justificación, una vida. Nada. Lo frío de un artefacto estropeado.

Mientras una máquina funciona, el hombre pone en ella la poesía que le falta, hasta siente correr sangre y amistad entre los dos. Después de que falla, es un complicado y retorcido engranaje de hierros fríos y hojalata que da miedo.

Y posiblemente, no pasaría nadie esta noche por esta carretera. Él, Antonio, quedaría allí, colgado ridiculamente sobre el valle, debajo de la tempestad, hasta el amanecer, y Paulina se habría escapado ahora, precisamente ahora, en que acababa de comprender cuánto significaba para él todo lo sucedido entre los dos. No era una aventura intrascendente. ¿Cómo pudo pensarlo?.

Sí, sentía una terrible rabia al darse cuenta de que Paulina se escapaba. Después de años y años en que el encanto especial de aquella mujer le había obsesionado, después de olvidarse de ella y volverla a encontrar, después de conocer, por fin, cómo era ella cuando se enamoraba, después de estar absolutamente seguro de ser su dueño en cuerpo y alma, después de haber llegado hasta a una hartura de este sentimiento… después de todo esto, Paulina había cogido su maleta, sin una palabra de aviso, sin una ruptura definitiva, sin una amenaza previa, y desaparecía… Y él, ni siquiera podía alcanzarla esta noche, pedirle cuentas, exigirle, vencerla…

Se encontró histérico, como una mujer, con ganas de morderse los puños, mientras se ponía la gabardina, para salir del coche.

Enfocó las ruedas con su linterna. Detrás de la iluminada cortina de agua vio que los neumáticos estaban bien.

Empezó a dedicarse a sí mismo una buena sarta de insultos, porque había tenido una esperanza. Creyó recordar haber oído al chofer diciéndole que estaban casi sin gasolina… Con los miedos de Rita a la tempestad se olvidó de llenar el depósito… Esto era. Afortunadamente, llevaba siempre unos litros de repuesto en un bidón… Era suficiente para llegar a la ciudad. Después…,

La impaciencia hizo que le temblasen las manos. Se le caían al suelo las tapas y los tomillos. Pero al fin logró alimentar aquel motor seco. Pudo, al fin, quitarse la gabardina dentro del coche y secarse la cabeza empapada por el aguacero con la vieja y sucia gamuza guardada junto con la lata de gasolina y los «gatos»… Hedía a grasa.

El automóvil funcionó otra vez. Era un sonido agradable aquel ronroneo del motor. Un sonido que le crispaba los labios. El reloj del coche marcaba las ocho y media. Sólo había perdido un cuarto de hora y le parecía un siglo. Ya no se detenía a pensar si la mujer merecía o no tal tortura… Un viejo instinto de caza le hacía correr detrás de ella… No había pensado esto, ni mucho menos, días atrás, cuando en verdad se creía un poco aburrido de tanta pasión. Se había entretenido en ver las reacciones de Paulina mientras le exponía proyectos de viaje que los separarían. Él había hablado muy serio, casi triste:

—Yo debería convencer a Rita para que vayamos a Suiza… Debería de hacer todo lo necesario para su curación… Estoy aquí resistiéndome a lo que Joaquín insinúa… Resistiéndome porque estás tú. Quizá esto sea demasiado ruin.

Paulina protestó entonces. Su piel había palidecido.

—Sabes que no tiene salvación de ninguna manera. Tú mismo has dicho que el informe de los especialistas es ése: sin salvación… Sólo uno ha dicho que es cosa de años, los otros le dan meses. Lo que sería una crueldad es alejarla de esto que ella quiere.

El se había reído entonces de Paulina. Había seguido con un dedo la línea de su garganta, muy suave, y se había detenido en las junturas de su boca, gruesa y dulce. Junto a la boca, la piel tenía ligeras arrugas, lo mismo junto a los grandes ojos caídos, por el borde exterior de los párpados… Hay que advertir: en aquel momento Paulina estaba echada en la tierra, mirando las copas de los viejos robles, y él estaba a su lado, medio incorporado. Hacía calor. Junto al nacimiento de su cabello negro y espeso, Paulina tenía una humedad de sudor…

Ahora le parecía sentir el atractivo de aquella boca querida y de aquella piel húmeda.

En aquel momento había sido ella la que tembló, asustada de separarse... Aquella misma mañana le había apretado la mano con la desesperación que ponía en estas ligeras caricias hechas de manera furtiva entre la gente que podía verlas, pero que no veía nada.

Rita tenía celos, cierto, pero, ¿acaso no tenía celos de todo y de todos? Nadie había visto nada. Esto es lo curioso. Hacía cerca de dos meses que duraban aquellas tormentosas relaciones, seguidas y anudadas delante de los ojos de toda una familia y nadie se había dado cuenta. Mariana, quizá por la fría y pacífica condición de su cuerpo; Blanca y Alfonso por inocentes; los demás —Antonio somió—, los demás, por idiotas o por distraídos, o por lo que fuese. Nadie sabía cómo Paulina le buscaba, y le esperaba en las afueras del pueblo, cómo él tenía poder para hacerla feliz o desgraciada, a su capricho, y cómo sentía un curioso placer en hacerla llorar, ella, que en otros tiempos se había jactado de no llorar nunca…

Pero se había marchado. Ni siquiera le amenazó nunca con hacerlo. Sólo que alguna vez se le había levantado como una angustia hasta los ojos. A veces decía sentirse envuelta en demasiado acoso, casi en locura, y en degradaciones de pasión física.

—Nunca creía que yo llegase a esto, nunca.

Antonio había considerado esta angustia como un engaño más. No podía quitarse de la cabeza la idea de que Paulina había debido de vivir una vida agitada, muy suya, en los años en que Eulogio estuvo fuera de España.

La mayoría de los hombres sienten una especie de necesidad de sentirse jueces de la mujer a la que

aman. Antonio no era ninguna excepción. A pesar de lo que ella le juraba, estaba convencido de que tuvo amantes.

«Una mujer de su temperamento no duerme sola —pensó más de una vez—. Ella me engañó como ahora engaña a los otros, mientras vivió sola.»

Le parecía que había sido un engaño hábil, con mucha escenografía. Antonio se había enamorado de ella cuando era un muchachillo con los primeros pantalones largos. El clásico amor del adolescente, por una mujer ocho años más vieja. Una locura llena de aquellas cursilerías de que se había llenado su cabeza durante las idiotas lecturas de sus años anteriores. Una locura llena de caballerosidad y también de malos deseos. Antonio vivía en Barcelona y Paulina en Madrid, con su niño. El muchacho hizo cuantos viajes pudo, sólo con el deseo de verla. Años y años que —con las lagunas— ella le levantaba aquellas ronchas furiosas de enamoramiento.

Paulina no se parecía a nadie. Eso era lo que conservaba el enamoramiento. Antonio no sabía si era guapa o fea, no se daba cuenta de si envejecía, ni siquiera (él que daba tanta importancia a lo externo) de si iba bien o mal vestida. El encanto de ella, tan físico, por una paradoja, parecía que trascendiese de su cuerpo o de sus facciones. Antonio no había encontrado a ninguna mujer que hablase con aquella mezcla de orgullo y dulzura, o que levantase la cabeza con el vivo, inteligente gesto con que ella lo hacía, o que se riese con aquella especie de hondura sin estridencia alguna, como si le subiese lentamente un caudal de gozo a la risa, como ella lo hacía. Y siempre la tuvo por un ser puro, intachable. Esto era lo más gracioso. Ella daba dase de matemáticas, para vivir. Cuidaba al niño… Sonreía a sus exaltaciones y

alguna vez le habló de lo que para ella significaba el verdadero amor, con una emoción casi contagiosa.

«¡Farsante! —dijo a media voz, en la oscuridad del coche—. Farsante. Tú y yo sabemos lo que es el verdadero amor ahora. Tú y yo… Sin más gaitas…»

Se le llenó la boca de saliva. Tuvo que tragarla.

Ahora la carretera se desviaba completamente de la vía, y del valle en cuyo fondo serpeaba el tren. Entraba en un trozo mejor, después de descender… Aceleró. Se veían las luces de Ponferrada, luces fantasmales bajo la lluvia, que era suave y sin relámpagos ya. Unas chimeneas parecían vomitar humo y llamas en la noche. Unos cuantos edificios salían de las sombras, todos encendidos, con paredes de cristal que dejaban ver unas entrañas frías y desiertas de oficinas… El Sil reflejaba llamas. Algo grande, extraño, emocionante parecía fraguarse en aquella noche, entre aquellas luces de la llanura. Un pueblo antiguo, en la ruta del camino de Santiago, descubre una riqueza minera y crece, desbordando sus viejas piedras, y las fundiciones hacen de la noche esa cosa fantástica de fuego y humo luchando con nubes algodonosas.

Se equivocó de estación. Ponferrada es la partida de varias comunicaciones ferroviarias. ¿Cuántas estaciones tiene? Antonio no sabía que fueran tantas.

—No, señor; de aquí salen los trenes para Laciana.

Al fin llegó. Eran las nueve y cuarto. Casi se desesperó. «La encontraré aunque haya llegado. Ponferrada no es tan grande. La encontraré».

Buscó a un empleado en una pequeña oficina que olía a patatas fermentadas. Estaba llena de sacos de patatas que lo invadían todo, dejando un pequeño espacio para la mesa cubierta de papeles y manchas

de tinta, para unas grandes telarañas en el techo y para el flaco empleado con gorra galoneada y gafas.

—¿No ha mirado el horario, señor?… ¿Cómo quiere que haya llegado el tren de Villa de Robre, si tiene la entrada a las nueve y media?…

El empleado volvió a su tarea. Antonio vio que estaba descifrando un crucigrama de un periódico infantil. La cara del hombre se arrugaba profundamente. Sacaba la punta de la lengua… Delante de él, un reloj pasaba sus minutos.

Antonio sonrió. Recordó su angustia en el camino, la lluvia que había empapado sus cabellos, que se le había metido por el cuello de la gabardina y había mojado su camisa. Tenía la impresión de que era un vencedor. De que Paulina sería suya para siempre sólo por esto, porque había llegado a tiempo. Era curioso. Todo el rato había tenido la obsesión de que el tren de Paulina llegaría a las nueve.

Riéndose de su propia debilidad se metió en un urinario. Salió asqueado, pálido. «Parezco una mujer remilgada, pero me dieron ganas de vomitar. Vaya pocilga.»

La noche olía bien. Llovía. Delante de la pequeña estación había dos árboles limpios, regados por los haces de luz de los faroles, espolvoreados por la lluvia.

La gabardina de Antonio estaba completamente empapada, goteaba agua por los bajos, sobre su pantalón. Él era un hombre joven y muy flaco, y la gabardina, mientras paseaba por debajo de la marquesina de la estación, parecía ser algo aparte de ningún ser humano. Era como una pieza de ropa colgada, que la brisa moviese, lentamente, y lentamente destilase gotas oscuras.

Capítulo IV

La cara de Paulina se estiraba, temblaba, reflejada en la ventanilla del tren. Se veía ella, críticamente, esa cara, con sus ojos demasiado grandes, sus pómulos suavemente marcados, su delicada nariz. Su boca llena. Según su abuela, ahí estaba el mal. Si había algún mal en esta cara, estaba escondido en esos labios suyos, y al fin, como la abuela le advertía mil veces que sucedería de no estar sobre ella misma, se había dejado ir…

«Si no tienes cuidado, Paulina, esa boca tuya te hará traición. Tienes buena cabeza, tienes orgullo. Aguantas de firme… Pero nunca vi una boca igual en ninguna mujer de nuestra familia. Esto es cosa de tu padre. Pero tienes que acordarte de que he conocido a mi abuela y ella a la suya. No hubo un solo caso de escándalo en nuestra familia… ¿Eh? Tú te estás educando tan libre que necesitas estar prevenida y recordarlo bien.»

Paulina recordaba bien esta advertencia de la abuela. Al oírla había hecho un gesto de asco. Había corrido a mirarse al espejo del cuarto de baño y había frotado sus labios anchos y suaves. Decidió no pintarlos nunca, y así lo hizo muchos años… Sentía un

temblor de desagrado al imaginarlos parecidos a aquellos rojos, gruesos, sensuales, entre los que se escapaba un olor a tabaco, bajo el bigote: los labios de su padre… Mirándose al espejo aquel día tuvo un gesto hosco, un gesto que su abuela ni le conocía, y que ella guardaba casi exclusivamente para sus veranos, en el pueblo. La abuela se encogía de hombros cuando su hija Isabel le escribía desde Villa de Robre que Paulina la preocupaba por lo tristona y antipática… En Madrid, la chica era todo lo contrario, cariñosa y expansiva… La abuela no sabía que hacía años que Paulina, en lo más hondo de su ser, había repudiado a sus padres.

La abuela se había asustado con Paulina cuando la chica tenía quince años. Una chica nada guapa y que atrae como moscones todos los niños de su mismo curso de bachillerato, es algo para asustar a una abuela. No paraba el teléfono preguntando por Paulina. Nunca se la olvidaba en ninguna excursión, paseo o reunión que inventaran aquellos chicos, parecidos a langostinos, según la abuela Bel. Y la niña, encantada. Coqueta como el demonio. Amiga de trapos, alegre, desparpajada.

A la abuela la inquietaban también las frías relaciones con las chicas.

—¿No vas a tener nunca una buena amiga?

—Creen que les quito los novios, tienen celos.

La abuela meditaba mirando aquella cara en la que los rasgos parecían aún algo caricaturescos.

—Es absurdo hablar de eso a vuestras edades.

—¿A qué edad te casaste tú?

—Casi a la tuya, pero…

Paulina se reía. Quería mucho a su abuela, con la que vivió todos los inviernos de su vida estudiantil, en Madrid, en el entresuelo de la calle Monte Esquinza,

cargado de muebles antiguos, muy baqueteados, recuerdo de las andanzas de la abuela por distintas capitales de España, como mujer que fue de un militar. Viuda de coronel nada menos… Eso era aquella viejecita como una pasa empolvada de blanco. Era vieja la abuela y derecha y fúerte. La madre de Paulina había sido la menor de siete hijos. La abuela, a quien todos, incluso Paulina, llamaban mamá Bel, ya no tenía ningún hijo al lado. Dos tíos de Paulina estaban en América; los demás habían muerto. Y la madre de Paulina siempre vivía en pueblos… El padre de Paulina era ingeniero de Minas.

Mamá Bel murió más tarde durante la guerra, sola. Vendió todos sus muebles y cedió el piso a una familia para que le diesen de comer. Le juraron a Paulina que lo habían hecho, pero la pobre vieja murió, a pesar de todo, en aquellas grandes hambres de la guerra, en Madrid.

Era la persona de su familia que más había mimado a Paulina. La que se había preocupado por ella con un interés ansioso y, sin embargo, no había sido injusta nunca, y a pesar de la célebre boca, había tenido confianza en ella… La abuela ocultó al padre de Paulina —aquel violento don Pedro Goya— el largo noviazgo de Paulina con un joven licenciado en Filosofía y Letras.

—Cuando os vayáis a casar, entonces lo diremos. A los hombres como tu padre no hay más remedio que mentirles. Ha sido la costumbre de toda la vida… Yo tengo mucha confianza en ti… Sé que ahí dentro hay algo bueno…

Éste «ha sido la costumbre de toda la vida» regocijaba a Paulina muchísimo. La abuela tenía idea de que los hombres son temibles y a un tiempo inocentes, como niños traviesos, y que las mujeres

deben transmitirse de generación en generación, secretos y argucias para tenerlos contentos… Y al mismo tiempo hacer siempre lo que ellas quieren.

—Siempre que esté bien hecho lo que una quiere. ¿Eh, pequeña?

La abuela no sabía, es claro, que su nieta, tiernamente, la consideraba también a ella como a una niña muy pequeña, que ignora las realidades esenciales de la vida, y a la que hay que cuidar para que no se entere de ellas.

A su novio, Víctor, Paulina le exigía una comedia entera, delante de la abuela, y la vieja señora le apreciaba, aunque hubiera querido, según decía, «algo mejor» para su nieta.

La muchacha pensaba que la abuela se hubiese muerto de horror si hubiese sabido la libertad con que Víctor y Paulina hablaban de temas del día, como el amor libre, por ejemplo, del que los dos eran partidarios. Sólo que Paulina era partidaria a su manera.

En realidad, se portaba todo lo bien que su abuela hubiese deseado… Aparte de aquello de no dar importancia a los besos, en los atardeceres fantásticos, sobre los desmontes madrileños… Pero de ahí no pasaba, aunque Víctor hubiese querido mucho más.

—No se trata de «atraparte legalmente», como una señorita de provincias ansiosa de marido… No se trata de esto. Pero tengo que ser consecuente conmigo misma, Víctor. Odio la hipocresía. La he respirado demasiado en el aire de mi casa. Odio la suciedad en las acciones. Si quieres que me vaya contigo, mañana mismo me voy contigo a tu casa. Pero así, a la luz del día, con mi atadillo de ropa debajo del brazo… No te rías, no; te aseguro que es

cierto. Nada de trampas legales, ni un papel firmado… Pero tampoco tapujos. Nada de engañar a mi abuela y recibir la pensión de mi padre como si tal cosa… No seré tu amante hasta que tú no te decidas a cargar con la responsabilidad de ello.

Este lenguaje estaba de moda. Pero Víctor entendía… Nada más que besos. De ahí no se pasaba.

Víctor pensaba, cuerdamente, que un amancebamiento así a las claras tenía tantos inconvenientes como el matrimonio… Para poderlo realizar, tenía que pensar burguesamente en hacer unas oposiciones, porque Víctor, aunque tenía terminada su carrera, por el momento vivía cómodamente agregado a aquel generoso cocido familiar, que era tan fácil de estirar antes de la guerra…

Además, Víctor le tenía un miedo casi enfermizo, disfrazado de antipatía, a don Pedro Goya, cuya corpulencia había atisbado una o dos veces, cuando el ingeniero hacía viajes a Madrid. Don Pedro (mamá Bel lo había repetido inocentemente y como escandalizada, para que lo oyese Víctor) era uno de esos hombres antiguos que para vengar el honor de su hija pegaría un tiro a cualquiera, sin el menor remordimiento de conciencia.

Pasados los años, Paulina pensó alguna vez que la ingenuidad de mamá Bel sólo existía en la imaginación de su nieta. Mamá Bel «manejaba» a Víctor a su manera, inculcándole aquel miedo saludable.

Paulina no puede por menos de sonreír un momento cuando recuerda en este atardecer tormentoso, mientras la lluvia hace caer rápidamente la negrura y su imagen tiembla bajo el reflejo de la bombilla del vagón, los besos, por su parte tan

inocentes, de su primer noviazgo. El cristal refleja también asientos vacíos, enfundados de blanco y un gran periódico abierto. El periódico pertenece al dueño de la tienda de comestibles instalada frente al Ayuntamiento de Villa de Robre. El tendero es un hombre grueso, de cabello rojizo, que la ha saludado ceremoniosamente… Nadie más. Está sola.

Víctor tenía diez años más que Paulina. Era delgado, y llevaba un bigotito «de ceja». Era poeta de versos muy alambicados y gongorinos. Era amigo de todos los literatos de la época, a los que también Paulina conoció. Daba a leer a su novia cuanta literatura atrevida —pero bien escrita— caía en sus manos. Limaba el gusto un poco torpe de Paulina… A él le hacía gracia el valor con que la chiquilla se enfrentaba con cualquier problema que le saliese al paso, su desesperación delante de las viejas formas de vida, en las que ella decía ahogarse, y también le hacía gracia que, incomprensiblemente, ella hubiese elegido la Facultad de Ciencias Exactas y que fuese lo que se llama una «empollona»… Sobresaliente tras sobresaliente… Durante el mes de mayo, Víctor, a Paulina, ni la veía. Salía de los exámenes llena de ojeras y de laureles y gozaban de unos días de polvorientos paseos debajo de las frondas del Parque del Oeste o del Retiro…

Después, Paulina debía de coger el tren en la estación, del Norte para pasar el verano en Villa de Robre con sus padres.

—Cuento los años, ¿sabes?, cuento los años que me faltan para cumplir veintiuno… Así no volveré más. A ese maldito pueblo, en cuanto sea mayor de edad, no vuelvo…

Luego, con cierto talento práctico, explicaba:

—Ya tendré mi carrera…

—¿No quieres contarme cómo son tus padres? —le animaba Víctor.

Paulina se quedaba pensativa. Pero no se franqueaba con él del todo.

—Mi padre es de esos señores muy amigos de los curas, muy metido en la iglesia, que organiza procesiones y que luego tiene… amigas… y… bah, son gentes aburridas mis padres.

Se callaba. Le daba vergüenza decirle a Víctor que su padre blasfemaba como un carretero, que tenía un genio del demonio, que, a pesar de su carrera y de presumir de señor, era grosero con su madre, a la que había llegado a golpear cuando le hacía reproches por celos. Le daba más vergüenza que lo de las amigas… No le dijo que la criada de la casa, una tal Leonela, era la querida de su padre desde que llegaron a Villa de Robre, y que su madre jamás había podido despedirla. Muchas cosas Paulina nunca pudo decírselas a Víctor. No le dijo, por ejemplo, el sufrimiento que había sentido en las noches de sus cinco años, despertándose en la obscuridad de su cuarto porque su padre insultaba a su madre, que lloraba en la habitación de al lado. No le explicó cómo se ponía ella de rodillas en su cama, rezando a Dios para que los padres se reconciliasen y fuesen buenos y hubiese alegría en casa para siempre jamás…

Víctor fue el único amigo de Paulina, el novio absorbente, el confidente único, y sin embargo no llegó a su intimidad más honda, en esa edad en que las confidencias son tan fáciles… El tema de sus padres y de sus años infantiles era algo que la muchacha pasaba muy de prisa en sus conversaciones.

Víctor —ahora se daba ella cuenta— había conocido a una chiquilla risueña, desparpajada, un

poco pedante y sentenciosa, y un mucho burlona, que no era la verdadera Paulina. Cuando ella alegaba que demasiada hipocresía había visto en su casa, y demasiada impureza, para no ser ella misma veraz y pura, por reacción, no sabía el novio hasta qué punto esto era verdad, y hasta qué punto el recuerdo de una expresión nunca olvidaba que vio un día en la cara de su padre, al mirar a una mujer, hacía que Paulina se apartase del novio, fría, en muchos momentos de sus relaciones…

—Tú eres una chiquilla que no conoce el sufrimiento. Por eso eres cruel.

Esta frase de Víctor, tan afectada, le resonaba en los oídos ahora. «Pero yo —pensaba Paulina, mientras el trenecito arrancaba de una de las innumerables estaciones del trayecto, y oía sus pitidos…— Pero yo conozco el sufrimiento como nadie. Lo he experimentado en todas sus facetas, he tocado hasta el fondo de su retorcimiento doloroso… Y lo conocía entonces. Ya lo creo que lo conocía».

«Yo —pensaba Paulina— tengo un deseo de sinceridad y no concibo la vida sin un amor grande. Yo soy de esas personas que sufrirían siempre. Ahora sé que sin remedio.»

El tren paraba en otra estación. Paulina vio un hombre entre la lluvia, un hombre alto y flaco que se acercaba. Se sintió como paralizada. Era una cosa completamente absurda. El hombre alto y flaco corría bajo la lluvia abriendo un paraguas para recibir ya una mujer de pueblo cargada con una cesta inmensa y con un niño. ¿Por qué iba a estar Antonio allí?… Ni siquiera se parecía a Antonio aquel hombre.

Todas las estaciones del trayecto se confundían en la negrura de la noche que iba envolviéndolo todo. La noche y la lluvia. Las mismas bombillas amarillentas, a

cuya luz se veían los hilos gordos de la lluvia. El mismo jefe de estación, con su pito y su bandera. Las mismas campesinas con las mismas cestas… Luego, las hileras de montones de carbón, las luces de los lavaderos junto a las vías, algún pequeño reflejo de una luz en la noche que indicaba el río. Y a veces el rumor del río aumentado por la lluvia.

A veces entraba una bocanada de olor bueno de la tierra, regada por una tormenta de verano. Este olor excitante y profundo se mezclaba al de la carbonilla del tren.

Paulina ahora ya no pensaba más que en Antonio. Cada girar de las ruedas, cada kilómetro que corría el tren, la separaba de Antonio. Le quería sin grandes esperanzas, con generosidad absoluta. Sabía que levantaba en él algunos instintos de crueldad y que le gustaba más que nada verla sufrir. Pero se sentía atada a él. Atada. Sólo que… No había podido soportarlo. No había podido soportar, de pronto, darse cuenta de lo que se había hecho de aquella imagen de ella misma que había fabricado durante toda una vida de orgullosa rectitud.

«Soy igual que mi padre», había pensado.

¿Podría explicárselo a Antonio? No se había sentido con valor para hacerlo, apenas le había dicho alguna vez, tímidamente, que sufría. El se había reído mucho.

—Si eres tú, mujer, tú misma la que me has buscado…

Le golpeaban las sienes. Un dolor de cabeza angustioso. Un dolor de todos los huesos.

Se echó hacia atrás en el asiento. Cerró los ojos. Esta era la confidencia que jamás había podido hacer a un ser querido antes de ahora: «Yo sufro»… Pero a Antonio se lo había dicho, porque había llegado a él

demasiado cansada ya, demasiado despojada ya de todas sus corazas para defenderse con un orgullo que ya no existía… Para Antonio había guardado el grito más hondo de su espíritu. Pero él se burlaba sin entenderla.

Era un tormento inimaginable lo que estaba viviendo… Es cierto que a veces se alegraba. A veces, una alegría fuerte como un barreno la agujereaba, la traspasaba. Había vivido demasiados meses de abulia, muerta de cansando, agotamiento y miserable vacío, desde que llegó Eulogio de América, para no apreciar el dolor de estar viva… Sólo que le costaba demasiado.

Abrió los ojos y encontró, en el cristal de la ventanilla, flotando sobre la negrura de los campos y envuelta en la claridad amarillenta de la bombilla, una cara pequeña con unas pupilas desesperadas. Los ojos de aquella imagen se fueron aquietando según Paulina los miraba. Luego se tapó los párpados para no verlos. Se acurrucó en su rincón.

A veces, hubiera querido saber qué era lo que ella significaba para Antonio. Le gustaba recordar aquellos años en que ella le miraba con gran indulgencia, como a un niño no muy inteligente, pero sensitivo y enamorado. Un muchacho bueno, con ciertas cualidades de artista o de catador de arte dentro de él. Un niño que, en Barcelona, cuando ella necesitaba más de la protección de sus parientes y cuando la había conseguido, la puso tan en falso, en una situación tan difícil con aquel enamoramiento pegajoso que tuvo por ella, que incluso había decidido su marcha a Madrid, con su hijito pequeño… El padre y la madrastra de Antonio tenían la impresión de que Paulina «alentaba» las excentricidades de aquel niño… Nada más lejos de ella, entonces.

¿Cómo era yo cuando conocí a Antonio? Pensó de pronto… un espanto; jamás estuve tan fea… Acababa de salir de la cárcel, tenía un traje desteñido y llevaba en brazos un niño de pocos meses… Estaba muy flaca, y ni siquiera interesante y pálida, porque tomaba mucho sol en aquella galería de la cárcel, donde pasaba la mañana cosiendo junto al niño. Tenía la nariz llena de pecas del sol, el cabello casi rapado… ¿Qué pudo ver en mí aquel chiquillo?.

Antonio no era tampoco ninguna preciosidad. Largo, lleno de granos, con las primeras hebras del bigote sobre los labios… Si Paulina hubiese sido la misma de antes de la guerra civil, la Paulina que había conocido Víctor, se habría burlado bonitamente del chiquillo, pero en aquel momento de su vida en que todo le era áspero y no tenía más patrimonio que su juventud y el deseo de reunirse pronto con Eulogio, en aquel momento aquel niño sensible, cargante, molesto y sin embargo enamorado de ella, la conmovió.

No le «alentaba», como pensaron los alarmados parientes, pero no podía ser dura con él, ni delatarle a sus padres, ni burlarse. Prefirió coger a su hijo y dejar la hospitalidad de la casa de los padres de Antonio y marchar a Madrid, sin dinero, sin la más mínima seguridad… Así entró Antonio en su vida. Haciéndosela difícil ya entonces… Quizá por eso se hizo notar siempre, por eso, al fin, había llegado a imponerse totalmente en ella…

Más tarde, Antonio y Paulina se habían enfadado. Ya era él un hombre que hacía a Madrid viajes cada vez más frecuentes para verla, y quizá ya entonces Paulina estuviese oscuramente atraída. Pero por aquella época la mujer guardaba intacto un ingenuo romanticismo juvenil. Estaba convencida de que sólo

una vez puede amarse en la existencia, de una manera completa, y de que quería a Eulogio hasta el fondo de su ser. Además, estaba aquel orgullo que sostenía todo su sueño romántico. Sobre todo, el orgullo.

Antonio, en una mala temporada, la llegó a acusar de trampas y de coquetería con él. Riñeron con verdadera crueldad. Se dijeron cosas amargas… Paulina las recordaba sonriendo. Pero Antonio guardó rencor. Se creía defraudado…

Y pasaron muchas cosas hasta que volvieron a verse. Antonio se casó con su amiga de la infancia, Rita Vados, y se estableció en Madrid. Nunca se encontraron… Eulogio volvió de América y Paulina le recibió con una alegría que tenía mucho de desesperada… Le costó trabajo reconocer, en aquel hombre de aire importante que bajaba del avión, al muchacho musculoso, de labios duros, que la había besado al marcharse…

Y después…

Después, Paulina entró en una época oscura, en la que ni siquiera quería pensar. Una época sórdida en que había dado cuentas del céntimo diario, en que se había sentido en una absurda escuela en que se le reprochaba cada gusto suyo, cada gesto que hacía, cada frase pronunciada con inocencia… Eulogio quería otra Paulina, otra mujer. Lo peor era que, además, estuvo dispuesto a lograrla, moldeándola, aquellos meses. Fue tremendo. Ella se sentía enferma y se arrastraba en zapatillas por el pisito de muebles feos que habían alquilado, que tenían alquilado aún. Estaba enferma, estaba embarazada nuevamente. Vomitaba. Se sentía morir. Sentía que no tenía fuerzas para luchar, ni para hacer nada. Que no tenía fuerzas tampoco para abandonar a Eulogio.

Al final de aquel período le había entrado a Eulogio la manía de que volviesen a casarse, esta vez por la Iglesia. Paulina se negó. Se habían casado en guerra, en zona roja, por lo civil… Ella sabía que aquellos matrimonios se consideraban válidos. Bastaba eso… Y hubo una reacción curiosa.

Desde la negativa, Eulogio empezó a tratarla mejor, más cariñosamente. Mariana llegó a Madrid un día, se hizo cargo en seguida de la desastrosa situación de la casa. Por primera vez fue cariñosa con su nuera.

—Te vienes a Villa de Robre. Aunque Eulogio no quiera nada con la tierra, su hijo debe nacer en la casona… Anda, vente. Nos llevará Antonio en su automóvil. Se vuelve pasado mañana.

Así volvió a ver a Antonio. Sintiéndose en pleno hundimiento, en plena decadencia… Embarazada de siete meses… Fea… Vieja…

Antonio parecía más seguro de sí mismo que nunca lo estuvo… Muy seguro. Era un hombre muy pagado de sí mismo, muy cuidado en sus maneras, en sus trajes… ¿Vacío? Ese cuidado excesivo parecía decir que sí, que era un hombre vacío. Atendió a Paulina con la misma solicitud que hubiese tenido para una pariente anciana. Con una mueca como de burla en la boca. Desde aquel viaje empezó ella a sufrir… Y luego, ¡qué celos disparatados la cogieron cuando vio a la joven y bonita mujer de Antonio! Aquella enferma desahuciada le produjo una envidia como un cáncer que no la dejaba respirar ni vivir.

Paulina abrió los ojos de nuevo y de nuevo se encontró con su imagen reflejada en la ventanilla.

El comerciante se había dormido con el periódico en las rodillas y la cabeza inclinada sobre el pecho… La luz amarilla, las blancas manchas de los sillones,

sus cabellos negros, espesos, rizosos, sus negros ojos, todo seguía flotando allí, entre la negra noche lluviosa, reflejado en el cristal del trenecito.

Creyó reconocer a lo lejos las luces de Ponferrada.

Otra vez la tristeza le pesó en el corazón. No. No confiaba en el cariño de Antonio. Sabía del suyo, tan amargo. Pero en el muchacho no confiaba. La anhelaba con una especie de tortura física. Le gustaba hacerla llorar… ¿Pero resistiría aquella separación que se había impuesto, la separación que iba a marcar el tiempo de vida que le quedase a Rita?

Al fin empezó a llorar. Dos lágrimas solitarias… Cayeron de entre las pestañas, demasiado grandes, que había cerrado para retenerlas. Mordió un dedo de sus manos. Abrió los ojos. El comerciante seguía dormido.

«No puedo llorar aquí. No debo llorar aquí.» Se pasó rápidamente el pañuelo por los ojos. Sentía un dolor en la garganta, como si la hubieran tenido colgada por ella. Le dolían hasta los oídos.

«Mañana, cuando le escriba.»

frunció el ceño y se dijo que si empezaba a redactar mentalmente la carta lloraría otra vez.

No sabía qué hacer, pues cualquier movimiento le parecía que iría seguido de un doloroso reflejo. Si abría el bolso encontraría allí fotografías de Antonio, de su hijo Miguel, de Eulogio… No se sentía con fuerzas. No quería pensar… Era como estar envuelta en una punzante alambrada. Era como estar en un infierno.

Capítulo V

Empezó a luchar con su maletín. Aquella maleta pequeña que Eulogio levantaba con una sola mano, sin acordarse de que estuviera cargada con algo, a Paulina le pesaba, intentando sacarla de la red.

Tenía las muñecas finas. Era un fastidio… A sus manos les era imposible levantar pesos. No se consideraba una mujer débil, a pesar de ello. Tenía resistencia física… Incluso aquella larga excursión a Las Duras la había resistido, por lo menos, mucho mejor que Antonio… Pero esto no tenía que ver con sus manos.

Bueno, al fin logró sacar la maleta de la red y se miró en aquel espejo de la ventanilla, atusándose el cabello maquinalmente, y metiéndose el abrigo. Pensaba vagamente que debería de haberse traído un impermeable.

El comerciante de la plaza hacía mucho que había bajado, quizás temeroso de tener que ayudarla. Se dirigió ella a la salida. Desde la plataforma vio cómo caía la lluvia; se detuvo un momento a mirarla… También su cara estaba iluminada por los faroles de la estación, como aquella lluvia. Seria.

Sólo al bajar al andén vio a Antonio. Cuando él le cogió la maleta de las manos, entonces le vio.

Antonio la había estado observando, cuando dentro del departamento se ponía el abrigo, y ahora en la plataforma, cuando estuvo quieta unos segundos, con aquella luz que le hacía la cara triangular y triste.

—Ven —dijo Antonio—. Ven.

La arrastró fuera de la estación hasta el coche amarillo. Una vez allí les pareció a los dos estar en casa, sintiendo como un tictac familiar el ruido del reloj o del motor encendido. Antonio cogió las manos de Paulina y se puso a besarlas.

No podían decirse ni una palabra. Tampoco podían continuar allí, entre unas viejas calles anodinas, ya lindando al campo, entre algún que otro farol amarillento, frente a un Café y Billares, que despedía un foco de luz más triste que la de los faroles.

—Tienes tiempo, ¿verdad?… Iremos un poco hacia la carretera… Cualquier carretera. Hacia el campo. Ya buscaremos luego un sitio para cenar.

—Sí, amor mío…

Ya estaba. La palabra daba calor al ambiente. Quitaba la aspereza y la lucha humillándola a ella. Dejaba el alma suave como el aceite.

Él le tocó los pómulos en la oscuridad. Paulina no lloraba. Sonrió a este gesto, y también le besó la mano, suavemente.

—¿Sabes a dónde te voy a llevar, Paulina?… ¿No has ido nunca? Te voy a llevar al pueblo del vino de esta región; a Cacabelos… ¿No te hace gracia el nombre?

Paulina decía que sí. Estaba contenta, como si se fueran para siempre hacia aquel pueblo de nombre

cascabelero. Como si ya no hubiera obstáculo alguno y Antonio y ella estuviesen juntos para toda la vida.

Es raro. Los encuentros con los seres que amamos son siempre una sorpresa. Nunca son estos seres, los muy amados, los mismos cuando los pensamos que cuando tenemos nuestra cara junto a la suya. Paulina pensaba esto, y Antonio lo sentía en la inesperada y áspera ternura que le llenaba… Para Paulina, Antonio, unos minutos antes, era un dolor insoportable. Ahora una alegría. Más que eso: la alegría…

—¡Qué olor de gasolina tienes aquí!… —fruncía la nariz—. ¿Cómo es eso?

Antonio se echó a reír.

—Luego te diré… Después acercarás tu nariz a mis cabellos y verás.

El coche empezó a atravesar la parte de Ponferrada, con sus pujos ciudadanos, sus escaparates, su vida desbordando toda la sujeción del viejo trazado de las calles y de la antigua altura de los edificios que ya no sirve.

Cuando salían al campo, Antonio suspiró profundamente.

—Dame un cigarrillo, Paulina. Están en mi chaqueta.

Paulina buscó los cigarrillos en el bolsillo indicado.

—Me alegro. Me olvidé yo de ellos. Me han hecho falta.

Dio a Antonio un cigarrillo ya encendido. Tomó otro. Sintió aquel calor confortándola. Con el calor, con el humo, el bienestar de aquella seguridad de Antonio, que nunca había tenido, empezó a llenarla.

—Ahora explícame esa locura, Paula.

—No puedo engañar a tu mujer…

Hubo un silencio.

Antonio fue deteniendo despacio el coche en el borde de la carretera. Llovía ya muy poco. Hasta se veía una estrella, allá hacia el Norte.

—Me gustan mucho tus romanticismos. ¿Y por qué a mi mujer, precisamente? ¿Puede saberse?

—Sí, puede saberse. Te lo diré…

Era muy difícil. Después Antonio cogió su mano. Era más fácil.

—Primero —la voz de Paulina salió algo trémula—, porque Rita te quiere y lo de Eulogio y yo hace tiempo que es cosa muerta… Sí, es algo muerto, hecho polvo ya… Pero, además, esto no es más que algo muy débil, una pequeña razón. Lo que me importa de verdad es que tu mujer está enferma y enferma de muerte y que tú no la puedes abandonar y yo no puedo seguir así; yo no sé engañar así, día a día, viéndola y sonriéndole… No puedo. Yo no he nacido para eso… Para estar todo el día junto a Mariana y Eulogio y pensando en ti… Pocas veces, muy pocas veces, te he podido tener de otra manera que pensándote. Pero esto es algo constante, y negro, y… tú lo sabes.

Al fin, Paulina empezó a llorar. Por primera vez en la vida, Antonio sintió que el llanto de ella le dolía.

—Yo pensaba escribirte mañana para decirte todo esto, Antonio. Yo no me sentía con valor de decírtelo así, como lo hago ahora… Pero tampoco creí, te lo digo, ¿tú ves?, sin vanidad, que te importase tanto mi marcha como para lanzarte a través de la noche a buscarme…

—Eres lo que más me importa en el mundo —dijo Antonio.

Mientras lo decía, iba descubriendo, en una región muy honda de sí mismo, que aquello era asombrosamente verdad. Paulina tiró por la ventana su cigarrillo. Quizá le gustaba llorar. Lo hacía con una

asombrosa fluidez, como si le hubiese sucedido una desgracia. Pero, en el fondo, era un desgarrado descanso el que sentía.

—Mujer —dijo Antonio—, mujer… Paula…

Capítulo VI

Lo primero que Paulina recordaba era aquel despertar en la noche. El espanto acongojado de una criatura que no entiende y que sufre. No entendía más que el sufrimiento de su madre. A su padre en aquellos momentos le aborrecía, y por el día, le volvía a querer… Así, hasta que ya siempre le asqueó.

Estas cosas empezaron a suceder en la época en que aún vivían en Asturias. De aquel tiempo recordaba un pueblo negro, una niebla oscura, un río negro por completo que pasaba por delante de las ventanas de su casa. De la verde Asturias, donde había nacido, ella sólo recordaba eso. Entonces tenía aún un hermano. Un niño llorón que murió más adelante… Recordaba luego, como en un sueño, una corta temporada en Andalucía y una divertida estancia en Madrid, en casa de la abuela Bel, cerca de un niño. Al fin, vinieron sus padres a Villa de Robre y Paulina se acordaba a la perfección de esta llegada, porque tenía diez años ya.

El padre de Paulina era un hombrón grande, feo, con cara de bandido mejicano que no dejaba de ser simpática. Ojos achinados, grandes bigotes lacios y siempre un puro en la boca. La ceniza del puro

manchaba las solapas de la americana y la camisa, le gustaba contar chistes sucios y reír con grandes carcajadas en sus momentos de buen humor. A ella, de pequeña, la trataba con gran cariño. La subía hasta su olor a puro y a alcohol y le hacía sentir lo áspero de su bigote. Cuando Paulina creció, el padre se decepcionó de que no fuese un muchacho. Hasta entonces, había esperado tener uno, y no le había importado demasiado.

—A un hombre uno puede enseñarle alguna cosa. ¿Qué hace uno con un demonio de chica que ni siquiera es guapa?

Nada en el mundo me da tanto miedo como las solteronas.

La madre de Paulina: una mujer flaca, tosedora, con el genio avinagrado, los ojos enfermos de llorar y unos celos perpetuos consumiéndola. Se consolaba en la iglesia. Allí pasaba las tardes y parte de las mañanas. Paulina estaba harta de escuchar que a su madre los sacerdotes le aconsejaban resignación, resignación, resignación… Podía dar gracias a Dios de tener un marido creyente, que había hecho los nueve primeros viernes y no moriría en pecado porque Dios es misericordioso, sobre todo si ella tenía resignación.

La casa de Paulina no era una casa muy ordenada, con tantas ausencias de la madre. Paulina se veía de pequeña con roña en las rodillas. Su madre no consideraba demasiado santo eso de lavarse… «Son modas paganas»…, bisbiseaba, cuando Paulina le recordaba que cuando vivía en casa de la abuela Bel se bañaba todos los días…

—Son cosas de mi madre… siempre fue presumida…

Isabel, la madre de Paulina; solía vestir de hábitos negros o morados, hábitos que se impregnaban de un

olor a sudor y a incienso. Paulina empezó a relacionar el sentido religioso de la vida como una especie de amor a colores oscuros, a olor sucio, a carnes enfermas y blancas cubiertas de ropas espesas que las privan del beneficio del sol.

Cuando Paulina se hizo mayor y dejó de ir creyendo aquellas cosas que de pequeña le contaban las mayores: los detalles de la Historia Sagrada, el Nuevo Testamento, los cuentos de los niños que traen las cigüeñas y de los Reyes Magos que el 6 de enero dejan los juguetes... Cuando fue quedando vacía de todo, empezó a aborrecer a los curas que aconsejaban a su madre resignación y daban grandes palmadas en el hombro de su padre y comían arroz los domingos en su casa, después de la Misa Mayor, servidos por Leonela, la criada frescachona, de gordas carnazas, adquirida al llegar a Villa de Robre. Los curas que hablaban como de la peste de los ganaderos Nives, de aquel matrimonio Nives que estaba ejemplarmente bien avenido, y que gordos, relucientes y rubios, como eran, le parecían a Paulina fregados con estropajo y jabón.

Había una estampa que nunca pudo olvidar Paulina. Sucedió en el día de la llegada a la nueva casa de Villa de Robre.

Isabel, la madre de Paulina, tenía la cara contenta. Era conmovedor verla sonreír, porque nunca lo hacía… Cada vez que don Pedro consentía en desprenderse de sus enredos del momento y cambiar de pueblo, Isabel creía que iba a encontrar por fin la felicidad soñada cuando se casó. Pero Paulina era demasiado pequeña para recordar estos traslados y estaba sorprendida y feliz por aquel ambiente de inesperada dicha.

Paulina se había dedicado a recorrer la casa, un chalet pintado de amarillo, con dos balcones techados, de madera verde: uno sobre la puerta principal, dando a la calle, y otro sobre un pequeño huerto con frutales que pertenecía al chalet. La casa era nueva: la estrenaban ellos… Olía a pintura, a cal, a madera cepillada. Había una escalera de madera sin pintar que desde el vestíbulo subía al piso alto. Paulina la subió encantada. Estuvo curioseando en las alcobas, que tenían las camas hechas… Su padre se había venido con los muebles unos días antes de que llegasen de Madrid ella y su madre. Hasta criada tenían ya, contratada por don Pedro. Paulina se había sorprendido muchas veces cuando las personas mayores, al mirar sus ojos demasiado grandes, decían que era una niña triste. A ella le gustaba la alegría, necesitaba la risa. Aquel día estaba en su elemento porque había entrado en una casa alegre y recién pintada; en aquel pueblo lleno de mugidos de vacas, de lejanas esquilas alegres. Era un pueblo de casas de piedra, de tejados de pizarra y de gentes rubias, de animales rubios. Un pueblo como un cuento.

Paulina no sabía nada de Villa de Robre, ni de la cómoda vida de los ricos ganaderos, ni de la influencia de la familia Nives en la región, ni del último comentario del pueblo: la visita de un músico austríaco y de dos escritores de Madrid a casa de los Nives... No sabía que el mundo de los ganaderos formaba como una pequeña aristocracia separada cortésmente del nuevo elemento humano que las minas habían introducido en el país no hacía muchos años. Los mineros eran gente de paso. Ella —una niña alta y delgada, con sus gruesas trenzas negras saltándole a la espalda— había sido atisbada en su recorrido de la estación al pueblo y considerada lo

mismo que su delgada y oscura madre, y que su ruidoso padre, como «gente de paso».

Era tiempo de verano, un hermoso tiempo en Villa de Robre… Paulina salió al balcón del huerto y se fijó menos en el ancho paisaje que desde allí se veía, que en la pintura de la barandilla, que estaba blanda por algunos sitios y permitía hacer bolitas con ella… Dejó colgar sus trenzas sobre la baranda, se entretuvo luego en descubrir, entre el follaje de un árbol, un nido… El árbol del nido estaba en otro huerto, frondoso y grandísimo. Una de las esquinas del balcón verde caía sobre el muro medianero del huerto vecino. A lo lejos se veía una casa de piedra…

Estaba ocupada con estos descubrimientos cuando oyó la voz de su madre en el huertecillo de ellos y miró entonces hacia abajo, porque aquella voz alegre a la niña la enternecía con un sentimiento indefinible. La madre de Paulina, junto a don Pedro, parecía arrobada por todo aquello que le rodeaba: los frutales, el cielo, los altos montes lejanos.

La criada Leonela arrancaba del suelo las verduras y la madre de Paulina las señalaba con admiración.

—¿Tú ves qué tierra ésta? Nunca te arrepentirás de haber venido, Pedro.

Don Pedro mordisqueaba su puro. Sonreía.

Un rato más tarde, Isabel trajinaba en el piso alto de la casa. Hasta canturreaba, colocando sábanas en las cómodas, con una extraña voz ronca y baja. Llamó a Paulina y le pidió con dulzura desacostumbrada que le trajese algo necesario que estaba en la cocina… Con el tiempo, Paulina olvidó qué había sido aquello que tuvo que ir a buscar a la cocina, pero bajó la escalera entusiasmada, saltando los escalones.

Al llegar a la cocina vio otra vez el gran trasero de Leonela, marcado por una falda estrecha. Estaba

agachada como en el huerto, ahora sobre la lumbre de piornos y retamas, que ardía alegremente. Don Pedro estaba a su lado y en el momento en que Paulina asomaba, dio un pellizco en las nalgas de la chica, mientras le decía algo grosero en voz baja. La otra se enderezó, soltando una risa sofocada. Paulina entonces vio en la cara de su padre algo jadeante, bestial, algo que le hizo darse media vuelta y correr.

Desde entonces, cuando don Pedro le cargaba con alguno de sus muchos y trémulos consejos sobre cómo tenía que comportarse, o le hacía alguna prohibición, Paulina sentía siempre la misma oleada de asco, las mismas ganas de vomitar. Siempre veía aquella cara absurda, coloreada por el resplandor de la lumbre, y notaba un absoluto desprecio.

El mismo año en que llegaron a Villa de Robre, la tos de Isabel se hizo más sospechosa. Decidieron que la niña marchara a Madrid con la abuela Bel y empezase a estudiar el bachillerato. Era mejor que no estuviese siempre junto a la madre enferma.

—Ésta es feúcha y no se casará —era la obsesión de don Pedro—. De modo que será mejor será que estudie algo, para defenderse el día de mañana, si me muero yo.

Paulina fue creciendo con la idea obsesiva de ser absolutamente lo contrario de lo que habían sido sus padres. No le gustaba ser lloricona, triste, vestida sin gracia, como su madre; espantarse de cualquier cosa que leyese o le contasen, como se espantaba ella, a quien, sin embargo, en la realidad le ocurrían cosas verdaderamente crudas y serias; pasarse el día haciendo cuentas y pensando en el precio de lentejas y judías al por mayor. Zurcir, entre golpes de tos, enormes pilas de roja vieja… y asarse los domingos en la cocina para preparar una comida que los invitados

tenían que alabar muchas veces y repetir constantemente, para que ella pudiese sentir la única satisfacción de la semana… A la imagen de su madre, Paulina oponía la de la señora Nives, la mujer del dueño de la fábrica de quesos y mantequilla, a quien llamaban «la extranjera». Era alta, rubia, sabía muchísimas cosas. Cuando Paulina vivía en Madrid, mucho más ya que en Villa de Robre, se daba cuenta de que Mariana vestía muy bien. Una vez al año, los Nives hacían un viaje al extranjero… Mariana Nives era una especie de ídolo de Paulina en aquellos tiempos lejanos de su adolescencia.

Pero, sobre todo, esto sobre todo: Paulina no quería parecerse a aquel hombre de gustos groseros que era su padre. Le desesperaba su hipocresía y su vanidad. El afán que demostraba de ser tenido por bueno, los trémolos en la voz, que a veces le salían al contar una historia edificante, su asistencia a la iglesia, que no le servía para dejar de ser un puerco y el que la obligase a ella a asistir, mientras no permitía que ni Paulina ni su madre viesen —«porque no era a propósito para mujeres decentes»— cualquiera de los espectáculos que llegaban al pueblo en verano, y en cambio él no dejase de estar en primera fila, cortejando a las artistas.

Si este odio no se enconó más fue porque Paulina vivía en Madrid y porque su padre le permitía estudiar en el Instituto y luego en la Universidad y aquellas represiones de su autoridad quedaban para los horribles meses de verano en Villa de Robre.

Si quiso a Víctor y lo admiró fue porque le parecía lo contrario que era don Pedro. Víctor le pareció un hombre refinado, supersensible, bueno, que quería ser comprensivo y no se escudaba en ninguna práctica religiosa… «Todo eso, Paulina… ¿cómo

puedes imaginar que sea cierto? ¿Imaginas un diablo con sus cuemecitos, un cielo lleno de viejas beatas tocando el arpa?... No; yo no voy a la iglesia. La iglesia me parece algo viejo y corrompido, sin razón de ser.»

Paulina recibió un par de bofetadas de parte de don Pedro, siendo ya una mujer, porque se había reído en la iglesia al oír que el sacerdote predicaba que todos los malos del mundo estaban en la indecencia que tenían las mujeres para vestirse. Este sacerdote era uno de los que al venir de visita a su casa sólo hablaba de la manera de hacer producir su pequeño capital y de la buena comida. Bautizaba de muy distinta manera —con un latín que parecía diferente— a los hijos de los ricos que a los de los pobres del pueblo. Paulina sabía que al oír contar algunas hazañas escabrosas de su padre con las mujeres que lavaban el mineral, había comentado:

—Es un hombre, señora, es un hombre…

Este comentario lo había hecho para la madre de Paulina. En el púlpito, describiendo las mangas cortas y las pinturas de labios de las mujeres, parecía temblar de indignación.

Paulina empezó a reírse de tal manera que se le saltaban las lágrimas. Tuvo que salirse de la iglesia. En la calle la alcanzó don Pedro, la dio dos bofetadas que le cortaron la risa y la hizo volver a entrar en el templo.

Para Paulina, la iglesia llegó a ser la excusa de todos los males de la patria, de todos los gamberrismos de los hombres, a los que, según le parecía, no exigía nunca nada; algo viejo, corrompido y malo, contra lo cual su juventud quería luchar.

El entusiasmo de Paulina por Mariana Nives (a la que, sin embargo, nunca había hablado) llegó al

colmo cuando se enteró de que además de «la extranjera» la llamaban «la atea». Su marido, Miguel Nives, elemento de izquierdas de gran importancia política en el pueblo, no iba nunca a misa, tampoco.

Capítulo VII

Sobre las viñas de Cacabelos, el firmamento se estaba despejando. El buen olor del verano, el fresco de la lluvia, se mezclaban en una sensación tonificante, perfecta.

—Tenemos que volver pronto. —Paulina estaba inquieta—. Habrá que ver si hay algún billete para Madrid; ya sabes lo que son estas estaciones intermedias.

—No te preocupes, tengo amigos en la estación de esa línea, en Ponferrada. Conseguiremos algo. En eso estoy yo muy ducho. No te preocupes… Voy a telefonear a ver a qué hora pasa el tren. Telefonearé desde aquí.

En la carretera abría un café-bar. El dueño les saludó con amabilidad y echó una ojeada al gran coche americano.

—Sí, señores, alguna cosita les podré hacer.

Tenía carne, jamón y huevos, fruta del país, vino… Sí, tenía una habitación detrás, que era comedor, y donde los señores podrían estar más a gusto…

Antonio pidió una conferencia con la estación de Ponferrada. Le dijeron la hora exacta en que pasaría

el expreso. Se dio a conocer, preguntó por su amigo el taquillera.

Paulina, retocándose los labios, le oía desde el comedorcito.

—¿Imposible una cama?… ¿No?… Sí, hombre, sí… Ya lo creo, ya lo creo… Pero si es muchísimo mejor. Hasta el doble daría por ella.

Llegó con un momentáneo gozo, anunciando a Paulina que tendría una cama individual para Madrid. Le halagaba que ella aprecíase alguna vez su eficacia. Siempre le había oído alabar la de Eulogio.

Paulina se llevó la mano de él a la mejilla, como en una ligera caricia… De pronto descubrieron que tenían hambre.

La emoción les daba hambre. Paulina estaba pensativa, sin embargo.

—¿Qué pensarán en el castillo de tu escapada?

Antonio sintió mal humor de que Paulina se acordase de una cosa así. De sobras sabía que iba a volver acobardado, procurando no hacer ruido, con un curioso espanto de chiquillo, a una casa donde jamás se le habían pedido cuentas de sus actos. Se encogió de hombros ahora y acarició ligeramente con sus ojos los ojos preocupados de Paulina.

—¡Bah, que piensen lo que quieran! ¿Es que crees que son capaces de pensar? A esta hora todos duermen.

—Pero, Rita…

—Ya sabes que duerme con su madre. Le diré que la tempestad me dio dolor de cabeza, que salí a dar un paseo… Luego se hizo tarde y ya no quise subir a despertarlas… A veces lo hago. Y esta vez también será verdad, al fin y al cabo.

Paulina, sin saber por qué, se sintió muy sola, mientras aquel chico grande inventaba sus disculpas.

Se sintió muy lejos, ridiculamente envuelta en algo, en una aventura, un enredo que no le pertenecía. Suspiró.

—Llévate a Rita a Suiza.

Antonio se acordó de sus bromas. Esta noche se sentía bueno; vencido.

—Es lo mismo, Paulina, tú lo sabes… No es posible hacer nada.

—Pero inténtalo… Si tú la convences, si la acompañas, ella irá.

—¿Y luego?…

Estaban muy cerca uno de otro. Parecía todo muy íntimo y fácil estando tan cerca.

—Luego, si ella no se cura, esperaremos… Es absolutamente imprescindible, Antonio. Tienes que estar junto a ella; después, yo intentaré deshacer mi matrimonio; ya sabes que es sólo civil… Y si no puedo, no importa, nos iremos. Si tú quieres, nada me importa.

—¿Miguel?

Ella se volvió, insegura. Con los ojos fijos en la puerta. Sin mirar a Antonio.

—No lo perderé del todo… Estoy segura… Lo perdería más si pudiese darse cuenta de algunas cosas como pudo haberlo hecho en Las Duras… Estoy bien segura de que para los hijos es mejor una separación amistosa que unos padres que no se quieren, amargándose la vida.

—Y si Rita se cura…

—Si Rita se pone buena —la cara de Paulina no expresaba nada—, entonces tú tendrás que elegir entre una vieja y una muchacha. Yo aceptaré tu elección.

Antonio la miraba pensativamente y hacía algunas muecas tiernas, como en broma.

—Y mientras tanto, ¿qué haces tú?

—Yo ordenaré mi vida, mi conciencia, mi… orgullo, sí…

Antonio la miraba. Le gustaba extraordinariamente su cara, la línea delgada de su cara, el pañuelo de seda del cuello, los grandes y cansados ojos negros, la bonita y dulce línea de su boca.

—¿Por qué te vas, Paulina? ¿Por qué?

La expresión de ella se hizo un poco angustiada.

—Te lo he dicho; he sufrido demasiado en lo que llevo de vida. No quiero hacer sufrir a mi vez. Por lo menos eso, no quiero.

Mientras hablaba se encontró pensando, con espanto, que quizá no era verdad lo que decía, que no era tan altruista su huida, que se marchaba porque se sentía enteramente sola, que había en ella un deseo de mucho más amor y comprensión y unión del que Antonio podía darle. Antonio la observaba, encontraba su cara como espiritualizada. Demasiado seria.

—¿Qué es lo que Mariana decía de que estabas obsesionada con unas calaveras y unas monjas?

Paulina no entendió al pronto. Luego se sonrió un poquillo, pensando en otra cosa.

Antonio empezó a sentirse angustiado. Feliz de tenerla junto a él, pero triste. Le sirvió vino en el vaso.

—Me gusta verte beber. Anda, bebe.

Paulina bebió, sonriendo. Cogió uno de los cigarrillos de Antonio.

—Luego me comprarás para el viaje.

—Sí, querida, ahora mismo…

Se sentía un hombre distinto del que era un rato antes, cuando con su imaginación fustigaba a Paulina y pensaba en ella como una mujer tirada. Ahora la quería, la quería tiernamente. Siempre tenía cambios bruscos en su actitud con ella, pero nunca había sentido tanto su cariño como en este momento.

Estaban solos en aquella pequeña habitación. Una ventana daba al corral de la casita del tabernero. Estaba cerrada. Había dos o tres mesas cubiertas con hule, como la de ellos.

Una bicicleta de hombre, muy vieja y como remendada con alambres, se apoyaba contra la pared. Por la puerta abierta entraban luces, olores sustanciosos de la cocina, las voces de los parroquianos del bar y algunas ráfagas del fresco de la carretera y los campos.

Paulina trató, por un momento, de imaginar las vidas de aquellos hombres cuyas voces, con el acento peculiar del país, se le metían en los oídos, y cuyo olor le parecía que debía ser el mismo de la cocina, con su tufo particular de alcohol y tabaco… No podía imaginar nada. Pocas veces había procurado pensar en la gente de campo. Nunca adivinaba una sola idea detrás de sus frentes… Alguien se reía hablando de pájaros. Un hombre estaba contando que se había retrasado el correo porque el conductor del autobús no salía de casa hasta dejar bien limpias y abastecidas de comida las jaulas de sus cincuenta pájaros.

Alguien abrió el altavoz de la radio y las conversaciones se volvieron confusas aunque los hombres levantaban la voz. Paulina sintió sobre su mano, en una ligera caricia, los dedos de Antonio.

—Nunca me has contado cómo fue que llegaste a estar en la cárcel, Paulina.

Habían estado comiendo juntos y separados por sus pensamientos unos minutos. En un platillo que hacía de cenicero se acababa de consumir el cigarrillo de Paulina, dejando su ceniza y una huella amarilla de nicotina. Paulina levantó la cabeza después de haber mirado con distraída curiosidad aquel cigarrillo de ceniza.

—¿Por qué te acuerdas ahora de eso?

Lo preguntó con ternura, pensaba que él estaba recordándolo porque así fue cómo el muchacho la había conocido. Yendo a visitarla a la cárcel.

Al entrar los nacionales en Barcelona, había vuelto también a la ciudad el abogado Andrés Nives, huido durante el dominio rojo. Eulogio, desde Francia, acababa de escribir a Mariana para que se pusiese en contacto con Paulina, cuyo hijo debería nacer en aquellos días… Mariana encargó a su pariente Andrés establecer ese contacto con la nuera. Costó bastante encontrar a Paulina. Dos o tres meses... Al fin apareció en la cárcel con el niño nacido allí. Andrés Nives buscó pruebas de la absoluta inocencia política de Paulina. Demostró que su padre, un ingeniero de minas, había sido asesinado por los rojos. Aceleró la vista de la causa y salió libre. Pero Antonio la conoció detrás del enrejado de la sala de visitas. Siempre le había dicho que la recordaba muy pálida, somiente, con el cabello muy corto. Al chico le pareció algo nunca visto: una mujer más extraordinaria que las otras, detrás de aquel enrejado, entre el griterío de las demás presas y sus visitas.

—Me acuerdo de eso porque dices que has sufrido. Sí, has pasado muchas aventuras y con mucho valor, pero eso nunca parecía importarte. Aún me acuerdo cómo contabas, riéndote, tus aventuras en la cárcel

de mujeres. Siempre riéndote… Nunca me contaste cómo llegaste a ella.

Paulina frunció el ceño. Le miró un poco de reojo.

—Es que eso es una cosa muy mía. Eso es parte de mis amores con Eulogio.

Antonio se sintió celoso inmediatamente. Se somió.

—Tus famosos amores con Eulogio… Los has explotado bastante. Pero… ¿verdad que no eran como lo nuestro?.

Lo dijo en tono bajo, queriendo avergonzarla un poco. Avergonzado él mismo.

Paulina miró el reloj en la muñeca de Antonio.

—Es muy tarde, niño mío… Debemos estar en la taquilla un rato antes de llegar el tren… Vámonos.

Salieron. Encontraron un cielo con estrellas, con ligeros celajes delante de los brillantes puntitos de las estrellas. Una suave humareda de niebla baja estaba emedada en los zarzales que guardaban el camino… Ladraban muchos perros. Olía a rosas de zarza. A pequeñas rosas salvajes y a hojas de vides. Antonio pasó el brazo por sobre el hombro de Paulina. Era muy bueno estar así, juntos, quietos. Eso sintió él.

—Dime que no has querido a Eulogio como a mí… No puede ser… Fue otra cosa.

Paulina se apartó. Por primera vez se sintió arrastrada por una marea fría, en la que no cabía ninguna efusión con Antonio.

—Siempre es distinto. No se puede pensar en lo que fue o no fue antes… Sí, fue otra cosa.

Su voz sonaba extrañamente seria y no dijo si a Eulogio lo había querido más o le había querido menos.

Al entrar en el coche, Paulina miró malignamente hacia el perfil de Antonio. Estuvo contemplando sus

orejas un poco separadas, sus ojos como dos rayas obscuras.

«¿Quién es este hombre, qué hago aquí esta noche a su lado?» Era una pregunta absurda y un minuto absurdo el

que estuvo viviendo. Un minuto cargado de malestar. Como si todo lo que había sufrido y gozado por este hombre se concentrase en un chispazo maligno.

De pronto, parecía que se le acabase a ella la vida y que el tiempo fuese un reloj sin manecillas y ella pudiese colocarlas en otro momento, en un momento en que el nombre de Antonio ni se sospechase en su existencia. En que todo en su vida respondía a su manera personal, libre y espontánea de manifestarse.

Capítulo VIII

Año 1936. El 25 de enero cumplió Paulina veinte años. Era una chica con aspecto algo salvaje entonces. El aspecto salvaje se debía a su cabello. Lo había respetado siempre, y hasta que forzosamente y por razones sanitarias lo hicieron en la cárcel, nunca se lo cortó. Ella imaginaba que lo llevaría siempre largo. Estaba orgullosa de él: suelto, le llegaba más abajo de la cintura. Nadie tenía un cabello así entonces y resultaba extraño. Se hacía una sola trenza, gruesa, que le caía sobre el pecho como algo vivo, brillante, sedoso.

En mayo de 1936, Paulina obtuvo su licenciatura en Ciencias Exactas. La abuela Bel convidó a Víctor a un almuerzo familiar para celebrarlo. Allí se habló, muy en serio, de los proyectos de los jóvenes. Paulina debería volver a Madrid en octubre para preparar oposiciones a cátedras.

—Y tú, hijo mío, ya es hora de que prepares las tuyas; tienes treinta años…

Víctor afirmó que estaba decidido a trabajar y hasta a comunicar oficialmente sus relaciones al feroz don Pedro Goya, ya que la madre de Paulina había

muerto hacía años... Sí, ya era hora de pensar en casarse.

La abuela Bel hizo la señal de la cruz sobre la frente de su nieta y, sonriendo con gran bondad y condescendencia, permitió a Víctor que la acompañase él solo a la estación del Norte, cuando Paulina se fue de vacaciones.

Los novios se besaron en el andén.

—Aquí —dijo Víctor— es un buen sitio para hacerlo. Nadie sabe si eres mi mujer o mi hermana…

—Eso es una tontería, Víctor. Casi lo dices en serio. ¿Qué importa lo que piense nadie?

—Sin embargo... —Víctor estaba extrañamente convencional desde que se había decidido el matrimonio—. Sin embargo, vivimos en el mundo y…

Paulina empezó a reírse. Le hizo reír a él también. Le hizo prometer muchas veces que dejaría un poco aquel vicio de hablar durante horas y horas en el café con los amigos y trabajaría.

—Mira que yo voy a trabajar mucho.

Un rato más tarde, subida a la plataforma del tren, decía adiós con la mano a un hombre alto, de expresión bondadosa, con el que pensaba casarse. Un rayo de sol clareaba el cabello de Víctor. Ella le sonreía. Le parecía que le tenía un gran amor. Se hubiese horrorizado si alguien le hubiese dicho entonces que Víctor no significaba nada en su vida, que lo olvidaría sin la menor nostalgia, que olvidaría hasta la forma de sus facciones, en el tiempo…

Fue entonces cuando Víctor tuvo aquel violento y raro impulso de correr detrás del tren que arrancaba, en seguimiento de la muchacha. Se contuvo, extrañado de sí mismo y de sus estúpidas intuiciones. Se contuvo riéndose de su estúpida idea de que ella se escapaba.

Jamás volvieron a verse.

Paulina entró en un departamento vacío. La perspectiva de ir hacia la casa de su padre — más abandonada que nunca desde la muerte de Isabel— le disgustaba como siempre.

El pueblo le producía un tedio mortal. Ella no entendía la belleza del campo. Le parecía estar hecha para la ciudad, para su agitación, sus preocupaciones intelectuales, su intensa, agitada y hasta —para ella— divertida vida política, de la que no participaba más activamente por las desesperaciones de mamá Bel, siempre espantada de las huelgas de estudiantes, de los guardias y de la palabra socialismo, que tanto le gustaba a Paulina.

A Paulina le gustaban las perspectivas ciudadanas, las casas donde mil vidas distintas e inesperadas se esconden. Le gustaba la noche en la ciudad, su río de luces, los anuncios, los faros de los automóviles, los cafés llenos de gentes que charlan vivamente, discuten, vibran hasta las altas horas de la mañana.

Cerró los ojos, abstraída en sus pensamientos. Un viajero que había colocado un periódico en el asiento de enfrente al de Paulina, llegó desde el pasillo y se instaló en su sitio, sin que ella lo advirtiese.

Paulina fue un buen rato así, con los ojos cerrados, el ceño ligeramente fruncido, pensando en sus cosas. Llevaba las piernas cruzadas una sobre otra.

Nada mis lejos de ella, en ese momento, que el deseo de ser provocativa. Sin embargo, enfrente, precisamente en el asiento de enfrente, al otro lado de la ventanilla, Eulogio Nives se fijaba asombrado en la bonita línea de sus piernas. Siempre le había gustado algo esta chiquilla del ingeniero Goya, aunque no sabía por qué le gustaba, ya que era fea (o al menos hasta este momento la había considerado

fea) y según decía su madre, poco distinguida y hasta cursi, con aquella trenza ridicula… ¿ridicula?

Sus piernas eran femeninas, jóvenes, bien hechas. Sus manos suaves, su boca sin pintar, sonrosada únicamente por la juventud…

El sol poniente caldeaba a gusto el departamento. Iba vacío, aparte de Eulogio y Paulina. Paulina abrió los ojos y casi se asustó al encontrar a Eulogio Nives sonriéndose enfrente.

—No me había dado cuenta de que eras tú el que entraba antes.

—Ya lo sé, Paulina… No me saludaste.

Eulogio era feo. Tenía una gran nariz, sus ojos de un brillante azul, redondos como los de su madre, eran algo saltones. Su boca resultaba pequeña, aunque cuando se reía enseñaba unos dientes muy blancos y unos colmillos de lobo joven. Estaba tostado por el sol, llevaba un inmaculado traje de verano sin corbata… Se notaban sus anchos hombros y la fúerza y la gracia de su cuerpo de deportista.

A Paulina le hizo el efecto de que era la primera vez que le veía. En realidad, era la primera vez que le veía sin pensar para nada en que fuese el hijo de Mariana… Paulina sacó de su bolso una caja de cigarrillos. Un tesoro que ocultaba cuidadosamente a mamá Bel.

—¿No te molesta que fume? —preguntó tontamente.

Eulogio se echó a reír.

—No me molesta que fumes, claro que no.

—¿Tú quieres?

—No; yo fumo muy poco. Un amigo mío, tú lo conoces, Pepe Vados, dice que eso es una debilidad de mujeres.

Paulina se interesó.

—Mi padre quedaría asombrado sí oyese esa teoría.

—Ya.

«Desprecia a mi padre», pensó Paulina, «no le tiene miedo, como Víctor, sino que le desprecia».

Después de esta sobria conversación, estuvieron dos horas en silencio viendo el paso de las estaciones, uno frente a otro. Esas dos horas fueron las más extrañas de la vida de Paulina. No sabía lo que le pasaba; fumaba a ratos, a raros cerraba los ojos o los entrecerraba… El la estaba mirando, o leyendo un periódico, y a veces mirando abstraído hacia el paisaje.

«Está pensando en mí, está pensando en mí, está pensando en mí.»

Las ruedas del tren decían esto. El cerebro de Paulina martilleaba. Todo su cuerpo se imantaba de una ligera, suave, apasionante electricidad. No pensaba en nada más.

De pronto, Eulogio se inclinó hacia adelante en su asiento, mirándola. Ella, sin siquiera darse cuenta de lo que hacía, le tendió sus dos manos abiertas. Eulogio las cogió y por primera vez Paulina sintió su fuerza que la llenaba. Cambiaron una corriente de magnetismo tan profundo que a Paulina le parecía que algo la sacaba de ella misma, la absorbía, la anegaba. No se dio cuenta de cómo se habían juntado las bocas de los dos. Había recibido en su vida centenares de besos y era la primera vez que la besaban, que besaba…

Fue difícil abrir los ojos y encontrarse la tapicería desteñida del vagón achicharrado del sol de la tarde. Sonaban unos golpes furiosos, escandalizados, en los cristales del compartimiento que daban al pasillo. Eulogio y Paulina se volvieron. Habían abierto la

puerta y una señora gruesa, de aspecto severo, y un joven vestido de negro, que casi desaparecía detrás de su volumen, estaban en aquella puerta, mirándolos. La señora también iba vestida de negro. Tenía la cara sudorosa, enrojecida por la emoción de haber sorprendido aquel beso, y llevaba un sombrero con una pena de gasa colgando. Ella era la que golpeaba en el cristal.

Eulogio enrojeció como un cangrejo. Paulina también. La señora entró entonces resoplando, gruñendo algo entre dientes y se acomodó, retadora, junto a Paulina. Su hijo — indudablemente el jovenzuelo era su hijo— se sentó frente a ella y abrió rápidamente un periódico.

—Vamos, Paulina —dijo Eulogio.

Se puso de pie y la cogió de la mano, arrastrándola. La llevó fuera del departamento, buscó otro en que había asientos libres. La dejó instalada y él volvió por el equipaje de los dos.

No estuvieron solos ya, en todo el viaje, pero Eulogio se sentó al lado de ella. No hablaron al sentirse uno junto a otro. Sus cuerpos tenían un lenguaje especial, joven y viejo como el mundo, como la primavera, como el ardiente calor del verano. Paulina deseaba que él cogiese su mano otra vez. No lo hacía, pero sabía que él también lo deseaba. A veces se miraban, riendo.

Llegaron a León ya de noche. Se iban a bajar en León. Paulina pensaba continuar al pueblo en una línea de autobuses que salía a la mañana siguiente muy temprano.

—Yo tengo unos primos míos que me esperan con su coche —dijo Eulogio—. Les voy a dar el esquinazo y me marcho contigo.

—No.

-¿No?

No sabía por qué lo había dicho, cuando en realidad le parecía maravilloso quedarse muchas horas en León con Eulogio. Pero estaba segura de que hacía bien al decirlo… No era la misma seguridad seca y firme que tenía para ciertas cosas con Víctor, pero…

—No, Eulogio. Vete con tus primos. Yo iré mañana en el autobús… De todas maneras, mañana estaremos los dos en Villa de Robre.

—Y tu casa tiene un huerto con linda con el de la mía.

Paulina enrojeció de asombro.

—¿Pero es cierto? ¿La casa que yo veo desde el balcón de atrás…? ¿Quieres creer que nunca me había dado cuenta? Nunca te he visto allí, ni a nadie de tu casa, y como la entrada principal está tan lejos…

—Yo sí que te he visto muchas veces. Muchas veces, en verano, te he visto leyendo en ese balcón.

Capítulo IX

A sí empezó aquello… Aquella locura, aquel ardiente deseo, luminoso dolor, obscura felicidad… ¿Cómo podría llamarlo? En el último año, Paulina lo había olvidado. En el último año se había convertido en polvo, pero estuvo vivo, ardiendo, en ella y en Eulogio, en los dos.

En junio del año treinta y seis, aquel amor le cambió el aspecto de su casa al llegar a ella. Leonela, la criada de su padre, que servía para todos los usos, la esperó con un silencio receloso, como siempre. La cara de aquella mujer, como una luna colorada, le dio risa. Nada le podía inspirar rencor aquella mañana.

El verano venía pronto aquel año. Es cierto que aún estaban en flor los manzanos del huerto y la casa olía a miel, pero todos los árboles estaban llenos de hojas y a ratos se hacían sombras duras, porque un temprano calor espesaba la sangre.

Cuando subió al tren en Madrid, Paulina tenía el proyecto de zaherir a Leonela por el abandono de la casa, obligarla a trabajar, al menos, como había hecho el verano anterior. Cuando llegó a Villa de Robre al día siguiente, llegó distinta. No tenía ganas de enfadarse ni de discutir.

—Estás casi guapa, hija. Debes de tener cuidado…

Don Pedro la observó durante la primera comida, desde el otro extremo de la mesa. El mantel sobre el que comían tenía manchas de varios días antes, y algunos agujeros. La vajilla estaba descabalada, las paredes sucias necesitaban una urgente capa de cal, más urgente este año que el año anterior, cuando tanto había chillado Paulina. Paulina sonreía a su padre… No a su padre precisamente, sino a algo mucho más lejano que él, a un fantasma que estuviese a sus espaldas.

Don Pedro casi estuvo por volverse. Pero no lo hizo. A su espalda sólo estaba la puerta de la cocina, por la que salía un horrible tufo a aceite cuando Leonela se olvidaba de cerrarla, y se olvidaba siempre.

Las dos ventanas del comedor estaban entornadas. Era mediodía. Entraban rayos de sol, entraba el zumbido de los moscardones y un puro olor a campo.

Don Pedro estaba grueso, más grueso que nunca, y muy melancólico. Se le estaba volviendo blanco el cabello. Tenía los dedos de las manos terriblemente hinchados e iba vestido con descuido. Su camisa tenía tiznones y el cuello completamente negro, del polvillo del carbón de las minas. No se había cuidado de cambiarse… Ya no hacía chistes ni se reía con sus grandes carcajadas, como en otros tiempos… Cuando terminó la comida, eructó y empezó, despacio, a escarbarse los dientes con un palillo…

Paulina lo dejó solo y, como diez años antes, cuando llegó a la casa por primera vez, subió los escalones de pino y corrió a la balconada del huerto. La casa que buscaba estaba allí, medio oculta por el follaje de la primavera. Sintió que se le llenaban de lágrimas los ojos, tan fuertes eran sus sentimientos, y

mil expresiones de amor, de las que siempre había considerado demasiado ridiculas para aplicárselas a Víctor, se le agolparon a los labios al pensar en Eulogio.

El trozo que ella alcanzaba a ver de la huerta de Eulogio estaba solitario bajo el blanco sol de mediodía.

Pasó la tarde en un curioso y hasta entonces desconocido sufrimiento… Al fin y al cabo, era posible que aquella oleada de amor sólo la sintiese ella. (Los hombres, dicen, siempre están dispuestos…). Pero ella sabía que no. Estaba segura de Eulogio, aunque de eso no habían hablado ni una sola palabra.

Fue una tarde inmensa, pesada… Divina también. Iba y venía como una sonámbula por las habitaciones. Le parecía que tenía fiebre… Leonela llegó de la calle al anochecer, muy alborotada.

—¿No has oído tiros?

Paulina la miró con asombro. No sabía.

—Ha habido tiroteo y jaleos del demonio. Han venido a dar un mitin. Los mineros eran los que alborotaban.

Leonela estaba temblando. Sólo se tranquilizó cuando llegó don Pedro, sano y salvo, a la hora de la cena.

Don Pedro dio un bufido a Leonela en agradecimiento de sus angustias y puso sobre la mesa una pistola.

—Para tu tranquilidad, vieja clueca, aquí tengo esto… Y si piensas que se atreven conmigo, vas aviada; sólo de mirarles de frente se ensucian en los calzones esa manada de golfos… Pero si algún día llega, ésta —miraba al arma— también tendrá algo que decir. Yo no soy de los que se dejan degollar como

corderos, ni tampoco un adulador ladino, de grasa fría como el gordo Nives…

Por la noche hubo luna. Paulina pasó gran rato encerrada en su cuarto, pero cuando sintió la casa completamente silenciosa, sahó hasta el balcón del huerto. Entonces «sintió» a Eulogio. Lo sintió físicamente, casi asustándose de ello. Vibraba como si le recorriese el cuerpo una corriente eléctrica, débil como un suave zumbido; sentía aquel zumbido en su sangre lo mismo que lo había sentido en el tren.

Se asomó a las sombras. No vio nada. El huerto, la tapia y los árboles formaron, durante unos momentos, como un mar negro de olas plateadas. Cerró los ojos. Se fue luego acostumbrando a la luz de la luna… Entonces oyó un ligero silbido y la figura del muchacho salió de una sombra a un claro. Le hizo un gesto como de que le esperase y vio que se encaramaba a la tapia del huerto, como un Romeo nuevo y deportista.

Por un extremo, el balcón de Paulina caía sobre aquel muro, y Eulogio, de pie sobre él, se sostenía con las manos y se apoyaba en los barrotes de madera. La cabeza del muchacho subía sobre el nivel del suelo del balcón. De este modo, Paulina, tumbada en aquel suelo, tenía su cara junto a la cara de él. No era una postura muy cómoda para hablar ni para besarse. Pero así hablaron y se besaron varios días, cuando no hubo otro remedio. Allí se daban sus citas para los paseos por el campo. Casi siempre hacia el bosque, en el crucero de piedra. Si Paulina, a quien su padre vigilaba, no podía salir, por la noche ya sabía que Eulogio iba a hacer de equilibrista.

Fue un mes de junio como Paulina no había recordado otro. Con el esplendor más florido, con la más grave belleza. Ella misma se sentía fundida a la

naturaleza entera, a la lluvia cálida, al sol, a la gracia ágil de los animales... Eulogio no quería ser su amante. Paulina, que no se daba cuenta de que, en realidad, ella deseaba esto, no se daba cuenta tampoco de que él tenía la cabeza torturada porque su cerebro, acostumbrado al orden y a una seria disciplina, la estaba diciendo que no podía dejarse ir con aquella muchacha, a la que amaba, pero con la que jamas se casaría.

Para Eulogio, era algo angustioso conocer, por Paulina, la intensa admiración que tenía ella por su familia. Poco a poco la muchacha le iba volcando todas sus impresiones acumuladas cuando niña... Cómo había ido algunas veces al callejón de la casona Nives para escuchar el piano de Mariana, cómo le gustaba la amabilidad con que don Miguel se ocupaba de su mujer, y cómo le gustaba verlos juntos siempre, y saber que habían ido juntos de viaje, y saber que siempre decían la verdad.

—Sobre todo eso... Saber que no quieren parecer mejores de lo que son, que dan las cosas cuando les parece justo, que nunca creen hacer ningún regalo, que no se escudan en que son débiles y pecadores, que siempre obran bien...

Eulogio tragaba saliva. Quería mucho a sus padres, pero Paulina les veía demasiado idealizados, y él no podía decirle, en cambio, que estaba seguro de que a Paulina jamás la admitirían a gusto en la familia, y que él no se sentiría con valor para soportar las miradas de burla de sus primos si llegaba a casarse con una chica sin dote, «una desconocida». Todos los Nives sabían el programa de Mariana: Un solo hijo, pero un hijo que cuando se case tenga condiciones para traer una mujer que doble el capital... Eulogio no podía decirle a Paulina que sus padres tenían ideas muy

generosas respecto a la humanidad entera, pero que particulamente eran amigos de vivir soberanamente bien, y que todo lo sacrificaban a esto… Paulina se acostumbró pronto a los mutismos de Eulogio terminados en besos cuando ella hablaba.

Se abrazaban hasta sin querer, en cuanto encontraban un momento de soledad, entre los árboles o a pleno sol. Estaban como imantados uno con el otro… Era fácil hablar cada vez menos. A Paulina no la preocupaban ahora sus grandes y vagos ideales políticos, desde que Eulogio le dijo que él no tenía ninguno. Ella sabía que don Miguel Nives estaba afiliado al partido socialista. Su padre había considerado el asunto delante de ella, llamándole cobarde. Paulina pensaba que don Miguel era idealista, como ella misma… Le conocía poco. Su cara bondadosa le inspiraba cariño. Eulogio parecía ignorar por completo estas ideas políticas de su padre. O, por lo menos, no las compartía.

—Mira, yo no soy de derechas ni de izquierdas. Yo sirvo para lo mío, para mi trabajo de ingeniero industrial y nada más. Este invierno voy a hacer un viaje a Suiza y a Dinamarca para ver cosas que me interesan en este aspecto…

La religión no le importaba tampoco. Le gustaban las ideas del Evangelio y le parecía lo más sublime del mundo, sin ver su divinidad, pero no tenía fobia alguna contra la Iglesia, como Paulina.

—No, no; en esto estás equivocada; yo no he conocido esos sacerdotes horribles, esas beatas torturadas. Es cierto que los hay, pero eso, ¿qué importa en pro o en contra de la Iglesia? Tampoco he conocido, por otra parte, ningún santo, y tampoco puedo negar que los hay… Todo lo que conozco son

personas bondadosas que no alcanzan a vivir lo que predican, eso es lo malo.

Con estas palabras, quedaban despachadas las cuestiones más candentes para Paulina. Se olvidó completamente de ellas. No pensaba más que en Eulogio, día y noche, con una verdadera obsesión.

A principios de julio, él le dijo que tenía que hacer un viaje. Paulina se asustó.

—Mujer, no seas loca; siempre voy quince días al mar. Esta vez me ha invitado uno de mis infinitos tíos, que está veraneando en Santander; además, no me voy hasta el día quince, y a primeros de agosto estoy otra vez aquí. Ellos vendrán entonces a pasar unos días con nosotros.

Paulina sabía que los Nives eran una familia larga y poderosa, que se conocía, se visitaba y se ayudaba siempre. Eulogio no le explicó que su pariente, un militar de alta graduación, destinado en Barcelona, se había casado con una viuda muy rica, hacía poco tiempo. Aquella señora tenía dos hijas muy del gusto de Mariana, dos chicas bonitas y con una buena dote… Mariana le había indicado a Eulogio que si alguna de ellas le gustase para novia, ella sería una mujer feliz. Es cierto que el muchacho sabía que ninguna podía atraerle en aquel momento, que tenía el cerebro nublado por la idea de Paulina, pero sabía también que algún día, si podía olvidar a Paulina, él se casaría con una chica de éstas, capaces de entusiasmar a Mariana… A pesar de ello, se iba envenenando más con el enamoramiento rabioso que sentía por la muchacha. Los días en que ella no comparecía a sus citas, se notaba enfermo. Mariana le observaba con un fastidio y un resentimiento contenido.

—Estoy deseando que te marches, hijo… Nunca se le ha visto con tan mala cara como este año, ¿no te parece, Miguel?

Esto era todo lo que Mariana se permitía decir. Entre ella y su marido habían acordado no darse por enterados, para evitar que una oposición hiciese más violentos aquellos amores estúpidos, y tragaban quina esperando que el tiempo aburriese al muchacho. Estaban deseando mandarlo a Santander.

Contra todo su cuerpo, contra todo su enervamiento, Eulogio también quería marcharse. Necesitaba respirar, pensar. Junto a Paulina no podía.

Se marchó el día quince de julio. Tres días más tarde, Paulina recibió una carta apresurada, dándole cuenta de la llegada y oyó las primeras noticias de la guerra civil.

Luego, las cosas sucedieron muy de prisa. Una ola de insubordinación, gritos, cánticos, locura, empezó a apoderarse del pueblo. El día veintidós de julio cogieron prisionero a don Pedro los mismos obreros de su mina y lo encerraron, junto con el párroco, el coadjutor y dos o tres elementos derechistas, en el calabozo del pueblo. Leonela, desesperada, hizo por verle y le llevó comida. Le dijeron que se había revuelto como un demonio, pero que ahora estaba «amansado» y jugaba a las cartas con el cura.

Paulina no salía de casa. Nadie la molestó. Supo que a don Miguel y a Mariana no les habían hecho ningún daño. En cambio, habían saqueado el castillo del conde de los Vados de Robre. Por fortuna, no estaba el conde ni ninguno de sus hijos.

Paulina en su casa vivía en una especie de pesadilla. No acababa de percatarse de la situación política del país. Seguía pensando en Eulogio como siempre, día y noche. Daba por descontado que

cualquier día su padre sería puesto en libertad… Sólo la preocupaba saber lo que había sido de Eulogio. Por eso se pegaba a la radio, tratando de coger la verdad de tantas noticias contradictorias.

Ahora tenía compasión a Leonela. La mujerona no hacía más que llorar y dar carreras por el pueblo, intercediendo a favor de don Pedro, con cualquier persona que ella creyese con autoridad para ayudarle.

—He visto al barrigón de don Miguel Nives. Dice que «tranquilidad»…, que nada puede suceder. Ese…

Se echaba a llorar cuando llegaba al punto de tener que insultar a alguien. Paulina no lloraba… Sólo estaba como enloquecida de ansiedad, pero no por su padre, sino por Eulogio.

Un día de finales de julio llegó hasta el portón claveteado de la casona de los Nives. Se atrevió a dejar caer dos o tres veces el llamador de bronce. No podía soportar el deseo de saber de él.

Abrió una criada vieja. En verdad, no abrió, sino que entornó la puerta, asomando un hocico agresivo por aquella raya.

—Por favor, quisiera ver a la señora Nives.

La vieja la miró de arriba abajo.

—Espere.

Le cerró la puerta. La dejó en la calle. Paulina esperó… Hacía sol; se sentía con los cabellos quemados por el sol y con las manos frías y húmedas. Esperó mucho rato. Imaginó que saldría Mariana y que al verla se echaría a llorar. Imaginó que la haría entrar y que le enseñaría el cuarto de Eulogio y hasta sus retratos de niño. Sentía los latidos de su corazón resonándole dentro del cráneo.

Al fin, la vieja volvió a aparecer.

—La señora Nives no la puede recibir.

Después de este anuncio le cerró la puerta otra vez, sin darle lugar a que ella preguntase por Eulogio. La vieja debería saber si los padres habían tenido noticias en aquellos días. Pero tampoco hubiera querido decírselo.

Siguió viviendo en su casa como una sonámbula. Comía lo que le guisaba Leonela. No se atrevía a salir. No recibía ninguna carta de Eulogio… Fue en aquellos días cuando se dio cuenta de que durante la temporada que llevaba en Villa de Robre había recibido media docena de cartas de su antiguo novio. Estaban sin abrir. No se había sentido con ganas ni con fuerzas de escribirle contestándole y, por tanto, había ido amontonando sus cartas para leerlas el día en que se decidiese a pensar en cómo debería explicarle las cosas… Ahora tampoco le parecía el momento oportuno. No hacía nada en todo el día, pero tenía su pensamiento lleno de una sola obsesión y Víctor se le representaba como un personaje muy lejano en su vida. Haber pensado en casarse con él era un absurdo inigualable… Le daba aprensión tocar aquellos sobres en los que aparecía su nombre en tinta verde y con la historiada letra del hombre. Nunca supo su contenido… Nunca los quemó, quedaron olvidados para siempre sobre la cómoda de su cuarto.

El día primero de agosto fusilaron a don Pedro junto con todos los demás prisioneros. Leonela vio su cadáver, llegó a casa desesperada, con la ropa rota, tirándose de los cabellos con un dolor espectacular, asombroso. Después, insultó a Paulina, llamándola mala hija. Paulina la escuchó sin defenderse. Aquellos insultos creía merecerlos.

Al día siguiente, Leonela se marchó de la casa, llevándose un baúl enorme y Paulina, por primera

vez, sintió miedo. Nadie había llegado hasta allí, a nadie se le había ocurrido registrar allí… Pero podía suceder esto en cualquier momento.

Por las noches, si llovía (y aquel verano llovió varias veces), si el viento movía las hojas de los árboles o hacía golpear una ventana, ella sentía terror. Una noche, el aire estuvo empujando papeles en Dios sabe qué habitación de aquella casa. Parecían pisadas, susurros. Paulina no se atrevió a salir del cuarto.

Tenía algunos comestibles en la despensa y quedaban verduras en el huerto… No había vuelto a aparecer el hortelano que cuidaba aquel trozo de terreno, con la ayuda de Leonela, y ella se alegraba. Parecía que el pueblo entero se hubiese olvidado de su existencia. Se alegraba. Las manzanas estaban a punto de madurar… Mordisqueaba algunas, a veces, gustándole su sabor agrio. No se moriría de hambre aunque no saliese nunca. Tenía atrancadas las puertas. Nunca había sentido aquel atontamiento absoluto. El mundo sin Eulogio le pareció una cosa absurda y vacía del todo. A veces creía que aquella revolución se había hecho para quitárselo para siempre, y aunque le esperaba a cada minuto, no podía reaccionar. Pasaba muchos ratos en el balcón del huerto, hasta que le dolían los ojos al incrustársele en ellos aquel trozo de su casa.

Una noche empezó a sentir el reclamo de su sangre, aquella extraordinaria corriente como si estuviese conectada con el fluido de otro ser, que le anunciaba la presencia de Eulogio.

«Estoy loca, pensó; estoy loca. Esto es que me he vuelto loca ya.»

Eulogio no volvería mientras las cosas no se serenasen, bien comprendía ella que era imposible.

Llevaba una vida propicia a enloquecer. Ni siquiera sabía cuántos días habían pasado ya desde la muerte de su padre y la marcha de Leonela… Se asomó a su balcón, sin embargo. Era una noche oscura, cálida. En algún sitio se preparaba una tormenta.

Se inclinó sobre la barandilla, oyó el silbido bien conocido, los oídos empezaron a zumbarle… Unos minutos más tarde, estaba llorando con su cara pegada a la de Eulogio. Al cabo de un rato, notó que él iba vestido de miliciano.

—Mi tío me ha hecho asistente suyo. Es un enchufe. Tendré que ir con él a Barcelona, pero ahora tengo un salvoconducto para llevar a mi familia hasta Santander… Puedo, incluso, requisar un coche en estos momentos. Yo he venido en moto, ¿sabes?… Pero a mis padres no hay manera de convencerles para que se muevan de aquí. Dicen que a ellos no les pasa nada aun en el caso de que entren aquí las tropas facciosas. A mí me preocupa, porque…

Paulina esperaba. Al fin, Eulogio fue dejando toda idea que no fuese la de sentirla al lado suyo.

—Paulina, si no te da miedo venir conmigo, mañana muy temprano…

—¿Miedo? ¿Miedo a irme contigo?

Se echó a reír suavemente.

Salieron en moto aquel amanecer. Al pasar junto a las tapias del cementerio, Paulina cerró los ojos. Hasta muchos años después no quiso permitirse pensar en aquella muerte de su padre. Aquella muerte de don Pedro quedó como enterrada dentro de ella en una de esas trampas de olvido que tiene el egoísmo de la juventud que más tarde, al cabo de los años, si se destapan, emponzoñan el espíritu con su olor a cadáver.

Paulina recordaba un viaje maravilloso. Pensaba que debió ser fatigosísimo, pero que ella no recordaba esa fatiga. La primera noche del viaje les sucedió algo que a Paulina le pareció lleno de misterio y de alegría. Cuando empezaba a anochecer, antes de llegar al pueblo donde pensaban dormir, vieron una casa grande, silenciosa y cerrada, entre campos de cultivo. Les pareció mejor llegarse a ella para pasar allí la noche. El silencio de la casa les empezó a extrañar. La rodearon y vieron un establo abierto y vacío. Sobre el establo se abría el pajar, medio lleno de hierba recién cortada. Una escalera de mano parecía abandonada en mitad de esa faena.

Esperaron un buen rato, comiendo al aire libre las provisiones que habían traído e inspeccionando por los abededores. Al fin se convencieron de que la casa estaba abandonada, por lo menos temporalmente; lo que a Paulina le parecía algo de buena suerte. Decidieron que era mejor subir al cuarto de la hierba que tratar de romper la cerradura. Y así lo hicieron.

Durmieron envueltos en la manta de Eulogio, entre la hierba cortada, que les metía hasta lo hondo de los pulmones su olor. Por primera vez, Eulogio la tuvo totalmente suya. Ninguno de los dos comprendía la razón de aquella imantación mutua, de aquella humana plenitud. Se sentían como colmados de felicidad, A Paulina le pareció que era demasiado aquello: ser jóvenes, quererse, poder ser el uno del otro, sin ningún obstáculo… Algo así, pensó, debieron experimentar Adán y Eva en el Paraíso Terrenal.

Por la mañana, Eulogio se encontró cogiendo entre las manos los cabellos de Paulina, que se le resbalaban como aguas negras. Ahora estaba asombrado de haber dudado alguna vez, de haber creído que podía dejarla.

—Nunca más podría estar con una mujer después de haber estado contigo.

—Yo sé una cosa sola: sé que no me importaría morirme, después de esta felicidad. No me parecería mucho para Eulogio se reía.

—No hay que pagar nada —afirmó.

Santander fue la ciudad de la luna de miel de Paulina. En Santander, Eulogio la presentó a sus tíos como su mujer. Eulogio y ella tenían la plena seguridad de haberse hecho una sola carne y un solo pensamiento para siempre. «En la riqueza, en la pobreza, en la felicidad, en el dolor»… Paulina lo pensaba con una alegría que casi le hacía daño. Se habían dado uno al otro; no hablaban de formalizar legalmente el compromiso, pero los dos sabían que lo harían en cuanto pudiesen. Por lo demás, en aquellos momentos, parecía algo de muy poca importancia el hacerlo o no hacerlo. Paulina vivió unos días felices junto a la bahía de Santander. Desde el hotel oía por la noche las sirenas de los barcos, apoyada su cabeza contra el pecho de Eulogio. Las arenas de las playas, la lluvia plateada de verano, el colorido cambiante del mar, las gaviotas, las verdes montañas, todo eso era una sinfonía de dicha, completamente aparte de la guerra. Eulogio era su seguridad, su felicidad, su razón única de existir.

La llegada a Barcelona, en un avión pequeño, inestabilísimo, fue para Paulina una experiencia nueva, vital. Le parecía que iba ahora patinando por la vida, gozándola a minutos, junto a Eulogio. Con él la muerte le parecía, algo sin importancia. Imaginaba el olvido absoluto, la nada. Y no le aterraba pensarlo.

En Barcelona, Paulina no volvió a ver a la familia de Eulogio.

—Mi tío se ha enterado de la trampa del matrimonio, y se ha enfadado mucho. Le he dicho que de todas maneras vamos a casamos en seguida, en cuanto podamos, pero está furioso. Ya se le pasará… Es mejor casi. Así estaremos más solos.

A Paulina no le importaba el aislamiento, aunque lo sentía cuando Eulogio por su servicio pasaba algunos días sin verla… A ella le calmaba saberle seguro, en la retaguardia y saber sobre todo que en su vida sólo estaba ella, que los dos compartían un mismo paraíso limitado y pequeño.

A veces se extrañaba de ella misma… ¡Una mujer con el corazón colmado de dicha, paseando por las calles de una ciudad a la que la guerra da un aspecto vivo y como exultante…! Aún no habían llegado los tiempos del hambre y Barcelona estaba llena de vida, con su alegría sensual y su olor a mar, humedad, sol y pinos; con un amor al placer y una despreocupación en las gentes, especial de la guerra… Paulina no podía pensar que Barcelona fuese al mismo tiempo una ciudad de luto.

Paulina aprendió a entender el catalán, aprendió a cocinar sabrosos platos de pescado, que le enseñaba la dueña de la pensión donde Eulogio y ella estuvieron alojados los primeros meses… La dueña de la casa de huéspedes era una mujer gruesa y limpia, reservada y bondadosa a un tiempo, a quien le gustaba ver vivir a aquella pareja de jóvenes para los que no parecían existir las preocupaciones que agobiaban a todo el mundo entonces.

Paulina deletreaba la palabra felicidad, se amurallaba de egoísmo para saborearla a cada momento en su espíritu y en su cuerpo.

Un día, un mediodía, Paulina fue herida de la manera más absurda. Se asomó a la ventana al oír

gritos y tiros, y nunca pudo enterarse -de qué había motivado aquella refriega callejera… Oyó otro grito horrible a sus espaldas —estaba en el comedor de la pensión, en una callecita vieja que asomaba a las Ramblas— y encontró a la patrona que caía al suelo con una especie de pataleta… Al mismo tiempo se daba cuenta de que un cuadro bailaba en la pared, atravesado de un balazo, y en seguida empezó a temblar ella misma porque notaba algo tibio y rojo que le goteaba sobre el ojo derecho, y sólo minutos más tarde, sobre la piel del cráneo una sensación de quemadura… La bala le había rozado la cabeza… En realidad, aquello le causaba risa al recordarlo, tan irreal parecía…

Eulogio escuchó este relato aquella noche, con aquella expresión como distraído, guiñando algo los ojos, tan especial, que ponía siempre que tenía verdadero interés en algo. A los dos días vino diciéndole a Paulina que había encontrado una casa muy tranquila en el barrio de San Gervasio.

—Me la ha proporcionado un compañero. Es un pobre hombre que anda muy preocupado porque sus dos tías viejas y medio chochas se van a morir de hambre. Yo le he prometido que mientras estemos en la casa cuidaré de su alimentación, y él, para convencerlas de que nos tomen como huéspedes, les ha dicho que nosotros somos unos personajes muy importantes y que si no nos aceptan, las fusilaran a las dos en menos que canta un gallo…

Así entró Paulina en aquella época de su vida, tan extraña, en que muchas veces sentía que su felicidad se debía de parecer a la de una mujer oriental, muy enamorada, a quien hubiesen encerrado por celos… No veía a nadie más que a las viejas dueñas de la casita, y a Eulogio… Sólo con él salía de paseo o a

ocasionales viajes… La cuestión de los víveres, en cuanto las cosas empezaron a ponerse difíciles, la arreglaba Eulogio. Paulina nunca supo qué aventuras había corrido él para volver a casa siempre cargado con patatas o carbón, o azúcar, o aceite…

—Esta es mi guerra —decía riéndose.

Las señoritas Martí, dueñas de la casa, se reservaban en su intimidad, y a pesar de los regalos alimenticios, los miraban como a intrusos. Tenían la idea de que los habían metido a la fuerza en casa. Creían que Eulogio era un terrible jefazo rojo y un asesino. Las asustaban sus pasos firmes, que hacían temblar las viejas consolas, que amenazaban los cojines bordados, los perritos de yeso y las puntillas que adornaban la casa… Como las señoritas tenían aquel aire asustado y eran menudas y de movimientos vivos y hasta gastaban un poco de bigote, Eulogio las llamó siempre, en su intimidad con Paulina, «senyoretas ratoneras».

Cuando más adelante pasaron tantas cosas, y aquella época naufragó totalmente para Paulina, siempre quedó el recuerdo de los hociquitos afilados de las hermanas, junto con el de un toldo rayado en un restaurante de la Barceloneta, agitado por el aire del mar, o la visión de la ciudad desde el Tibidabo, como componiendo para ella el recuerdo de Barcelona… Una ciudad distinta a todas, y que sin Eulogio no podía tener sentido.

Durante seis meses, Eulogio estuvo en el frente, por el sur. Paulina le acompañó, viviendo en un pueblo abarrotado, lleno de refugiados, gentes extrañas y sucias. Pero para ella lo más importante entonces era estar cerca de Eulogio. Estaba embarazada y fue entonces cuando se casaron, con un matrimonio de los llamados «militares». A la vuelta de aquel viaje

Paulina tuvo un aborto de poco tiempo. Quedó asombrada de la pena de Eulogio y del interés ansioso con que preguntaba al médico si es que no podría tener más hijos. Por eso, ella se sintió muy contenta cuando supo que iba a ser madre otra vez. Eulogio estaba verdaderamente entusiasmado y la cuidaba mucho.

Llegaron a los momentos peores de la guerra, y sin embargo parecía como si en la casa de las señoritas Martí ni siquiera hubiese comenzado el siglo veinte. Por una paradoja, Paulina siempre recordaría los años pasados allí como un remanso pacífico… Parecía que las sirenas y los bombardeos y el lejano tabletear de las ametralladoras perteneciesen a otro mundo. Paulina, al recordar su vida, nunca pudo asociar imágenes de guerra con aquella casita de dos pisos, muy estrecha, con un jardincito minúsculo, donde crecían dos o tres plantas polvorientas. Sobre el jardín se abría la ventana de la habitación de Eulogio y Paulina, que estaba en el piso alto de la casa. Desde allí veían un trozo de calle, por donde casi nadie pasaba nunca, y enfrente, una gran tapia florida, que parecía bordear una finca grande.

El único hogar que Paulina recordaba como suyo en toda su vida fue aquella casita de San Gervasio. El piso alto era enteramente de Eulogio y de ella, y Paulina lo limpiaba con ayuda de una asistenta viejísima, conocida de siempre de las señoritas Martí. La asistenta se llamaba Nuri, y se peinaba con un moño enorme, como un «tortell» sobre la cabeza. Paulina sospechaba que aquel «tortell» —que el tiempo no había encanecido— estaba relleno de algo que no eran los cabellos de Nuri. Con esta mujer se entendía Paulina medio en catalán medio en castellano y Nuri en algo especialísimo, un idioma

inventado para Paulina. Lo único que ésta entendió con claridad a la criada fue una especie de refrán en que le explicó que una «dona» tiene que llevar tres cosas limpias, los «peus», el «cap» y…

Paulina se encontraba en su casa. Entre Nuri y ella tenían reluciente la cocina y plantaron lechugas en un rincón del jardín. Nuri tenía la manía de que las viejas señoritas eran tías de Eulogio y Paulina, aunque desde luego la mujer sabía que no lo eran. Se refería a ellas como «las fletas»…

Pasados los años, Paulina siguió considerando algo muy suyo, íntimo y bueno, aquel período hogareño, en que Eulogio y ella se compenetraban como un matrimonio modesto y enamorado y hasta tenían dos tías viejas, algo huidizas, a quienes cuidar… Lo que no consintieron jamás las señoritas Martí fue que ellos traspasasen las puertas de su alcoba particular y de un par de habitaciones más que se reservaban.

Paulina recortaba la hiedra polvorienta que rodeaba su ventana y que cubría toda la fachada de la casa. Era una hiedra vieja y como adaptada al jardín descuidado y sucio. En la planta baja había cegado por completo una de las ventanas del salón… Eulogio se ofreció a recortarla y a liberar la ventana, pero las señoritas Martí le miraron horrorizadas. Eulogio les causaba horror. Una vez había entrado en su cuarto trepando como un mono por la hiedra célebre de la fachada. En verano salía a ducharse al jardín, con unos viejos calzoncillos por todo atuendo. Se duchaba con la manguera y, de camino, regaba un poco las plantas y hacía exhibiciones gimnásticas con su cuerpo de atleta. Las señoritas Martí le observaban desde el filo de la ventana, con sus ojos brillantes y pequeñitos. Como Eulogio llevaba fusil y pistolones, las señoritas suponían que se dedicaba a «orgías

sangrientas». Le agradecían únicamente el que no trajese nunca amigos a la casa, ni diese más escándalos que aquellos relativos de las duchas y los de besar continuamente a su mujer.

Un día, Eulogio hizo algo horrible. Se decidió a abrir el oscuro salón del piso bajo, lleno de moho, y a sentarse al piano de las señoritas Martí.

—Hay que afinar este cacharro, señoritas.

Las señoritas lo miraron con indignación, porque nadie había tocado aquel piano desde hacía años. Infinitos muñecos de porcelana bailaban sobre la tapa, a la presión fuerte de los dedos de Eulogio.

A Paulina, que estaba junto a Eulogio, la divertía ver la cara indignada de las hermanas. La más valiente era Conxita (también la más menuda, la de hociquito más afilado y ojos más brillantes). Esta se acercó, pasando con cuidado entre su sillería de peluche rojo, y Eulogio alzó hacia ella su cara somiente.

—¿Le gusta Albéniz, señorita Conxita?

—Permítame que le diga una cosa.

La voz de la viejecita vibraba… Eulogio se interrumpió con los ojos puestos sobre el teclado. —Usted no nos engaña aunque toque el piano… Esos dedos no son dedos de pianista.

Eulogio se miró sus fuertes manos cuadradas.

—¿Qué les pasa a mis dedos, queridas damas?

—Puede usted burlarse de nosotras todo lo que quiera, caballero, pero eso no impide que le falte a usted un centímetro en cada dedo.

Paulina y Eulogio se rieron, sin comprender que aquello era una venganza y una gran valentía, cuyo sentido oculto y misterioso ellos no eran capaces de apreciar. Conxita había querido dar a entender a Eulogio que para ellas dos, hijas de un profesor de

música, precisamente, Eulogio era un patán y un asesino, y que ellas jamás se dejarían engatusar por su pretendida afición a las teclas.

Se preveía el fin de la guerra. Eulogio, convencido de que ganarían los nacionales, se alegraba ahora de que sus padres hubiesen quedado en Villa de Robre, que fue tomada muy al principio, en el mismo año treinta y seis. Hasta el final, casi, no llegó por Francia la noticia de que don Miguel había muerto.

Las «senyoretas ratonetas» miraban espantadas un cielo cruzado de aviones, llamas y bombas. Pero les latía el corazón de esperanza. Paulina preparaba un equipo para un niño que debería llamarse Miguel, en caso de ser un chico. Las señoritas Martí la ayudaban, a regañadientes, a preparar el equipo. Ella no podía menos de reírse, porque no les había pedido que la ayudasen, de todos modos.

Eulogio estaba preocupado. Se le estaba formando una arruga, como un ligero corte vertical, en el entrecejo. Pero sólo hablaba de cosas optimistas y decía que, llegado el momento, su tío dispondría de un avión particular para llevar a Francia a toda la familia.

—En menos de dos horas estaremos en París, Paulina. Nos ponemos en contacto con mi madre para que nos mande dinero y nos quedamos allí algunos meses, hasta que en España se aclaren las cosas…

Llegado el momento, el tío de Eulogio se pegó un tiro, sentado en la mesa de su despacho.

Eulogio pasó fuera de casa un día y una noche, de terrible ansiedad para Paulina. No es que no estuviese acostumbrada a que pasase fuera muchas noches de servicio, pero siempre lo advertía… A cada momento, esperaba que alguien vendría a preguntar por él a la casita de San Gervasio o llegaría a traer

alguna mala noticia… Ella ni sabía un solo teléfono al que pudiese marcar. Por primera vez, se dio cuenta de su absoluto aislamiento.

Eulogio llegó al amanecer de una noche tremenda. Paulina estaba despierta, echada en la cama; aún oía el ligero chirrido de la verja del jardín que le hizo asomarse a la ventana y al reconocer a Eulogio tuvo la sensación de que era entonces cuando se derrumbaba. Cuando lo tuvo en la alcoba, a su lado, fue cuando se le ocurrió que no lo reconocía, que en unas horas se había hecho otro ser humano. El muchacho tenía la cara hundida y aguzada como un lobo. Algo feroz le brillaba en los ojos cuando le dio la noticia.

—Lo peor es que le han obligado «ellos». Le han obligado a suicidarse.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

Eulogio la miró con cansancio y un poquito de desprecio también. Paulina se daba cuenta de que, aunque él la había apartado deliberadamente de sus angustias y de la intriga de la guerra, le reprochaba el que, a pesar de todo, ella no estuviese enterada de las cosas. Apenas sabía vagamente que comunistas y anarquistas habían luchado en las calles. Sabía que había bandos, divisiones, intrigas por todas partes. Pero si Eulogio era sólo un soldado, un asistente que no pertenecía a ningún partido, ella pensaba que no tenía por qué apasionarse. Eulogio decía que llegar a su casa era precisamente olvidar todo aquel mar de fango y sangre… Y por primera vez, desde que se besaron en el tren, Paulina estuvo aquella noche lejos del deseo y de la comprensión de aquel hombre.

—Estoy muy cansado.

Empezaba a entrar la luz del amanecer por la ventana. Eulogio se quitó las botas, se desnudó y

quedó inmediatamente dormido al tocar su cabeza la almohada. Paulina, a su lado vio amanecer, vio encenderse por completo la mañana con su ligero vaho invernal, empalideciendo el cielo.

Fue al día siguiente cuando le pidió una lista de los víveres que poseían.

—Es que nos vamos, ¿sabes? Ayer lo dejé todo arreglado. Mañana, antes de amanecer, viene un coche a buscarme. Llevaré a la viuda de mí tío y a sus hijas hasta Francia. Es algo que estoy obligado a hacer, y las llevaré sanas y salvas; ¡ya lo creo!

Paulina asintió.

—Prepararé de todo… Pero todos los víveres no podemos llevarlos. Dejaremos algo para las pobres «ratonetas», ¿verdad?

Eulogio, por primera vez desde aquella madrugada, pareció sentirla a su lado. La cogió por las muñecas y la atrajo hacia él.

—No…

-¿No?

—Paulina… ¿No ves que no es posible?… Los víveres, el jabón, el poco carbón que queda, todo eso es para ti.

El le explicó después que ella tenía que quedarse, que no podía exponerse a un viaje así.

—Tú no sabes lo que ocurre en las carreteras. La gente corre en masa. Hay bombardeos. Dios sabe si tendremos que dejar el coche y seguir andando… Aquí no te va a pasar nada, Paulina. En cuanto yo llegue a Francia escribo a mi madre para que te busque… En seguida nos reuniremos…

Eran palabras razonables; a pesar suyo la convencieron. Esperaban el hijo para finales de marzo o principios de abril y finalizaba enero.

Aquella noche pasó para los dos sin que ni uno ni otro durmiesen un momento. Pasó tan despacio y tan fugaz, sintiéndola uno al lado del otro con los ojos abiertos. Paulina notaba una de sus manos junto a una mano de Eulogio. Años enteros tuvo dentro de ella este recuerdo del roce de sus manos unido al recuerdo de sus propias lágrimas, que sentía caer por las sienes, hasta la almohada.

Al amanecer oyeron llegar el automóvil que venía a recoger a Eulogio. Se despidieron en la misma alcoba. No acertaban a separarse.

Ella se asomó a la ventana. Al otro lado del jardín estaba aquella calle florida, vieja, como dormida… Había muchas así en el barrio. Vio cómo Eulogio se volvía desde la verja de entrada para decirle adiós y cómo se metía, decidido, en el coche, que tardó unos minutos en arrancar con un estruendo terrible y un temblor de hojalata que hacía temer que se rompería en pedazos en plena carretera. Paulina quedó mucho rato en aquella ventana. Le parecía que el cielo, al clarear, se enrojecía, más que por la luz del sol, por llamaradas de incendio.

Sentía a Eulogio junto a su cuerpo, como si no se hubiese ido, como si le tuviera allí. Esto la hacía sufrir.

—Otras mujeres han sufrido infinitamente más que usted y con mucho más valor —dijeron las señoritas Martí al verla llorar al día siguiente—. Otras han perdido a su marido y a sus hijos en la guerra, cuando no se los han venido a buscar de madrugada para darles un «paseo»… ¿De qué se queja usted, criatura egoísta, mimada?.

Las «ratonetas», al verla sin Eulogio, se sentían muy valientes, pero sus palabras la reconfortaron. Estaba segura de que, en cierta manera, las viejas

tenían razón y de que su felicidad, en aquel tiempo de dolor para todos, había sido algo parecido a un robo.

Pocos días más tarde entraron los nacionales. Las señoritas Martí, recapacitando en las supuestas actividades de Eulogio, se sintieron en el deber de denunciarla. De esta manera, Paulina conoció al fin las penalidades inherentes a una guerra y tuvo a su hijo en la cárcel.

Capítulo X

Se oían ranas y grillos. Una sinfonía de verano. La tierra húmeda y colmada abría sus madrigueras y mil pequeños seres hacían notar su vida en un rumor que alcanzaba alturas de gran concierto.

Antonio detuvo el coche otra vez en medio del camino. Tenía el ceño fruncido.

—No sigo.

—¿Cómo?

Notó a Paulina asustada. Esto le causó rabia.

—Dime sí has querido a ese burgués relleno de grasa como me quieres a mí. Dime si él te hizo perder la cabeza como yo.

Paulina le miraba enfadada.

—No… Aquello era algo limpio y joven… No necesité luchar con todo lo mejor que hay en mí para querer a Eulogio. Le quería, sencillamente. A ti, a veces, te aborrezco.

—Me alegro de que me lo digas. Yo también… ¿Es por eso por lo que te marchas?

Paulina estuvo unos momentos callada.

—No…

Ahora Antonio se volvió a ella con un perfil duro. Ya le conocía Paulina en este aspecto.

—¿Es posible que aún quieras engañarme acerca de cómo siente tu cuerpo, de cuál es tu verdadera felicidad?

—¿Qué dices?

—Digo que, si yo quiero, ahora mismo…

A veces las palabras de los hombres tienen como una quemadura en ellas.

—Llévame al tren, Antonio.

Se oyeron las ranas y los grillos de nuevo, como si alguna vez hubiesen dejado de cantar, mientras la atracción de uno a otro les calmaba. Al final volvió a hablar Antonio. Tenía las manos en los bolsillos y se echaba hacia atrás en el asiento, como un chico malcriado, mirando hacia la capota del automóvil.

—Tienes que decirme algo más. Tienes que decirme por qué Mariana habló de la influencia de mi suegra y de las monjas… Siempre me pareció extraña tu simpatía hacia mi suegra. Es una persona que no puede tener nada que ver contigo y continuamente estabais juntas…

Olía a cuero nuevo, a oscura intimidad. La voz de Antonio tenía como un deje de recelo pueril, un poco aburrido.

Paulina estaba cansada y tenía recostada la cabeza en el asiento, pero al oír a Antonio se enderezó para mirarlo, y mientras hablaba llegó a exaltarse.

—¿Por qué va a ser extraña mi amistad con Blanca?… Tú sabes mejor que nadie lo que pasó cuando yo tuve el niño muerto, y luego estuve tan grave… Mariana es buena, es eficaz y todo lo que quieras, pero tiene repugnancia a muchas cosas naturales. A Mariana le gustaría que a los niños los trajese la cigüeña. No puede soportar la crudeza de algunas cosas de la vida, le parecen de mal gusto… Blanca fue quien se cuidó de mí, me acompañó, me

veló muchas horas. Todo eso haciéndose notar lo menos posible, para que Mariana no se enfadase. Me di cuenta de que Blanca es una mujer exquisitamente buena… No es una beata del tipo de mi madre. Nada la escandaliza, todo lo mira con unos ojos puros, limpios; una siente que no quiere herir esos ojos… Siempre he creído ser una mujer agradecida. Pero a ella, ¿cómo la he pagado?… Buscando al marido de su hija. Tú mismo lo has dicho. Olvidándome de todo, buscando un desquite de olvido, de dicha, después de un período oscuro y triste… Eso no va conmigo. Esa no es mi manera de ser. ¡Cuántas veces he pasado noches despierta!… Y cuando fuimos a Las Duras, y nos escondíamos del niño, yo encontraba los ojos de José, tu cuñado, y me recordaban a los de su madre… Y yo, que he hablado tanto de la gente corrompida y sucia, que oculta sus miserias bajo el manto de la religión, yo me encontré ocultando las mías debajo de otra cosa: de mi mirada franca, de mis modales atrevidos de siempre… Después, Blanca me llevó a ver esas monjas carmelitas descalzas, decía que era un gran privilegio poder entrar en su convento, por la circunstancia de que la fundación acababa de hacerse, y que sólo durante un tiempo determinado podía entrarse en el convento, ya que luego será para siempre de clausura absoluta… Fue una experiencia muy rara ésa. Sí, muy rara. Fui a verlas por complacer a tu suegra. Siempre me han fastidiado las monjas. He conocido órdenes religiosas que hacen verdaderas ñoñerías y que bajo esos hábitos de religión acumulan dinero, desprecian la pobreza y adulan a todo aquel que es rico, etcétera… ¿Para qué hablar de cosas tan sabidas?

Ahora, Paulina empezó a hablar más despacio y como recordando.

—Pero esas mujeres son asombrosas. Su convento no es que sea pobre, es que es la pobreza misma. No tienen luz eléctrica, ni permite la regla los cristales en las ventanas… Cada una de las monjas tiene una celda encalada, con una cama de tablas y colchón de paja. No hay una sola silla en el convento, se sientan siempre en el suelo, hasta para escribir o trabajar. Las cruces de sus celdas son dos simples palos de madera… Todo resulta conmovedoramente sencillo. Trabajan su huerto y allí, en el jardín, tienen su propio cementerio. Reciben la limosna que les hagan y no piden ninguna… Hilan sus propios trajes y todas tienen los ojos limpios de tu suegra y jamás he visto unas caras más alegres que las suyas, ni una risa más gozosa… Muchas de esas monjas pertenecen a familias ricas y aristocráticas. Son de ese mundo de gentes que se encuentran a sí mismas privilegiadas, ese mundo que yo conozco un poco, de lejos, y que sé que está plagado de historias al lado de las cuales la nuestra se queda en mantillas y es de una candida inocencia… Y sin embargo, también puede dar estos seres, como puede darlos una pudibunda clase media. Y hasta me impresionó que entre las monjas hubiese una criada de servir que se metió al mismo tiempo que su señorita. Ahora están en conventos diferentes… He preguntado a las monjas por qué viven así, por qué se disciplinan, y qué las hace estar tan alegres con esa vida… Me han dicho que viven en penitencia por toda la Iglesia y que están tan alegres porque están seguras de que al obedecer a su superiora y cumplir la regla hacen la voluntad de Dios… A mí, particularmente, me parecen un absurdo… Pero veo que esas mujeres tienen algo que a mí me falta esta temporada. Veo que obedecen a su conciencia… Y aunque creen a pies juntillas en disparates tan grandes como el diablo, por ejemplo,

no son tontas. La superiora misma me pareció una mujer de verdadera inteligencia… No, nunca encontré personas así… ¿Es extraño que me conmoviesen?… Tú te has reído demasiado de mí cuando te decía que estaba atormentada. No sabes hasta qué punto era verdad…

Paulina quedó callada unos segundos. Y en seguida continuó :

—Es, sobre todo, eso lo que me atrae, lo que me impresiona… La alegría… Yo que he conocido a tanta gente riéndose a carcajadas, maliciosa, llena de caprichos, aparentemente con la vida más agradable que pueda soñarse… Y detrás, siempre, algo como desesperación, o vacío, o necesidad implacable de no aburrirse, de no estar sin hacer nada un solo momento, de no quedarse quietas unas horas, por miedo de aburrirse… Yo que he conocido a tanta gente que hace problemas de tonterías, y hasta fingen tragedias por encontrar algún interés a sus vidas… Yo no sé de una sola persona que estando profundamente alegre pueda disimular esto; ni tampoco de alguna que finja alegría sin tenerla, que al fin no se descubra… Yo te digo, Antonio, que la alegría de las carmelitas es algo muy sereno, profundo, verdadero, imposible de fingir… Y, pobres mujeres, yo que siempre pensé que las órdenes contemplativas eran una cosa inútil, absurda y feroz… Yo… Las he envidiado…

»Esta mañana fui al cementerio… Fui desesperada… No nos hemos hablado desde hace tres días… Creí que estaría tu coche en el recodo, antes de llegar al crucero, como otras veces… Es cierto que no habíamos quedado en nada, pero… No estaba… Me entró una sensación de soledad tan tremenda… Y luego, Antonio, me entró una

vergüenza, una desesperación por andar buscándote, por los caminos, como una demente… Me acordé de mi padre, el pobre hombre, como muchas veces me acuerdo ahora, cuando he sabido que también a mí me puede arrastrar mi cuerpo, también puedo yo desear algo que me atormenta y me ensucia y me envilece… También puedo yo encontrar disculpas ante mí misma, como las encontraba él… A veces siento que soy muy hija suya, que estoy muy unida a sus huesos. ¿Sabes? Por eso entro en el cementerio, los días que no te encuentro…

»Esta mañana encontré a tu suegra en el cementerio. Ella va a menudo a cambiar las flores de sus muertos. Dice que le da una gran paz…

»Yo estaba en un momento malo… Ayer fuiste conmigo demasiado desesperante. Me hiciste sentirme una mujer absolutamente tirada. Tú sabes que te gusta hacerlo a veces.

Quizá tienes derecho, lo soy… No tanto como tú, pero lo soy…

«Blanca vino hacia mí llamándome con su somisa… Yo no podía resistir su somisa esta mañana. Ella parecía un inocente moscardón negro entre los verdaderos moscardones, las mariposas, las flores… Ella no podía saber en qué absmdos se ocupaba mi cabeza.

»—Ya me ha dicho la madre superiora que has vuelto a verla… Si vieras tú, Paulina, cuánto me gustaría que Dios te iluminase (ya conoces ese lenguaje especial de Blanca)… Eres mejor de lo que tú crees; además, si vieras qué distinto sería para ti el sufrimiento si tuvieses el refugio de Dios…

»Eran palabras que no me decían nada, pero comprenderás que las últimas frases me inquietaron. Detuve a tu suegra con una somisa.

»—¿Por qué se imagina usted que sufro?

»—Todo el que no está con Dios sufre mucho.

»Me reí moviendo la cabeza. Pensé en Mariana.

»—¿También mi suegra? ¿No creerá usted que pueda ser un ejemplo de tristeza mi suegra? Sin embargo, no es creyente.

»Blanca me miró con esa seriedad suya tan extraña.

»—Si tú no estuvieses tan metida en ti misma te darías cuenta de que Mariana también sufre y casi siempre por cosas muy pequeñas.

»Me acordé de mí madre, siempre metida en la iglesia, siempre suspirante y mezquina.

»—He conocido personas muy creyentes y sufriendo siempre.

»Tu suegra me dijo obstinadamente, con esa obstinación de agua de mar que ella tiene:

»—Es distinto…, algún día lo comprenderás. Todos reíamos por que tú algún día lo comprendas.

»—¿Todos?

»—Sí, las carmelitas, yo y mil personas que ni conoces y que dedican su vida a rezar por personas así como tú, ciegas…

«¿Querrás creer que este diálogo tan simple y quizá tan absurdo, me impresionó muchísimo?… Sí, de ahí vino mi resolución. Cada hora que pasaba se me hacía más grande y más segura la idea de que tenía que marcharme. Yo, Antonio, no quiero ser peor que antes. No quiero resignarme a esa ley que hace que al envejecer seamos cada vez peores…

Yo no tengo la confesión para ir a contarle a un hombre mis miserias y… todo depende de mí misma…

Antonio había seguido con una sonrisa los razonamientos de Paulina… Al final la sonrisa empezó

a dolerle, molesta como la sonrisa de una mascara.

Encendió un cigarrillo y quiso iluminar con el fósforo prendido las facciones de Paulina. También le pareció una máscara pequeña aquella cara… Una máscara a la que asomasen solamente las aguas de los ojos extrañamente vivos.

Lo raro era que él no se sentía con fuerzas para rebatir todo aquello que Paulina había ido diciendo. Se adivinaba que la mujer era sincera, y sus palabras la expresión de una lucha íntima. A pesar de eso, durante un poco de tiempo él trató de seguir pensando que Paulina era vulgar y mentirosa. La miró de reojo y se encontró con una mujer extenuada, con el cuerpo desmadejado contra el respaldo del asiento… Entonces se aproximó a ella y sin hablarle empezó a acariciarle los cabellos, con un cariño que a cada instante parecía hacérsele más necesario.

Luego le empezó a hablar, empezó a convencerla de que no temiese. A Blanca no le había hecho ningún daño; por la sencilla razón de que no estaba enterada de nada… A Rita tampoco. Rita ni sospechaba… Nadie, absolutamente nadie sabía, ni atisbaba siquiera, la historia de ellos… Pero sí; quizá, al fin y al cabo, fuese mejor ese viaje a Madrid que colocaría a Paulina lejos de las suegras y de Eulogio y de todos. Antonio iría a verla. Todo resultaría más fácil. Paulina debería escribir a la Lista de Correos de León, y cada dos o tres días él se llegaría a recoger la correspondencia.

Su propia voz le convencía, enriqueciéndola con tonalidades espirituales que creía perdidas. Detrás de esta débil y acongojada Paulina estaba viendo a la mujer pura y burlona de otros tiempos, a la que nunca pudo alcanzar.

—Siempre te querré, Paulina. Has sido como una especie de destino en mi vida; no lo olvides… No hagas caso de mis desatinos. Lo importante es que te quiero tanto…

La voz de él era buena, honda, la protegía.

La mujer empezó a reaccionar a este reclamo. Necesitaba esta sensación de ser querida y colmada. Su alma no se había hecho para el vacío y la tristeza. El hombre notó cómo abría sus pétalos, notó cómo su orgullo se olvidaba y la fuerza de las sensaciones de su cuerpo empujada por tantos recuerdos recientes la llenaba al solo contacto de sus manos.

No quiso que notase su ligera somisa envanecida, y la disimuló en la oscuridad que les envolvía.

Estuvieron un gran rato oyendo aún el coro de la gran noche de agosto plena y hermosa en el campo. La gran noche que la lluvia había refrescado, pero que volvía a exhalar su tibieza vital.

Paulina se sentía como desdoblada de su propio cuerpo. Le zumbaba en la cabeza la frase de un libro leído no hacía mucho: «Sexo y muerte, la puerta principal, la puerta posterior del mundo»… Le parecía que el autor había esquematizado ahí, en una verdad singular, todo el secreto de la existencia. El autor de esta frase era Faulkner, el gran novelista americano que le gustaba a Antonio.

«Muerte y sexo»… A Paulina le parecía, según avanzaba en años, que con estas dos palabras estaba expresada la clave de la vida. Al fin ahí venía a parar, de ahí nacía toda la poesía turbia de la existencia.

Se dio cuenta, con dolorosa claridad, de que nunca iba a poder prescindir de ciertos anhelos ocultos y brutales que había despertado ella misma, al vivir, en su cuerpo. Nunca podría volver a la inocencia que en otro tiempo le hacía decir: «Yo nunca iré a otra

persona». Sabía que sí podría hacerlo e incluso podría quitarse el cariño de Antonio, en más o menos tiempo, con más o menos sufrimiento… Pero, ¿quién amaría? Todo podía comprenderlo menos el vacío. Sólo la muerte podría desbaratar la carrera comenzada… Dejar a Antonio, quitarse esta pesadilla del amor de Antonio… y volver a empezar, irremisiblemente, otra vez. Otra alegría, otra cadena, otra desesperación, otro amor…

—Tendrás que besarme aquí, Paulina. En la estación no deberemos besamos al despedimos…

—¿Por qué será la vida tan complicada, Antonio? ¿Por qué la complicaremos tanto? A veces es imposible vivir con la dureza y la fuerza que uno anhela en la juventud… ¿Por qué existimos así, desgraciados, anhelantes?… ¿Por qué no podemos tener felicidad, sino momentos de abandono, de placer y de sombra luego?

Antonio, somiente, puso su mano sobre los labios de Paulina. Después de callarlos, los besó.

Capítulo XI

Antonio llegó al castillo cerca de las dos de la mañana. La tormenta, al pasar, había limpiado el cielo. Vio los altos riscos contra las estrellas y el pueblo nítidamente dibujado y dormido. Los pizarrosos tejados parecían láminas de plata lisa y vieja.

Los paredones del castillo tuvieron un encanto especial para Antonio, recortados en la noche. Sintió orgullo de propietario al mirarlos. Había comprado aquellas piedras llenas de historia al casarse. No le pesaba la compra, aunque no serían suyas, realmente, mientras viviesen los suegros.

La historia de los condes a su yerno le provocaba una pensativa somisa, como una estampa del siglo XIX.

Se imaginaba a Blanca, recién salida del colegio, como en una fotografía en que aparecía apoyadas las manos en un jarrón colocado al arranque de una escalera: una muchacha de cara redonda, candorosa, que se enamoró a primera vista del entonces guapo Alfonso, apenas se lo presentaron con este fin, precisamente.

Alfonso era hijo segundo del conde de los Vados de Robre, y Blanca también era segundona de una familia noble.

Alfonso tenía vocación de fraile, según había manifestado, sin que nadie, ni siquiera los mismos frailes de su colegio, le hubiesen tomado demasiado en serio, a pesar de que quería ser de ellos. Era un muchacho de diecinueve años, muy espiritual y melancólico, beatísimo, con la mirada siempre baja y consideró horrorizado a la jovencita regordeta y alegre a quien le proponían por mujer… Sólo que Blanca, en cambio, estaba decidida a casarse con Alfonso, o dejarse morir si no lo conseguía… Con el apoyo de toda la familia lo consiguió… Y al cabo de poco tiempo, Alfonso pareció como sacudirse de un sueño, y empezó a enamorarse de su mujer y a dejar de ser tan beato. Empezaron a gustarle las fiestas de la divertida y poco intelectual sociedad que frecuentaban, compuesta casi toda por parientes más o menos lejanos y más o menos encumbrados en sus títulos y en su dinero. Sobre todo se apasionó por el teatro. Tenía palcos de «abono» en los dos o tres que estaban de moda y le gustaba lucir a Blanca en ellos. También compuso poesías, pero tenía una sonrisilla avergonzada cuando hablaba de esto. Le parecía una debilidad de gran señor aquel condescender a honrar la Poesía con su pluma… Porque, desde luego, el conde estaba convencido de la poca cristiana idea de que los títulos le daban alguna superioridad sobre el resto de los mortales. Precisamente por esto trataba bondadosamente y con gesto protector a todo aquel que no tuviese la dicha de poseer en su bagaje personal tan apolillados honores.

Blanca, desde su boda, fue evolucionando suavemente en sentido contrario del de Alfonso. Poco

a poco, cuando el cariño entre ellos se hizo sólido y extrañamente venturoso y firme, Blanca empezó a preocuparse menos por su guapo Atfonso, y a interesarse menos también por todas las diversiones y alharacas, y poco a poco se había ido recluyendo en casa. Su estado actual era muy parecido al de la vocación monjil. Blanca se sentía feliz ahora de vivir permanentemente en Villa de Robre. Alfonso, no tanto, aunque no le quedaba otro remedio.

Aquel matrimonio, económicamente, se había hecho a base de la dote de Blanca. Tuvieron, al casarse, algo así como lo que suelen disponer un centenar de familias de clase media, juntas, para vivir. No era demasiado, más bien se les hacía escaso para el ritmo de vida que debían llevar, y resultó poquísimo, por la presencia perturbadora del viejo conde de Vados de Robre, un gran señor que toda su vida había despilfarrado con verdadera alegría y seguía despilfarrando y jugando desesperadamente. Cuando «no había más remedio», metía mano en la fortuna de sus hijos. La dote de Blanca empezó a desaparecer vendida por fincas, con aquellos saqueos de pirata. Al fin el viejo señor murió con una muerte edificante y de gran estilo —echándose al suelo sobre ceniza para recibir los últimos Sacramentos—, dejando muchas deudas y —por la muerte del hermano mayor— el condado y el castillo, a Alfonso y Blanca.

Esta pareja criaba a sus hijos con mimos, con lujos de institutrices y preceptores, en buenos colegios…, a salto de mata, sin embargo, de manera desordenada y ruinosa. Tenían todas sus esperanzas en el chico mayor, José. Según las nuevas normas de la vida, este chico y sus hermanos querían estudiar carreras universitarias. José se hizo ingeniero de Montes. José

era guapo y muy atractivo, y aunque tenía el carácter estropeado por algunas ideas raras, se imaginaban los padres que haría una boda extraordinaria. La guerra desbarató aquellos planes, cuando incomprensiblemente José sintió vocación sacerdotal… En la guerra murieron dos hijos de los condes, y Joaquín, el que seguía en edad a José, y que era entonces estudiante de medicina, se casó con aquella burguesita, Ana María. Secretamente, la familia consideraba esta boda una desgracia mayor que las muertes de los héroes.

Aún les quedó a los condes otro hijo, Luis, militar de carrera, que hizo, para compensarles, la gran boda soñada. En cuanto a la pequeña de la casa, la única hija, Rita, se encontró muy afortunado aquello de la unión con Antonio Nives, que aunque no tenía ni un solo pergamino en la historia de su familia, no sólo era muy rico, sino extraordinariamente generoso. La familia se puso de acuerdo para encontrarle buenas cualidades. Era guapo, era elegante, el conde le encontraba con aficiones parecidas a las suyas… Quizá leía demasiado: Rita decía que leía de manera casi anormal… Pero Blanca recordaba que José, de muchacho, también leía así, y luego estaba acabando perfectamente: en santo.

En resumen, la historia de los condes —como la de algunos reyes— había concluido por ser la historia de los matrimonios de sus hijos. Blanca decía:

—No creáis que no tengo cierta angustia al pensar en cuántas tonterías nos entretenemos; buscando dinero y nobleza y cosas así… Pero todo tiene su lado bueno. Luis con su boda ha podido ayudar a José con el dinero necesario para la reconstrucción de la parroquia, y Antonio, indirectamente, también…

Era curioso que la boda de Antonio y Rita tuviese un remoto origen en los tiempos de la guerra civil… Durante la guerra civil, Blanca, que tan mal quería a Mariana Nives —hasta el punto de acusarse de ello en la intimidad del confesonario, muchas veces—, se hizo una gran amiga. Las cosas ocurrieron así entre ellas:

Mariana había sido la confidente, la protectora intelectual, la admiración de la adolescencia de José, el primogénito de los condes, que en los veranos de Villa de Robre se pasaba las horas muertas en casa de esta mujer, indiferente a cualquier clase de habladurías. La verdad es que, según decía, sólo con ella podía intercambiar ideas y libros. Cuando no charlaba con Mariana o leía, José se iba al campo con una mochila a la espalda en compañía de Eulogio. A los dos muchachos les gustaba la caza y el simple andar por los campos. Eran íntimos amigos, unidos por aquella alegría de sus excursiones. A los dos les gustaban tanto los bosques de Las Duras que esto determinó la carrera de José.

—No hay más dios que la Naturaleza y la Ciencia —decía José para hacer rabiar a su madre.

Sólo Blanca sabía con detalle el proceso de la evolución y conversión de su hijo hasta el sacerdocio… Pero cuando Blanca se hizo amiga de Mariana, José estaba en el frente y aún no se sabía nada de su conversión y vocación.

Simplemente sucedió una cosa. Al entrar los nacionales en Villa de Robre, Miguel Nives fue encarcelado, fue juzgado, se le encontró culpable de muchos crímenes cometidos en el pueblo en un período en que él era la máxima autoridad, y fue fusilado sin contemplaciones.

Los condes, que estaban en San Sebastián, llegaron a Villa de Robre casi en seguida de haberse

liberado el pueblo. Blanca se enteró de que la que ella llamaba «su enemiga» y por la que rezaba todos los días, estaba pasando un mal momento. Le contaron que hasta los chicos del pueblo habían escrito letreros insultantes en las paredes de su casa y que alguno se había atrevido a apedrear aquellos muros. Desde el fusilamiento de su marido, dos días antes, Mariana no salía a la calle. Ninguno de sus parientes estaba en el pueblo en aquel momento, y ninguna de las personas acomodadas del pueblo había ido a visitarla.

Blanca fue.

Nunca se había asomado a la casona de Mariana, pero en esta ocasión se metió hasta dentro; apartó a una entontecida criada vieja y tendió sus brazos a Mariana, que estaba adelgazada y como atónita… Blanca lo hizo tan bien, con tal cariño y torpeza, que Mariana no le tomó rencor y empezó a tratarla, muy pronto, protectoramente… En los días sucesivos y después en seguimiento de Blanca, la casa se llenó de tardías visitas…

La familia de Antonio —su padre, su madrastra, sus dos medios hermanos y él mismo— habían pasado a zona nacional… Muchas veces, durante los tres años de guerra, le mandaron largas temporadas a Villa de Robre, a casa de tía Mariana, y allí tuvo que jugar con aquella niña zangolotina y llorona que era Rita… Pero a Antonio, que en el fondo siempre había sido cursi, le gustaba que Rita fuese hija de unos condes y viviese en el castillo… Aun ahora, esta sensación cursilona nadaba sobre sus otras cualidades, como el aceite. En secreto soñaba con inducir a los condes a que le dejasen a Rita el título, y les mimaba, viéndoles vivir con una curiosa sensación de que eran niños grandes, completamente felices. El conde cada vez recordaba más poesías y canciones, y era mas afable y protector

con todo el mundo. En cuanto a la condesa, con su capilla y sus misas en casa, vivía, a juicio de Antonio, en otro universo de color de rosa. Ni Alfonso ni Blanca le parecían a él demasiado impresionados por la enfermedad de Rita. No se daban cuenta de su gravedad, y esto quizá influía de manera favorable en el estado de la joven. Blanca, sí; se dedicaba a ella, con gran mimo, pero lo había hecho siempre… Y la verdad, Rita se aburría bastante con aquellas historias de santos que a su madre le gustaba contar. Sólo que este tierno aburrimiento, en medio de su debilidad, le era necesario.

En cuanto a los otros habitantes del castillo, Joaquín y Ana, procuraban pasar inadvertidos, ahorrando como pequeños burgueses por si algún día tenían que marcharse de allí. Eran completamente distintos del resto de la familia.

—Es —decía el conde— como si en nuestra pollada de cisnes hubiésemos encontrado un huevo de pato doméstico y pacífico…

A Joaquín no le hacía demasiada gracia aquella inspirada comparación de su padre…

Ahora todas las luces del castillo estaban apagadas, y el jardín lleno de humedad y paz. Antonio metió el coche en el garaje y atravesó despacio el jardín hacía la casa. En la capilla, detrás de los vitrales, había un resplandor. Quizá fuese la lámpara del Sagrario… Los suegros costeaban —con ayuda de Antonio— a un capellán viejo y desdentado, mientras el hijo hacía de misionero en su propia tierra entre las humedades y los bosques de Las Duras.

Antonio torció el gesto al pensarlo. Bostezó.

—Extraño gusto…

Al cabo de un rato se metió en la cama, en el cuarto de soltero que ocupaba en el castillo desde la

enfermedad de Rita.

Se durmió agotado, con una expresión en su cara joven que le daba un extraño aspecto de sufrimiento y de inocencia.

Rita se despertó angustiada.

—Mamá…

Dio la luz sobre la mesilla. La cama gemela a la suya, de madera oscura con altas columnas, estaba vacía e intacta… Había quedado tal como la preparó la doncella, con el embozo vuelto y el enorme camisón doblado sobre la almohada.

A Rita le parecía haber oído pasos en la terraza, un momento antes. Aguzó el oído. Poco a poco fue percibiendo los descorazonantes crujidos de la carcoma. Recordó que los espiritistas creen que estos crujidos son manifestaciones, y como voces, de los muertos, y se encontró erizada de miedo… A veces pasaba estos terribles miedos… Creía ver alas membranosas en la noche, e imaginaba al diablo en un rincón, mirándola y riéndose.

Recordó que su madre le había dicho que pasaría gran parte de la noche en una vela al Santísimo, y se angustió más aún.

—Si necesitas algo, llama al timbre. María está advertida…

«¡Si necesito algo…!» Sentía una blanda amargura. En aquel momento estaba completamente olvidada de los desvelos de su madre por ella, de la entera dedicación de Blanca. Esto, al fin y al cabo —sentía—, era lo natural, algo que aquella mujer le debía por el hecho de haberla llevado en su vientre. Era su carne… Se sintió profundamente celosa al recordar los días de la gravedad de Paulina, cuando Blanca se pasaba la noche en la casona de Mariana, y ella, su hija, tenía que conformarse con la compañía

de la doncella o de su cuñada Ana… Antonio no quería estar a su lado. Era otra angustia. Algo que guardaba sin manifestarlo, pero que le oprimía. Antonio no había nacido para enfermero… Lo decía él mismo. Blanca, sí. Blanca había nacido para cuidar a los demás, pero a ella, a Rita, no le daba importancia. La abandonaba… ¡Qué preocupación, en cambio, por aquella odiosa mujer, aquella Paulina vieja impertinente, que parecía tener el don de congregar a todo el mundo en expectación alrededor de ella y de sus cigarrillos…! Lo que más aborrecía Rita en Paulina era su manera de fumar, su somisa de medio lado, a veces, cuando estaba fumando. O al menos, una sonrisa que a Rita se le había quedado como estampada, como un bofetón, como algo quemante, una vez que la sorprendió, dirigida a Antonio…

—Esa Paulina es una mujer viciosa, mala…

Esto se lo había dicho ella a Antonio una tarde.

—Sí, es posible que tengas razón.

Antonio le había contestado esto, sí, le había dado la razón, aunque a él, Paulina le atraía también… Sólo al mirarse al espejo, al comparar su cara con la de aquella mujer, Rita se tranquilizaba algo, pero… Era una especie de pesadilla. Siempre que la veía aparecer con aquellos ojos tan negros, con aquel aire tan especial, de estarse riendo interiormente de todos, el corazón le latía de desagrado…

La noche era muy honda. La lámpara de sobre la mesita proyectaba su haz de luz. En los rincones quedaban grandes sombras. Rita empezó a llorar. Le parecía que Paulina tenía todo lo que una mujer puede pedir a la vida… Había vivido a su capricho un romance de amor durante la guerra, había sido admitida luego en casa de su marido como una hija; se portaba con la mayor impertinencia y displicencia

con todos y nadie tenía para ella más que atenciones y sonrisas… Hasta su madre se preocupaba… Su madre, que era capaz de dejarla a ella por cuidar a aquella especie de mujerzuela ordinaria…

Esta noche, por fortuna, no estaba cuidando a ninguna otra persona, sino en la capilla. Si algo ocurría, podía llamar a la doncella, y, en último caso, podría enviar a buscarla… Por un momento le tentó esta idea. Luego todo su sufrimiento se le disolvió en lágrimas casi infantiles.

«—Necesito que estés tú conmigo, y no María —pensó, imaginando a su madre—. Tengo miedo… No deberías dejarme… Tú al menos, no deberías dejarme… Tú no… Todos me dejan sola»…

Apagó la luz de nuevo, acongojada con su sudor y su miedo. Su madre le pareció una mujer que llevaba demasiado lejos sus actos beatos. Una egoísta, en suma. Sí, una egoísta.

Blanca estaba de rodillas. Era gruesa, y de cuando en cuando sus rodillas supuraban pus. Ahora tenía uno de esos atormentadores abscesos, pero había dejado de darse cuenta. Estaba sumergida en una especie de agonía, desde que vio como se marchaba Antonio.

«Va detrás de ella… ¡Dios mío, ilumínala!» Siempre se asombraba Blanca —y también se acongojaba— de lo mucho que veían sus ojos detrás de los seres que se movían a su alrededor.

«¿Por qué no tendré la inocencia de Rita, la despreocupación de Joaquín, la enérgica ceguera de Mariana?»

Éstas eran sus preguntas desde hacía mucho tiempo, mientras se daba cuenta del desarrollo de aquellos oscuros amores de su yerno con la mujer de Eulogio. Nadie más los veía. Sólo Blanca. Los otros se

preocupaban de sus problemas propios, estaban como cegados, centrando el mundo entero en ellos mismos; pero ella, Blanca…

La oración de Blanca era muy pura, muy sencilla. Hacía años que sólo vivía para Dios y que veía sin asombro, sin censura, las cosas que ocurrían a su lado. Más bien las veía con una infinita piedad.

Esta noche no encontraba dulzura alguna al intentar sumergirse en la gran llamarada de aquel amor que sostiene al mundo y ella conocía. Esta noche sólo tenía un acongojante sufrimiento. Recordaba los ojos negros de Paulina, en su encuentro del cementerio. Unos ojos como deben tener los que quieren condenarse… Como muy de lejos, pensaba en el día de las bodas de Antonio y Rita, cuando ella tuvo como un presentimiento de tristeza que le fue necesario disimular, en medio de la alegría de todos.

—¡Dios mío, ilumínala!

En Antonio no pensaba. No sabía por qué, sólo pensaba en Paulina… Quizá sólo pensaba en ella porque desde niña se había acostumbrado a la idea de que son las mujeres las causantes de todo: lo malo que sucede. Las mujeres que «hacen pecar» a los hombres.

O quizá no pensaba en Antonio, porque no era el egoísmo de la felicidad terrena de su hija el que la hacía rezar. Era únicamente que había atisbado el momento crucial de un alma. Jamás supo explicarse luego el motivo humano que aquella noche pudo hacerla instalarse de rodillas junto al Sagrario para rezar por Paulina, y por qué continuó como una estatua orante cuando oyó llegar a Antonio, por qué se durmió alguna vez de rodillas, por qué se despertó

con congoja y por qué, hasta que el sol salió, estuvo así, rezando.

—Ilumínala…

A la hora del desayuno, al verla ojerosa, entumecida, casi enferma, la opinión de los parientes de Blanca se dividió entre reñirla o burlarse de ella.

—No hay que hacer exageraciones —dijo el viejo y desdentado capellán cuando, gracias a Rita, se descubrieron los rezos nocturnos.

Blanca empezó a ruborizarse, a reír, a protestar como siempre.

Antonio, que en un extremo de la mesa tomaba su huevo pasado por agua, con cara de mal genio y las cejas fruncidas, miraba a sus parientes de soslayo, como si temiese que hicieran comentarios sobre su salida nocturna.

Nadie se cuidó de eso, ni siquiera Rita. Todos los comentarios de la mañana se refirieron a las inocentes manías de los rezos de Blanca… Antonio se alegró. Desde su lugar de observación empezó a considerar a aquellas personas que se agrupaban al otro extremo de la mesa, como si fuesen muñecos de marionetas movidos por hilos, agitándose por tonterías sin sentido.

«La gente, en general, no sabe lo que es la vida…»

Esta profunda ocurrencia le daba un aire sapiente y burlón, como de búho. Aquella infeliz Blanca, por ejemplo, jamás sabría lo que es una pasión humana, jamás habría corrido en la noche, como él, para gustar unas sensaciones acidas, quemantes; jamás pensaría que pudiera desarrollarse allí, a su lado, aquel mundo de pasión que los había entrelazado a Paulina y a él… ¿Y los demás? Joaquín y Ana… ¿Es que sus vidas merecían vivirse…?

Cuando terminó el huevo pasado por agua, Antonio estaba convencido de que entre todos los personajes que habitaban el castillo, sólo había uno, notable…, uno, que bajo la corteza corriente de la vida, llevase como un agua subterránea otra vida inquieta y apasionada…

«¡Velas al Santísimo!»… ¡Dios mío, discutían por si aquella infeliz Blanca tenía derecho o no tenía derecho a rezar las horas que le diese la gana…!

«¿Cómo podrán preocuparse por cosas así?»

—No hay que exagerar, no hay que exagerar. Las exageraciones, hija, a veces no sirven para nada; para nada…

Sobre el aroma del café y del ramo de rosas que atraía a los moscardones, se oía así la bondadosa y cascada voz del Padre Pérez.

SEGUNDA PARTE

Capítulo I

Era como una cuna. Tchak, tchak, tchak… Un movimiento acompasado, monótono, profundamente monótono… Algo la abrazaba, la envolvía, la acunaba en el sueño. Algo que, al final, acabó de despertarla.

Estaba en el tren. Se había desnudado, se había puesto su pijama y había logrado meterse entre sábanas en una cama del tren… Puesto que así se despertaba.

Unos instantes disfrutó de esta voluptuosidad de ir así, mecida sobre las ruedas, con su cuerpo distendido, cómodo. Por las rendijas de las cortinillas pudo ver una ligera claridad. Debía de estar amaneciendo. Sentía calor… Echó las mantas hacia abajo.

Se arrastró luego perezosamente hacia los pies de la cama y, así, tumbada boca abajo, se apoyó sobre la almohada que había rechazado a los pies por la noche, y descorrió la cortinilla, recibiendo una pura y serena impresión de belleza que la dejó mucho rato quieta, somiente. Absorta. Alguien, como una esponja, había borrado su congoja de la noche antes, cuando llegó a acostarse entre lágrimas, rendida… Ahora no pensaba en nada. Su cabeza, su cuerpo, sus sentidos

todos, estaban serenos en este momento puro del despertar.

El campo estaba amarillo y quemado. Un mundo amarillo. Era un enorme campo liso, totalmente diferente al que acababa de dejar hacía unas horas.

Las alondras levantaban el vuelo entre las rastrojeras. Ni un ser humano entre todos aquellos kilómetros de meseta que abarcaba la vista… Un árbol, solitario, lejanísimo. Un palo del telégrafo, un mojón, todo tenía su dibujo preciso y nítido en la amanecida.

Paulina se imaginó a sí misma andando, pequeña como El.

una hormiga, por entre los surcos de aquella llanura amarilla y parda. Su nariz recibiría mil aromas de hierbas secas y humildes… Conocía el cantueso, el tomillo, el romero de Castilla… Sabía que a esa hora, antes del sol, el cuerpo, tonificado por el aire puro y vivo, no sentiría cansancio aunque anduviese mucho… Muy lejos se veían montañas como sombras azules.

Muy lejos habían quedado los montes de León. Lejos, la vida… Toda aquella ardorosa, vulgar, pequeña intriga que era la vida. Lejos, el dolor del cuerpo y del alma… Lejos todo, menos las inmensidades de la tierra y del cielo, alto y puro.

Una casita humilde que parecía pegada a la llanura, casi confundida con ella, entre las grandes sábanas del firmamento y la tierra, la conmovió al pasar… Sobre aquella pobre habitación humana se encendía la última estrella, ennobleciéndola con una temblorosa poesía.

Paulina tuvo un caprichoso, fuerte y fugaz anhelo de vivir en aquella casa de tierra, con su corralina de piedras supuerpuestas y barro seco… De vivir en un

sitio así, rodeada de lo inmenso, para siempre olvidada y sola.

Esta idea extraña le venía como con un deseo hondísimo de paz… No, Más que eso… Era un deseo de poder saborear, quietamente y sin interrupciones, esta paz que la estaba llenando por momentos. Porque, como una marea, en pequeñas y lentas oleadas, la paz invadía su espíritu. Era una sensación divina. La tuvo como transportada esa sensación, medio inclinada en su cama, sin vestirse, absorta en el espectáculo de la llanura.

Veía aquellos colores pardos y amarillos de la tierra seca en agosto. Veía un rojizo resplandor, a cada minuto más espectacular, amplio y poderoso, rodeado de nubes pequeñas doradas como llamas, en el horizonte…

Imaginó el canto frío y dulce de los primeros pájaros, y el fresco de la mañana… Y todas estas cosas las siguió teniendo delante de los ojos, cosquilleándole los sentidos, cuando tuvo la sensación de que veía todos los espacios del mundo a aquella hora: los anchos, solitarios espacios de las llanuras de toda la tierra y las soledades de las grandes montañas, altas, azules, espolvoreadas de nieve. Y los mares cálidos que, a aquella hora, se llenaban de sol hasta burbujear su belleza en manchas de color de plata, en mil espejeos de luz, en un suave, impalpable, tembloroso vapor… Se imaginó también los mares fríos, con sus grandes sombras junto a las rocas, y los chorros de espuma de su oleaje, y los animales de los abismos, desplegando su color, su vida, a tanta lejanía de la mirada humana y, sin embargo, perfectos hasta el último detalle de su colorido y sus caprichos y sus instintos…

El corazón de Paulina se sentía también misteriosamente unido al de los hombres y las mujeres de todo el mundo, con su capacidad de daño y destrucción y también esa otra capacidad, esa otra sed, esa otra búsqueda que a veces se pierde… La búsqueda del amor. Vio como ella misma y cómo todos los hombres, hasta los que lo niegan, hasta los que le dan la espalda y, exasperados, lo disfrazan de crimen, buscan el amor. Lo buscan a veces con la elementalidad de las bestias y a veces con dolor y ceguera, y a veces con un odio de su rastro y de su nombre…

A veces el amor les suena hermosamente; parece que va a ser como un mar rompiente e infinito… Luego se quedan los hombres sin llegar a él, en un pequeño charco cualquiera, que espejea… Los seres humanos aman estos charcos, se ahogan en ellos, se pierden en ellos, se mueren en ellos a dos pasos de ese rumor más lejano, más difícil, de ese mar de amor, inmenso, que existe, que espera…

Paulina, absorta, bajó lentamente la cortina de su ventana. El tren pitaba al entrar en una estación. A ella no le hacía falta ahora mirar hacia la llanura. Era como si le hubiese quedado dentro aquel amanecer hermoso.

Mientras se lavaba y se empapaba de colonia los cortos cabellos negros, el espejo del lavabo le devolvió su imagen delgada y ella no la estaba viendo… Ni por un momento dejaba de inundarla aquella gran marea de belleza que había llenado su alma en la mañana.

Ahora, la sensación de la plena belleza del mundo se le hizo más completa y más pura… Veía en ella las ciudades donde los seres humanos sufren, hacinados, y se desean o se odian sin querer mirar aquello que en verdad anhelan, aquel colmo de su vacío que

buscan, aun cuando se matan, y que sólo puede llenar el amor. Veía el dolor de muchos, aquel dolor tan puro, tan alegremente ofrecido, de sus amigas carmelitas… Un dolor que alcanza su objeto de amor… Y sentía que otros muchos hombres son obstáculos conscientes para que sus hermanos no sientan y no contemplen el amor necesario, y sintió cómo a éstos les ayudaba un espíritu de cobardía y de mal. Tuvo la intuición de seres humanos que son como vivos canales por donde el amor corre y fructifica, y estos hombres y estas mujeres son aquellos cuya vida se cumple enteramente, aunque en apariencia puedan ser feos y pobres o enfermos; su vida humana se cumple como se cumple la de las flores al dar color, aroma, y convertirse luego en fruto; y como se cumple la de las humildes hierbas del campo de Castilla, en su olor tónico y puro.

De pronto, se dio cuenta de que todo esto se le derramaba en el espíritu en vivos ríos de comprensión, que nada tenían de sentimentales, porque la hubieran ahogado.

Estaba somiente, tranquila. Con todo aquello dentro o envuelta en todo aquello. Se vio a sí misma, dándose cuenta de que se pintaba los labios frente al espejo del lavabo, haciendo mil equilibrios con el traqueteo del tren. Sus ojos estaban profundamente serenos. Con una serenidad que no tenían hacía muchos años.

«¿Qué te pasa, Paulina?»

Lo preguntó suavemente, a media voz, dirigiéndose a la imagen suya del espejo… Pero, en verdad, materialmente, no le sucedía nada. Alrededor suyo no sucedía absolutamente nada.

De nuevo volvió a la ventanilla y la abrió. Entonces recibió en la cara el fresco aroma, el viento que la

velocidad del tren producía, los chirridos de los pájaros, los fuertes colores de la tierra, que el sol caldeaba ya y que se confundían en el brillante amanecer.

El amor —notaba el alma de Paulina—, el amor es algo más allá de una pequeña pasión o de una grande, es más... Es lo que traspasa esta pasión, lo que queda en el alma de bueno, si algo queda, cuando el deseo, el dolor, el ansia han pasado. El amor se parece a la armonía del mundo, tan serena. A su inmensa belleza, que se nutre incluso con las muertes y las separaciones y la enfermedad y la pena… El amor es más que esta armonía; es lo que sostiene… El amor recoge en sí todas las armonías, todas las bellezas, todas las aspiraciones, los sollozos, los gritos de júbilo... El amor dispone la inmensidad del Universo, la ordenación de leyes que son matemáticamente las mismas para las estrellas que para los átomos; esas leyes que, en penosos balbuceos, a veces, descubre el hombre.

El Amor es Dios —supo Paulina—; Dios, esa inmensa hoguera de felicidad y bien, en la que nos encontramos, nos colmamos, a la que tendemos, a la que tenemos libertad para ir y vamos, si no nos atamos nosotros mismos piedras al cuello…

Paulina tenía una cara casi contraída por la atención. Veía acercarse un pueblecito como dibujado con tinta china en la mañana. Un grupo de casas color de tierra, un campanario de iglesia y, en lo alto, un nido de cigüeñas. Las campanas volteaban y, según el tren se iba acercando, pudo oírlas.

De repente, sintió como una llamarada de felicidad… Mucho más que eso. Lo que sentía no cabe en la estrecha palabra felicidad: gozo.

Por primera vez en la vida, Paulina supo lo que es el gozo. Algo sin nombre le había ocurrido, le estaba ocurriendo fuera de toda la experiencia de cosas humanas que le hubiesen sucedido en su vida…

Como si un ángel la hubiese agarrado por los cabellos y la hubiese arrebatado hasta el límite de sus horizontes pequeños de siempre, y hubiese abierto aquellos horizontes, desgarrándolos y enseñándole un abismo, una dimensión de luz que jamás hubiese sospechado… La dimensión de la vida que no se encierra en el tiempo ni en el espacio y que es la dorada, la arrebatada, la asombrosa, inmensa dimensión del Gozo. El porqué del Universo. La Gloria de Dios. El Gozo.

Jamás Paulina, hasta entonces, había entendido el Cielo. Es cierto, tampoco se lo había querido imaginar, y las pueriles palabras con que se lo habían explicado los hombres le habían causado risa, y le habían producido imágenes absurdas… «Angelitos tocando el arpa», «quietud»… Y le pareció que si alguna vez ella intentase explicarlo, su explicación sería también pueril y limitada. Como si alguien quisiese dar idea del color y la luz a un ciego de nacimiento, así sería su explicación para quien no lo hubiese entendido antes. Pero ella se empapaba de la misteriosa y a la vez tranquila y arrebatada comprensión de la hoguera de gozo a que, maravillosamente, el hombre ha sido llamado. Aquella Hoguera de Amor que ha dado esa chispa al alma humana, su insatisfacción, su ansia de buscar…

—¡Dios mío —dijo Paulina—, Dios mío!…

Y por primera vez, sus palabras no eran una costumbre mecánica, sino algo lleno de reverencia y significado.

Nada le sucedía. Sus nervios estaban tranquilos, su carne en paz, mientras aquella profunda sabiduría se le metía en el espíritu… Y era al mismo tiempo la comprensión de Dios, Felicidad Infinita, Amor Eterno, al que toda nuestra vida tiende, para Él que existimos, para Él que crecemos, amamos, sufrimos, anhelamos y nos moldeamos… Y era también el sentimiento de este mismo Dios infinito metiéndose en el alma para prender en ella esta sabiduría… Y, además, aún, la seguridad de que Dios mismo, Él que espera y llama, Él que entra en el alma y la arrebata, Dios enseña el camino de este deseo… Dios se nos ha dado como palabra humana. Con cuerpo de hombre. Dios vivo y Hombre vivo, para deletrear en el lenguaje de los hombres el secreto del Universo.

Sentía a Dios único como llamarada que llama y crea. Sentía a Dios, que se mete en el alma, Espíritu Santo. Sentía a Dios, Camino de Dios mismo, conductor de la vida desde el anhelo que pone en ella el Espíritu Santo hasta la Hoguera del Gozo, a Dios Hijo, a Cristo.

Sentir es una palabra inadecuada; pero no encuentro otra en mi idioma, hoy, para describir aquel estado beato y suave en que Paulina iba sabiendo esas cosas. No estaba quieta ni arrobada… Ni era todo esto algo pasajero, sino como una comprensión, pura y simple, que permanecía en ella… Ella que hacía, mientras tanto, cosas tan prosaicas como arreglar su maleta y cerrarla sin que le temblasen las manos…

No le costaba el menor esfuerzo sentirse inundada de esta fe, consolada por esta sabiduría absoluta. Era como si solamente en esta aura de amor, de comprensión, de fe, pudiese vivir… Algo natural, como el aire que respiraba. Como el respirar y el

gemir le es natural a un recién nacido, aunque el tránsito desde la placenta materna al mundo no deje de ser extraordinario.

Unos minutos después de cerrar su maleta la miró como aturdida. Después, lentamente, comprendió sus gestos y se puso de rodillas, sobre el traqueteo del tren, y dio gracias a Dios por la Vida que notaba en oleadas… Gracias por todo lo que hubiera podido preparar aquel nacimiento a la luz, por aquella larga y dolorosa gestación de su alma, en la que ella no había hecho esfuerzo… Gracias por esta vida nueva que, sin mérito alguno de su parte, esta mañana de Dios, precisamente esta mañana, le estaba siendo dada.

En el pasillo del tren se oyó la campanilla que agitaban los mozos del comedor anunciando el desayuno. Paulina sonrió, asombrada, al descubrir su cara de entre las manos que la ocultaban, de sentir hambre. Siempre con aquella impresión de nacimiento, de vida natural y limpia, se asomó al pasillo del tren, con la cara llena de alegría. En el pasillo tropezó con dos o tres personas a las que saludó con una somisa iluminada… Después se encontró en el restaurante, frente al primer desayuno que iba a hacer en compañía de Dios. No se lo ofreció ni dio las gracias con palabras, como —ya lo había olvidado— hacían sus padres, pero en el fondo de su espíritu, el Amor seguía prendiendo su llamarada.

En la misma mesa de Paulina y frente a ella, un señor bajito, calvo y malhumorado, carraspeaba. Ella empezó a sonreír como entre nubes. El señor se interesó, se le encendieron un poco los ojos e intentó algo así como un piropo… Se desconcertó, luego, al ver que Paulina no le contestaba ni se enteraba. Paulina estaba mirando ahora hacia el paisaje, con la

misma cálida e íntima felicidad con que antes lo había mirado, mientras mordisqueaba su pan con mantequilla.

«Siempre algo muy grande me sucede en el tren»… Pensó esto, pero se avergonzó de su pensamiento. El amor sentido hacia Eulogio estaba en un orden de cosas que ni podía compararse a este otro Amor que la llenaba. Otra cosa, otra dimensión… Nada… Estaba en otro mundo de esta dimensión serena… En otro mundo, lo mismo que la arrebatada angustia que la llenó unas horas antes y que sus jadeantes palabras en brazos de un hombre.

Buscó los cigarrillos en su bolso. El caballero, que estaba a la expectativa, prendió fuego al cigarrillo de Paulina, murmuró algo que la mujer no oyó, pero conocía aquella expresión animal y vanidosa de su cara… El hombre, en aquel momento, le pareció más triste y más sucio que un cerdo en su pocilga. Le dio pena… Se levantó.

Además… Quería estar en su departamento, volver a su bendita soledad. Comprendió qué inmensa suerte tenía en el lujo de ir sola. Sabía que lo mismo le hubiese ocurrido, entre una multitud, aquel advenimiento de Amor… Ni por un momento se apagaba dentro de ella el Gozo… Comprendía que aquello que empujaba su vida y que se le abría dentro era algo que podría entrar cuando quisiese en cualquier vida humana… Comprendía que era una fuerza más viva que el recogimiento, más poderosa que la atracción entre los seres de sexo distinto, más cálida que un incendio… Sabía todo esto, pero estaba contenta de tener, precisamente en aquellos momentos, un departamento individual, un sitio donde poder cerrar su puerta, fumar plácidamente en soledad…

Cuando recordó la historia, que tantas veces su abuela Bel le había contado, de San Pablo cayendo de su caballo, fulminado por el amor de Cristo cuando iba persiguiéndolo lleno de odio, Paulina empezó a llorar. Ella había recibido su nombre de cristiana porque había nacido precisamente el día en que la Iglesia conmemora este hecho… Le cayeron unas lentas lágrimas gozosas por las mejillas.

Era tan inocente, tenía tan absoluto desconocimiento de lo que es la misteriosa, personal y extraordinaria aventura de la vida humana en gracia, que se creyó, como otro San Pablo, invulnerable yapara siempre en este inmenso descubrimiento que acababa de hacer…

El paisaje había cambiado. Lo miraba con una placidez y un encanto infinitos. El tren pasaba por entre los barrancos de la sierra del Guadarrama. La ventanilla enseñaba manchones de un verde amarillento, morado, negro en las rocas… Allá abajo, en un pequeño valle, dos toros inmóviles, negros y brillantes, rodeados de palomas blancas, parecían el asunto de un cuadro de Picasso…

Un par de horas más tarde, el tren pitaba en la playa de raíles, antes de la entrada de la estación del Norte. Madrid, brillando debajo de un sol como oro líquido, recibió a una Paulina de treinta y tres años. Recién nacida.

Capítulo II

Paulina recibió el siguiente telegrama: «Vete a ver al Padre Pedro González. Pardiñas, 109. Gran amigo de José. Contenta. Blanca.»

Nada más…

Cuatro días antes, Paulina había llegado a Madrid. Había hecho detenerse en la Puerta del Sol al taxi que la conducía a su casa… Las mangueras funcionaban; funcionaban las fuentes, la mañana no estaba muy adelantada aún y, a pesar de eso, Paulina había sentido secas la garganta y la nariz… El cielo era ya intensamente azul. El guardia del tránsito seguía la mariposa de sombra que le daba su quitasol de colores vivos. La plaza estaba destripada y polvorienta por las eternas obras que hacen en ella en verano.

Paulina entró en un estanco, compró papel y sobre y allí mismo escribió dos líneas a Blanca, contándole que, súbitamente, había creído en Dios, que entendía la felicidad y el heroísmo de los santos, y que le mandaba un gran abrazo. Pegó cuidadosamente la carta con su sello y la echó en el buzón de la calle del Carmen.

Ya estaba. Había sido un impulso. Sonrió al pensar que nunca hubiese imaginado, el día anterior, que fuese Blanca la persona a quien, antes que a nadie, iba a escribir al llegar a Madrid. Antes de cambiarse de traje, ducharse, descansar… Antes que nada…

Hacía muchos años que Paulina no tenía estos impulsos de chica joven. Desde los tiempos en que vivía en casa de su abuela Bel no hacía cosas así.

Aquel día, mientras iba en el coche, hacia la casa donde había vivido todo el año anterior, se notaba interiormente con una disposición de ánimo que le hacía encontrar el mundo nuevo. Como si fuese a descubrir un panorama, una ciudad, un barrio. Como en sus tiempos de estudiante cuando organizaban los compañeros de Facultad una excursión colectiva a cualquier ciudad vieja y encantada que les parecía que estaba allí, con toda su historia especialmente para ellos.

El taxi subió Alcalá arriba, alejándose del centro, hasta llegar a uno de los barrios donde la ciudad se ensancha en los alrededores de la Plaza de Toros de las Ventas. Siguiendo las indicaciones de Paulina, el automóvil se metió por una calle aún sin urbanizar, dio dos saltos en los baches de la calleja, levantó alrededor un polvo seco y fino, y se detuvo delante de unas casuchas viejas, arrimadas una contra otras. Sobre la puerta de una de ellas, pintado en letras negras, había un cartel: «Vinos».

El taxi se detuvo.

—Es enfrente —murmuró Paulina.

De todas maneras daba igual. La calle era estrecha… Enfrente de la taberna se levantaba, entre solares, una casa alta y frágil, que parecía abandonada allí, como la chimenea de un barco inservible. Era una casa relativamente nueva, pero ya

triste y lánguida. Eulogio y Paulina tenían alquilado con muebles uno de los últimos pisos.

Paulina oyó un ruido de perforadoras que taladraba la mañana. Comprendió la novedad al bajar del coche: en uno de los solares cercanos, un equipo de obreros estaban haciendo los cimientos de un gran edificio.

El calor era ya muy grande a aquella hora. Ya se estaba nublando ligeramente el cielo con el velo gris del polvo canicular… La portera le dio las llaves de su piso, mirándola con una somisa especial…

Era una mujer sorda y charlatana, con un aire inquisitivo, que juzgaba a todo aquel que caía bajo sus narices sin detenerse a escucharle, quizá por su defecto físico. Sus ojos palparon los pómulos de Paulina y la ligera depresión de sus mejillas, bajo ellos.

—¡Hay que ver qué desmejorada, doña Paulina!…

Ella, que había salido de aquella casa sintiéndose abotagada, vieja y triste, y que volvía con la sensación de flotar en un mundo de oro, ligera como una pluma, no pudo menos de reírse.

—Ya, ya —decía la portera—; ya, ya… Sólo se mueren los hijos de los que pueden criarlos. En cambio, a doña Luisa, la pobre, ya ve… no se le muere ninguno.

Paulina no había visto a la criatura prematura que le había nacido muerta la primavera anterior y no sentía grandes penas por su pérdida; de modo que aceptó con cierto estupor la condolencia, y subió a su piso, que olía a bolas de naftalina y tenía todas las maderas cerradas. Sólo la ventana de la cocina no tenía maderas, daba a un patio —un largo canal que, en espera que otra casa se uniese a él, tenía hermosas vistas sobre los solares vecinos— y un

chorro de sol corría por los ladrillos y se colaba hasta dentro del pasillo, dando una especial sensación de soledad, de verano.

Apenas se adentró por el pasillo de la casa, oyó un llanto en el piso de arriba, en el pequeño ático donde vivía Luisa, la vecina con quien tenía más relaciones… También el ruido le era familiar. Siempre lloraba arriba alguno de los cinco niños de Luisa.

Podía imaginar que nada había sucedido desde el mes de marzo, cuando dejó la casa… Sólo que entraba aquel sol, que las frágiles paredes, que antes luchaban tan mal contra el frío, amenazaban ahora con recalentarse hasta convertir aquello en un homo, dentro de poco… Y que ella, Paulina Goya, era una mujer distinta.

Al brazo llevaba su abrigo de lana blanca… Lo soltó como algo peligroso; le quemaba… ¡Había sitios en los que en el mes de agosto se agradece el abrigo!…

Empezó a soltar los grifos de la casa, sólo por oír el mmor del agua. Abrió las ventanas de la alcoba matrimonial, y el sol y el polvo de la calle entraron… Recordó, como si se tratase de una lejana historia, la angustia que había sufrido meses atrás, y cómo en aquella época se quedaba hasta mediodía metida en esta cama, sumergida en una especie de torpor extraño, en un ambiente de tristeza y desgana infinita. Cómo se le enfriaba el sudor en las axilas, y sentía mal sabor en la boca, mientras una criada cualquiera, ordinaria y desaprensiva, deambulaba por la casa, e incluso robaba… Recordó la exasperación de Eulogio el día en que, cuando llegó a comer, a mediodía, la encontró acostada. La sirvienta se había escapado llevándose las mejores sábanas. La lumbre estaba apagada; los muebles, llenos de polvo… Ella ni

había pedido el desayuno al ver que no se lo entraban. Nada en el mundo le había importado en aquellos meses horribles. Eulogio, en aquella ocasión, la sacudió, exasperado.

—No una sirvienta, pero una mujer de su casa, atenta, que vigile, que sepa lo que es suyo, que me ayude, eso sí que lo exijo.

—Búscate una mujer nueva. No no soy así. Yo no quiero ser así…

Eulogio, durante todo aquel año, ¡qué distinto del muchacho enamorado al que ella quiso, e incluso qué distinto a este hombre tranquilo, lleno de seguridad en sí mismo que había dejado en Villa de Robre!

Tal vez él también hubiese encontrado una Paulina muy diferente de aquélla, con la risa tan fácil, perfectamente amoldada a su cuerpo y a su espíritu, que había dejado.

La vida en común casi desde el momento en que Eulogio abandonó su avión en Barajas y fue acercándose al grupo de personas, nerviosas, impacientes que le esperaban… Casi desde el momento en que él abrazó a Mariana, y levantó del suelo, en un alarde, a Miguel, y sólo unos minutos más tarde se volvió para encontrar los ojos asustados de Paulina, sí, desde ese arranque todo fue difícil.

Pasaron la primera noche en un hotel céntrico, y cuando se encontraron solos no atinaban a hablarse, ni a moverse, y se trataban con una extraña cortesía. Eulogio sólo dijo algo agradable.

—El chico es aún mejor de lo que yo me imaginaba. Es espléndido…

Paulina había tenido una risita.

—Querrás decir que es como tú… ¿No?

Eulogio no recogió la ironía.

—Exactamente… Es un auténtico Nives.

¿Qué había esperado Paulina? Aquella noche la pasó despierta, en una soledad absoluta. Se parecía algo a la última noche, pasada junto a Eulogio en Barcelona, puesto que llegó a ver amanecer y tuvo la sensación quemante y húmeda de las lágrimas que ruedan desde las sienes a la almohada. Pero ahora estaba sola. Eulogio, en la otra cama gemela, dormía, profundamente, rendido.

Desde el día siguiente, Eulogio empezó a hacer números, y menos de un mes tardó en encontrar este pisito amueblado. Paulina había entrado en él como se entra en un calabozo. A su sensibilidad le repelía la huella de las vidas anteriores que habían pasado por allí. No había un solo detalle del mobiliario que le descansase los ojos.

—No puedo vivir aquí. Esto es horrible.

Eulogio se había enfadado.

—Puede ser que creas que para mí esto es el summum del lujo. Pero en peores sitios has vivido, me parece a mí, y de momento vamos a tener que amoldamos a lo que gano.

—Puedo trabajar yo.

—Trabajarás en lo tuyo. Tienes una casa para atenderla; ya es bastante.

Todo esto era razonable. Lo único tremendo era el tono de Eulogio. Disponía los menores detalles sin consultar en absoluto la opinión de Paulina.

Cambió de colegio a Miguel; criticó su educación. Desautorizó a Paulina delante del chico.

Paulina, con los nervios desatados, llevó las de perder. Gritaba. Se enfurecía. Eulogio se encogía de hombros.

—Cosas de mujeres… Vamos, hijo.

Y el chico se cogía de su mano. Orgulloso de aquel hombre autoritario y sereno al que admiraba. Un día

le oyó decir Paulina:

—Mamá se ha pasado la mañana llorando…

—¿Sí?… ¿Qué tiene?

—Nada. Cosas de mujeres… No hagas caso, padre.

Paulina pensó en salir de aquella casa un día y no volver jamás a ella. Pero lo pensaba como a través de una pesadilla, sin fuerzas para realizar aquel proyecto. No tenía empuje para hacer nada. Sólo resistencia pasiva… Así se había negado tozudamente, una y otra vez, a casarse por la Iglesia, sin atender a que esto favoreciese o no a sus hijos.

Desde aquel nacimiento frustrado, cuando ella tuvo luego una grave infección, Eulogio había dejado de decir con aire autoritario: «Es necesario que nos casemos por la Iglesia»… Ahora decía solamente: «No quiero forzarte; piénsalo»…

«Si alguna vez me caso —dijo Paulina ahora, sola—, no será contigo, amiguito…»

«Si alguna vez me caso, será con un hombre más joven que yo. Un hombre que sepa que aunque tengo muchos años de dolor sobre mis espaldas, aún no he vivido, que sepa que necesito descubrir el gozo de la vida. Un hombre que no se preocupe de hacer cuentas para administrar unos bienes que le obsesionan, sino que sepa gastarlo alegremente todo, sin miedo, con fantasía, con juventud.»

Esto lo había pensado alguna vez… Casi lo sentía ahora. Sólo que no podía formulárselo claramente, porque estaba demasiado empapada de dicha, para desear dicha alguna, ni desquite alguno.

Así, muy de soslayo, como un viejo dolor, le vino el recuerdo de Antonio. Sin embargo, como no dependía de su voluntad, sino que le era dado aquel sentimiento de gozo y paz perfecta, Antonio quedó de

nuevo por debajo de su intensa y gozosa dicha de Dios, que seguía respirando.

Se puso un traje viejo y un delantal y empezó a fregar, a baldear el piso, y se sorprendió a sí misma cantando. Habían pasado años desde la última vez que ella había realizado con alegría estas humildes tareas de mujer. Según iba desapareciendo el polvo, y brillaban los suelos, se iban también los mezquinos recuerdos que encerraban aquellas paredes.

A veces se paraba en medio de cualquier faena casera, para pensar, deslumbrada, en que creía. Se volvía hacia Dios, levantaba a El el corazón, le preguntaba qué deseaba de ella, de la pobre mujer que era ella, ya que así la llamaba. Se olvidó de comer y a la tarde bajó a la calle a comprar unas frutas… y un catecismo de la doctrina cristiana.

Sentada en el suelo de su pasillo, en el rincón más fresco, leyó con toda el alma aquella tarde.

Los rumores de la casa, el canto de algunas criadas, que después de la hora de la siesta empezó a oírse en el patio, los lloriqueos y carreras en el piso de arriba, el insistente, polvoriento ruido de la perforadora en la calle, la vibración en que toda la casa entraba cuando funcionaba esta máquina, todo eso era como un fondo de ruido. El color anaranjado que tomaba la luz en el pasillo, colándose por rendijas, por puertas resecas y cerradas, hasta formar como una hoguera, en cuyo rincón más alejado estaba Paulina, sentada como un moro, reseca también; todo esto no tenía importancia alguna y hubiera sido lo mismo, si Paulina hubiese estado triste o cansada o con el alma seca como la nariz, por el cambio de clima.

Jamás nada le pareció tan luminoso, jamás unas preguntas y contestaciones escuetas se envolvieron

para nadie en tan jugosa fragancia y emoción como para Paulina cada frase, cada contestación de aquel catecismo Ripalda para niños… Le parecía que, muchos años antes, cuando se preparó para la comunión siendo una niña, había recitado aquellas cosas llenas de hondura, hermosura extraordinaria y profundo y agudísimo sentido, sin darles ningún alcance. Se veía a sí misma aburrida, balanceando un cuerpecillo menudo, jugando con sus trenzas y cantando gangosamente:

«Creo en Dios Padre Todopoderoso…»

Ahora lloraba.

«Llorona —se dijo en un momento determinado—. Llorona»… Se sonrió, limpiándose las lágrimas.

Cuando caía la tarde y chillaron ya las golondrinas sobre la calle, ahíta de dulzura y de fresca sombra azul, Paulina se asomó a la ventana, recibiendo el griterío de los chicos que allá abajo jugaban sobre el polvo tibio aún.

Las comadres tenían sus silbtas y sus costureros en un gran solar que llamaban «La Playa», porque pretendían que pasaba un soplo de aire más fresco que en otros sitios… Paulina veía un espectáculo de niños y mujeres arracimados en aquel solar, que no difería mucho, en cuanto a aglomeración, efectivamente, de una playa de moda.

Relativamente cerca de su casa se levantaba un mazacote de viviendas, un edificio feo, con ventanas simétricas, abiertas todas a aquella hora. De todas las ventanas de aquella casa colmena, de todos los pisos de la casa donde vivía Paulina, llegaban los sonidos de la misma canción; el programa de radio del atardecer ensordecía el mundo… Madrid se encendía a lo lejos. Mil puntos de luz, debajo del agobiado cielo, del

jadeante y cansado cielo de agosto. Antes que las estrellas, un mar de luces eléctricas…

«Dios mío», pensaba Paulina…

Dios la llevaba de la mano, como en un vuelo. Entendía los misterios del cielo y de la tierra, aun sin explicárselos. Le parecía sentir sobre su vida la somisa de la Madre de Dios… Sabía que una cadena de seres que la habían precedido, la ayudaban y esperaban ser ayudados por ella. Sabía que tenía que ponerse de rodillas delante de un confesonario, ya que Cristo había investido a unos hombres, sus sacerdotes, con el inmenso y tremendo poder de perdonar, y exigía este sencillo gesto a aquel que pudiese hacerlo, para obtener este perdón… Era, en verdad, el gesto del que haciéndolo confiesa su amor, y quiere apartar de sí todo lo que le obstaculiza para alcanzarlo.

Por la noche estuvo hasta muy de madrugada haciendo examen de conciencia… Recordó toda su vida. Le pareció que jamás había hecho una buena confesión, que siempre fúe indulgente consigo misma, desde niña… Que jamás se paró un momento a considerar qué cosa tremenda son los sacramentos y el sacrificio de la misa, y quién allí se sacrificaba… Le pareció también que su cristiana familia la había enseñado muy pocas cosas profundas de su religión, que sólo le había cargado la cabeza con preceptos morales a los que no había encontrado hasta ahora el menor sentido, porque, en verdad, sólo tenían el sentido de llevar al Amor.

Se durmió sin desvertirse, de rodillas sobre la alfombrilla de su cama, y se despertó sobresaltada un rato después. Apagó la luz y estuvo mirando a las estrellas hermosas y profundísimas, al impresionante y místico cielo castellano, en la noche de agosto.

Contuvo su sed, porque en aquel año aún no se había promulgado la disposición del Papa diciendo que el agua no rompe el ayuno… y aguardó la mañana.

Cuando llegó a la iglesia le temblaban las rodillas. Era bastante temprano, y ella, sin saber por qué, estaba convencida de que iba a ser la primera persona en entrar en el templo, pero hacía mucho rato que las misas habían comenzado y había varios altares iluminados. Se decía misa en tres altares a la vez. Esto, a Paulina le produjo un gran aturdimiento. Un sacerdote subió al pulpito y empezó a rezar, con voz muy fuerte, un rosario… Paulina se arrodilló en un rincón en sombra. Cerró los ojos detrás de sus manos juntas y el aturdimiento dejó de existir. Sólo la convicción, seguía, firme, de lo que debería hacer en aquel momento.

Al levantar los ojos vio un confesonario iluminado. Dentro de él un sacerdote de cabellos grises leía su breviario. Paulina se acercó, arrodillándose junto a la rejilla de madera. La luz se apagó inmediatamente.

—Padre, hace muchos años que no me he confesado… Paulina lo dijo tan de prisa y con voz tan tenue que el sacerdote no entendió. Tuvo que repetirlo.

—Bien, hija mía. ¿Y qué te ha hecho venir? —Antes no creía, ahora creo… Estoy convencida… El sacerdote no demostraba sorpresa alguna, hizo algunas preguntas, para ayudarla, y al fin Paulina recordó todo aquello en lo que había pensado durante la noche.

—Cuando era pequeña aborrecía a mi padre… Nunca lo confesé…

El sacerdote parecía sorprendido, y dijo algo como que hay cosas que uno mismo ignora, pero Paulina sintió que algo muy oscuro y doloroso se había

limpiado, y después habló de su antipatía a todo lo que fuese clerical y «oscuro», y la escucharon en silencio. Poco a poco fue haciendo un repaso de los mandamientos y con asombro veía que los había violado casi todos al violar el primero, o al no practicarlo… De pronto se dio cuenta de que le dolían las rodillas.

Había dejado de temblar, tranquilizándose. Hizo un esfuerzo mental para recordar las cosas de una manera escueta, sin vaguedades, tal como había pensado en ellas la noche anterior, y empezó a hablar de sus amores.

La historia de sus amores le llevó más rato del que pensaba. Era embrollada. Primero habló de Eulogio, y el confesor le dijo que si las circunstancias sociales o familiares requerían que viviesen juntos, él podría darle la absolución siempre que Paulina estuviese dispuesta a una separación radical de los cuerpos, hasta que el matrimonio fuese bendecido o hasta que realmente pudiese romperse toda atadura social con aquel hombre.

Paulina lo prometió, segura, absolutamente segura de ella misma y de su deseo.

Después habló de Antonio. Le pareció que el sacerdote sacaba un pañuelo para secarse la frente. Quizá eran aprensiones suyas. «No —se dijo—; es que hace calor»… Pero se sentía acongojada por tener que descargar sobre los oídos de este hombre inocente sus miserias.

El caso de Antonio parecía mucho más grave. Era un doble adulterio. Debía alejarse de Antonio…

Lo diferente del confesionario a la vida es que aquí se acaba el adorno. Paulina no podía explicar nada de lo que para ella había sido el amor de Antonio, después de una época de vacío absoluto, tristeza y

enfermedad… No quedaba más que aquel esqueleto repugnante. En el fondo, la verdad.

Aun, algo inquieto, como un reptil, una angustia, una duda…

—Pero en el caso de que muera su mujer, siendo yo libre…

—Yo no le puedo dar la absolución si usted hace esas especulaciones.

Entonces Paulina sintió un dolor insoportable, una pena que tampoco tenía nada de sentimental, que era una pena pura, como era puro su gozo al pensar en Dios. La pena de verse privada de aquel amor, de aquella presencia.

—Yo me arrepiento de todo corazón, de todo lo que ofenda y haya ofendido a Dios en mi vida. Yo prometo…

Antonio no era nada. Un idolillo de barro, un capricho, un miserable charco de agua delante del inmenso mar… No había duda alguna.

Salió del confesonario sintiendo, además de aquella certeza y alegría que la llenaba desde el amanecer anterior, un descanso profundo que tenía mucho de físico.

Perdió la cuenta del tiempo que estuvo en la iglesia, aquel día, después de comulgar. En el pórtico se fijó en una señora gruesa, vestida de marrón que respiraba un poco aguadamente mirándola con fijeza.

La señora no tenía nada atractivo en su cara brillante, ni en su traje sudado, pero Paulina la miró con una alegría, con una paz que a la otra la desconcertaron.

Nunca supo Paulina que el problema de la señora había sido desde mucho rato antes el de si Paulina llevaba o no llevaba medias, y que la estaba esperando en el pórtico para cerciorarse. Los ojos de

Paulina desconcertaron tanto a la buena mujer, que cuando se dio cuenta, ya era demasiado tarde…

Paulina iba camino de su casa, con el corazón radiante y sin medias... Fue aquella misma tarde cuando ella vio un letrero, en la puerta de la iglesia, prohibiendo este detalle. Se corrigió en seguida.

Cuando llegó el telegrama de Blanca, todas estas cosas habían sido cumplidas. Paulina recibía a Cristo cada día, en su cuerpo y en su alma. Vivía en un extraño retiro dentro de su pequeño piso. No había visto a nadie desde su llegada a Madrid. Se empapaba de catecismo… Se sentía tan fuera del vivir humano corriente, que cuando recibió el telegrama de Blanca pensó en no hacerle caso. Ella tenía bastante con su gran dulzura, con su profunda exaltación…

Pero quizá era hora ya de hablar con alguien de aquel gozo, de comunicarlo, de compartirlo. Quizá el Padre González la ayudara a saber qué es lo que Dios quería de ella cuando la había levantado de sus miserias y de su angustia, n la altura inimaginable de esta gran felicidad.

Pardiñas, 109, resultó ser un convento de frailes. El Padre González no pertenecía a la comunidad, era un sacerdote secular, pero vivía allí hospedado. Era un sacerdote entusiasta, un hombre cultivado, bueno y místico.

Paulina no sabía esto cuando llamó a la puerta y salió un hermano, vestido de negro y con los ojos puestos en la punta de unas botas grandes y bastas. Iba con la emoción de encontrar cosas totalmente ajenas a su vida de antes.

—¿Es usted la señora que telefoneó esta mañana? Pase usted. Don Pedro viene en seguida…

La dejó en una sala que olía a lejía y estaba en penumbra. Oyó risas de muchachos y se asomó a la

ventana. Unos novicios jugaban a la pelota en el gran patio central del edificio.

Paulina se retiró de aquel filo de la ventana, y se sentó en una silla dura de respaldo negro. La habitación estaba decorada con muchas sillas iguales pegadas a las paredes. Tenía el techo muy alto y hacía fresco en ella. Había enormes y malísimas litografías de los Sagrados Corazones y de la Sagrada Famiha en las paredes; también un retrato del Papa y otro del Jefe del Estado.

Paulina pensó en lo que podía ser la vida de un muchacho, consagrado a Dios casi desde la infancia. Pocos días antes hubiera pensado en ella como un absurdo inimaginable. Ahora sabía que si Dios quiere, un niño puede sentir dentro de él el secreto del universo.

Se levantó, nerviosa, al aparecer un sacerdote alto, que en nada se parecía a Pepe Vados, y que además era mucho más afable que éste, pero que a Paulina se lo recordó poderosamente.

—Acabo de recibir una carta de Blanca —exclamó —y Bienvenida, Paulina.

Paulina sintió el corazón rebosante. No sabía explicarse tal corriente de simpatía y de hermandad. Comprendió que aquel hombre vestido de negro, de mirada —ahora sabía, esa mirada que era como una contraseña de la pureza de espíritu— tan clara, y ella, Paulina, que aún no tenía sus ojos limpios, pero sí brillantes, iluminados de alegría… Que aquel hombre, qué había estudiado la ciencia de Dios, se había apartado de todo cuanto pudiera ofrecerle el mundo, por Dios; y era sacerdote de Dios… Y ella, que era una mujer que acababa de mirar por primera vez el mundo de lo sobrenatural… que ellos dos, que jamás se habían visto hasta el momento, se querían

profundamente en el amor de Aquel que a los dos les había llamado.

El Padre González estaba sonriendo, miraba a Paulina como encantado.

Ella le explicó que si en aquel momento fuese necesario proclamar la existencia de Dios y la verdad de la Iglesia, desde una plaza pública, ella lo haría. Y si fuese necesario dejarse quemar viva, ella se dejaría quemar.

El Padre González la creía. La creía absolutamente. Lo que Paulina decía era cierto. Sólo que —dijo— ella tenía que afianzar aquella fe, aquel amor. Por lo pronto…

—Tiene usted suerte, ¿podría usted entrar mañana en una semana de retiro?… Ahora no es la época en que se suelen hacer los Ejercicios Espirituales, pero hay un grupo de señoras, muy metidas en estas cosas, que me han pedido… Le vendría a usted muy bien. Sería un repaso a todas las verdades fundamentales de la religión…

Paulina asintió. Después se asustó un poco. Le habían dado la dirección de un convento… ¿Qué iba a hacer ella en un convento? Los conventos son austeros. Las monjas se escandalizan de todo… ¿Le darían bastante agua para lavarse?... Pensó en todo esto, pero sólo dijo:

—Padre, yo tengo costumbres… Yo fumo mucho…

—Pues no deje de llevarse cigarrillos. Precisamente, en época de ejercicios es conveniente que nada distraiga de aquello en lo que debemos estar pensando. No hay que alterar ninguna costumbre cuya falta pueda perturbar…

Don Pedro ni siquiera se sonrió al encontrar aquellos ojos recelosos.

«Fumar no es pecado, y no estoy dispuesta a dejarlo por complacer a unas señoras rancias… al mismo tiempo, como es natural, tampoco quiero imponerles mis costumbres.»

Esto decían los ojos de Paulina. El padre Pedro no le dio la menor importancia.

A pesar de todo, Paulina estaba asustada cuando llegó al día siguiente a una casa grande, de varios pisos, cerca de los barrios donde ella había vivido de muchacha con la abuela Bel. La puerta de la calle estaba cerrada. Llamó y salió una joven, con una amable sonrisa.

—¿Es aquí?

—Sí, aquí es.

Paulina despidió al taxi que la había traído. La joven tomó su maleta y habló con otra muchacha de ojos azules y melena graciosamente cortada. No tendría más de veinte años.

—Le vamos a dar a usted una habitación con baño particular, siempre es más cómodo… Y como usted es nueva… De todas maneras, ¿ve?, aquí hay duchas con agua caliente y fría…

—¿Es muy caro? —preguntó Paulina.

La jovencita se somió.

—No creo. Depende un poco de lo que usted pueda pagar. Muchas veces no cuesta nada… Nosotras nos dedicamos especialmente a tener estas cosas en condiciones para tandas de ejercicios; vienen personas de todas las clases sociales. Claro que, además, tenemos otras actividades, siempre de apostolado…

—¿Ustedes?… Pero, ¿y las monjas?… Me habían dicho que esto era un convento… ¿Dónde están las monjas?

—Yo soy una «monja» —dijo la chica joven. Y se echó a reír al ver la cara de asombro de Paulina.

Fueron unos días y unas noches de asombrosa quietud y bien. Días azules y dorados, en la capilla que olía a cera, una capilla adornada con la máxima sobriedad litúrgica… Noches de puro y profundo silencio, con el olor agostado del pequeño jardín entrando por la ventana.

Aprendió a vivir en una casa donde estaba realmente en humanidad y divinidad Cristo, escondido en la Eucaristía. Escuchó aquellos días claras, limpias y sinceras palabras de amor a Dios.

Comprendió —¡ahora, qué bien!— el infierno, esa privación de amor adonde conduce la adoración idolátrica de la miseria en uno mismo, e incluso ese padecimiento físico del infierno. Comprendió cómo el infierno se escoge por un acto libre de la voluntad. Comprendió los asombrosos misterios que van siendo revelados por Dios a través de los siglos… Y aquellos días le parecía que sólo una falta de inteligencia esencial era la que le había hecho no creer en algo que se le aparecía totalmente evidente.

El Padre González le había hecho comprarse un misal, un librito que contenía los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las asombrosas Epístolas.

Vivir pendiente de Dios, en silencio absoluto, le parecía un refinamiento de su gozo, una golosina que le brindaban. La absoluta paz de aquella casa le habría hecho bien —pensaba—, aun en el caso de que aquellas meditaciones sobre las verdades eternas, que hacía un hombre enamorado de Dios como era el Padre González, no le hubiesen interesado tan apasionadamente.

Todo esto no le impedía sentirse atacada de risa al encontrarse, a la hora de comer, en un comedorcito

simpático, entre señoras enlutadas y desconocidas, que, a medida que pasaban los días, se volvían más suspirantes.

Era una risa de tipo casi infantil. Le recordaba a algunas incontenibles, que le habían cogido en clase, en sus días de estudiante. Aquellas señoras que la rodeaban no tenían nada de particular. Sólo sus actitudes, sus ojos bajos le eran tan extraños a Paulina como si hubiera caído en otro planeta.

En los descansos en su cuarto, con la ventana abierta a un pequeño jardín, fumaba… Dejaba los ceniceros llenos de colillas.

Nadie le llamó la atención ni se escandalizó por eso.

Don Pedro González hizo las meditaciones tomando el tema de la Misa. Paulina, asombrada de enterarse de tanta belleza, de tan graves misterios y tan hermosamente ofrecidos, pensó que hubiese sido muy probable que ella, de niña, hubiese asistido al Sacrificio con un interés más grande si un sacerdote ayudante hubiese leído en el pùlpito, en español, la Misa del día y la hubiese enseñado a seguirla, en vez de, según ella recordaba, desvirtuar la atención, en muchos casos, de aquel milagro asombroso que se celebraba en el altar, para comentar tal o cual costumbre que no gustaba entonces, como si en vez de un sacerdote católico, aquellos que ella recordaba de su niñez, hubiesen sido pastores protestantes…

¡Cuántas cosas entendió Paulina aquella semana! Ahora, su estado no era como durante los tres primeros días en que se sentía iluminada desde dentro de ella. Pero un rescoldo de aquel amor, sentido sin duda alguna, de aquella comprensión sobrenatural, ayudaba al esfuerzo que hacía.

Comprendía, sobre todo, a la Iglesia, y la gran labor de la Iglesia, que va integrando, a través de los siglos, a todos los hombres que componen el Cristo místico y total. Comprendía cómo la Iglesia recoge la palabra de Dios, la guarda, la interpreta asistida por el Espíritu Santo, y cómo la vida humana, con sus vicisitudes a través de los años, sólo tiene grandeza en lo que lucha y avanza consiguiendo poco a poco la Vida en Dios. Entendía cómo a veces nos afanamos en tonterías que nada importan al fin del hombre o lo obstaculizan. Cómo a veces el colmo de la congoja y la miseria son el camino para que, abatido el orgullo, desconfiemos de nuestras fuerzas, y nos volvamos a Dios.

Sí, le parecía que lo entendía todo como una alumna aplicadísima en una clase.

El primer día que ojeó su misal —que olía a nuevo — se abrió por un lugar que a ella le pareció exactamente que explicaba la interpretación cada vez más completa que según avanzan los tiempos de la Iglesia de la Escritura y la palabra de Dios.

Era un lugar de las Profecías que se leen en Sábado Santo. Un trozo de Isaías, que marcó con lápiz rojo para no olvidarlo:

«…Que los pensamientos míos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son los caminos míos, dice el Señor; sino que cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, así se remontan mis caminos sobre los caminos vuestros, y mis miras sobre vuestras miras. Y como la lluvia y la nieve descienden del cielo, y no vuelven allá sino que empapan la tierra y la penetran y fecundan, para que dé simiente para sembrar, y pan para comer, así será de mi palabra una vez. salida de Mi boca; no volverá a Mí estéril, antes obrará todo

cuanto quiero, y ejecutará felizmente las cosas a que Yo la envié; lo dice el Señor Todopoderoso.»

Cuando Paulina salió a la calle, después de aquellos días místicos, le parecía sentir — cuando iba por la acera sombreada de árboles raquíticos y tristes — el olor de las flores y la capilla tan limpia, y sentir la paz que daba la sonrisa de aquellas monjas vestidas de seglares y el silencio de la casa de Ejercicios… Era una mujer sin una nube en su alma.

No había creído conveniente confesar de nuevo sus viejos pecados, ni su situación extraña, y el último día, como fruto de los Ejercicios, había hecho una confesión de faltas absurdas, como por ejemplo, de que se había reído de las beatas que comían con ella.

—He pensado «brujas currutacas». Lo he pensado cada vez que las veía…

—¿Y no ha pensado en lo que habrán pensado ellas de usted?… ¿Sí?… Bueno… Ahora en serio: No se fíe usted de su optimismo. No crea usted que siempre va a tener esa sensación de fe absoluta, de alegría y de gracias… Llegará un momento en que dudará de todo y se desesperará. Siga usted entonces a los pies de Cristo; entonces será el momento en que Dios la pruebe. Fortalézcase ahora.

Aunque parezca extraño, esta jerga le parecía a Paulina muy complicada.

—Pero, padre, ¿cómo voy a dudar de lo que positivamente sé que es cierto?… Una vez sabido, ya…

Salió a la calle con aquella confiada sonrisa. Aunque, desde luego, suavemente, aquel soplo de luz sentido varios días, aún más suavemente que a su llegada, se había ido desvaneciendo. La había dejado distinta a como era antes. Eso sí, infinitamente enriquecida. Como un río que después de volver a su

cauce deja la tierra de las orillas cargada de semillas, de vitalizante barro y humedad.

Paulina respiró el aire ardiente de la acera y de los árboles torturados de la ciudad… Notó que era una pobre mujer sola, y no la mártir, la santa que estaba dispuesta a ser, que creía ser unos días antes.

«Me ha sugestionado el padre González…»

Sin embargo, creía. Tenía una fe inmensa. Por primera vez, tenía fe, ahora que aquella misteriosa luz de su cerebro se había ido. Fe es estar a oscuras, creer en lo que no se siente ni se ve.

TERCERA PARTE

Capítulo I

Sssss… ssss… ssss.

«Sábado —pensó Julián—, sábado.»

El raidillo del soplete de gas. Ahora estaba Martín manejando el soplete: moreno como un gitano, la cara estrecha, la nariz ganchuda. Buenas manos, delgadas y ligeras. El maestro decía que Martín podía prometer para más adelante. Era muy joven, quince años. Los ojos de Julián lo taladraban como punzones.

Julián tenía su puesto enfrente de Martín, en aquella mesa preparada para cuatro operarios, y lo estaba mirando con una sonrisilla blanda. En el lugar que quedaba junto a Julián trabajaba un hombre serio, de bigotes rubios, de bondadosa somisa. Era el hombre de confianza del dueño del taller, había trabajado con él desde antes de la guerra. Y el puesto del jefe, junto al que ocupaba Martín, vacío… Parecía más vacío porque cuando don Paco estaba allí lo llenaba todo su enorme panza.

Julián hizo un giro en el taburete y sacó un pitillo para encenderlo.

—¿No tienes nada que hacer?.

El empleado bigotudo era el que hablaba.

—Por el momento, chuparé el pitillo.

—Ahora tenemos que hacer hilos esta barrilla de plata. Tú has manejado trefiladores…

—Sí —dijo Julián.

—Puedes irlo haciendo, entonces.

Julián somió.

—No hay prisa, don Alberto… No sea usted así. Déjeme fumar el pitillo, hombre.

Aquel Julián resultaba raro en el taller. Su posición no estaba demasiado clara, porque había entrado casi como amigo del dueño, de aprendiz, claro, pero sin categoría oficial. Nada, un simple mirón que trabajaba cuando estaba don Paco delante, pero que cuando el gordo de don Paco se iba, no daba golpe.

La luz y el polvo entraban por las ventanas del sotanillo, que eran grandes y claras. Todo era claro, limpio y sencillo, y como sin trampa, allí. Había tres o cuatro jaulas de canarios. Cuando paraba el soplete, los pájaros armaban tal algarabía de trinos que a veces costaba trabajo entenderse.

Julián lo veía todo con unos ojos azules, moteados de puntos amarillos, dentro de una cara guapa y blanda. Fumaba con las manos metidas en los bolsillos y sentía la admiración y también el resquemor de Martín, mientras lo hacía. Martín no le tenía demasiada simpatía desde que él estaba «saliendo» con su hermana…

El humo de su tabaco subía por el aire ya cálido de la mañana y enturbiaba los haces de sol polvoriento que bajaban desde la ventana del sotanillo hasta la mesa.

«Sábado —pensó—. Tiene que ser el sábado de la semana próxima.»

Si hubiese cerrado los ojos, la palabra sábado le hubiese empapelado, escrita en letras brillantes, la honda caverna de negrura de detrás de los párpados.

Pero no los cerraba. Miraba a Martín, ahora, sin darse cuenta ya de su sonrisilla impertinente y de su fijeza.

Julián tenía el cabello castaño, rizoso, las manos blancas y estaba mudando la voz. Se volvía como loco si alguien, por su aspecto delicado, le aplicaba la palabra marica. Sabía dar un puñetazo a tiempo. Entonces no era delicado, incluso tenía mucha fuerza.

Su corbata rebuscada parecía llena de brillantes culebras. Llevaba un guardapolvo abierto por delante y lucía la corbata. Había apartado el guardapolvo para meterse las manos en los bolsillos del pantalón, su chaqueta estaba colgada en la otra habitación del sotanillo…

«Sábado.» Aquello era para él una muletilla, no se le iba de la cabeza.

Se abrió la puerta y apareció el dueño del taller con un dibujo en la mano. Era un hombre gordo, con cuatro papadas lo menos, calvo, rojo. Llevaba un guardapolvo inmenso, de color crudo, abrochado a la espalda.

—Vamos, vamos, hijito, a trabajar —dijo mirando a Julián—. ¿Qué le voy a decir a la señora Nives cuando vuelva del veraneo? Le tendré que decir que eres un vago.

La señora Nives, Paulina Goya, la antigua huésped de su madre, había recomendado a Julián a este tallercito en los sotaníllos de la casa donde ella vivía. Había visto el cartelito «Se necesita aprendiz», colocado en la ventana del sótano y sin pensarlo más se había metido a saludar y a hablar con el gordo dueño del taller.

A don Paco, la opinión de su vecina del piso superior, la señora Nives, le tenía sin cuidado. Había dado la colocación al muchacho porque su aviso llegó oportunamente, y hasta aquello de que hubiese

tenido antecedentes malos en otro taller le sirvió. Le parecía más cómodo a don Paco tener al chico un año en observación, sin entrar en nómina y poder despedirlo en cualquier momento si volvía a sus mañas, que meter a cualquier sinvergüencilla desconocido que saliese haciéndole una faena, y tener luego líos enormes con el Sindicato para poderse desprender de él, como ya le había sucedido…

La señora de Nives apareció una tarde del invierno anterior, arrebujada en su abrigo amplio, con la cara pálida de frío y le había dicho vagamente que conocía a la familia de un chico que ya había empezado a aprender el oficio en otro taller importante.

—Se disgustó con los dueños, no sé por qué… Y ahora estoy segura de que querría seguir teniendo trabajo. Para su madre es un problema tenerlo en casa sin hacer nada y ella es una pobre mujer viuda y buenísima persona. Yo estuve hospedada en su casa muchos años…

Cuando mi marido estaba en América… —se apresuró a añadir con un curioso enrojecimiento.

Don Paco era un hombre amable y somió complacido a su vecina.

—Pues nada, nada; dígales al chico y a la madre que vengan a verme cualquier tarde después de la salida del taller. Que suban arriba a mi piso, ¿eh?

Ahí se había terminado la intervención de Paulina en el caso.

Precisamente, la madre y el hijo se presentaron cuando don Paco, que acababa de tomar informes en el taller anterior, pensaba decir a Paulina que no viniesen ya… Los informes eran demasiado malos. El chico había falsificado una factura con una frescura tremenda. Había llamado una antigua dienta de la casa para pedir que le enviasen su cuenta porque se

iba de veraneo y el chico cogió el recado y se lo calló. Hizo una copia de la factura de la señora, ya preparada, y la cobró bonitamente. Unos días más tarde, cuando en el taller quisieron cobrar, se encontraron con el viaje de la cliente… No le dieron importancia y la cosa no se descubrió hasta finalizar la temporada de verano. El chico, Julián Mateo, había seguido haciendo una vida corriente; iba al taller, y sólo en mitad del verano tuvo unos días de vacaciones que su madre solicitó para él como un favor, pues un amigo, antiguo compañero de colegio, le había invitado a la sierra. Esto dijeron ellos. A la vuelta de las vacaciones había extrañado ver a Julián mis blanco y ojeroso que nunca, y se le gastaron bromas cuando el chico explicó que el agua de la sierra le había sentado mal…

Es claro, nadie insistió en el asunto, ni le dio importancia, pero cuando se descubrió el robo, la policía dio con la pista de aquel «veraneo en la sierra». ¡El angelito había vivido sus vacaciones en casas de mala nota, y tirando dinero a porradas!…

Don Paco había sentido ponérsele rojas las orejas y había pensado indignarse con la señora de Nives que le recomendaba a una pieza así.

—Bueno, ¿y cómo no está en un correccional el chico?

—Hombre, nos dio pena su madre… Tú verás. Ella devolvió el importe íntegro de lo robado, y además, el chico es muy joven, es muy habilidoso y hasta entonces no tuvimos la menor queja… Debió ser una tentación muy fuerte. Y a lo mejor no vuelve a hacer nada por el estilo en la vida… pero…

Don Paco le contaba estas cosas a su mujer, en aquella tarde de invierno en que acababa de obtener estas noticias. La mujer, movía la cabeza, espantada.

Estaban los dos con las piernas metidas bajo las faldas de la camilla; María, la mujer, hacía punto de media, con su habitual fruncimiento de cejas. Su comentario fue agrio para la vecina.

—¿Tenía que ser esa señora de arriba quien te recomendase a semejante trasto!… ¿No sabes que a ella las criadas le roban y ni se da cuenta? El marido parece un señor, pero ella me parece que es una calamidad, y nada más que una calamidad, hijo mío… Hay hombres que tienen una suerte, que ya, ya.

Don Paco no sabía entonces —ni siquiera lo sabia ahora, durante este verano— que un día, pasado mucho tiempo, iba a recordar estas palabras intrascendentes de su mujer, que aquel espeso reflejo verde del tapete de la camilla, el olor de las castañas que se asaban entre el cisco, y la luz amarilla de la lámpara, el periódico donde él se afanaba en descifrar un crucigrama y las maderas del balcón cerradas detrás de las cortinas al hielo de la calle, el clic de las agujas de la mujer; todo eso era algo que a su debido tiempo resurgiría en él y le mortificaría.

Entonces bostezó.

—Mañana telefonearé a esa señora para decir que ya no necesito a su recomendado, y en paz.

Hubiera podido hacerlo en aquel momento, pero se sentía demasiado perezoso para ello. Lentamente sacó su bolsa de tabaco, empezó a liar un pitillo… No tenía ganas de atravesar la casa oscura y fría hasta el teléfono.

—La verdad —dijo su mujer—, tal como están los chicos hoy día, prefiero no haber tenido hijos. ¡Menos disgustos!

La mujer de don Paco siempre decía esto. Quería hacer compartir esta opinión al hombre, que cuando llegaba el caso, siempre callaba. Ahora salió también.

En aquel momento había sonado un timbrazo y el matrimonio se miró.

La mujer tuvo una intuición.

—Vaya… Ahí los tienes…

—¿Que los tengo?

—Sí, ¡ya verás! La madre y la alhaja esa de niño a los que no querías recibir… Ya verás como los tienes ahí… Hablando del rey de Roma…

Don Paco había experimentado emociones que estaban ya olvidadas, pero que a su debido tiempo reverdecían; la primera fue la de un gran fastidio imaginando a una viuda de ojos enrojecidos, cubierta de velos, a quien tendría que desengañar… Oyó los pasos de varias personas llenando la casa. Su mujer les pasaba al saloncito, que debía de estar helado, como siempre, incómodo, con los muebles tapizados en tela color vino y aquel olor a naftalina tan especial… Su mujer apareció en la puerta, la cerró detrás de ella y se le acercó misteriosamente. Esto también le sorprendió y más cuando recibió su viejo aliento en la cara, con un cuchicheo.

—Ten cuidado con la madre; o mucho me equivoco o es una fulana»… Y yo pocas veces me equivoco… ¡Tiene una pinta!…

Esto era lo último que había espetado don Paco. Sintió como una punzada, como un ligero escalofrío. Algo no del todo desagradable. Las «fulanas», «mujeres malas, mujeres perdidas», eran algo en lo que siempre le había gustado pensar con piedad y simpatía, y también… con un poquito de reverencia. No lo podía evitar. Tenía la casa llena de reproducciones de cuadros de Romero de Torres, con mujeres morenas, escotadas, ojerosas, que para él constituían como una sublimación de aquel mundo

misterioso y atractivo. Sin querer, carraspeó para aclarar la voz, se arregló la corbata.

—Tráeme la otra chaqueta.

De pronto había advertido que estaba con la chaqueta vieja y gastada, que se ponía siempre en casa…

La mujer no replicó a esto y se alejó renqueando, hacia la alcoba; al cabo apareció con la chaqueta nueva, y una expresión que su marido no quiso ver. Don Paco llegó a la puerta de la salita hecho un brazo de mar.

Cosas así, pequeñas, determinan luego otras, y éstas se enredan más tarde misteriosamente. Quizá no había contribuido tanto la oficiosidad de Paulina Nives a que Julián Mateo estuviese en el taller de don Paco como aquel susurro de su mujer: «Cuidado»…

Amalia, la madre de Julián, era una mujer grande, espléndida, y estaba metida aquella tarde en un abrigo de astracán que producía mucho efecto a pesar de sus peladuras. Usaba sombrero y guantes, iba muy pintada y sus ojos amarillos se llenaban fácilmente de lágrimas, o se reía fácilmente enseñando una dentadura de buena calidad, que la rejuvenecía. Julián parecía muy joven y muy inofensivo metido en un gabán negro, y todo aquel cuadro de la madre y del hijo era desconcertantemente distinto a lo que don Paco había esperado. La mujer se lanzó sobre él con las manos tendidas y no le dejó decir ni una palabra.

—¡Me alegro tanto, tanto, de que sea con usted, precisamente con usted, con quien vaya a trabajar mi niño…! Paulina no hace más que hablarme de usted… Que si es una persona tan bondadosa, que si es una persona tan honorable, que si ella a su propio hijo no le podría desear nada mejor que el trabajo en un

taller como el suyo… Es claro, eso lo dice para consolarme. —Amalia se limpió los ojos con un pañuelo que sacó rápidamente del bolso—. ¡Como sabe que la ambición mía era que el pobre estudiase una carrera como todos los hombres de nuestra casa! Pero al quedarme viuda, ya sabe… cosas que pasan… —Amalia guardó el pañuelo y somió—. Lo único que me consuela es eso, que esté con usted, que es todo un caballero y que sabrá apreciar la educación de Juliancín, que, no es porque lo diga yo, ha sido alumno del colegio más caro de Madrid…

Don Paco, desconcertado, carraspeó. Durante el rápido parloteo de Amalia, él había hecho cosas… La había saludado en forzoso silencio, dándole la mano, y después se había dejado caer en una butaca fría, de donde tenía la impresión que no podría salir por encontrarse encajado. El chico, vestido de negro, tenía algo de angelical, estúpido e inocente en la cara blanca y redonda. Estaba correctamente sentado en una silla, y tenía un sombrero gris entre las manos enguantadas. Tampoco se había quitado la bufanda blanca. Parecía un maniquí.

—Señora… Yo no sé qué decirle… Yo, la verdad, esta tarde pedí informes al taller donde su hijo trabajó el año pasado…

Los ojos de la mujer se desorbitaron bajo el sombrero. Agitó las manos.

—¡Qué infamia!… ¡Qué infamia!…

Don Paco, espantado, miró hacia el muchacho, que seguía sonriendo estúpidamente mientras la madre volvía a sacar el pañuelo empapado de perfume y a llorar…

—¡Nunca creí que Paulina fuese tan infame como para hablar del otro taller! ¡Yo que la acogí como a una hija, cuando estaba abandonada de todos!…

¡Seguir propalando la calumnia contra esta criatura inocente…!

Don Paco se aclaró la garganta otra vez.

—No, la verdad. No fue la señora Nives quien me dijo nada. Me dijo que había trabajado en otro taller y yo pedí informes. Me los dieron malos…

Amalia se puso de pie, y, desesperado, don Paco comprobó que tendría que hacer un esfuerzo para levantarse él mismo. De manera que continuó sentado, e hizo un gesto a Amalia para que se sentase otra vez; un gesto parecido al de un náufrago.

—¡Pero, señora; yo le estoy explicando las cosas, pero no le he dicho que no sea capaz de admitir a su hijo a prueba, una temporada…! Yo no le estoy diciendo nada malo; cálmese, por Dios…

—¡Pero, don Paco! ¡Es que mi hijo no se quedará en un sitio donde se va a pensar mal de él! ¡Es que mi hijo, para que usted se entere, cogió aquel dinero en un apuro muy grande mío, para solucionármelo! ¡Me dijo el pobrecito que le había tocado la lotería…! Y yo, la verdad, no puedo consentir que lo calumnien… Si usted tiene hijos, ya sabia lo que es una mujer con un hijo único… ¡El, que se ha criado con todo refinamiento, que me vio a mí hecha una reina siempre mientras vivió mi marido, y ahora…! Trabajando honradamente, eso sí; pero trabajando, una señora como yo, amiga de todas las señoras de la aristocracia, amiga de todo lo mejor de Madrid… ¿Sabe usted lo que hizo la duquesa del Cascojo, que es íntima mía, cuando se enteró de lo del otro taller? Pues dejó de ser dienta, indignada por lo mal que se portaron con mi hijo… Y había ido allí por mí, desde luego… Porque, gracias a Dios, tengo muy buenas relaciones, pero muy buenas, y…

A don Paco aquel día le había agradado la madre de Julián, y cuando pronunció una serie de nombres altisonantes, muy familiarmente, empezó a sentir cierto respeto por ella. Casi parecía que Amalia hiciese un favor dejando al niño.

Aquella noche, don Paco tuvo una fuerte discusión con su mujer y le dijo algo muy desagradable, de lo que en su día —que aún no había llegado— habría de arrepentirse.

—He tomado al chico porque me conviene, ¡mentecata!… Le tendré un año sin sueldo. Y si se desmanda… A la calle… Y si saco un hombre de él, pues una buena obra… ¿Te enteras?

Unos días más tarde, Julián empezó a venir al taller. Don Paco le observó pacientemente. Era un chico tranquilo, algo perezoso y vanidosillo, con buenas manos, muy amable y risueño. Al pronto hizo muy buenas migas con el aprendicillo Martín, a quien tenía engatusado con sus cuentos de gran señor. Después parecieron distanciarse, y nada más ocurrió de notable en el pequeño mundo del taller. Lo importante era que el chico valía y hacía su servicio. Se reservaba unas horas cada día, eso sí, para tratar de colocar seguros — decía—; alguna vez sacaba así un dinerillo para ayudar a su madre.

Sin querer, don Paco tenía con él una benevolencia que le venía de saberle unido en amistad a algunas casas ricas… Esto era cierto. Alguna cliente particular le había llegado por vía Amalia. Pero el primer día en que se conocieron estaba olvidado por entonces, y don Paco, cuando quería estimular a Julián, le hablaba siempre de la señora Nives. «¿Qué le voy a decir a la señora Nives, que te ha recomendado?»

Julián, al oír al maestro, tiró al suelo su pitillo y se dirigió a la trefiladora. A veces se sentía vivir como

envuelto en una bruma de tedio.

Martín había dejado de darle al «galápago» con el pie y se secaba ahora con su pañuelo la frente húmeda. Iba subiendo un día de calor terrible. El canto de los pájaros y los chorros de sol que ya daban contra la pared parecían hervir. Julián puso en marcha la trefiladora y pensó en una piscina. Había ido a una piscina hacía poco, con Paloma, su novia, que era hermana de Martín, pero la experiencia aquella no le agradó. En primer lugar no sabía nadar, y además, Paloma era terriblemente ordinaria y tenía un cuerpo feo del que él no se sentía orgulloso, más bien avergonzado de aquellos rollos de carne morena que le desbordaba a ella por todas partes... No pensaba en una piscina como la que había visto en la realidad, y donde no había hecho un papel brillante, sino como la de la película de la noche antes. Una piscina de millonarios, donde las mujeres más maravillosas salían del agua para sonreírle y sentarse a su alrededor.

—¡Cuidado…! ¡Bien…!

Don Paco inspeccionaba. Julián se encontró trabajando, con el ceño fruncido en aquel agobiante día de verano.

Las manecillas del reloj empezaron a girar con lentitud enervante. Julián también trabajaba con lentitud. En un momento determinado se fue a los lavabos con su paso perezoso y volvió recién peinado, chorreando agua el cabello. Se inclinó al oído de don Paco. Don Paco miró hacia el reloj, moviendo la cabeza con desagrado.

—Bueno, está bien; puedes irte. Pero ya sabes que la semana que viene no se sale antes de la hora. La semana que viene tenemos trabajo para todo el personal y para más que hubiese…

Entonces la palabra sábado volvió por un momento al ceño de Julián. Hizo un esfuerzo.

—La semana que viene, si quiere, hasta le hago horas extraordinarias… Ya sabe que yo estoy siempre a lo que sea… ¿eh, don Paco?

—Bueno, bueno… Buen pinta estás tú.

Martín, en silencio, le miró y tragó saliva con un gran movimiento de su nuez.

Julián alzó las cejas, sonriendo.

Salió a la calle, que estaba llena de sol. Una perforadora abría surcos. Unos obreros se daban gritos sobre montones de tierra y cascotes. La tabemita de enfrente daba un filo de sombra. Las golondrinas chillaban. Julián se protegió en aquel filo de sombra, con las manos en los bolsillos. Tuvo cuidado de no mancharse de cal la chaqueta, de tejido color crudo. Todo en su aspecto indicaba un chico «fino», según pensaba su madre y él mismo, «distinguido». Iba

bien peinado, tenía un cuerpo arrogante, y aunque le molestaban de cuando en cuando los dichosos granos propios de su edad, el hombre se encontraba guapo. Gustaba a las mujeres.

«Quisiera yo saber —pensó ahora— cómo se las arreglaría la bruja de mi madre para conseguir pagar lo del otro taller… Ésa tiene dinero escondido. Me hace a mí trabajar como un negro y ella va sacando siempre de aquí y de allá… Cuando se le aprieta bien, sale un chorrillo de dinero. Y bien necesito yo ahora dinero. Me gustaría liberarme de Paloma. Pero la tengo que meter en este asunto, siempre por falta de cuartos…».

La madre de Julián alquilaba todas las habitaciones posibles en el piso en que vivían, que era grande y de renta antigua. En un tiempo cocinó para los

huéspedes. Ahora sólo alquilaba las habitaciones con derecho a cocina, y ella se había entregado mucho más a sus operaciones de compra y venta de trajes. Los compraba a señoras de la buena sociedad madrileña, señoras millonarias que gastaban cada día, jugando a las cartas, lo que podía ganar su madre en un mes, con sus comisiones, o más, pero para las que era un gozo sacarle cinco duros a la pobre Amalia. Luego, Amalia, iba a casa de las que llamaba con una sonrisilla «sucedáneas», otras señoras de distinta categoría… Fulanas de esas caras. Allí vendía sus ropas. Las fulanas eran más generosas con Amalia que las señoras… Pero Amalia sentía debilidad por la gente «chic», como decía ella con un galicismo algo anticuado. Le gustaba chismorrear de los asuntos de aquellas damas, como si fuesen sus íntimas amigas. El mismo Julián se había entretenido en escuchar historias pintorescas… Julián, en esto de la amistad íntima, creía a su madre; ella las llamaba por sus nombres o sus títulos, con un deje familiar que convencía. A Julián le contaba algo que era verdadero, le contaba cómo les gustaba a aquellas señoras, y les divertía, regatear con ella sus modelos del año anterior… Pero lo gracioso era que los chismes escandalosos acerca de las señoras los sabía Amalia por las «sucedáneas», a quienes a su vez les llegaban por vía masculina.

—Mientras más dinero, más agarrada, hijo mío —explicaba Amalia con cierto respeto.

Eso sí que no se sentía Julián, agarrado. El dinero, para gastarlo, para disfrutarlo… Después que le quiten al cuerpo lo bailado. Esa era su filosofía. En nada se parecía a la del dueño del taller… Con su mandilón, y viviendo en esta casa, con lo que debía de

tener en el Banco… Seres así… Crac… Se les cortaba el cuello y crac.

El muchacho levantó la vista hacia aquella casa que parecía la chimenea de un barco. Una casa pintada de gris, alta y estrecha, rodeada de golondrinas chillonas.

«La ocasión es ahora, en verano, cuando hay más ruido y los pisos están vacíos. No se volverá a presentar otra ocasión igual. Pero necesito algo de dinero para preparar el golpe.»

El entresuelo de la casa estaba vacío todo el día. De toda la familia, sólo quedaba el marido. Era estraperlista. La familia podía salir al campo… El primero, segundo, tercero y cuarto tenían gente, lo mismo que el ático… El ático se podía decir que estaba sobrecargado, con aquella gusanera de chiquillos que tenía la familia de un empleado.

—Eso es lo que mi madre hubiera hecho de mí con gusto —pensó ahora, amargándosele la saliva—. Un empleado. Un hombre con los hombros caídos y una gusanera de crios. Gracias…

Lo del primer taller había sido cosa de Rosendo, un tipo oficinista que pretendía casarse con Amalia, que sí no, su madre lo que quería era que hiciese oposiciones a un Banco.

Se puso un cigarrillo en los labios, lo encendió. Luego volvió a meter las manos en los bolsillos. Le gustaba fumar así.

El ático no tenía importancia alguna. Mejor que contribuyese al ruido, con los crios. Aunque ruido en abundancia había con las obras.

¿Podría conseguirse un pasaporte? No; era muy peligroso. Demasiado peligroso… Aguantaría a pie firme… Nadie podría acusarle si hacía las cosas bien. Después, esperaría y esperaría. Pero, bien mirado, lo

del pasaporte no estaba mal. No, prudencia… Si él pudiese aguantar haciendo su vida de siempre… Pero ahora sería muchísimo más difícil. Muchísimo más difícil…

La lata era ser menor de edad. Había que conseguir un pasaporte falsificado. Eso de aguantar las preguntas está muy bien para pensarlo, pero luego no se tiene resistencia ninguna.

Se canta todo. Sin embargo; «soy más listo de lo que creen todos ellos, ¡qué caray…!».

El quinto piso estaba vacío por todo el verano. Esto era una ganga que no había que desaprovechar. Vacío. Vivía una entretenida formal, una especie de segunda mujer de un caballero que no se conformaba con tener una sola casa. La entretenida tenía dos o tres hijos, hacía una vida casi de prisionera, no salía nunca. Sólo en verano se iba a una playa con los niños.

El sexto piso era el de los patronos. No tenían criados. La señora se bastaba y se sobraba para ir a la compra y limpiar la casa. Una suerte. La señora tenía aire de menestrala, muy decentemente vestida, eso sí. Julián había estudiado la vida entera de esta señora. Sus entradas, sus salidas. Las horas que pasaba sola en casa… Tenía una nube en un ojo. Con el otro fulminaba, la muy lagarta…

El séptimo piso, entre el de «los maestros» y el excesivamente ocupado ático, también estaba vacío. El séptimo piso era el de los Nives. Julián había sufrido un sobresalto unos días antes. Le parecía haber visto a Paulina. A él le interesaba que aquel piso de Paulina estuviese vacío. En gran parte, la cosa consistía en que estuviesen vacíos los dos pisos, el quinto y el séptimo. La hora buena era la del mediodía.

Le preguntó a la portera:

—¿Ha vuelto la señora de Nives?

La portera, que afortunadamente era sorda, se hizo repetir dos veces aquello, y luego:

—Sí, estuvo unos días. Se ha vuelto a marchar… No hay nadie en su casa.

Había que aprovechar la ocasión. Todo se ponía bien.

Fumaba como una chimenea. Un chiquillo de ojos negros y trajecillo muy remendado le miraba fumar con admiración, Julián se dio cuenta y en honor del chico, aunque no miraba, empezó a soltar humo por todas partes. Nariz, oídos, ojos… Era muy hábil en esta clase de exhibiciones. El muchacho abrió la boca.

Al cabo de un rato, Julián se cansó de sus observaciones. «Podría verme alguien observando así y…» Se le pegaba la camisa de sudor. Ahora sabía bien cuánta cautela se necesita para que la policía no tenga pruebas…

Cuando llegó a la esquina, tuvo otro desagradable sobresalto. Vio a Paulina. No le cabía duda. La conocía perfectamente… Había vivido en su casa muchos años. Y por más señas estaba guapa otra vez. Joven. Venía andando por la acera del sol, con un traje de chaqueta de color paja y cargada con un saco de mano, como si llegase de algún corto viaje. Tenía una expresión risueña y ensimismada.

—Julián —dijo con bondad y casi alegría, al verle.

—¿Qué hay, Paulina?

Julián sonreía con su mejor somisa. Sabía disimular y perder bien.

—¿Vienes del trabajo? ¿Sí? ¡Cuánto me alegro! Un día de estos iré a ver a tu madre.

Julián le dedicó, allá dentro de su carne, bien adentro, una palabrota. Siguió sonriéndole, mientras

ella se alejaba. Después pensó en que no le había preguntado si pensaba seguir en Madrid todo el verano.

Capítulo II

El coche amarillo de Antonio pasó levantando polvo por delante de la puerta del cementerio, en la carretera de León. Levantó tanto polvo que Blanca, a pesar de sus velos, se sintió cegada y estuvo tosiendo... Le siguió con la vista. Antonio no se había detenido al ver a su suegra. Seguía camino abajo, hacia el valle, como si tal cosa, aunque sabía cuánto se fatigaba Blanca al andar.

Hacía calor. Un calor de agosto. Cantaban las chicharras. Habían pasado varios días desde la última tormenta y el aire estaba lleno de zumbidos coléricos, de moscas, escarabajos, polvo, olores picantes que parecían venir de las hojas duras de los árboles.

Blanca sudaba.

Nada menos deportivo que su indumento para venir hasta lo alto del cementerio. Vestía de negro. Siempre vestía de negro, en luto perpetuo y riguroso desde la guerra, y sobre la cabeza llevaba un velillo de gasa negro.

Afortunadamente, el guardián del camposanto le proporcionaba todas las flores deseadas para sus muertos y los de Mariana. También se las arreglaba ahora para dejar alguna flor en la tumba del

ingeniero Goya, tumba común con otros personajes del pueblo; en la de su pobre mujer, que le costó mucho trabajo encontrar.

Blanca pensaba en cosas llenas de serenidad, durante aquellos ratos en el jardín de hierba y luz, donde dormían los muertos de Villa de Robre.

La vida zumbaba a su alrededor. Sobre las agrietadas lápidas del suelo corrían las lagartijas. Grandes mariposas volaban. Los días en que había llovido, sobre todo, aquello era un mundo animado, profundamente interesante. Blanca se asombraba de la cantidad de colores que pueden alcanzar los saltamontes: verdes, azules, de color castaño, listados… Se asombraba de las reuniones de libélulas sobre el pilón que había junto a la entrada, allí donde ella cambiaba el agua de los jarros.

No estaba solo el camposanto. La vida pululaba en los animalillos de la tierra, y además, a Blanca le gustaba rezar allí por el alma de sus muertos y también tenía el culto de aquellos cuerpos que se deshacían, pero que habían de resucitar gloriosos. Blanca sabía que aun cuando no existiese ya este cementerio y el polvo de los muertos hubiera corrido por todas las extensiones de la tierra, cada átomo de este polvo sería reunido y la materia regenerada en el último día de la Humanidad.

Ahora Blanca, mientras dejaba atrás el cementerio, en aquel día de agobio, pensaba en su hija Rita, que tenía que morir seguramente, sin conocer nada de la vida y que no quería prepararse para la muerte… No soportaba ni hablar de ella. Bostezaba y se aburría en cuanto empezaban los rezos. Sólo quería dar paseos con Antonio, hacer proyectos para el «porvenir», inventar innovaciones en su piso de Madrid y pensar nuevos modelos para

sus trajes o jugar a las cartas... Desde que supo que se había ido Paulina a Madrid, Rita estaba más animada.

—Es antipática esa Paulina, ¿eh, mamá?

«Dios mío, yo creo que ella se ha dado cuenta —pensaba Blanca—. Y es natural que se dé… Si casi no disimula ese Antonio. Va como un animalito a todo lo que desea. Y a ella sólo le importa Antonio… Pero yo… pero yo, ¿por qué me daré cuenta yo de las cosas, de tantas cosas?»

Un par de meses hacía que Blanca había intentado sondear a su amiga Mariana, hablándole de Paulina.

—¿Tú crees que esa criatura es feliz?

Mariana, que le acababa de contar, con orgullo, una divertida conversación de negocios con uno de los aparceros —el hombre más astuto de los contornos— a quien Mariana había descubierto una por una todas sus tretas, Mariana, que acababa de asombrar a Blanca con su agudeza, al llegar a la pregunta de ella sobre la nuera, levantó las cejas, sorprendida.

—¿Feliz? Pues claro que es feliz… No te niego que ha sufrido mucho esa criatura. Ha pasado unos años muy malos cuando Eulogio estuvo en América. Y te confieso que hubo un tiempo en que no fue santo de mi devoción… Pero he rectificado. No me importa decírtelo. Cuando vi que ella sola salía adelante con el niño y que me devolvía hasta el último céntimo de la cantidad que le presté al salir de la cárcel, hija, desde entonces empecé a cambiar respecto a ella. Es cierto que Eulogio podía haberse casado mejor, pero una vez ocurridas las cosas de esta manera, yo estoy muy contenta. Blanca suspiró. No se trataba de saber si

Mariana estaba contenta, sino de si lo estaba Paulina. Pero todo se resolvía en lo mismo. Mariana

no tenía ni idea de aquel drama sentimental que se estaba desarrollando en su propia casa. Blanca recordó claramente el juicio de su propio hijo sobre esta mujer, en aquellos ya lejanos tiempos en que José se pasaba la vida en casa de Mariana, y en la imaginación de Blanca, Mariana era peligrosa, y moralmente detestable: «Jamás encontré una persona con una limpieza tan grande en sus juicios sobre las personas que la rodean — decía José—. No es capaz de descubrir ninguna porquería, al menos ninguna porquería de tipo sexual, de esas que a las madres tanto os asustan…

A pesar de todo, Blanca no comprendía cómo su inteligente amiga Mariana ni sospechaba siquiera los asuntos amorosos de Paulina y Antonio, cómo Eulogio estaba tan tranquilo. Su mismo hijo Joaquín, Alfonso… Bien, Alfonso solía estar en Babia siempre, pero… Es cierto que la gente enfoca cada asunto desde el ángulo que le toca de cerca. Unos seres humanos observan a los otros seres humanos, encontrando en ellos aquel defecto oculto que en el momento determinado les corroe. Los lujuriosos ven lujuria; los avarientos, dinero oculto; los enamorados sospechan que otro puede encontrar las mismas razones de amor en el objeto amado. Los simples no comprenden que una persona pueda ser buena y mala a la vez, y así las ven siempre unilateralmente… Y Blanca veía todo esto con sus ojos, que no estaban encandilados con ningún deseo oculto, y no comprendía que los seres espirituales, como los artistas, ven más allá de otros hombres. Los artistas, porque les interesa todo, meterse en todo, transformarlo todo… Y lo pueden hacer. Los seres como ella, porque han traspasado intereses humanos y así miran la vida desde un sentido universal, como desde una altura… Pero si

alguien hubiera explicado esto a Blanca, Blanca no lo hubiese entendido nunca. Demasiado complicado para ella.

Esta mañana se acongojaba pensando en que era demasiado lo que sabía, y que quizá eso, saber esas cosas, proviniese de una malicia grande de su naturaleza. «No será verdad», había pensado muchas veces. Pero siempre resultaba verdad aquello horrible y repugnante que había descubierto.

«No me ha visto Antonio; ¡qué mala suerte!», se dijo aquel día a media voz en el polvoriento camino del cementerio.

Pero sabía que sí, que la había visto y que no le había dado la gana de detener el automóvil. No quería admitirlo. «Vendrá de las minas… Dijo que una de estas mañanas iba a visitar las minas, que le hace falta para su libro. Que una vez fue y quedó impresionado por aquella angustia de infierno, aquellos hombres sudorosos, medio desnudos, en las hondas galerías donde se oyen explosiones de barrenos, con las luces de las lámparas que llevan en las manos como almas en pena en la oscuridad… Sí, ha ido a las minas…» Pero sabía que había ido a León, y lo que quiera que hubiese ido a hacer a la ciudad, no lo había logrado. «El pobre está desesperado —pensó luego, más sinceramente—. No debe de tener noticias de Paulina».

Blanca tampoco había tenido noticias de Paulina después de las líneas jubilosas, que consideró una respuesta a su noche de rezos… Pensaba en que Eulogio no debería descuidarse con su mujer, ir a buscarla, quererla un poco más y… Pero mejor, quizá, que siguiera un poco de tiempo lejos de aquí, de la escéptica y refinada Mariana, lejos, sobre todo, del loco caprichoso de Antonio, y poco a poco olvidara,

ahora que ya podía comprender el terrible crimen que resultaba de aquellos amores.

Al llegar al pueblo estuvo tentada de meterse en la frescura de las calles, descansar un poco en casa de Mariana. La invitaría a comer. Mariana era un ama de casa excelente. Todo era agradable, limpio y bien dispuesto en la casona. Mariana se alegraría de verla, podría hasta dormir la siesta sin la lata de los dos kilómetros al sol hasta el castillo, y llamar por teléfono avisando que no iba… Después renunció. Se sentía un poco confusa delante de Mariana, desde que guardaba el secreto de Paulina. Mariana quedaría alelada al saber lo de su nuera. La increíble conversión de su nuera…

Y es que para estas cosas, como las otras, Mariana era inocente también. Quizá resultaba turbadora la idea, pero a Blanca la angustiaba imaginar los ojos asombrados de Mariana ante aquel «histerismo», para ella inexplicable, y luego el desarrollo de sus suposiciones y sospechas.

«Paulina no quedó bien de la enfermedad —diría al fin, segura—. Ya notábamos todos un desequilibrio muy rato en ella. Nunca me perdonaré haber dejado intervenir a Blanca continuamente, en momentos en que la pobre chica no tenía los nervios muy firmes…» Y, desde luego, a ella, a Blanca, la miraría con reproche.

Había sido la propia Mariana la que llamó a Blanca, cuando la enfermedad de Paulina se complicó con una fiebre que Joaquín, el hijo de Blanca, llamaba, no muy seguro, «fiebre cerebral». Mariana estaba desconcertada aquellos días, y arrepentida de haberse traído a la nuera a la casona de Villa de Robre, y advirtió a Blanca:

—Quizá hubiese sido mejor el sanatorio, en Madrid… Yo… en nuestra familia, todos somos tan sanos, tenemos la cabeza tan firme, que estos delirios de mi nuera no te niego que me sobresaltan… A veces dice cosas terribles del propio Eulogio… No hagas caso. Ya sabes que las personas trastornadas atacan siempre a los que más quieren… Cualquier manual de psicología te diría lo mismo.

Blanca recordó la enfermedad de Paulina, su contacto con aquella Paulina enferma, sudorosa, que gritaba que no quería morir, en el delirio de su fiebre. Le había parecido una mujer cargada de angustia.

—Aún no he vivido. Necesito saber por qué han pasado tantas cosas… Necesito saber… No me puedo morir así, sin comprender…

Cuando estuvo tan grave, Blanca había llamado a un confesor. Mariana no podía negarse a recibirlo en su casa. No se negó. Lo recibió cortésmente. Fue Paulina quien le había rechazado de plano.

—No, Padre. A mí no me hace falta… ¿Para qué? Aun suponiendo que tuviese que dar cuentas a Dios… Cuando me ha parecido mal hacer una cosa, no la he hecho… Y de las cosas que parecen bien hechas, ¿para qué me voy a confesar? Sólo me arrepiento de no haber hecho nunca eso que ustedes llaman pecados… Sí, me arrepiento de todo lo que no hice… ¿En nombre de qué no lo hice?… En nombre de un absurdo… Yo creía en el amor…

Absurdo… No, jamás, jamás hay que negarse a la vida como yo me he negado… Grandes palabras… Amor, deber… Yo sólo me arrepiento de lo que no he vivido…

Había sido una escena tremenda: aquella mujer con la cara abotargada, roja de fiebre, temblando, dentro de un cuarto que a pesar de todos los cuidados

olía a enfermedad, riéndose con los dientes tan blancos y señalando la puerta al sacerdote, con una mano temblorosa… Tuvieron que llevarse al confesor de allí…

Claro que, aunque estaba lúcida, demasiado bien no debía de regir la cabeza de Paulina en aquellos momentos, pero Blanca se había impresionado de que una persona se arrepintiera de no haber hecho cosas malas. Desde entonces, había estado atenta a ella. Físicamente, había seguido paso a paso su evolución, su mejoría. Había intentado su gran recurso, al ver la simpatía y el agradecimiento que Paulina le demostraba, el recurso de leerle vidas de santos en su convalecencia… Le había fallado. ¡Cuánto se reía Paulina cuando alguna de aquellas vidas describía fenómenos de levitación o milagros aparatosos!… «Absurdo», pensaría también… Le pedía disculpas a Blanca y se reía hasta saltársele las lágrimas… Luego había comenzado aquello, aquella locura con Antonio. Blanca imaginaba o quería imaginar que los amores de ellos dos no pasaban de una tortura de la mente. Pero ella «veía» esa tortura… Era tan clara… Ahora, desde que Paulina se había ido, Antonio había hecho dos viajes a León y de los dos volvió enfurecido. Uno de los viajes, esta mañana. No es que hubiese dicho que iba a León. Pero Blanca «sabía».

Llegó al castillo sintiéndose casi liquidada, con las ropas empapadas, aunque había venido atajando por el puente romano… Notaba su flotante velillo pegándosele a la cara… Pasaba de la hora de la comida. La estaban esperando, inquietos, porque la mayoría de la familia tenía hambre, pero no se les había ocurrido salir a buscarla.

—Vamos, hija mía, ¿qué haces por ahí?… Mujer casada, la pierna quebrada y en casa… Ya sabes el

refrán —dijo el conde jovialmente.

—¡Mamá!— Chilló Rita.

Ella se volvió espantada, dando un manotazo a lo que señalaba su hija, un insecto duro como un escarabajo, oro y rosa como una joya.

Antonio dijo:

—¡Hombre! De la misma clase se me puso a mí uno en el cuello, cuando hicimos aquella terrible excursión a Las Duras con Eulogio… Aquél era oro y verde. Se ve que son bichos sociales; ¿sabéis cómo se llaman? Son bonitos, aunque no para que le caigan a uno encima…

Nadie supo cómo se llamaban los brillantes escarabajos voladores. Ni siquiera Joaquín.

—Joaquín, estás quedando mal; tú eres el científico de la casa…

—¿Quién, yo? Cada vez me parece más difícil la anatomía humana; conque, para escarabajos.

—Supongo que habrá comido el Padre Pérez —dijo Blanca, sentándose a la mesa.

—Sí, mamá… No te inquietes. Bendice, papá… El Padre Pérez comió, como siempre, en su cuarto.

El Padre Pérez carecía de dientes y tomaba comidas especiales.

El conde bendijo la mesa familiar. Blanca, que apenas se había lavado la cara y las manos apresuradamente, se sentía acalorada y sucia. El bordoneo del verano se filtraba por las persianas medio bajadas. El comedor era una especie de gran rotonda encristalada, muy hermosa.

Antonio tenía una cara pálida y fea. Sus ojos eran dos rayas de mal agüero. Blanca pensó que a veces era como si se corriera la pupila de Antonio en toda la estrecha raya del ojo, y todo resultara oscuro. Mal

asunto. De pronto levantó la cabeza y dijo, con voz natural:

—Tendré que irme esta tarde a Madrid.

Hubo un silencio. El conde siguió saboreando golosamente sus macarrones, y Joaquín y Ana no levantaron la cabeza de sus platos. Sólo Rita y Blanca dejaron de comer.

—¿Por qué? —dijo Rita.

Antonio la miró y frunció el ceño. La cara de Antonio estaba partida por las rayas de sombra y luz de las persianas.

—Tengo que ir.

Los ojos de Rita se llenaron de lágrimas. Antonio las ignoró… Siguió comiendo. Pero al cabo de unos minutos no pudo ignorarlas más, no las pudo ignorar nadie. Rita apartó el plato de la mesa y lloró ruidosamente ya. Hubo un pequeño revuelo. Todo el mundo intervino. Antonio lanzó unas cuantas exclamaciones, impacientes…

—¡Pero no seas tonta, vaya, pero…!

Después de eso, se marchó al jardín, dando un portazo. Le fue a buscar su suegra. «Le diré… Ahora le diré…», pensaba Blanca. Pero las cosas meditadas no le salían. Su fuerte eran las improvisaciones… Antonio volvía ya, la vio venir entre los rosales, casi con la misma emoción que siente un cazador de fieras al ver su futura presa… No hubo necesidad de decirle nada; él fue quien habló.

—Voy a ponerme a los pies de esa niña mimada y naturalmente que no iré, si ella no quiere… Debes convenir conmigo en que esto es insoportable… Si ella no quiere, no iré a Madrid ni a ningún sitio. Pero cualquier día tendré que ir. Precisamente necesito unos datos para mi libro… No creo que pretenda que

un hombre esté sin hacer nada, mano sobre mano todo el santo día.

¡El libro de Antonio!… Blanca no entendía una palabra de libros, pero estaba cierta de que su yerno no lo escribiría jamás… De cuando en cuando leía a toda la familia algunos párrafos complicados, sin ilación unos con otros, y ahí acababa todo; pero de todas maneras, el libro era la tapadera constante y ridicula de todos sus caprichos. Blanca estaba roja. Dijo con sequedad muy rara en ella:

—Todos vais buscando lo que deseáis, y lo queréis en seguida.

Era una protesta tímida, pero Antonio se revolvió.

—¿Acaso no tiene usted su capilla?… ¿No la ha deseado y la tiene?… ¿No estaba contenta de que su hija se casara conmigo, para tener su capilla, sus santos de yeso y su capellán?

No esperó a que Blanca le contestase, y la dejó apurada y triste, entre las llores llenas de abejorros bordoneantes.

III

Capítulo

Escúcheme, Paulina. Tal vez encuentre usted muchas dificultades, aunque no lo crea ahora, en esta nueva vida. Siempre estaré a su disposición para ayudarla.»

Éstas habían sido las palabras del Padre González aquella mañana. Paulina, aturdida, no había reparado en ellas. Ahora sabía que el Padre González estaba preocupado porque no le había parecido tonta, pero su confesión había sido la de una tonta. Y no le había dicho una sola palabra de sus problemas.

«Nunca he explicado a nadie mis problemas. Y, ademas, sé absolutamente lo que tengo que hacer… Ya había confesado. Ya basta.»

Lo dijo en alta voz ahora. El sol se metía hasta por las más pequeñas rendijas entre las junturas de las maderas de las ventanas y caldeaba las paredes delgadas, de tal manera que la oscuridad se teñía de rojo y se tenía la impresión de estar en un homo. Paulina se había tendido en la cama, al llegar de la calle. A pesar de todo tenía ganas de hablar, de explicarse, ahora precisamente en que el momento de hablar y de explicarse había pasado.

Fue al salir de la casa de Ejercicios cuando sus ojos habían tropezado con los duros colores del verano en la ciudad, y sus oídos se llenaron del mido de las calles, cuando se dio cuenta de que llevaba días sin hablar y de que tenía ganas de hacerlo. Es claro que no había sentido ganas de explicar sus problemas, pero sí sus descubrimientos espirituales… Volcarlos en unos oídos en los que pudieran caer como una semilla, volcarlos como una expansión entre gentes con espíritu despierto, que ignoran las grandes verdades, la hermosura asombrosa, la esencia de la vida que hay detrás de lo que ellos ven sin simpatía: ese oscuro mundo lejano que es la Iglesia con sus beatas, sus monjas, sus conventos prósperos, sus predicaciones acerca de las costumbres de la época…

Estaba metida en este deseo cuando venía andando desde la estación del «Metro» hasta su casa, y de pronto tropezó con Julián. La somisa de Julián era una somisa de suficiencia estúpida, impresionante. Paulina sintió al verla como una sacudida. Y tuvo por reacción la sensación desagradable de su propia frivolidad al hablar con aquel sacerdote que le daba un tiempo mucho más ocupado y valioso que el que ella no había querido perder en explicar sus asuntos… «He pensado «bmjas currutacas»… El Padre creerá que yo quiero hacerme pasar por una colegiala imbécil.»

Su piso recalentado, polvoriento, con un aire de abandono y tristeza, no le alivió en lo más mínimo aquel estado de ánimo medio de disgusto con ella misma, medio de deseo de comunicarse con algún ser humano…

Ni siquiera la esperaba ahí una carta. Nada. Olor a cerrado, a naftalina, a soledad… Entonces recordó a Concha y a Rafael y decidió llamarlos. Hacía cerca de

dos años que no sabía de ellos, pero eran un matrimonio simpático y lleno de inquietudes intelectuales. Los había conocido en los lejanos tiempos en que ella era novia de Víctor, y esta pareja frecuentaba la tertulia y el café de su novio. Estudiaban entonces Filosofía y Letras y tenían ideas avanzadas. Se casaron antes del Movimiento Nacional y Paulina les perdió de vista, como a tantos otros amigos, porque se habían ido a vivir a una ciudad de provincias.

A raíz de la guerra, Paulina había pasado en Madrid —precisamente viviendo en la pensión de Amalia, la madre de Julián Mateo— muchos años difíciles y solitarios; pero un día encontró por casualidad a Concha y a Rafael. La vida de Paulina cambió mucho al entrar en la órbita en que se movían de ellos. Concha se dedicaba al periodismo; Rafael trabajaba en una oficina y tenía cierto nombre como poeta. Confesaban no tener un céntimo, pero esto no les impedía divertirse y llevar una intensa vida social. Sus reuniones resultaban famosas… Los invitados aparecían con botellas bajo el brazo y el matrimonio derrochaba su ingenio en decorar su casa de una manera carnavalesca. Al cabo de un rato de estar allí, todos los reunidos habían bebido mucho y se sentían eufóricos. Cada uno hablaba de lo que le parecía. Se criticaban todas las cosas establecidas y por establecer en el mundo y se aceptaban con entusiasmo las novedades que pudiese traer la vida de la inteligencia: las últimas formas del arte, los últimos esfuerzos de la filosofía… Los amigos de Concha y Rafael tenían la idea de ser inteligentes sólo por reunirse siempre a criticar o a aceptar cuanto les pareciese. Decían que su lema era «vida corta e intensa». Intensidad era interesarse por todo lo que

se les pusiese por delante de los ojos… «Corta» la suponían, porque lo mismo en comidas que en horarios vivían contra todas las normas higiénicas… Además de sus reuniones, el matrimonio iba a cuantos cócteles de Embajadas o banquetes para sabios extranjeros había en Madrid. Concha decía que eso era su parte de trabajo periodístico. El caso es que resultaban amenos siempre, contando tantas cosas y tomando en broma tantas otras que a Paulina le habían llegado a parecer serias y oprimentes.

Cuando Eulogio volvió de América no quiso ni oír hablar de estos amigos de su mujer. Le parecieron absurdos. Paulina había dejado de verlos totalmente.

Aquella mañana en que su casa le había resultado tan hosca a la salida de los días de Ejercicios, Paulina marcó el número del matrimonio… Por suerte estaban en Madrid y la invitaban a tomar el aperitivo en casa de ellos, con entusiasmo. Sentían no poder traerla a almorzar porque estaban, a su vez invitados… «¡Ah! —le dijeron—. Hemos cambiado de piso.»

Ahora Paulina sudaba el alcohol injerido en la fresca terraza de ellos, y sentía un malestar indecible. Había encontrado a sus amigos fantásticamente instalados en un gran piso. Charlatanes como siempre, y como siempre simpáticos, y, sin embargo, transformados enteramente. Habían encontrado algún oculto filón para ganar dinero, pero esto no era interesante para Paulina. Lo interesante era ver sus miradas inquietas, su amabilidad, su interés porque Paulina les llevase a «ese millonario Nives con quien te has casado… ¡Qué callado te lo tenías!».

—Yo ahora soy también un hombre de negocios, aquí donde me ves, Paulina. Y no te hagas de nuevas en lo de la fortuna de tu marido; eso no es malo —decía Rafael.

Paulina no sabía cómo comenzar a hablarles de aquello que la llenaba. Le parecía que el interés por los descubrimientos espirituales había decaído en el matrimonio con el bienestar.

Paulina bebió, y escuchó la cháchara de Concha y sus chismes maliciosos sobre personas desconocidas para ella, hasta que al fin quiso meter baza, explicar su nuevo punto de vista. La única salvación posible de la vida…

—Creo que estamos en una época de absoluto paganismo —empezó—. Todo esto que me contáis lo hemos leído en la época de la decadencia, de la cultura pagana… Si no hay más que zancadillas y crueldades, robos en gran escala y una obsesión sexual desmedida…

Concha, la interrumpió, molesta.

—Hablas como una puritana, hija, pero de verdad no te vendría mal enterarte de algunas cosas del catolicismo. Te advierto que jamás ha habido la piedad que hay ahora, y te advierto también que Rafael y yo nos hemos convencido de que es absolutamente antisocial eso de no estar totalmente dentro de la Iglesia. No te diré que nos hayamos convertido. Eso es idiota, puesto que estamos bautizados desde que nacimos, pero practicamos públicamente, como la mayoría de nuestros amigos… No hay nada de ese paganismo que dices; lo que pasa es que ninguna diversión ni ninguna manera de vivir está reñida con la piedad… Tú tienes ideas extrañas acerca de eso… Si reflexionases un poco se te quitaría todo el miedo a la práctica de la religión…

Esta alocución de Concha en defensa de la religión había mareado a Paulina, más aún que la bebida, Y así, tumbada en su cama en el ardiente mediodía, le giraba la cara de esta mujer, pequeña, simiesca; su

cabello, peinado a la ultima moda, su bata de casa en forma de túnica blanca, sin mangas, las sandalias doradas y las pintadas uñas de sus pies… Sí, le daba vueltas dentro del cráneo, junto con la mirada serena y triste del sacerdote y sus palabras y también su propia risita estúpida cuando confesaba. «He pensado al ver a esas señoras: «brujas currutacas». No tiene gracia… No tiene la menor gracia. Concha tampoco tiene gracia… No puede ser verdad que de todos nuestros amigos la única alejada de la vida religiosa haya sido yo… Hay algo que no va, que no concuerda aquí…».

No había podido decir a Concha que ella creía. Le irritaba más Concha que las personas pudibundas que se asombran de que una pueda andar descalza como Santa Teresa, siendo cristiana. «Una nueva vida», decía el padre González. «No es necesario modificar la vida en absoluto», decía Concha. A Paulina ahora le irritaba todo aquello en lo que pensaba, y una vez pasada aquella marea de alegría, serenidad y bien que la había levantado durante los pasados días, se sentía incómoda, como sin sitio alguno en la vida… El calor le cerró los ojos. Se durmió. Unos minutos más tarde se despertó asustada, porque llamaban a la puerta. Dentro de su sueño aquel timbre le barrenaba el cerebro.

—No se asuste —dijo la portera, examinando el traje que Paulina acababa de abrocharse—. Es que le traigo las cosas que usted dejó encargadas en la tienda. Como no encontraron a nadie al venir, me las dejaron, y mire… El hielo se deshace en este cubo. Además, me olvidé de darle las cartas que llegaron estos días atrás…

La portera se metió hasta la cocina con su cargamento. Las cartas que dejó sobre la mesa de la

cocina estaban arrugadas. Las había sacado de sus bolsillos y olían vagamente a pescado. Paulina las miró rápidamente, sin tocarlas, mientras hablaba con la mujer. Tenía una carta de Mariana y otra debería ser de Blanca y dos, indudablemente, de Antonio.

—Vaya, no me diga que tiene frío. Si tiene frío es que está usted enferma sin remedio…

La portera contemplaba con curiosidad a la señora Nives, que se había estremecido y tenía la cara extrañamente blanca. Paulina veía aquellos ojos inquisitivos, la boca adornada por hilos rizosos de bigote.

—¿No necesita nada? ¿Verdad? ¡Bueno!

—Váyase —dijo Paulina—; no necesito a nadie.

Quería hablar con aire tranquilizador, pero le resultaba como si estuviese echando de casa a la mujer, que hizo una mueca de resentimiento. En verdad, la estaba echando. Aquella mañana había deseado un auditorio, pero no era éste.

A las cinco de la tarde el calor no había cedido aún en aquella casa. Paulina pensó en que deseaba que llegase la noche para sacar la tumbona al balconcillo y dormir allí, al aire libre. Pensó que el día se hacía lento y que parecía que habían pasado mil horas desde el amanecer.

Tenía el ceño fruncido y preocupado. Había preparado café y el aroma de aquella bebida llenaba el cuarto. No tenía hambre, pero necesitaba beber este café para fumar. Sentía la garganta seca.

El teléfono comenzó a sonar de repente, allí, en el comedorcito, y Paulina sintió una emoción tremenda, algo tan doloroso que tardó unos segundos en acudir a él. Una voz de mujer empezó a charlar al otro extremo del hilo.

—Paulina… ¿Es usted, Paulina?

Paulina se iba serenando, poco a poco, decepcionada.

—Sí, Amalia, soy yo.

—¡Ah!, ¡como no decía usted nada!… Me dijo Juliancín que había vuelto usted, que la encontró esta mañana, y ya sabe cómo la quiero yo… de manera que la llamo para ver si nos vemos un poquitillo… Qué, ¿se acabaron las vacaciones?

—No… lo sé… depende —dijo Paulina tontamente, dándose cuenta de que, en efecto, en aquel momento no tenía idea ni ella misma.

—Bueno, Paulina; usted siempre tan reservada, hija… ¿Se acuerda de cuando vivía en mi casa?… ¡Quién iba a decir que al fin iba a venir aquel misterioso señor Nives…! Ah, y por fin, ¿qué fue?

«¿Qué fue? ¿Eulogio?… ¿Por quién me pregunta, Amalia? Eulogio no existe; aquel que yo esperaba, al menos.»

—No sé de qué me habla…

—Mujer, del niño que esperaba… Si fue niño o niña…

—Murió… Creo que era otro chico. Sí, era otro chico…

El tono de Paulina era de alivio y distracción, a un tiempo.

—¡Jesús, qué original sigue siendo usted, hijita! Y qué, ¿está más contenta ahora o sigue tan deprimida como este invierno?

—No lo sé, Amalia.

—¿Que no lo sabe?.,. Cuando yo digo que es usted lo más original que he conocido en mi vida… Sí, sí, y eso que en mi vida he conocido a mucha gente, desde lo más alto hasta… En fin, toda clase de gente. ¿Y Miguelito? ¿Sigue tan poco cariñoso?

«No sé», iba a contestar Paulina, pero de pronto se dio cuenta de que era absurdo que contestase así y somió a aquella voz de Amalia. Si uno contesta con la estricta verdad, una conversación puede ser un juego de despropósitos.

—Miguel está muy bien. Cuénteme cosas suyas, Amalia.

—Hija, pues yo siempre con mi cine por las tardes, y mis amigas, y mis ilusiones… Aunque mi hijo no me deja casarme con Rosendo, yo creo que al fin le convenceremos… El chico me quiere demasiado, eso es lo que pasa, y le da celos Rosendo, y por otra parte, tiene razón. Rosendo (ahora que no nos oye) es muy bueno, pero no pertenece a nuestra misma clase social…

Era la eterna temática de Amalia. Podía seguir así durante horas, infatigable, tejiendo el mismo asunto.

Paulina bajó suavemente el auricular y lo dejó descansar sobre la mesita. La voz de Amalia seguía sin descanso, a borbotones, contando cosas, la mayoría de ellas inventadas, y Paulina dedicaba una somisa distraída a aquella cháchara… Amalia había sido muy buena cuando ella llegó de Barcelona, con Miguel en brazos, tantos años atrás. Paulina no podía olvidarlo.

La casa de Amalia era oscura, húmeda y triste —un piso bajo en un caserón del Madrid viejo—, un lugar muy poco a propósito para un niño como Miguel… Las bombillas de aquella casa eran siempre demasiado flojas, y a veces los huéspedes se tropezaban como espectros en los complicados pasillos, pero a pesar de todas estas cosas, Paulina había vivido allí cinco o seis años, no sólo porque el precio de la pensión era irrisorio, sino simplemente porque Amalia le pareció la mujer más agradable y optimista que había

encontrado después de la hecatombe de la guerra. Sí, Amalia, sólo con someírle, le había esponjado el corazón. Porque Paulina, insensiblemente, se había ido habituando a la aspereza de aquellos tiempos en que las gentes no pedían disculpas, sino que se miraban con rabia al tropezarse por las calles. Aquella época en que se veía a muchos hombres y a muchas mujeres gesticulando solos, hablando solos en las aceras, y las conversaciones en los tranvías, en el «Metro», en los parques públicos eran obsesionantes conversaciones sobre comida…, Conversaciones llenas de ansia, conversaciones de lobos hambrientos…

Amalia dijo inmediatamente que ella se encargaría, por medio de un amigo, de conseguir el alta de la cartilla de racionamiento de Paulina; que eso no era ningún problema, y que todo en el mundo tiene solución… Cuando apareció en su vida con uno de aquellos kimonos que se ponía siempre dentro de casa, con su manera optimista de moverse al andar y la cabeza llena de papelillos y su cháchara inagotable, fue un gran alivio para Paulina. Dijo inmediatamente que le gustaban los niños, y Miguel, tan rubio, tan saludable, le entusiasmó; dijo que si su Ernesto hubiese vivido, ella habría tenido seis hijos y que aquella monada de criatura siempre estaría bien atendida en su casa, aunque la madre saliese a trabajar… Y Miguel le había tendido los brazos con toda confianza…

Paulina, ahora, volvió a coger el auricular porque se había hecho una pequeña pausa en aquel chorro de palabras. Se asustó un poco.

—Digo, Paulina, que qué le parece a usted…

—Ah, perfectamente… Me parece perfectamente…

(«Quizá resulte esto un disparate… Son ya las cinco y diez… ¡Pobre Amalia!…»)

—Es claro; eso es lo que yo digo. Mi niño está en el taller de una manera provisional. Y se queja y tiene razón, porque con un oficio hoy día no se puede vivir, ni con una carrera tampoco; en eso estamos todos de acuerdo, porque es lo que él dice hablando de Rosendo: para ser un empleado como ése, no desperdicio yo mi juventud. Para gastar todas las horas del día en trabajar sin ganar más que para comer malamente y no poder ni casarse… Porque, claro, el niño, en cierta manera, tiene razón al no querer que me case con Rosendo, porque el pobre Rosendo no gana para mantenerme y yo tendría que seguir trabajando…

Paulina volvió a dejar el auricular sobre la mesita y siguió fluyendo la conversación de Amalia de aquella manera deslavazada, incansable. Paulina suspiró suavemente y se recostó en el brazo de la butaca, junto al teléfono. Dudó entre encender o no encender un pitillo. El niño de Amalia, el tal Juliancín, era un zoquete. La mujer había hecho sacrificios tremendos para mandarlo a los mejores colegios de Madrid, pero no pudo terminar el Bachillerato en ninguno. Paulina le había dado clases de matemáticas y sabía lo que aquella cabeza «privilegiada», según su optimista madre, daba de sí. Una sola vez la había sorprendido el tal muchacho con una lógica clara, cuando ella le hizo un sermón persuasivo, más largo que de ordinario:

«Yo no estudio, porque no quiero ser un muerto de hambre —fúe la asombrosa conclusión a que llegó un día Julián, acorralado por Paulina—. Si tú eres muy lista —Julián tuteaba a Paulina, aunque con Amalia ella se hablaba de usted—, y vives hecha una

Cenicienta, como dice mi madre, y Pili, la del cuarto número tres, es muy burra y, según dice mi madre, se da una vida imponente, yo no quiero ser tan listo…»

Paulina había recibido esta confidencia de Julián y no supo qué responder. Era cierto que Paulina llevaba entonces una existencia agotadora y heroica. Se levantaba de noche para corregir los trabajos de los alumnos y de todos aquellos años le parecía tener el recuerdo de aquel reflejo amarillento de la bombilla, que se acercaba a la mesa de su cuarto por un sistema de pesas, o, cuando había restricciones, la mancha blanca de la luz de la lámpara de gasolina sobre aquellos cuadernos; y también la sensación del amanecer cuando terminaba la tarea y apagaba la luz artificial… El amanecer en su cuarto de la pensión era una mancha gris detrás de los cristales de la ventana enrejada que daba a un patio. Si se acercaba a aquellos cristales veía un muro gris también, y las criaturas grises de la tierra, las ratas, corriendo por el suelo de piedra del patio hacia el sumidero… Se levantaba a aquellas horas porque las mañanas las dedicaba a su hijo enteramente y las pasaba con él, siempre, al aire libre, y las tardes las tenía ocupadas, como las primeras horas de la noche, en dar clases. Su único amigo era el jovenzuelo Antonio Nives, que de cuando en cuando llegaba a verla desde Barcelona y la hacía salir a cenar con él, o la acompañaba —aun con la inevitable presencia del niño— en los paseos mañaneros, para «instruirla» en sus últimos descubrimientos artísticos y literarios… No era una vida muy atrayente, desde luego, a los ojos de aquel niño grueso y perezoso que siempre estaba oyendo hablar de grandezas, que había crecido entre gentes sin dinero que vivían obsesionadas por el deseo de placeres materiales, y que ciertas bellezas de la vida

—como aquella pura alegría que Paulina tenía en su deber, tan espartanamente cumplido, en aquel amor de Eulogio que sentía intocado en su fondo— serían absolutamente incapaces de comprenderlas. Ella no supo cómo explicarle que la vida de la pobre Pili, la manicura, que tenía un amigo casado, era de una elementalidad, una estupidez y una tristeza profundísimas y que no envidiaba en absoluto el reloj de pulsera ni el abrigo de pieles, y que precisamente para alcanzar este desprendimiento es para lo que uno estudia y se forma…

—Paulina… Oiga… Paulina…

Paulina cogió rápidamente el auricular. Con sobresalto.

—Estoy aquí, Amalia; no sé qué ha pasado…

—Sí, parecía que se hubiese cortado la comunicación… ¿Me ha oído usted?

Paulina se sintió prudente.

—Creo que sí…

—Le hablaba del porvenir del niño, de mi hijo. Lo que yo quisiera sería montarle una joyería propia, pero eso ¡cuesta tanto!… Es terrible, ¿verdad? Y pensar en todo lo que hemos tenido, en que si mi Ernesto viviese eso no sería ningún problema…

Paulina se había acostumbrado de tal manera a no sonreír cuando Amalia hablaba de su Ernesto, que ni siquiera ahora se traicionó, como si la exuberante mujer pudiese verla.

Aquel don Ernesto, gracias a la fantasía de su mujer, había muerto dos veces. Cuando Paulina llegó a la pensión, el retrato de don Ernesto, enmarcado en crespones, presidía el cuarto de Amalia y el buen hombre era, en la imaginación de su viuda, un dechado de perfecciones. Su agonía había sido ejemplar, dando consejos a todos, bendiciendo a su

mujer… Pero a ella, a la pobre Amalia, unos desaprensivos le habían robado la herencia del hijo, aprovechándose de su inexperiencia. «¡Ah…, pero estoy en pleito, hijos míos; estoy en pleito! Mi amiga, la condesa de Parrilla, me ayuda en este asunto. Pronto, si Dios quiere, volveré a vivir como me corresponde.»

Amalia hablaba tan convencida que no había más remedio que creerla. Ella misma creía todo lo que contaba. Creía que era una mujer espléndida, que tenía muchos pretendientes, de los cuales ella prefería al simpático empleado don Rosendo, pero hasta este aspecto resultaba trágico por la diferencia de nivel social... Creía que su hijo era un niño angelical y cariñoso y que el que dijese palabrotas y no estudiase demostraba únicamente que era una criatura con ingenio. Creía que su casa era un palacio un poco abandonado, pero que con cuidar dos o tres detalles sería una mansión espléndida. Creía que en otros tiempos el destartalado y oscuro comedor de la pensión había sido salón de baile donde ella y don Ernesto daban grandes fiestas…

Cuando don Ernesto, exactamente igual a su retrato —con una cara desconfiada y unos ojillos de cerdo—, apareció una tarde entre dos maletas, Paulina casi dio un grito. Ella le había abierto la puerta y estaba sola en casa…

Era una aparición demasiado material para temer que fuese un espectro. Paulina se tranquilizó, aunque la tranquilidad le duró poco cuando don Ernesto, con un aliento de vinazo, le dijo que ella era una ricura.

En seguida, aquel hombre supo ir a su alcoba, se empezó a reír de los crespones de su retrato y a blasfemar también. Se adueñó de la casa… Amalia, cuando llegó un rato más tarde, le echó los brazos al

cuello y dijo que era un picaro en haber dejado creer que había muerto en la guerra. Don Rosendo, el empleado de abastos, quedó gris, como sí el muerto fuese él mismo, y solicitó atormentadamente una mirada de la patrona. Al día siguiente se mudó de pensión… Y Paulina, al cabo de poco tiempo, también…

Paulina se decidió a buscar unas habitaciones soleadas en una casa particular, porque Miguel era ya grandecito y ella ganaba ahora mucho más con las clases, y estaba ya en la época en que había encontrado a sus antiguos amigos y no quería soportar las impertinencias de aquel hombre zafio y galanteador que era don Ernesto, ni oír sus trifulcas con Amalia ni las vomitonas de sus borracheras, a medianoche, ni los insultos a su mujer, que el chico, Julián, había aprendido a imitar…

Pero no hacía ni un mes que Paulina estaba fuera de casa de Amalia cuando en realidad aquel célebre don Ernesto murió increíblemente de indigestión, gracias a una apuesta…, según había explicado Amalia por teléfono, entre hipos. Paulina, camino de la casa mortuoria, aún dudaba de si había entendido bien el hecho, o si Amalia, confundida por alguna otra trastada del marido, había exagerado de nuevo.

Lo mismo que, de aquella casa oscura, se le habían quedado con tanta claridad la sensación de sus madrugadas de trabajadora, la sensación de que en el cuarto número tres, Pili y Amalia cuchicheaban eternamente de trapos, joyas de segunda mano y de otros asuntos que les somojaba tratar delante de ella, le quedó también grabado aquel día único del duelo, en que llegó como visitante para acompañar a Amalia…

Era un día de un invierno frío, y el cielo parecía de esmeril, opaco, duro. Apoyado en el quicio de la puerta de la frutería, junto a su casa, estaba Julián, fumando. En la actitud del chico había un despego y una indiferencia soberanos. Paulina pensó: «Seguro que Amalia ha exagerado. Don Ernesto se ha vuelto a marchar con la extranjera esa que se lo llevó a Tánger durante la guerra…» (Porque ésta era la versión de don Ernesto sobre su primera muerte; versión que a Paulina le hacía el efecto de ser tan fantástica como las de Amalia.) Julián, que era amigo del hijo de la frutera, al ver a Paulina, desapareció en el interior de la tienda, en el hueco oscuro de la puertecilla que abría detrás de los racimos de plátanos, de los estantes de manzanas, peras y uvas tardías… No había nadie allí, cuando ella echó una ojeada al interior…

Paulina entró en la casa de Amalia y encontró una muerte de veras, un muerto de verdad, que había luchado apenas dos días con la digestión de treinta platos de calamares en salsa verde, y una viuda que lloraba y contaba que jamás había habido hombre como su don Ernesto, tan caballero, tan fino, tan bien educado. Y haber muerto ahora, precisamente ahora, cuando estaba en pleito la gran herencia familiar…

Paulina pasó un extraño rato, oscuro, en la oscura casa, oyendo aquellas sinceras lamentaciones coreadas por algunas extrañas amigas de Amalia, y por el silencio comprensivo de Rosendo, el buen amigo de la familia; pequeñito, rollizo, bondadoso, que se ocupó de todos los detalles del entierro…

—Paulina… ¿Decía usted algo?

—No, Amalia; la escucho.

—Sí, hija; pues por eso que la preocupa no se desespere…

Paulina tuvo un sobresalto volviendo a la negra boca del aparato.

—¿Por qué, Amalia?

—Por lo de su hijo… Usted dice que yo he maleducado a Julián. Sí, sí; usted lo dice por ahí, aunque a mí no me lo diga… Pero mire, yo, al menos, tengo un muchacho cariñoso que haría cualquier cosa por mí, y usted, hija, con tanto azote y tanta exigencia como ha tenido con el niño, ahora lo paga… Claro, el pobre Miguelito, cómo va a tener confianza en usted… En eso tiene el niño razón, aunque usted lo sienta…

Paulina estaba perpleja, hasta que recordó que éste era otro tema de Amalia: el de la educación de Julián. Había adivinado que Paulina, en otros tiempos, se sentía exasperada por el muchacho. «Pero, ¿de dónde saca que el pobre Miguel…? ¿Es posible que yo misma haya llegado a decir tonterías a esta mujer, este invierno pasado? Este invierno pasado yo era una mujer horrible, amargada, mezquina»… Suspiró.

—Amalia… Ha sido muy buena en llamarme… Ahora tengo que hacer y usted también; no quisiera entretenerla más, ya sé lo atareada que anda siempre… Sí, sí… Le prometo que voy a verla un día de estos. Sí, se lo prometo…

Colgó el teléfono con otro suspiro de alivio y con una somisa… El aparato parecía vibrar estremecido por la verbosidad de Amalia. El café se había enfriado un poco… Paulina se lo sirvió, pensativa. Las cartas, abiertas, estaban sobre la mesa. El olor a pescado que les había transmitido las manos de la portera flotaba aún, y Paulina las apartó para poder beber su café.

Había leído todas las cartas, pero sólo se había enterado de las de Antonio. Antonio escribía mejor

que hablaba de sus sentimientos y ella tocaba en aquellas líneas un sufrimiento y un deseo. En la segunda carta le anunciaba una conferencia telefónica: «Iré a León en cuanto amanezca para llamarte a tu casa antes de las nueve»... La conferencia debía de haberse celebrado precisamente hoy. Esta mañana habría sonado inútilmente el timbre del aparato, mientras ella oía la última misa de sus días de retiro…

«Tengo que escribirle a Antonio. Debo una explicación a Antonio»… A pesar de la larga conversación telefónica de Amalia, el reloj despertador de Paulina no marcaba más de las cinco y media. Los minutos caían tan pesados como gotas de plomo.

«Debería salir de casa. Debería buscar al Padre González, o al menos entrar en una iglesia, o, simplemente, dar un largo paseo y pensar la carta que tengo que escribir.»

Por debajo de estos pensamientos había otra inquietud que ella ni quería formularse, pero que estaba allí, profundamente real.

«¿Y si me llama, y tampoco estoy ahora?… Creerá cualquier cosa…, vendrá…»

A medida que pasaba el tiempo se sentía más inquieta y más incapaz de escapar a su inquietud.

Empezó a pasear por aquel pasillito de la casa que iba desde el pequeño vestíbulo hasta la alcoba, como a veces lo había hecho, llena de angustia, en la época de sus riñas con Eulogio.

La idea de Dios se le ocurrió, muchas veces. Se dijo que de ninguna manera quería ofenderlo, pensando en Antonio. Pero su fuerte sentimiento, adormecido aquellos días, se le iba apoderando de la imaginación.

«¿Es que se puede dominar el pensamiento?…»

Su pensamiento le empezó a jugar malas pasadas, imaginando a Antonio en su coche, camino de León, su cara de desencanto cuando el teléfono no contestase a sus llamadas…

Al fin se llamó al orden. Pasó una mala tarde. Tenía por allí los Evangelios… No se decidía a abrirlos. Le parecía que estaba como saturada de rezos. Era un raro sentimiento de despego después de su exaltación de los otros días… Al fin los abrió: «Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo»… Le pareció demasiado severo. Se impacientó…

Cuando el cielo se fue poniendo pálido, como todas las tardes, y los hierros del balconcillo de Paulina se hicieron mas negros, y flotó la primera estrella entre la vaharada de calor de la ciudad, y se oyó el primer griterío de los chicos de la calle, de los chiquillos que habían estado oprimidos todo el día en sus casas, por aquel peso del sol, Paulina se asomo a aquel balcón, pálida y como agostada, cansada y anhelante a un tiempo.

Capítulo IV

A las doce de la noche sonó el teléfono. Paulina estaba ahora junto al aparato. Mirando hacia la horquilla negra del aparato... Había terminado por trasladarse allí, al comedorcito interior cargado de muebles, donde estaba instalado el teléfono, y se sentó en la pequeña butaca que durante el año anterior había sido la preferida de Eulogio, junto a la radio... Era raro pensar ahora en Eulogio, sentado allí con su aire de estar a mil leguas de distancia, el ceño fruncido, fumando su pipa... Una de las pipas que se trajo de América. Allí adquirió la costumbre de fumar.

Paulina puso la radio muy bajito... Ya no quería pensar. Se arrullaba en la música y hasta en los anuncios de dentífricos.

Decidía con suavidad «me iré a la cama...» No lo hacía.

Cuando el teléfono comenzó a sonar, era como si rasgaran toda su piel sobre los nervios. Lo esperaba desde hacía muchas horas. Le parecía que el sonido la hacía morir.

—Conferencia de León.

Unas cuantas voces lejanas. Risas. Cruces de otras conversaciones, otras vidas... Y al mismo tiempo, el

latido de sus arterias, de sus venas… Un latido en el cuello, detrás de las orejas, detrás de los ojos, cegándola… En aquellos segundos imaginóse con claridad extraña la catedral de León, con sus torres desiguales rodeadas de vencejos; imaginó el panteón de San Isidoro, que era uno de los lugares del mundo más amados por ella, que había sentido la poesía de aquellas arcadas románicas siendo casi una niña, y que era un lugar que a Antonio le gustaba tanto porque le gustaba a Paulina, según le había dicho, y en donde toda una tarde estuvo como refugiado pensando en ella, cuando Paulina estaba convaleciente en casa de Mariana, después de su grave infección…

Todo esto en un segundo, sugerido por la palabra León. También le parecía ver el menos poético edificio de Teléfonos, que conocía bien. Una cabina. La ansiosa cara de Antonio. Sabía cómo eran los labios de Antonio en aquel momento.

La voz venía de muy lejos:

—Paulina, al fin… ¿Cómo no estabas esta mañana?

Paulina gritó, deseando acortar aquella distancia tremenda.

—No había recibido tu carta.

No se oía bien; algo zumbaba entre ellos.

—Digo que dónde estabas.

—En un convento, ya te contaré…

—¿En un… qué? No entiendo, no entiendo…

—Te contaré, te escribiré…

Y, de pronto, se empezó a oír la voz claramente. Tan clara, que podía tener la sensación de Antonio a su lado.

—Antonio, ha pasado algo muy grande, algo muy extraordinario para mí; me he convertido. Antonio gritó:

—No entiendo nada; entiendo cosas absurdas.

Se notaba la irritación de su voz. Vibraba el hilo a tantos kilómetros de distancia…

—Fue en el tren, de pronto… Me convertí…

—¡Paulina! —la voz sonaba desesperada—. No sé si te burlas de mí o es que no entiendo.

Empezaron a oírse ruidos. Paulina sentía ganas de reír, nerviosa, aliviada de una opresión enorme, y al mismo tiempo blanda como una esponja, empapada de una ternura ridicula.

—Antonio, te voy a escribir ahora mismo.

—¡No…! ¡No, Paulina! Hasta ahora no he podido hacerlo, pero mañana iré a Madrid… Mañana sin falta, ¿eh?… Hasta mañana.

Paulina colgó. Todo el peso de la noche cálida, del día pasado en ansiedad, le parecía tenerlo sobre los hombros… Y además, la alegría, negra, pesada alegría también como las nubes de tormenta. Espléndida alegría, cargada de escondida angustia, pero irresistible, de tal manera irresistible, que por momentos se le humedecían los ojos. Ella necesitaba esa desesperación de Antonio, alguna vez. Necesitaba la exasperación de esa voz querida.

«No es pecado esta alegría, no es pecado», se dijo. «No lo puedo remediar.»

Le pareció que la única diferencia que existía ahora con su vida de antes era este mezclar a todo la palabra pecado. Lo pensó con un raro hastío.

Se metió debajo de la ducha fresca, canturreando. El aire era tan seco y ardiente que se puso la camisa sobre el cuerpo mojado .«Así podré dormir.»

«No puedo dominar mi alegría», le dijo a su conciencia otra vez.

Toda la casa estaba abierta para coger fresco. Las tres habitaciones, el comedor, la cocina… Entraba

una noche azul, clara, polvorienta, llena de ventanas abiertas y encendidas de otras casas. Ventanas tras las que pasaban gentes: hombres en mangas de camisa o con chaquetas de pijama, mujeres con los brazos desnudos...

De pronto, al apagar la luz para acostarse, Paulina notó que se estaba envidiando a sí misma. Envidiaba a la mujer de otros tiempos que se había entregado sin reservas a este goce de su pensamiento que la seguía llenando. Sintió que estaba siendo hipócrita con ella misma y se espantó. Hizo rápidamente la señal de la cruz y se tiró en la cama como en un mar. Se durmió, agotada.

Al otro día, no fue a misa y perdió aquel gran milagro, aquella inmensa maravilla de su comunión de todos los días.

Capítulo V

El chico de Telégrafos venía arrastrando su bicicleta sobre los baches polvorientos, haciéndola saltar sobre las piedras. Tenía calor y estaba enfadado… Había sido en la misma esquina de esta calle donde le habían equivocado de dirección y le habían hecho dar mil vueltas hasta que, al fin, pudo encontrarla. Es claro que era esta casa. El número coincidía. Además, no había otra.

Cuando entró en el hondo y fresco portalillo, estuvo a punto de tropezar con un joven algo remilgado que olía a fijador y salía de la puertecilla lateral, la que conducía al sótano.

—¿Sabría usted, por casualidad, Paulina Nives?.

El chico enarcó las cejas.

—¿Nives? Ya lo creo; yo mismo puedo subir el telegrama.

—¡No! —el de Telégrafos expresaba decisión—. Sólo si me quiere usted decir el piso… Esta buena de la portera debe de ser sorda.

—Es sorda —manifestó con una satisfacción más bien incomprensible, el otro muchacho—. Los Nives viven en el séptimo; ¿quiere que le acompañe? Soy amigo de la familia.

—Hombre, no, muchas gracias.

Cuando iba a abrir la puerta del ascensor, le detuvo un silbido de Julián.

—¿Qué hay?

A Julián se le había ocurrido la necesidad urgente de saber el contenido de aquel telegrama. Quería saber si Paulina estaría en casa el sábado próximo, si seguiría en Madrid achicharrándose estúpidamente, mientras su marido estaba en el campo, o si aquel papelito azul la llamaba al fin al pueblo, de donde no debería haber salido.

Por un momento, pensó en sobornar a aquel chico para que le dejase leer el papelito. Inmediatamente comprendió que aquello era una bobada. Aquella honrada cara de pocos amigos, aquella expresión intelectual del muchacho repartidor, con sus gafas de aro de metal barato, no era sobomable, al menos así de primera intención (Julián tenía la idea arraigada de que todo el mundo tiene su precio), y además, en caso de que aceptase, tendría que darse de puñetazos con él, más tarde… No tenía en el bolsillo más de cinco pesetas, ¡Por otra parte, su amiga la portera le informaría… ¡Su madre no había sabido hacerlo!…

—Nada, amigo, no hay nada; no mires con esa cara de mal genio…

El de Telégrafos dio un portazo en el ascensor y subió al séptimo.

Le abrió la puerta una mujer joven de cabellos negros, con una blusa blanca bordada en colores y un collarín de corales. Un momento más tarde, cuando la mujer miraba con aprensión al telegrama, y lo tomaba en la punta de los dedos, como suelen hacer las viejas, el chico de Telégrafos se dio cuenta de que, a pesar de la blusa, del cuerpo esbelto, de la cabeza erguida, la mujer no era joven, como él había pensado. «Se lo

cree, que no es lo mismo», pensó distraídamente, con cierta sensación de haber sido estafado por la pobre Paulina, que, absolutamente ajena a esta idea, buscaba un monedero para darle unas monedas. Aún tuvo aquel chico durante unos segundos la visión de los ojos demasiado negros. En seguida los olvidó.

Después, Paulina quedó sola en su casa, con el telegrama en la mano. No había recibido muchos telegramas en su vida y los pocos que recibió siempre habían sido cosas importantes… Apoyada contra la puerta de entrada al piso desdobló el papelito azul, sonriéndose ante su propio nerviosismo. Sabía que era de Antonio antes de abrirlo y mirar la firma… Era de Antonio… Y además no tenía firma… ¿Por qué la iba a tener? No hacía falta.

«Rita peor. Imposible viaje. Desesperado. Escribo. Espero noticias.»

Paulina quedó así, apoyada contra la puerta, unos minutos, con la boca entreabierta en una expresión fea. Luego, se rehizo. El mundo, después de haber refluido y haberse alejado como una brillante marea, volvió de nuevo a ella y la llenó y la dejó otra vez de su misma estatura y delgadez y traje de verano. Sus manos tuvieron la misma suave forma y notó el calor de su palma, la que arrugaba el papelillo.

Los ruidos de la casa… Un canario que trinaba estrepitosamente en algún lugar del patio. Los ruidos de la calle… El pregón de un trapero. Verano. Soledad.

Por primera vez desde que había llegado de Villa de Robre se sintió defraudada en lo más íntimo. Se había hecho a la idea de pasar el día con Antonio… Un día completamente inocente, eso sí. Un día como cuando él era muchachillo y venía de viaje desde

Barcelona y se llegaba a buscarla a la vieja casa de Amalia.

Habría salido con Antonio a comer en algún restaurante de las afueras. Todo hubiese sido suave, bueno… Hubieran hablado y ella le hubiese explicado su gran aventura. Pensaba Paulina que aquella conversación habría sido una despedida… Una despedida no para siempre, quizá, sino hasta el momento en que los dos estuviesen libres. Lo que se sentía obligada, completamente obligada y dispuesta a hacer era arriesgar la pérdida del cariño de Antonio en aquel tiempo. Sabía que tenía que hacerlo.

«En cuanto a mí, yo… Yo…»

Le parecía que a ella esta llamarada que le había encendido el muchacho nunca podría quitársela… Unos días antes hubiera podido ver este cariño como algo sin importancia, algo completamente ridículo, considerado en orden a Dios… Pero ahora se sentía otra vez pequeña, humana. Otra vez adquiría su importancia todo lo de alrededor. Y Dios existía, y Dios se metía en los corazones, y Dios amaba hasta hacerse hombre y padecer por amor y ella lo sabía, pero… La exaltación estaba terminada.

No comprendía nada de aquello que le había sucedido, si quería examinarlo con su inteligencia, y se sentía como despechada… ¿Cómo? ¿No sabía Dios quién era ella, Paulina…? Una pobre mujer, hasta una miserable mujer… ¿Por qué había venido para luego dejarla sola?… Más que nadie, El su Creador, sabía que ella no era capaz de entender ni amar si El no metía este entendimiento, este amor en su corazón. Ella tenía capacidad muy pequeña. Sólo para cosas inmediatas, cercanas… Es claro que ahora sabía que más allá de todos los sentidos y experiencias hay otra

experiencia de Amor, pero no se sentía capaz de alcanzarla, de tratar de alcanzarla.

Deseaba demasiado la felicidad. Ahora no le daba miedo ser feliz, como cuando muchacha. Ahora le daba miedo dejar pasar la felicidad. La necesitaba, era suya, esta pequeña, cercana y comprensible felicidad humana. Era suya, la había ganado con mucho dolor anticipado…

Después de estas reflexiones tuvo un instante de verse a sí misma como una mujer ajada, dura, anhelante de un placer que tenía mucho de bestial, por mucho adorno que quisiera ponerle. Y era terrible sentirse así después de haber creído merecer hasta la revelación del Cielo.

Triste, con un extraño sentimiento de humillación, se sentó a escribirle a Antonio.

Se sentó frente al escritorio de su hijo y volvió hacia abajo la ampliación de una instantánea que Eulogio y ella se habían hecho en Barcelona, en el jardín de las «ratonetas».

Empezó a chupar su pluma estilográfica. Sentía gran dificultad para trasladar al papel sus sentimientos… Pero sobre todo, aquel milagro del tren, desde esta lejanía. Escribió sencillamente, al fin:

«Creí de repente. Sin lugar a duda alguna. En todo. En Dios. En la Iglesia. En la Virgen María. En la Comunión de los Santos. En todo…

«Dicen que esto es una gracia especialísima. Pensé, incluso, que era una contestación de Dios a todas mis desesperadas preguntas del año pasado, cuando sufría yo tan absurdamente, tan mezquinamente, y como sin motivo… Pensé que, para siempre jamás, Dios quería darme la alegría de los Santos. Y si ellos tienen siempre esta alegría, te aseguro que no hay mérito alguno en dejarse hacer

tiras por ella… Pero ya no la siento, y vuelvo a sufrir por ti.

»Ahora que… Te aseguro que no es un espejismo, ni una ilusión, ni nada de eso. Lo que yo tuve fue un saber la verdad, que ahora ya se ha ido, aunque me ha dejado la certeza… Lo que no puedo comprender es por qué yo y no otra persona, yo, he sido la que he sabido… Pero dicen que no hay que decir por qué a Dios… Que nosotros somos como niños chicos ante sus designios; no sabemos… No podemos entender.»

Después de esta carta con disquisiciones teológicas, quedó un rato pensativa. Una suave tristeza se posaba sobre ella. Una tristeza como polvo fino.

Por la tarde, recibió otra carta de su suegra. Mariana se extrañaba de su ingratitud al no mandarle ni unas líneas.

Paulina podía imaginar a Mariana perfectamente. La veía con el ceño ligeramente fruncido, inspeccionando su hermosa casa, comprobando el perfecto funcionamiento del «firigidaire», del termo de agua que permitiría tomar baños calientes a cualquier hora, contemplando con los ojos guiñados el efecto de unas cortinas y tratando de comprender, al ver que todo esto marchaba perfectamente, el porqué de que Paulina hubiese dejado aquel paraíso de confort creado por ella, por este horrible pisito, casi en las afueras de un Madrid achicharrado.

«Está bien que te hayas marchado a tu manera, pero me parece que algún pequeño detalle con una persona que, como yo, se ha desvivido por tu comodidad, sí que podías tener.»

Le contaba luego Mariana que Eulogio estaba entusiasmado con la fábrica y con ciertos proyectos de explotación que tenía en los bosques de Las Duras,

en combinación con el cura de Vados. Proyectos a largo plazo, desde luego, pero que realmente parecían interesantes, ya que no sólo favorecían al pueblo, como quería José, sino también, muchísimo, a los propios Nives. Eulogio le mandaba su recuerdo… Dentro de la carta de Mariana venía otra de Miguel, muy simpática y muy corta. Miguel tenía buena letra, redonda y clara. Le contaba que había aumentado su colección de insectos y que le habían regalado un cachorrillo simpatiquísimo y que tenía ganas de verla.

Paulina se conmovió porque a su hijo, en toda aquella baraúnda sentimental, le había dejado a un lado. Y su hijo era una tarea muy clara que Dios le había puesto a ella… Pero, ¿la merecía?… Tuvo un arrebato de humildad. Pensó que no merecía ella el moldear el espíritu de su hijo. La misma Mariana, aunque incrédula, con su espíritu práctico y su gran rectitud y bondad, influiría mejor que ella misma en un cuidado directo del niño. Ella era una mujer débil y extraña. Una mujer incapaz de estar a la altura de lo que había entrevisto… Incapaz.

Con la cara en las manos, pensaba estas cosas, y de pronto recordó un libro que había leído acerca de Lutero, el que opinaba que el hombre es incapaz de subir lo que ha bajado, de remontar los caminos ya trillados por su cuerpo. El que opinaba que todo tiene que hacerlo la gracia y de nada sirve la buena voluntad del hombre…

Le obsesionó un recuerdo muy raro: el de las tres fotografías que ilustraban el libro de Lutero. La primera era la de un cuadro de Lutero en sus tiempos de fraile agustino, con una cara atormentada, ascética casi, hermosa. La segunda era de un cuadro pintado en los tiempos en que estaba convencido ya de que el hombre no puede hacer nada para

modificar su naturaleza ni para atraer a la gracia: un buen burgués confortable, gozador de la vida, parecido al marido de Amalia. Luego, los últimos tiempos, un ser abotagado, casi monstruoso.

Se sacudió al fin. Contestó a las cartas rápidamente, y cogiendo también la de Antonio, salió a la calle. Las echó en Correos. Luego buscó un cine refrigerado y encontró durante unas horas un adormecimiento y olvido de sus propios problemas en una cinta donde se desarrollaban las peripecias de un asesinato nada menos que entre los hielos del Polo Sur.

Cuando salió a la calle comprendió que nada de lo que había dejado al entrar en el cine dos horas antes se había desvanecido. Ni siquiera el calor. Todo el calor, junto con las luces y los anuncios de colores de la Gran Vía, le dio de golpe en el pecho.

Al llegar a casa, encontró un paquete que le entregó la portera. El Padre Pedro, como siempre, le enviaba libros… Le había enviado ahora una colección de ellos que trataban todos de conversiones al catolicismo, conversiones de personas de nuestro tiempo, personajes célebres de las letras, de la ciencia, de la filosofía… Y una revista con un artículo marcado en lápiz rojo.

No merecía ella tanto, en su propia opinión. Hubiera deseado poder romper aquella reserva suya, correr al Padre Pedro y advertirle qué clase de persona era esta mujer que unos días antes le había asegurado que se dejaría quemar por su fe.

Pero los libros estaban allí, la acompañaban. Estuvo leyendo hasta la madrugada. Se sentía acompañada por todos aquellos que como ella misma habían encontrado, después de muchos años de alejamiento o negación, la verdadera fe.

Era una buena, una extraordinaria compañía. Muchos de los convertidos volvían a la Iglesia desde un puro afán de Dios, orientado en la doctrina protestante; pero otros, como la misma Paulina, habían sido «pillados» por la gracia repentinamente… A veces, de manera tan curiosa como la de Pitigrilli, el escritor de la gracia cínica, que fue alcanzado por Dios a través del sesiones de espiritismo, al darse cuenta de los errores que había allí.

La lectura, poco a poco, le serenaba el alma. Estaba segura de que todos aquellos hombres y mujeres habrían tenido luchas, angustias, retrocesos. «¿Por qué ibas a ser tú una excepción? —le decían—. ¿Qué has hecho tú para que Dios te escogiese, te levantase en un vuelo y ya no sintieses ni dolor ni deseo alguno terrenal, como una bienaventurada? ¿No vas a saber luchar tú también?»

La noche era muy hermosa. Por el balcón abierto entraban todas las estrellas. Ni siquiera la lamparilla de junto a la cama podía apagar su brillo si Paulina dejaba el libro un momento y las miraba. Se sentía envuelta en misterio. Animada a algo más grande que a dejarse ir por sus propios deseos. Cuando dejaba de mirar a la noche, Paulina encontraba sus manos demasiado suaves, blancas, anhelantes, sosteniendo el libro y procuraba no mirarlas.

A Paulina le impresionaron dos cosas, especialmente. Una, la historia de Edith Stein, atea de origen judío, secretaria de Husserl y filósofa ella misma. Esta mujer era una intelectual extraordinaria, que encontró la verdad una noche, leyendo a Santa Teresa… La encontró tan certeramente, que al poco tiempo entraba en el Carmelo… La otra cosa que impresionó a Paulina, porque no pudo menos de mezclarla con sus recuerdos de las fotografías de

Lutero, que le habían obsesionado unas horas antes, fúe la ilustración de aquel artículo de revista señalado en lápiz rojo por el Padre González.

Eran tres fotografías de un extraño convertido francés, que murió a principios de siglo en Africa: Charles de Foucauld. La primera era de su juventud de elegante parisiense. Cuando le llamaban «el gordo Foucauld»… Algo blando y cínico y poco simpático había en esta cara del gran gozador de la vida, desde luego. La segunda fotografía era de los primeros tiempos de su conversión. Una cara interesante de hombre en lucha. La tercera, de sus últimos tiempos: la cara más espiritual, más ascética, inteligente y dulce que uno puede imaginar. La cara de un santo.

Al día siguiente, Paulina fue muy temprano a la iglesia. Se acusó humildemente en un confesionario de haber consentido malos pensamientos. Comulgó y estuvo llorando mucho rato, con la cara entre las manos, sin saber por qué… Después estuvo mucho rato quieta, en la tranquila iglesia llena de viejas bisbiseantes, llena de penumbra y de olor a incienso… Estaba quieta, como esperando, como anhelando…

Nada. No sucedió nada.

Capítulo VI

La muchacha se empezó a reír como un caballo. No era bonita, pero iba bien vestida. Cruzaba las piernas con desenfado, olía delicadamente bien y relinchaba. Era muy joven.

Julián había caído allí con aire de gran desenfado, pero era un desenfado sin naturalidad. No engañaba a nadie. Había caído mal… Al menos, a su amigo Arturito le caía mal, y la chica se reía mientras enseñaba sus piernas y su cara yodadas, su bonito y leve traje veraniego, fresco.

«Estoy sudando», pensó Julián. Le pareció oler su propio sudor y entonces fue cuando en realidad se le empezó a mojar la espalda y el cuello de las camisa.

—Bueno, hombre. —Arturito no le invitaba a tomar nada, pero el silencio se iba haciendo insostenible.— Bueno, hombre, pues ya nos veremos cualquier rato.

Arturo y la chica estaban abanicados por una oscilante sombra anaranjada que daba el toldo del asiento.

Julián quería tranquilizarse, ganar tiempo. Sus somisas le salían pálidas y la voz estúpidamente temblorosa.

—Se trata de un negocio, chico, de un buen negocio, y en cuanto te vi pensé en proponértelo.

Casi guiñaba un ojo, tratando de hacer entender a Arturo, delicadamente, la cuestión. Pero el otro era impermeable.

—¿A mí…?

La cara de Arturito expresaba que para él la palabra «negocio» no tenía significado alguno. La chica relinchó entonces y sus dientes brillaron otra vez.

Arturito también tenía la cara tostada del sol de la playa. Un traje fresco y limpio, de color crudo. Un reloj de pulsera de oro. Un Longines… Sobre su cabeza se rizaba un cabello castaño obscuro en rizos menudos.

Había sido compañero de bachillerato en el elegante colegio de Julián, hasta que éste tuvo que dejarlo. Un año antes se habían encontrado de juerga los dos, en un local nocturno. Fue durante los cortos días en que Julián había dispuesto de dinero y lo había gastado en abundancia. Arturito le había reconocido y abrazado y le había suplicado el préstamo de mil pesetas para un apuro. Julián se las dio inmediatamente… No le había vuelto a ver, y llevaba meses pensando en que esas mil pesetas eran un depósito seguro. Las necesitaba.

Un miedo casi abyecto, mezclado de respeto y de angustia de no saberse desenvolver entre la familia rica, en la casa espléndida del padre de Arturo, había hecho que él no se atreviese a trasponer el umbral, pero había llamado más de diez veces a casa del amigo por teléfono. Sólo una vez había logrado cazarle en casa. Fue antes del verano, y el otro le había suplicado una prórroga hasta la vuelta del veraneo. Le era imposible en aquel momento…

Ahora, Arturo llevaba quince días en Madrid. Julián lo sabía y lo acechaba. Todos los días rondaba un rato por los alrededores de su casa, y de pronto, casi sin esperarlo, le había encontrado esta mañana debajo de un toldo de colores, en el asiento de balancín, frente una mesita en plena calle de Serrano, y con la niña-caballo que a Juhán le hacía sufrir… Pero no podía dejar escapar a Arturito. Sobre todo ahora, pensaba, que las mil pesetas le eran imprescindibles para el buen éxito del golpe. Si le prestase algo más… Pero por lo menos necesitaba la devolución del préstamo.

Se fijó en un cochecito pequeño, sin capota, aparcado junto a la acera.

—¿Es tuyo?

La niña caballo relinchó otra vez. Resultaba hasta raro lo que le sobresaltaba aquel relincho.

—¡Pregunta por «la cucaracha», Arturo!

—Es de Mari-Carmen.

Mari-Carmen tenía un vaso con media combinación delante, y Arturo otro vaso, en el que flotaba hielo y limón. Hacía un calor del demonio. Julián, sin saber por qué, no se atrevía a secarse la frente con el pañuelo. Se acercó el camarero.

—Nosotros nos vamos—dijo Arturo de pronto, con los ojos cargados—. ¿Vas a tomar algo?

Tenían los vasos llenos. La mala fe era evidente. Julián podía haber vuelto sus bolsillos sin que saliera una sola moneda de ellos… Somió tragando quina. De pronto, una rabia tremenda le hizo temblar las manos.

—Hombre, ya que invitas, sí, tomaré una combinación con vosotros.

El relincho fue espantoso. Los ojos moteados de amarillo que tenía Julián se clavaron en la chica.

Ahora, en vez de sentir apuro por su risa, se notaba lleno de confianza. El golpe le había parecido bueno a ella.

—Di que sí, hijo, di que sí… Éste es un roña de miedo… A propósito, ¿cómo te llamas?

Julián enrojeció. Nunca le había sucedido una cosa igual, pero en aquel momento le daba vergüenza llamarse Julián Mateo. Tartamudeó sin emitir ningún sonido, deteniéndose en la primera sílaba, que no lograba pronunciar. Era una cosa rara.

—Se llama como el de «La Verbena de la Paloma»: Julián.

—¡No me digas!

Vuelta a la risa.

Julián sintió un deseo rabioso de coger a la chica por los pelos, y además, poseerla y golpearla. A veces tenía estos golpes de animalidad brutales. Sacó su paquete de cigarrillos con unas manos sudadas y temblonas.

—Sí, gracias —dijo la chica.

Julián sentía la garganta quemada y trataba de frotar una cerilla que se le escurría entre las yemas de los dedos, blandas y húmedas; la chica sacó un encendedor diminuto y remató la faena.

El camarero apareció con la «combinación» de Julián.

El chico odiaba su propia naturaleza, que dejaba traspirar agua como un botijo sudado. Notaba los pies sudados en unos zapatos de lona blancos, con suela de goma. Era una peste.

Arturo miró su reloj.

—Nosotros tenemos que irnos.

—Yo no —dijo Mari-Carmen—; me resulta muy simpático Julián…

—Pues, entonces me voy yo, hijita mía…

Arturo hizo ademán de levantarse, mirando intensamente a Mari-Carmen por entre sus ojos almendrados, llenos de pestañas rizadas. La otra siguió tranquila, arrellanada y fumando. Era fea de cara, pero el cuerpo, muy joven y esbelto, lo tenía muy bonito. Los brazos delgados, con su color de un tostado fuerte. El cabello color de zanahoria a Julián le pareció horrible, pero en conjunto, a esta mujer la hubiera querido él para novia.

—Bien, me voy.

Julián reaccionó. Nunca había tartamudeado hasta hoy, y la voz le salía con falsetes y gallos. El ridículo que sentía en eso le hizo bailar triángulos verdes delante de los ojos. Sin embargo, se levantó también.

—Hombre, casualmente, ¿querrás devolverme las mil pesetas? Me he dejado en la casa la cartera y éste es el momento oportuno…

—Tú deliras, amigo.

La voz de Arturo salió fría, le miraba como a un bicho.

El líquido de la «combinación» empezó a salirle a Julián por los sobacos, por los pies, por la nuca. Se sentía empapado como un caracol.

Otra vez el relincho… No lo podía aguantar. La furia con que miró a la chica hizo que ésta se riera más. Empezaban a mirarles desde las otras mesas. Un perrillo ridículo, pelado, comenzó a ladrar.

Arturo se volvió para marcharse y Julián le cogió del brazo. Arturo tenía una cara redonda de facciones pequeñitas, pálidas.

—Tienes las manos sudadas; deja mi chaqueta.

La voz era tan serena, que Julián obedeció. Se percibió el silencio en las mesas vecinas. El camarero rondaba por allí cerca.

—O me devuelves las mil pesetas, o me pagas la consumición y me dices dónde me las vas a devolver.

—Ya está bien como broma, ¿eh? ¿Cuándo has visto tú mil pesetas juntas en tu cochina vida, desgraciado?.

Arturo estaba serio, alzaba la voz.

En el primer momento, Julián quedó tan sorprendido que le dolió el estómago, como si le hubieran dado un golpe.

—Ya está bien como broma, ¿eh?… El que me hayas dado pena y te haya dejado sentar a la mesa, no quiere decir que consienta sablazos de un indese…

Julián levantó el puño. El puñetazo encontró aire, porque el otro esquivó el cuerpo y Julián se vio sujetado después de tropezar con la silla de una señora desconocida, al intentar correr detrás de Arturo.

—Apúntalo en mi cuenta, Pablo.

Esto fue el grito de Arturo. El guiño de sus ojos con pestañas rizadas, guiño dirigido al camarero. El rumor de colmena que levantó el motor de «la cucaracha» y las risas de Mari- Carmen, que se había metido en ella con una rapidez de película, fueron lo último que vio Julián de aquella pareja.

—Ande, ande; circule, muchacho; ande.

Le echaban. Oía rumores de conversaciones detrás de él. Se imaginó que todas aquellas chicas del tipo de Mari Carmen, tostadas y jóvenes, que todas aquellas señoras y hombres jóvenes que tomaban el aperitivo, hacían comentarios a su costa.

Estalló como una ola todo el rumor de la calle a mediodía. Las bocinas de los autos. El trolebús. Las bicicletas. La gente… Se miró en la luna de un escaparate. Encontró una cara pálida con ojos

amarillos. Un corbata torcida. Una camisa empapada de sudor.

«Sábado —pensó—, sábado.»

Llevaba unos días con la muletilla. Era el nombre de un día de la semana. Un nombre que se había ido formando en la cabeza poco a poco. Ahora servía para todo. Para alentar la rabia. Para enfriar los latidos del corazón también.

Por la tarde, Julián estaba subiendo unas estrechas escaleras de cemento, detrás de Paloma, su novia, la hermana del aprendiz del taller, aquel obscuro y delgado Martín que los acechaba cuando podía.

Por las ventanas de aquella escalera se veían ropas tendidas en los enormes patios del mazacote de viviendas y perspectivas del campo. Ropas de colores, remendadas. Sábanas amarillentas, como viejas velas de barco.

Paloma era pequeña, llena, provocativa. Despertaba instintos sucios en muchos hombres. Tenía veinte años y aparentaba algunos más. Tenía éxito, pero Julián miraba con una especie de asco sus pantorrillas gruesas.

—Bueno, aquí es.

Paloma metió una llave en la cerradura de la puerta, descascarillada y pintada de color chocolate.

—Ya está bien…

A Julián no le importaba ahora secarse el sudor de la frente. Apenas entró en la casa, se quitó la chaqueta. Paloma le había dicho:

—Vamos a estar como reyes. Toda la familia se va a Toledo después de comer, a la boda de mi hermano Toribio. No vuelven hasta mañana por la noche.

—¿Y tú qué has dicho?

—Que en el taller hay más trabajo que nunca, que tengo vela esta noche y horas extraordinarias

mañana, y que si no lo hago, me despiden.

Ella misma empezó a reír a carcajadas de su chiste. Julián seguía secándose el sudor con el pañuelo. Paloma abrió la ventana y entró el reflejo amarillo rabioso del campo. El grupo de viviendas estaba en pleno campo.

—Me daría una ducha fría con gusto —dijo Julián.

La risa de Paloma al muchacho no le hacía efecto. Vividamente le vino a la memoria aquel relincho de la mañana. Una cosa que dolía, clavada como un aguijón. Aquel resplandor de los grandes dientes.

—Ven; aquí tenemos la ducha, señor… Su baño, señor, si le apetece…

La ducha estaba en aquella casa exactamente sobre la taza del retrete. Julián la miró asombrado.

—Bueno, pero ¿esto?…

—Sí, hijo; otra de las muchas gracias que nos hacen a los pobres… El contratista tenía que poner cuarto de aseo con ducha. Se ve que dio vueltas al magín y se le ocurrió esta preciosidad. Antes no tenía taza el retrete, la pusimos nosotros, pero en el mismo sitio había un agujero en el suelo. Se ve que le pareció bien al hombre llamamos cerdos de una manera disimulada… A lo fino, vamos… Teníamos que lavamos, según él, rebozados en nuestra propia porquería. Desde luego, ahora lo hacemos en la cocina, en un barreño. Pero si te apetece…

Julián lentamente subió las mangas de su camisa. Se quitó la corbata. Se asomó a la ventana y recibió la impresión extraña de un hermoso Madrid, un desconocido Madrid, en la lejanía, anaranjándose en el poniente, con sus rascacielos y sus tejados y los árboles de sus parques, dibujado como con carboncillo.

Paloma trajinaba en la cocina, que era muy pequeña y estaba separada del comedor-salita por un arco abierto. Había encendido la luz, que colgaba de un hilo y flotaba como un diminuto sol en medio del aire cálido.

—Todo esto se va a acabar. Te juro que el sábado se acaba.

Julián estaba vuelto hacia ella y la miraba con sus ojos amarillos.

—¿Qué es lo que se acaba?

—Esto… las duchas sobre los retretes. La maldita pobreza. Las risas de esas fulanas con dinero. Y esto…

Señaló a su alrededor, sin pensar que Paloma se sentía dolorida. «Aquello» no era tan malo. La casa era limpísima e infinitamente más agradable que la del propio Julián. Los grifos de la cocina brillaban, las paredes olían a pintura reciente, las cortinillas crujían de almidón… Aparte de aquellas habitaciones, había dos alcobas. Una matrimonial, muy pomposa. No le faltaba detalle: su armario de luna, su «coqueta», su butaquita. Una cuna junto a la cama, un vago olor a polvos de talco… Sobre la cama, un Crucifijo.

—La alcoba de mi hermana Patro.

En la salita comedor un «mueble-bar» dejaba ver por las noches, al abrirse, la camita turca de Martín… Otra alcoba, con una cama niquelada «de cuerpo y medio», donde dormían la madre de Paloma y ella misma. Cuadritos de almanaques. Una cómoda, un perchero... Por todas partes entraba el obsesionante campo, amarillo, que empezaba a obscurecer.

—¿Por qué dices eso del sábado, Julián? ¿Qué vas a hacer? Ya sabes que mientras yo tenga dinero…

Julián sabía. Sabía que Paloma estaba loca por él. Deseaba librarse de Paloma y de su dinero. El la había prostituido. Es cierto que Paloma estaba propicia, y

cuando la conoció, ella no era ya la candida que pensaban sus familiares. Pero Julián la había convencido de que dejase el taller y emplease sus horas libres en algo más productivo. («¿A quién perjudicas, tonta? No importándome a mí, que soy el que tendría derecho a protestar…»)

En su casa, Paloma daba el jornal, como si aún fuese al taller, y lo demás que conseguía iba a parar al propio Julián.

—¿Qué vas a hacer?

Julián sonreía. Casi parecía un buen chico, un inocente muchacho. Era más joven que Paloma.

Paloma extendió un mantel blanco sobre la mesa y dio la luz de la lámpara del comedor. Empezó a colocar platitos: aceitunas, anchoas, rajas de embutidos. Julián «picaba».

Los ojos de ella le envolvían pegajosos, oscuros. Julián resultaba un guapo chico, con algo blando alrededor del contorno de la cara. Nada más.

—No estés tan inquieta… Para tí no es ningún secreto. Hace tiempo venía esperando esto. Será de hoy en ocho días, el próximo sábado… Tú me esconderás las piedras. Valen más de dos millones… Ya sabes que los sábados don Paco no come en casa, es la hora buena. El mismo don Paco lo ha dicho: «Valdrá más de dos millones lo que voy a tener en casa la semana que viene.»

El pecho de la mujer se agitaba. Era gracioso porque su nombre le iba bien, parecía una paloma buchada.

—No sabes lo que dices.

—¿No sé?

Los ojos amarillos la miraban.

—¿No sé? Si fuese otro no tendría necesidad de nada… Y yo me entiendo… ¿O no lo sabes?

Paloma quedó pensativa. Ella creía a pies juntillas las historias de señoronas ricas y distinguidas que le contaba Julián, ávidas de proteger al muchacho. De casarse con él…

La noche cayó enteramente y la luz de la lámpara iluminaba la serie de tiestos de geranios de la ventana, recortados contra lo negro. Acercándose allí, venía una emocionante sensación de mar desde la noche. La ciudad parecía un puerto contemplado desde un barco. Se oía el rumor de su oleaje.

Sobre las calles del centro se proyectaban hacia el cielo haces de luz roja y verde y amarilla: anuncios.

—Esa ciudad está llena de cosas que yo quiero —dijo Julián.

Calló que entre esas cosas estaban mujeres distintas a Paloma. Mujeres del tipo de Mari- Carmen, con su relincho y todo, con aquel relincho desagradable y obsesivo que le raspaba por dentro la sensibilidad.

—Lo tengo muy pensado. Llevo pensándolo muchos meses… Nadie podrá descubrirme. Soy más listo yo que la policía… ¿Por qué crees que he aguantado allí, si no?

Cuando se sentaron a la mesa, estuvo cariñoso con Paloma, haciéndole arrumacos y mirándola a los ojos.

—Necesito que me consigas una pistola.

Hubo un silencio. Paloma era muy morena. Cuando se emocionaba, la cara parecía redondearse más, tomar un tono gris.

—Lealmente te pido que no la lleves, Julián. Lleva el antifaz como pensabas, atonta a la vieja… lo que quieras. Pero la pistola no la lleves…

Tenía los ojos espantados. Sus ojos agrandados con carbón.

Empezaron a entrar gordas mariposas nocturnas atraídas por la lámpara. Parecía una noche campesina aquella noche.

Julián ya no sudaba. Dijo aún:

—La suerte grande la tendría si el sábado la vecina de arriba hubiese ahuecado el ala. Entonces sí que habría soledad.

Capítulo VII

Paulina había discutido con el Padre González. El Padre González observaba sonriente sus chispeantes ojos, el rictus enfadado de su boca…

Estaban en un despachito muy limpio y muy pobre. Sobre la pared, unas litografías chillonas de la Virgen señalando su corazón, y un Crucifijo.

—Sí, Paulina, tiene usted razón. En esos casos concretos tiene usted razón. ¿Qué vamos a hacerle? Muchas de esas faltas son culpa de los que podrían remediarlas y sólo las critican. Una culpa mística… Es cierto, algunos institutos de caridad se han desvirtuado a través de los años y no son lo que deberían ser. Están como anquilosados, olvidada la hoguera de amor de Dios que los produjo… Sin embargo, hay tantos otros maravillosos. Aquí mismo, en Madrid, puedo darle la dirección del Cotolengo; le diré que vea a las Hermanas de la Cruz, que deshacen su vida totalmente, velando a los enfermos más horribles y más pobres, y lavando y fregando sus casas, sin poder tomar en casa de ellos ni un vaso de agua. Estas mujeres duermen sólo una noche sí y otra no…

Paulina hizo un gesto con la mano.

—Sí, ya sé; conozco diez o veinte más… Pero no se trata de heroísmos aislados. Si en conjunto esas gentes de las grandes órdenes religiosas, sobre todo, que tienen contacto con el pueblo, fuesen lo que deberían, la gente humilde española no se estaría olvidando de su catolicismo…

—Es claro que hay mucho que hacer, Paulina. Éste es el mensaje que el Papa nos da a todos. Para esta renovación, Cristo cuenta con usted… ¿Por qué no se hace de Acción Católica? Hay que unirse.

Paulina saltó al borde de la silla.

—Padre, yo no creo que eso sea eficaz… Al menos, aquí en España, No lo es tal como se lleva. Usted me explica que la Acción Católica es una acción de seglares que deben vivir normalmente, llevando a Cristo en sus vidas, en su manera bondadosa de considerar a la gente, en su generosidad para con los demás, en sus paseos, en su trabajo, en sus bailes… Enseñando con su ejemplo y su sonrisa lo que es el amor de Cristo, Pero la realidad es, al menos en Villa de Robre, que es donde yo he podido observar algo el fenómeno, que nada de esto sucede. Las pobres criaturas afiliadas (al menos las mujeres) se señalan inmediatamente como medio monjas. Visten extrañamente. Se les prohíben mil cosas perfectamente sanas y lícitas… Aquello se convierte en otra congregación religiosa más, con pretensiones, que es lo malo, de que son personas seglares… Dan la impresión de que cuando alguien se acerca a la iglesia tiene que ser ya un ser rarísimo…

El Padre González estaba distraído. Consultó el reloj.

—Está bien, Paulina… De eso yo no entiendo, de veras. Le presentaré señoras de aquí, de Madrid, magníficas personas que son de Acción Católica, y

tienen un trabajo de apostolado verdaderamente eficaz. Da una gran formación religiosa a sus miembros.

—Sí, eso sí; pero la idea del Papa…

—Perdóneme Paulina; tengo que atender a mi trabajo. Precisamente por todo lo que usted dice y por tantas cosas más, hay tanto que hacer. Otro día le diré que sí, que hace falta usted en las filas de Acción Católica y todo eso…

Paulina besó la mano del Padre González.

Había dicho siempre, al ver que otras personas besaban las manos de los sacerdotes: «Nunca besaré la mano de un hombre…» Pero las manos ungidas que levantaban todos los días a Dios vivo le inspiraban ahora un respeto, una reverencia enormes…

Paulina salió a la calle, desalentada. No había explicado nada de su vida al Padre González, ni le había pedido consejo alguno… Tampoco deseaba hacerlo ya. Sólo un día lo había deseado… Los Mandamientos eran tajantes respecto a su caso, no había dudas que aclarar… Este sacerdote sólo sabía de ella lo que Blanca le había escrito: que estaba casada con un primo del yerno de Blanca. Que había sido incrédula y acababa de convertirse. También le había explicado Blanca al Padre González que la noche de la conversión de Paulina, ella la había pasado rezando. Esto a Paulina le había hecho un gran efecto, metiéndola de lleno en ese misterio real y asombroso de la Comunión de los Santos.

El Padre González la había puesto en contacto con alguna gente de las que se dedican a Juntas de caridad. Paulina se lo había pedido… Quería ella perder el recelo que en su infancia le habían causado las beatas, ya que, realmente, a una beata rezadora debía su fe… Había encontrado mucha gente rara y

mucha gente buena también, y pura y dulce y de valeroso corazón. ¡Qué extraño mundo!… Pero se sentía sola entre tantas personas que había conocido y que la habían recibido muy bien…

Se sentía sola, quizá porque no era capaz de volcarse como las otras. Así la buena fe de aquellas mujeres, sus ojos puros, su deseo de hacer las cosas bien, y al mismo tiempo de no desviarse un ápice de lo que opinasen los sacerdotes directores, que las llevaban como en andas, todo aquello a Paulina le hacía sentirse tan incómoda, como cuando su antigua amiga Concha le explicaba que todo el mundo era católico en España, hiciese la vida que hiciese, y que no había que preocuparse por más.

Se encontró andando al azar entre chalets y jardines, hacía la Colonia del Viso.

«No sé más que criticar», se dijo con una sonrisilla agria. Cortó una rama de madreselva que desbordaba de un jardín. La prendió en su chaqueta…

Se sentía infinitamente sola. «Dios mío, no me dejes sola»… ¿Cómo era? ¿Cómo era aquello, aquella emoción, aquella belleza, aquella altura extraordinaria que le hacía a uno comprender que uno es algo más que un animal inteligente, que le hacía a uno comprender ese otro mundo que existe fuera del espacio y del tiempo, que es nuestro, que nos lo han dado.,.? ¿Cómo volver a obtener aquello…? ¿Cómo?

Estaba triste y cansada. ¿Estaré loca?… A veces se lo preguntaba… ¿Estaré loca?… Todos los días comulgaba sabiendo que estaba Cristo en aquel pedazo de pan. Sabiéndolo y sin poder emocionarse.

Llegó a su casa a media tarde. Ya no hacía tanto calor. Dos días antes, al oír la lluvia de una pequeña tormenta, había pensado en Villa de Robre, con los

hilos de agua cayendo y aquel olor… Ya no quedaba barro en su callecita. Polvo solamente. Estaba cansada por el largo paseo. Tenia una gran tristeza…

Al doblar la esquina de su calle, sin embargo, se le olvidó que nunca hubiese estado triste. Toda la calle estaba ocupada por el coche de Antonio… El gran coche amarillo, inconfundible…

Llegó a su casa casi corriendo. Una prisa ridicula. Ella lo comprendía. Tuvo que disimular su cara, sus gestos… «No puedo tirarme así al portal.»

La portera cosía sentada en una sillita baja, rodeada de dos o tres mujeres que le hacían tertulia. Empezó a sonreír apenas vio a Paulina. Paulina no era la dueña de aquel cochazo encristalado, pero la portera, al relacionarla con él, se volvía mucho más amable… Ya le había pasado lo mismo cuando, unos meses antes, salió de la casa acompañada de Mariana y Antonio.

—Doña Paulina, su cuñado está arriba. Como me pareció que quería esperarla, le di el llavín de su piso…

Desde que unos días antes Paulina había perdido uno de los llavines, siempre dejaba el otro a la portera.

Asintió con la cabeza. Siempre la ponía nerviosa que la llamasen doña Paulina; pero ¡qué remedio!…

Se sintió deshecha en el ascensor. Deshecha. Con las piernas flojas… Ya sabía ahora cuál era su tristeza de los días pasados. Su tristeza consistía en que había intentado, en que intentaba todo el día no pensar nunca en Antonio… Y estaba vacía sin él… Dios, le parecía, la había dejado también, y también se sentía sin Dios.

Casi no acertó a llamar a la puerta…

Antonio estaba detrás de aquella puerta, riéndose. Ya no recordaba lo joven que era Antonio. Lo miró. Quería meter dentro aquellos rasgos tan conocidos. Durante unos segundos no acertaron a hablarse.

—He estado curioseando este piso horrible. ¿Aquí has podido vivir tú?

—He vivido en sitios más horribles y tú lo sabes.

«¿Quién ha dicho esto antes! Así, con estas mismas palabras… ¡Ah!… Eulogio. No debo de pensar en Eulogio ahora. Es estúpido.»

—Sí, pero…

Paulina tenía una cara muy distinta a la de la mujer que había hablado gravemente, criticando, para los oídos del Padre González, las instituciones católicas de su patria. Paulina tenía una cara risueña, con un reflejo color naranja que le daba su traje de hilo.

—Aquí has vivido… No quitaste las flores artificiales de este florerito del vestíbulo…

—No quité nada… A veces tiene una, realmente, muy pocas ganas de vivir, importa muy poco lo que nos rodea… El año pasado, cuando vine aquí, yo era como una mujer medio muerta… Y en estos días tampoco me he ocupado… Ven, te lo explicaré todo. Te lo enseñaré todo yo misma. Tengo unas bonitas frutas de cera en el comedor, también con puntitos de mosca encima…

—Las he visto.

Pero recorrieron el comedor. Era una habitación ahogada, con una vidriera de cristales de colores. Dos aparadores, varias sillas y una mesa con su chapeado de imitación. Las butaquitas junto a la radio y una horrible lámpara de tipo cubista…

—Aquí has vivido…

—No; aquí quien ha vivido esencialmente ha sido Eulogio, que se sentaba allí —señaló hacia la

butaquita— con Miguel. Fumaba su pipa, hablaba con el chiquillo o escuchaba las cotizaciones de Bolsa o algún concierto por la radio…

Fue una idea desgraciada hablar así. Antonio se sintió excluido de un mundo en el que vivía aquel hombre. De pronto fue como si estuviese entre ellos su primo Eulogio, con sus hombros anchos, sus vivos ojos azules, su profunda virilidad. Una virilidad tremenda… Parecía infestar la casa con su dominio.

—Yo —decía Paulina— donde más estaba era en este pasillito que ves, paseando por él, pensando en la manera de separarme de Eulogio, de acabar con aquella farsa desgraciada en que habían terminado nuestros amores; pero sintiéndome muy enferma y muy atada por el nuevo hijo que esperaba, para poder hacerlo… Es terrible sentirse sujeta a un hombre que la trata a una como si una fuese alguien sin ni siquiera uso de razón… Me decía las cosas con unas ínfulas, como si yo acabase de salir del colegio y no supiera lo que es la vida…

Antonio tenía el ceño fruncido. Él recordaba a Eulogio muy atento siempre con Paulina. Muy indiferente sí, por fortuna… Pero no importaba que Paulina estuviese equivocada. No iba a ser él quien la sacase de su error. Dijo:

—Tienes que intentar ese divorcio. ¿Cuándo te casaste?

—En el año treinta y siete.

—¿Dónde?

Paulina recordó el nombre del pueblo.

—Fue un matrimonio militar —añadió—. Nos casó un capitán o comandante, ya no me acuerdo…

Recordó además la playa de aquel pueblo, y la fila de pitas en flor con sus flores como arbolitos amarillos que crecían separando aquella arena del camino que

conducía a la casa donde Eulogio y ella estaban alojados, y el ¡alto! de un centinela una noche que quisieron pasear precisamente por la playa, y el susto y las explicaciones que dio Eulogio con su voz tranquila. El día de la boda había sido notable. Se habían casado varios oficiales, al mismo tiempo que ellos. El comandante… ¿o el capitán?, apuntó sus nombres, ellos firmaron.

Luego celebraron todos una comida. Eulogio era el único soldado raso entre los recién casados y esto les hacía sentirse muy chistosos a todos. Recordaba también Paulina las caras de las otras novias. Casi todas eran de la localidad, chicas muy alegres, animadas por el aire de fiesta y el vino que corría con generosidad. Casi todas eran caras perfectamente necias. Resultaba hasta gracioso…

—Tú no hagas caso de todo esto —le había dicho Eulogio a ella—; lo nuestro es muy distinto.

Paulina estuvo a punto de añadir, al llegar a la altura de estos pensamientos, la confidencia de que Eulogio le había comunicado a ella que su caso era distinto del de todos. Y que ella también lo había sentido así. Pero esto era una gran tontería. Antonio la estaba mirando con su cara de chiquillo esperanzado. La cara que a ella le gustaba más.

—Paulina, muchos matrimonios de esos ni siquiera fueros registrados… ¿Estás segura de que el tuyo lo fue?

—No, no estoy segura… Pero creo que Eulogio pidió un certificado y… Lo pidió poco antes de irme yo a Villa de Robre.

Paulina miró a Antonio muy seria, con los ojos abiertos. Antonio era tan alto que ella tenía que levantar la cabeza para mirarlo.

—Antonio, estoy pensando que Eulogio no me volvió a hablar nunca más del certificado, y luego ha insistido siempre para que nos casásemos por la Iglesia.

Antonio sacó un librillo de notas y apuntó los datos que le había dado Paulina.

—Voy a pedir yo ese certificado.

No se atrevían a decir más sobre el asunto, tanto les emocionaba. Parecía como si el caso fuese el de que, siendo Paulina legalmente libre, toda dificultad desapareciese… «Lo que no es cierto, pero sí habría desaparecido media dificultad», pensaba Paulina, alocadamente. Le parecía que su cabeza giraba como una mariposa, que sus pensamientos tenían miedo de que alguien los cogiese, mientras iba enseñando todo lo demás de la casa a Antonio.

—Éste es el cuarto de Miguel; éste es el cuarto de armarios y de la criada… Cuando teníamos suerte y teníamos criada… Éste es la alcoba… ¿Qué te parece esto?

Señalaba a una gran fotografía ampliada, con marco ovalado. El retrato de boda de la dueña de los muebles. Se había quedado viuda y había alquilado el piso tal como lo instaló al casarse.

Indudablemente era un retrato abandonado con odio. Representaba una doncellona algo madura, vestida de negro, con peineta y mantilla, con los pies convenientemente separados en ángulo, con zapatitos de punta fina, la boca entreabierta en una somisa fingida, a fuerza de sostenerla para la foto. En la mano derecha, colgando, un ramo de flores. Cogido del brazo izquierdo, un anciano chiquitín, de gesto picaro, que sólo había sobrevivido seis meses al acontecimiento… Llevaba esta obra de arte la firma de un fotógrafo de Madrid, una fecha reciente…

—Lo mismo hubiese podido ser del tiempo de nuestros abuelos en cualquier pueblo…

—Mira, Eulogio se sentía molesto cada vez que entraba aquí… ¿Sabes por qué? Porque ese viejecillo parece que te sigue con la vista. Eulogio lo «sentía» sin localizarlo… Yo me reía sola cuando veía a Eulogio volver la cabeza, desconcertado, sin saber que lo que le pasaba era que el difunto le miraba… Tú comprenderás mi desgana cuando no quité el retrato. Ahora me he acostumbrado; casi le tengo cariño.

—Paulina.

Paulina volvió a sentir, sólo con oír su nombre, una emoción como jamás creyó que experimentase nunca ya. Por la ventana de la cocina entraba en toda la casa un crepúsculo rojizo como un mar. Subía en una larga marea hasta ellos. Se reflejaba en la emocionada cara de Antonio.

—Ya sabes… ya sabes…

No decía más. Paulina sabía. Sabía que él ahora la quería de veras, casi como la había querido de muchacho, que él, ahora, si pudiese, se casaría con ella.

—Viajar contigo, Paulina… Podemos ir a donde queramos. Yo ni siquiera he sabido darme cuenta de lo hermoso que es tener dinero, poder hacer tantas cosas. Paulina…

Ella le puso la mano en los labios.

—Acuérdate. Te escribí…

—Pero eso es una tontería. Una tontería… ¿Y qué, si crees? A mí me parece bien creer, la religión nuestra es hermosa… ¿Y qué?… Yo no soy ateo; soy más católico que tú. Todos los domingos voy a misa. Todos, ¿oyes? No faltaría por nada del mundo… Pero no he nacido para santo. Soy un hombre corriente… ¿A quién perjudicamos coa eso?… Rita jamás se

enterará… Está muy mala, ¿sabes?… Ahora es ella la que me ha pedido que la lleve a Suiza. He venido a preparar el viaje… Tengo sólo unos días, unos días únicos para despedirme de ti… En cuanto a lo demás, tú seguramente eres más libre de lo que crees. Y si no, al menos para la Iglesia, eres libre… ¿A quién perjudicas? ¿A tu hijo? Te aseguro que no. Yo no quiero hijos de ti, te quiero a ti… Tu hijo tendrá un padrino que, si no derrocha toda su fortuna, le hará heredero…

Paulina sintió una especie de cosquilleo en la garganta. Una risita nerviosa. Una risita estúpida. Allí estaban Antonio y ella entre la puerta de la alcoba y el pasillo, con aquella luz roja que se oscurecía ya, como muriéndose por el suelo…

—Parece un cuento de hadas.

Se empezó a reír, a reír de aquella manera tonta. Se alejó de Antonio. Se limpió dos lágrimas provocadas por aquellos desagradables nervios.

Antonio sintió su tiesura y su sequedad.

—Vete, Antonio…

Antonio la miró, rabioso.

—¿Estás loca?

La sujetó por los hombros. La volvió hacia él.

—¿Crees que a un hombre se le puede tratar así, como me tratas? ¿Con qué clase de hombres te has visto tú en tu vida?

Ella se sacudió.

—Vete, Antonio; no es una hora para que estés en casa; no puedo recibirte más…

—¡Si esto es un juego!…

La miraba para ver su cara. Era difícil ya en lo oscuro. Ella encendió una luz y el suelo se llenó de tristes regueros amarillentos.

Antonio tenía una mueca rara en los labios. La miraba, asqueado.

—¿Sabes lo que me pareces? Una histérica mojigata; eso me pareces…

El hombre se sintió ridículo y estupefacto a la vez. Esta mujer de mirada huidiza, de labios apretados, no tenía nada que ver con aquella que él había querido por la dulzura que tenía, hasta al negarse… ¿Podía ser la misma cuyo recuerdo le pegaba al cuerpo un enrejado vivo de deseo? Hacía un minuto que ella le miraba, mientras le había hablado, le miraba con un anhelo que a él le había hecho tomarle las manos. Había sentido la suavidad y el temblor de esas manos en sus propias mejillas antes de que le rechazase de esta manera absurda. Estaba fea, se le marcaban sombras junto a la boca a aquella luz. No valía nada. Aquel temblor de sus dedos en la cara no significaba nada. Ahora no le miraba. Tenía los ojos puestos en el suelo, estaba rígida.

Paulina levantó los ojos, llenos de oscuridad, hacia él.

—Es que… Antonio, yo no soy hipócrita. Nunca hago las cosas cuando creo que no debo.

Antonio se empezó a reír en sus narices. Le lanzó una palabra dura, salió del piso y dio un portazo.

Capítulo VIII

Empezó una noche triste para Paulina. Una noche angustiosa. Se llevó una tumbona al balcón y casi toda la pasó allí, fumando. Era su sitio favorito. Allí, en aquel lugar, le debía haber explicado a Antonio que vivía ella ahora, en verano.

¿Cómo había podido rechazar a Antonio así? Había sido tan seca, tan dura. «Es que yo no sé amoldar las cosas… Yo me doy toda o me quiebro», pensó.

Abajo, juntos en el balconcillo de abajo, los «maestros» de Julián charlaban. En aquella habitación en que Paulina tenía su alcoba, los vecinos habían instalado el comedor.

—¿Por qué no te desprendes del chico ése? Es un verdadero holgazán. Alberto dice que desmoraliza al otro aprendiz.

—Son pruebas… Tú déjame a mí. No arriesgo nada. El chico se ve que va entrando en orden y es habilidoso…

—No faltarían otros con mejores antecedentes… A propósito de antecedentes; no quiero quedarme el sábado a mediodía con la cajita de las piedras… No estando tú a comer, me da miedo tener algo tan valioso.

—Pero, mujer, no seas gruñona; ¿qué te va a pasar en pleno día, durante un par de horas, aunque no esté yo?… No se va a estar llevando al Banco sólo por dos horas…

La mujer preparaba un gazpacho con hielo. Paulina no oía lo que decía el matrimonio. Ni le importaba ni creía que le podría importar nada. Oyó a la señora salir al balcón un momento. Oyó también el terrible grillo que frotaba sus élitros desesperadamente, en la jaulita que aquel matrimonio tenía colgada del balcón.

—Crii…, criii, criiii…

Era un campo artificial, allí debajo del balcón. Un campo polvoriento.

«¿A quién perjudico? A mí misma… Antes, estaba decidida a abandonar a mi propio hijo por Antonio… Ahora parece que sólo tenga miedo al infierno… Desde luego que sí… Ni un paso en falso… «¡Mojigata histérica!» Tiene razón… Tiene razón… Yo le he buscado, yo… Y ahora le dejo. Se irá con cualquier mujerzuela, cualquier buena mujer que le abra los brazos… Una mujer mejor que yo, que no le pregunte nada…»

Se levantó de su tumbona. Encendió la luz para mirarse en el espejo del armario. Para ver a la mujer que Antonio quería y se esforzó en pensar que para él era insustituible. «Tú además de ser tú, además de darme estos momentos, eres también toda mi adolescencia, con lo puro, con lo turbio de ella». Se maravilló de aquella pasión de la que tanto había dudado. Comprendió que no tenía derecho a rechazar aquello por lo que toda ella se abría y anhelaba. «No —dijo a su imagen—, no.»

Apagó la luz para no verse y recordó las últimas palabras de Antonio y, sobre todo, aquel gesto de

profundo asco. Se sintió hundiéndose en una tristeza acongojante. Nadie sabe, en fin, cuál es el gesto que acaba un día con el amor. Antonio podía haber sentido dentro de él este hielo que acaba el amor, que vuelve indiferente y hasta odioso, ajeno a nosotros, lleno de defectos, intolerable, el ser amado.

Paulina se sentía sudar de angustia. Dos o tres veces se levantó y entró en el interior de la casa, acercándose al teléfono para volver a la tumbona sin haberlo tocado. Ella misma se daba cuenta de que eran absurdas sus idas y venidas. Al fin marcó el número de la casa de Antonio. No contestó nadie.

Entró en su cocina. Dejó el grifo abierto… No tenía hielo en la nevera y quería que el agua saliese fresca. Tenía sed. Ganas de comer, no; pero tenía sed.

Vio arriba, en la ventana del patio de la casa de arriba, una sombra asomada. Era su vecina Luisa, la mujer del empleado. Le somió y agitó la mano… La sombra siguió inmóvil. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba a oscuras y Luisa no podía verla… No tuvo ánimos para encender la luz, aunque sabía que la pobre vecina, que había sido su amiga del invierno, ahora la esquivaba con cierta timidez. Debería de encontrarla muy distinta… Mariana la había hecho elegantizarse. Le hizo hacerse una colección de trajes de verano, al salir de la convalecencia, y ella no se negó… Estuvo muy contenta de poder estar bonita para Antonio…

Mientras sentía una rara punzada al pensar en Mariana, se dio cuenta de que sus pensamientos volvían a Antonio indefectiblemente. Podía empezar por donde quisiese. Terminaban en él…

Encendió la lámpara del comedor. Extendió su colección —ya numerosa— de libros sobre temas

católicos. No tenía otros libros en casa. Cogió los Evangelios. Se le abrieron por San Mateo:

«¿Cómo dices a tu hermano: Deja que yo saque esa pajita de tu ojo, mientras tú mismo tienes una viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás cómo has de sacar la mota del ojo de tu hermano.»

Cerró rápidamente el libro. Le traía una imagen extraña. Su propia imagen, mientras estaba sentada, muy erguida, en el borde de la silla, sonriendo con superioridad e indignándose al criticar las organizaciones caritativas y sociales católicas…

«Tonterías —acabó por decir en alta voz, desesperada—. Nada de esto tiene sentido…»

Fue una noche terrible para ella. Apenas durmió. El grillo de los vecinos no dejó de escandalizar ni un momento. Parecía que se hubiera vuelto loco.

A las siete de la mañana, marcó el número del teléfono de la casa de Antonio. Nadie contestó.

Ella llevaba una bata ligera sobre el pijama. Madrid parecía dormir bajo el primer sol… Un aire fresco, oloroso a pinos, corría por la casa, hacía golpear una puerta.

Se asomó a la ventana. Vio el luminoso cielo y la sierra de Guadarrama, allá sobre el oleaje enorme y blanco de las quietas azoteas y de los tejados de la ciudad.

En el silencio se oían casi Jas respiraciones de todos los vecinos, cansados de la larga noche. En un piso, se precipitaron las aguas de un retrete, y las frágiles paredes de toda la casa parecieron temblar al estruendo. Ya chillaban las golondrinas…

Llamó a casa de Antonio a las ocho, con el mismo descorazonante resultado.

A las diez, la llamó Antonio a ella. Paulina estaba aún sin vestir. Mustia. Con dolor de cabeza. Le temblaban las manos al coger el teléfono.

—¿No estabas en casa? Yo…

—Tengo el piso cerrado; estoy en un hotel… ¿Por qué? ¿Me has estado llamando?… ¡Qué bruto he sido!… No lo pensé… ¿Entonces?… ¿Paulina?

—Ven a buscarme.

-¿Sí?

—Sí.

—Prepara un saco de mano con cuatro tonterías dentro… Nos vamos a ir por ahí. ¿Qué día es hoy?

—Estamos a primeros de septiembre y creo que es jueves…

—Tenemos hasta el lunes. ¿Te gustaría ver el mar?

Hacía muchos años que Paulina no veía el mar… Sí, le gustaba el mar…

Se marcharon tres horas después, en el gran coche amarillo. Paulina estaba muy guapa, con los ojos brillantes. Se había vestido de blanco. Llevaba un pañuelo rojo al cuello, que le sentaba muy bien.

—No te voy a amargar con ninguna clase de remordimientos. Quiero que sean los días más maravillosos de nuestra vida…

El día estaba muy hermoso; espejeaban los cristales de las casas. Parecía que ya hubiesen llegado y estuviesen frente al brillante mar levantino.

—No voy a pensar en nada —volvió a decir Paulina —, en nada…

Antonio la miró con su mirada más cariñosa. La quería. Ya no era el juego cruel de los días de Villa de Robre. Ahora había mucho más que eso.

—Pues no pienses, querida… Que sea de veras.

Unos minutos más tarde salieron de Madrid.

Capítulo IX

«Sábado —pensó—, sábado.»

La muletilla le seguía. No lo podía remediar, aunque ahora el sábado había amanecido al fin. La suerte estaba echada. Una suerte que se presentaba de cara, con la circunstancia favorable de aquel viaje de Paulina. Le había dicho la portera que, según le había indicado, estaría fuera hasta el lunes… No tenía disculpa si no aprovechaba la ocasión.

El dinero lo puede todo… Todo. Ya lo había oído él a un abogado: «Cuando un pobre diablo estafa a un Banco una pequeña cantidad, el Banco lo mete en la cárcel. Cuando se hacen estafas de millones, entonces los Bancos se alian con el estafador…» Paloma le era necesaria para este asunto. Luego, convenía no precipitarse, ir muy despacio. Cuando las joyas estuviesen vendidas, Paloma tendría una parte de las ganancias y él se marcharía a América. Con dinero todo es posible… Viajes, pasaportes falsos, sonrisas, todo…

Sssss… ssss… ssss…

Otra vez Martín le daba al fuelle.

El trabajo, la luz del día tan hermosa, tan limpia, entrando y reflejándose en los ladrillitos del suelo,

recién lavados, en las blancas paredes. Luego estaban los pájaros… Parecía un sueño raro aquella inocencia de los objetos y los seres.

Julián había tomado aquella mañana un vasito de aguardiente con churros, al salir del «Metro», cerca del mercado de Ventas. Había visto una humanidad atareada, humilde. Un hormigueo de mujeres con bolsones de la compra. Hombres apresurados, sin afeitar, que cogían los tranvías frente a la Plaza de Toros. Le había sorprendido lo hermoso de la mañana, como un fenómeno que nunca hubiese visto. El césped bien regado de los jardincillos que rodean la Plaza era de un verde intenso. El mismo edificio de la Plaza, de color rojo, redondo, monumental, se destacaba del limpio cielo azul. Ya no hacía el calor sofocante de agosto. Por lo menos a aquella hora.

Mirando hacia el este, desde allí mismo había visto, detrás de los campos, cerrando el horizonte, las tapias del cementerio con sus grandes cipreses, la enorme ciudad de los muertos… Julián puso los dedos en cruz. Era supersticioso. No quería que los muertos le dieran mala suerte.

No tenía más remedio que hacerlo… ¿Qué?, ¿era tan difícil? De sobras había visto en el cine todos los días lo fácil que es un atraco. Y si no hay más remedio que matar, se mata. Es muy fácil matar. Había visto en el celuloide millones de muertes. No costaba nada: un tirito, el otro se lleva las manos al corazón, abre los ojos, se desploma… ni agonía siquiera. Liquidada la vieja…

Se sobresaltó. No, su idea no era ésta. Sólo robar. Entrar con el llavín, cogerla en plena siesta y atontarla… Pero si le veía, entonces matar. A Paloma no iba a decírselo, pero él era un hombre dispuesto a todo, aquella mañana.

Después, con dinero, nadie en el mundo podía darle alcance. Unos días, unos meses sí era preciso, de angustioso disimulo, y ya estaba… Para empezar, pensaba ponerse malo. Decir que estaba malo. Además, era curioso, sentía sudor frío y malestar.

Estaba seguro de que a las dos de la tarde nadie le vería entrar. Había probado a hacerlo durante varios días. No vio ni un alma. La portera a esa hora estaba bien metida dentro del cubil. Aún hacía mucho calor a mediodía…

Ahora resultaba raro encontrarse en medio del trabajo habitual. Acababa de limpiar polvo de plata con un imán y estaba sacudiendo las limaduras de hierro y acero. El peque Martín, dándole al soplete, trabajando con el pie sobre el «galápago» y con las manos enchufando a unos metales. Martín era un idiota. Se sentía contento con estar en el taller…

¡Contento! «Yo, de don Paco, la verdad, no tengo queja alguna.» Bueno, la gente que está contenta, que contenta quede… Ahora, que él no creía la verdad de aquella inocencia de Martín. Martín de seguro tenía pensamientos tan sucios y deseos tan ávidos como los suyos, dentro de su cabeza morena. El hervor de la vida. También querría mujeres y comodidad a su tiempo… Sólo que era demasiado débil para tomarlo. Martín jamás se atrevería como él. Peor para Martín. En el mundo hay dos clases de seres: los que toman y los que se dejan expropiar.

Sobre la mesa, el rayo de sol lleno de polvo. Bajo el rayo de sol, los útiles de trabajo… Los miró con ansia. Una alastra enorme para los biseles de los relojes: tremenda barra de hierro en forma de pilón de azúcar, buena para golpear. Imaginó una cabeza crujiendo, abriéndose. Apartó los ojos… Las limas, las tijeras, la alastra más pequeña de las sortijas… Todo

tenía un aire maligno aquella mañana, mirado por sus ojos. Sobre todo, los dos raedores, el grande y el pequeño. Justamente con ellos estaba trabajando don Alberto, pulimentando.

Se volvió hacia él.

—Oye, hijo, ¿quieres decir qué te pasa?

—Es que… estoy malo. La verdad, don Alberto. No quería decirlo por si acaso no me creyesen.

Don Paco entró en aquel momento y antes de que el chico dijese nada se fijó en él.

—¿Qué pasa, hombre?

Estaba con una cara pálida y sudorosa. Ojeras.

—No estoy bueno. Me parece como si me fuera a subir calentura.

—Por una vez me parece que es verdad. Anda, vete. Ya nos pasaremos sin ti.

Era cierto. Quizá fuese aquel aguardiente, aquellos chuchos fríos, o lo que se había imaginado: el cráneo de la vieja «maestra» abierto como una fruta.

Tuvo que sentarse un momento, con las rodillas flojas.

—Sí, me voy, lo siento mucho… Ahora que hay tanto trabajo…

—Nos pasaremos sin ti —dijo don Alberto, que nunca le había tenido simpatía.

Julián salió del sotanillo, después de haber estado devolviendo en el water. «¡Si estoy peor que una señora embarazada, caray!» Le pareció oír la risa de aquella mujer-caballo de la calle de Serrano, y le entró furia. Esto le reanimó.

Salió al fin del taller por la puerta que abría el portal. Al pasar por allí, oyó a la portera chismorreando con la vecina del entresuelo, que

acababa de volver del veraneo. Por costumbre aguzó el oído.

—Pues, sí, doña Amparo, algo raro me parece a mí que hay con ese cuñado rico. Y si no, al tiempo… No sé por qué a mí el viajecito último me huele a chamusquina…

Julián anduvo un poco por las calles. Se fue rehaciendo… Ya estaban volviendo los vecinos del veraneo. Pero la gran suerte era que los del quinto se habían ido empezado ya agosto. Y Paulina…

Llegó como en un sueño hasta su casa, en las callecitas retorcidas del viejo centro de Madrid. A su casa fresca y grande, con un olor a comida incrustado en las tablas de la escalera, que tenían hoyos de pisadas en el centro… Un olor a puchero, indefinible, antiquísimo… Un olor a cocido madrileño que se había ido posando por espacio de cerca de dos siglos.

—Estoy malo —dijo para saludar.

Amalia se asustó.

—Ahora mismo llamo a don Enrique, que te vea… ¿A ver?… Fiebre no parece que tengas.

Aleteaban las mangas del kimono de su madre. Olía a jaboncillo perfumado. Se acababa de lavar.

—No seas imbécil, mamá… No tengo más que dolor de cabeza. No quiero ver a don Enrique ni a nadie. Quiero acostarme y a ver si me dejáis en paz.

Después se volvió más conciliador. La sombra de su casa le apaciguaba. El piso tenía dos salidas y su habitación estaba cerca de la puerta de servicio, de la que tenía llave… Aquellos corredores de madera, o de viejos ladrillos saltados, aquel ligero olor de letrina que venía del patio, mezclado con el muy distinto y sabroso de la cocina, donde siempre había algo bueno, le apaciguaron. Allí, en aquella casa, él siempre había sido el amo.

La madre se empeñó en acostarle ella misma, como si aún fuese un niño. En verdad parecía que le agradase tenerle enfermo, a su merced.

«Si tú me entregases todo el dinero que tienes escondido, ése que sacas en las grandes ocasiones, si yo pudiera tener mi coche y mis fúlanas, como debe de ser, yo no tendría que hacer nada de esto.»

La miró con una torpe rabia. Desde luego, él creía lo que estaba pensando.

—Bueno, tráeme té y aspirina, pero luego déjame dormir… Aunque sean las cinco de la tarde, si no te llamo no molestes, ¿eh?… ¡No molestes!…

Después pensó en la cara de la chica-caballo, si pudiese ver que él tomaba té y aspirina, y tuvo un ataque de secreta furia. Al fin quedó en paz… con su reloj.

Estaba metido en su grande y cómoda cama de hierro. La ventana que daba al patio estaba entornada. Apenas entraba un poquillo de luz, y a esta luz podía ver las sombras que corrían por el techo… Podía seguir el irregular trazado de aquel techo, de aquella habitación que no era cuadrada, sino que hacía un caprichoso ángulo obtuso en una de sus esquinas. Los muebles encajaban mal, aunque había sitio de sobra para ellos… Aquel modesto armario de altas patas, sobre el que su madre colocaba maletas y cestos, con el espejo bien grande, que ahora daba un molesto reflejo, gracias al rayito de luz que entraba del patio… El viejo aguamanil descascarillado. La percha de pie, abarrotada de ropas que olían lejanamente a su propio sudor. Todo el cuarto estaba impregnado de su sudor, de su tabaco… Olía siempre indefiniblemente a él…

Tic, tic… Tic, tic…

El reloj se lo había regalado su madre hacía año y medio, cuando entró en el primer taller. No era un reloj como a él le hubiera gustado. A él le gustaban las cosas vistosas; oro, esmalte, piedras que brillan… Pero cumplía su cometido. Avisaba.

Se levantó de la cama un momento. Preparó los llavines… Esto era ridículo, pero había que hacerlo. Uno de los llavines se lo había robado a Paulina cuando vino a ver a su madre. El otro era el del piso de don Paco… Resultaba curioso que todo esto, la «idea», se le había ido formando en su cabeza desde que en la primavera encontró casualmente las llaves del maestro en el suelo… El llavín del piso estaba suelto. Instintivamente, Julián lo guardó.

«—¿No habéis visto un llavín? Es el de mi casa… ¡Mecachis! Menos mal que tenemos tres… Mirad bien al barrer, ¿eh?»

Ahora Julián había añadido a su colección el de Paulina. Suerte, eso era suerte.

Se acostó de nuevo, inquietándose por el crujido de los muelles. Con los ojos abiertos, mirando al techo, empezó a pensar. Tenía en la memoria el recuerdo del piso de don Paco. Se había fijado mucho en el de Paulina, que era idéntico. Después del recibimiento, a mano izquierda, la cocina. A la derecha, un cuartito pequeño, trastero, y más adelante el comedor. Luego la casa hacía como una T. A la derecha de la cruz, la alcoba del niño. A la izquierda, la alcoba principal, y enfrente, el baño, que también abría al patio. El comedor debía comunicar solamente con el respiradero por donde subía el ascensor, detrás de sus cristales de colores. Se oía el ascensor subir y bajar desde allí. El cuarto trastero, que era también cuarto de la criada, en la casa de Paulina no tenía ventilación directa: sólo la puerta del

pasillo y su montante… La distribución en casa de don Paco era distinta. Recordaba que allí tenían la salita comedor en el cuarto donde Paulina tenía la alcoba. Cuando había subido él con algún recado al piso, la «maestra» le dejaba en el vestíbulo. En la casa de Paulina no había cortina alguna entre el vestíbulo y el pasillito. En casa de los maestros había una pomposa cortina roja. Un día subió a buscar la cajita donde se guardaban las piedras. Apartando un poco la cortina, había visto como la vieja entraba en el comedor… No; en lo que era comedor en el piso de Paulina.

Tic, tic… Tic, tic…

Sólo eran las doce. Las doce. Es peor meditar las cosas que hacerlas, mucho peor, pensaba. El día anterior mismo había visto una película… En cinco minutos, cinco muertes… Uno de los tíos que… nada… así daba gusto… Además, eran americanos. Nunca acababa de entender por qué en las películas americanas había tíos a los que la policía, a pesar de constarle que eran asesinos, no les echaba el guante… Él quería marcharse a América del Norte…

Se revolvió en la cama. Suspiró.

Después, vendría la segunda parte. Salir de la casa… La caja de metal de las joyas, envuelta en un papel, sería un bulto regularcillo… Primero había pensado en dejarla en el piso de Paulina, hasta otro día. Pero ¿quién se fiaba de aquella loca? ¿Y si decidiese volver antes de lo que había dicho a la portera? …

Al fin había acabado por citarse en un bar de Manuel Becerra, con Paloma. Ella metería el paquete en una bolsa de la compra. Lo mejor era tener naturalidad. Un taxi resultaba demasiado peligroso… No se sabía lo que era mejor. Quizá habría que contar un poco con la improvisación de uno…

Tic, tic… Tic, tic…

Era la una… A la una en punto comían siempre los maestros. La mujer estaría comiendo sola. La imaginó con sus limpios cabellos grises, sus caderas anchas, sus andares de pato algo renqueantes, y aquel ojo con una nube y el otro que se metía como un clavo.

Por las rendijas de la puerta se le colaba un humo aceitoso que venía de la cocina. A cualquiera de las huéspedas «con derecho a cocina» Se le habría prendido el aceite… Oyó los pasos de Amalia. Un tímido golpecito en la puerta.

—¿No quieres nada, hijito?

Soltó un taco bastante fuerte, como para volar la casa.

—¡A ver si me dejas de una vez, maldita sea! Te he dicho que quiero dormir hasta las cinco…

Los pasos se alejaron. Tímidos. Pesarosos.

En el fondo se alegró. Así no vendría a molestarle. A las cinco ya estaría él de vuelta… Una buena coartada.

Después le diría adiós a su madre, en el momento oportuno. En realidad, pensaba, ella era la causante de todo su reconcomio. Le había criado para una vida que luego no le daba. Tanto buen colegio con chicos que tenían mucho más que él. Le metía los duros en el bolsillo para que no «fuese menos que los otros», pero luego, a la hora de la verdad, a la hora en que un hombre necesita verdaderamente dinero para sus gastos, cuando a uno le gustan las mujeres y las diversiones, como es natural… Entonces, ¿qué había hecho su madre? Meterle en un taller; ¡qué gracia!.

Se vistió cuidadosamente. Llevaba un traje de tela lavable, a rayas muy finas, gris azulado. Si en el caso peor se manchaba con sangre, su madre se lo lavaría. Le diría que había sangrado por la nariz… Cualquier

cosa. Lo que fuese, se lo tragaría. Y además, de ella estaba seguro… Aunque sospechase lo que sospechase, a él no lo denunciaba, aunque la mataran antes. «Es su obligación, después de todo, ampararme», pensó.

Salió sin dificultades por la puerta de detrás. Cerró bien su cuarto con llave. Era una pejiguera tener que llevarse la llave, bien metida en el bolsillo interior, porque era pesada y vieja… En las manos, el paquete de periódicos conteniendo un calcetín lleno de arena, que serviría para atontar a la mujer con un buen golpe, y el antifaz de seda… El calcetín había sido robado en un tendedero. No quería exponerse…

Jamás la portera de su casa estaba en su covachuela hasta las seis de la tarde, por lo menos… Ahora, como siempre, el vacío zaguán oscuro le protegió. El sol le hizo guiñar los ojos. Sobre las calles estrechas lucía un hermoso cielo azul… Parecía aquella calle la de una vieja ciudad provinciana, muy tranquila. Terminaba en cuesta, como subiendo una colina…

Lo bonito, para Julián, era que, después de dos pasos, estaban Arenal, la Puerta del Sol, plena bulla… Gentes que no caben en las aceras, cafés y comercios abarrotados.

El Metro, abarrotado también. Iba como en un sueño… Apretado entre la asquerosa humanidad desbordante, como un ganado de feria… Apretando a su vez bajo el brazo su paquete… El Metro iba deprisa. Soltaba a la gente en bocanadas. Le soltó a él, como a muchos, al final, en Ventas. Echó a andar, a andar… Hacía mucho sol. No lo notaba.

En las películas, desde luego, se ve mejor la cosa. No es este sudor que cae frente abajo. Ésta crispación de los nervios. Este agarrotamiento de la garganta.

Fue amargo decidirse a entrar en la casa. Le pareció que, como había supuesto, a aquella hora no miraba un alma. Apretaba el calor que daba gusto. Su camisa estaba empapada enteramente. «Después que digan que soy un gallina, demonio…» Y… ¿después de pasar esta angustia tenía él que compartir con Paloma…, con Paloma, que estaba tan ricamente sentada en un bar de Manuel Becerra…?

Se metió en el ascensor y dio al botón, sin que la portera se asomase. Y de repente dejó de pensar y se concentró sólo en aquella palabra: «sábado, sábado, sábado…»

No se dio cuenta de cómo había llegado al descansillo de la escalera ni de cómo había reenviado el ascensor. El caso es que estaba allí. Se limpió el sudor… Oía unos golpes ensordecedores: su corazón saltando dentro de las costillas.

Silencio. Muy lejos, unas voces de niños hacían más hondo el silencio. Había que decidirse. Aplicó la oreja a la puerta… Nada. Ni un rumor… Nada.

«¿Cuándo has visto tú mil cochinas pesetas en tu vida, desgraciado?»… «Tanto vales, tanto tienes»… Desenvolvía el paquete. Dejó el papel en el descansillo. Los papeles hacen ruido…

Se oyó el nudillo del ascensor. Subía. Si daba la casualidad de que subían más arriba de este piso y le veían, estaba perdido. Se encogió con un curioso pánico que le impedía moverse… Un silencio. Se detuvo el ascensor en otro piso de los de abajo. Descendía.

Se acordó extrañamente de la cabeza de ducha sobre el retrete y esto, sin saber por qué, le tranquilizó. El hombre que había hecho aquello era tan ladrón como él, y estaba tranquilo… Las espaldas de las gentes se inclinarían a su paso…

Se tranquilizó. En el interior del piso seguía el gran silencio. Las manos ya no le temblaban. Dejó el calcetín en el suelo y se colocó el antifaz. No pudo evitar una risilla… Esto lo dejó nuevo del todo, completamente tranquilo… Se admiró de sí mismo; de su inmensa sangre fría…

Recogió el calcetín; introdujo la llave en la cerradura.. Entró…

Estaban echados en la playa. Se iban a largas playas salvajes, alejadas de los pueblos. Se traían la comida.

Paulina veía cómo se levantaba el vaho ardoroso de la arena, como una nueva marea de oro delante del mar gris y plata del mediodía. Antonio veía junto a ella el mismo espectáculo… Una serenidad, una belleza calma en el ardor del aire. Los pájaros del mar si disolvían en aquel espejismo del calor. Los cuerpos mojados se secaban rápidamente.

—Quisiera detener el tiempo —dijo Paulina.

Capítulo X

Yo le voy a pedir una cosa, señora. Le voy a pedir que no complique la situación… La portera dice que salió usted con su cuñado…

—Con mi primo.

—Con su primo, en el coche de este señor, y usted insiste en que el señor Nives sólo la acompañó a la estación de Atocha… ¿Por qué no me dice la verdad? Yo creo que no tiene usted nada que ver con esto, pero si no me miente, todo será mucho más sencillo: me evitará usted muchos pasos aburridos hasta descubrir todo lo que pueda decirme…

La escena se desarrollaba en su casa. Y aquel muchacho agradable, con el ceño fruncido, tan joven como Antonio, aquel hombre era un policía y tomaba notas. No resultaba imponente el policía… Resultaba casi como si ella fuese su madre…

Paulina sentía agarrotada la garganta. «Seguramente interrogarán a Antonio también… Rita se va a enterar…»

El joven de ojos castaños volvió a mirarla.

—Sé que a usted le cuesta trabajo decidirse… pero le aseguro que nada de lo que no tenga que ver directamente con el caso será publicado. Nadie se

enterará de lo que me diga usted esta noche. Piense que si nosotros hacemos la investigación por nuestra cuenta será mucho peor… Mucho menos discreto… Comprenda usted… El asesino tenía una llave de su piso… o… le abrieron desde dentro. Aquí fue donde se escondió en primer lugar…

El policía, aquel muchacho, no era ningún veterano en el oficio, pero acababa de terminar la carrera de abogado, y era inteligente. Hablaba de la única manera posible con Paulina. A él le daba pena la mujer con la cara impasible, pero blanca. La portera había charlado por los codos. Había dicho que era algo neurasténica y que últimamente se dedicaba a la beatería. Pero no tenía ninguna reacción histérica en estos momentos… sólo el silencio. El joven esperó con paciencia. Le pidió permiso para encender un cigarrillo. Paulina vio como él dejaba su bloc y su lápiz sobre la mesa del comedorcito y como empezó a fumar, de pie, observando de reojo la orgullosa cabeza de la mujer y sus labios cerrados. Casi oía latir su corazón, sin embargo. Cuando ella se tapó la cara con las manos, volvió a hablarle.

—Señora, otra vez se lo digo. No tengo el menor interés en desunir a una familia… Sé que está usted casada y que tiene un hijo. Sé que hasta ahora… en fin, jamás se ha dicho nada de usted…, comprendo que puede costarle trabajo explicarle dónde estaba y con quién el sábado… Pero sí no me lo dice, yo mismo lo averiguaré, y tendrá usted que declarar. Yo mismo le haré las preguntas.

—¿Hace falta darle el nombre del hotel en que me alojaba?

—Sí, señora.

Cuando terminó aquello, Paulina se sintió aniquilada. El hombre le daba las gracias con

cordialidad, guardaba sus notas. Hasta parecía dispuesto a seguir charlando…

—Váyase. Haga el favor de irse.

El joven la miró un poco resentido. No entendía tanto orgullo en estos momentos. Le habló entonces con sequedad.

—No me interesan sus historias, señora de Nives. Ahora sólo me interesa comprobar la veracidad de su declaración, y si veo que realmente ha sido algo casual la cuestión del llavín, no volveré a molestarla…

Paulina sentía, sin embargo, una antipatía horrible hacia aquel muchacho que la había tratado tan caballerosamente… Era una reacción inesperada. Sólo duró unos minutos el aborrecimiento, pero le parecía que la sacudía enteramente aquel sentimiento de furia contra él.

—Váyase usted, por favor —repitió.

Cuando lo oyó marcharse, y durante un buen rato, se sintió temblando toda.

El asesino había permanecido un buen rato escondido en casa de Paulina. Se había lavado allí… El crimen había sido horrible. La mujer se defendió. Lucharon… Le había dado golpes en la cabeza contra la pared, y otros con un calcetín lleno de arena. Con el gancho de hierro de la cocina, más golpes, cuando ya estaba insensible… Pero la mujer no había muerto; se pensaba que no tenía salvación, pero no había muerto en seguida.

Había sido el marido quien la había descubierto a las cuatro de la tarde, y el hombre no acertaba ni a llamar por teléfono. Le encontraron con la cara gris, casi tan grave él mismo como la pobre vieja tendida junto a la cama. Todos los muebles habían sido sacudidos… Y al fin, el robo de un poco de dinero y de unas pequeñas joyas personales de la difunta… Nada

más. No había más en la casa aquel día. Las piedras del aderezo que estaban haciendo las habían depositado en el Banco aquel mediodía. La pobre mujer, como si presintiera el peligro que representaba para ella tenerlas en casa, lo había pedido tanto…

A Julián le habían cogido a las pocas horas, aunque su madre juraba que no se había movido de la alcoba. Le habían visto salir, con un paquete bajo el brazo, a las dos y media de la tarde. Le habían visto desde la taberna de enfrente.

Después de unos días de ansiedad en que estuvo encerrada en su casa, como prisionera, aunque nadie le había impedido la hbertad de movimientos, Paulina se decidió a visitar a Amaba. Lo hizo cuando tuvo la seguridad de que su historia íntima no sería aireada. Antonio no había venido a verla, pero se hablaron por teléfono. Al fin él pudo marcharse a Villa de Robre en busca de Rita, y Paulina comprendió con alivio que la familia no se iba a enterar de aquella historia.

Amalia estaba como en el día del duelo de su Ernesto, envuelta en su quimono, en sus habitaciones oscuras, sumergidas en el fondo de un mar sombrío… La rodeaba el elemento femenino de sus huéspedes y dos o tres mujeres de ojos pintados, extrañamente parecidas unas a otras.

—Le quieren culpar y ha sido esa fulana, esa que dicen que es cómplice, ésa es la que lo ha hecho. Él no se ha movido de aquí, tengo testigos. Dígame el nombre del mejor abogado de Madrid, Paulina…

Paulina, desde su llegada de la playa, notaba que el mundo le parecía pura pesadilla.

Y de pronto, Amalia se volvía contra ella.

—Usted, usted no sabe otra cosa que hacerme cargos, con la educación que le he dado… No hace

más que criticar… Ayúdeme al menos, al menos dígame el nombre de un buen abogado que demuestre tanta falsedad, y no piense que yo tengo la culpa, porque mi niño no ha hecho nada…

Paulina le dijo que estaba totalmente convencida de que aun en el caso de que Julián hubiese hecho aquel espanto, Amalia no tenía culpa alguna ni ella pensaba reprocharle nada, ni era nadie para reprocharles a otros nada… Estas razones no calmaban a Amalia. Paulina fue a la farmacia a buscar unas inyecciones que había recetado el médico, y se quedó a dormir aquella noche junto a la pobre madre, y así, en fin, al otro día la acompañó a un abogado criminalista muy famoso.

—Estudiaré el asunto y ya veré si puedo hacerme cargo de él… Desgraciadamente, parece muy claro.

Fueron unos días terribles, envueltos en una pegajosa sensación de no poder respirar… A Paulina, desde que había estado en ella, le causaban un malestar indecible las cárceles, los juicios, la policía, los abogados…

A veces, Paulina cerraba los ojos y le parecía ver el Mediterráneo luminoso… Eso pertenecía a otro planeta. Antonio estaba ahora en Villa de Robre. Pronto vendría con Rita y con la condesa, pero habían convenido en no verse en estos días en que él iba a estar de paso para Suiza.

Una de aquellas tardes que vivía medio mareada, al volver de casa de Amalia vio luz en su propio piso.

Subió con una aguda sensación de miedo. Se daba cuenta de que todo le daba miedo estos días. Vivía con los nervios en tensión… Todo le producía angustia. El ascensor le parecía subir más lentamente que de costumbre, como si el mundo estuviera paralizado,

retardado. No sabía qué era lo que iba a encontrar dentro del piso…

Desde el descansillo de la escalera empezó a oír los ladridos de un perro. No comprendía. Al abrir la puerta se encontró con Miguel, que se tiraba a ella con un grito agudo, feliz. Los ladridos se hicieron escandalosos alrededor de la madre y del hijo. Un cachorro de cocker dorado alborotaba, moviendo sus blandas orejas peludas.

—¡Qué escándalo —gritó Paulina—, qué escándalo!… Sois unos escandalosos… Querido… Miguel… ¡Qué alto!… Querido…

Entonces fue cuando empezó a llorar.

Eulogio apareció en la puerta del comedor, en mangas de camisa, muy tostado, con la pipa en la mano.

—Adelanté mi viaje unos días por lo de ese crimen. Me imagino que lo habrás pasado mal… Que te habrán estado molestando.

—Ha sido terrible —atajó Paulina.

Se sentía exhausta. El perrillo se puso a jugar, mordiendo sus zapatos, apenas ella se sentó. Le miró espantada… Poco a poco se fue tranquilizando. Pensó que por primera vez en muchos años había sentido un verdadero y espontáneo deseo de besar a Eulogio, al verle aparecer. Era absurdo, pero Eulogio le daba tranquilidad hasta frente a la policía. Nadie en la vida le había dado esa sólida sensación de seguridad que proporcionaba este hombre. Le envolvió en una mirada agradecida, que él recogió con complacencia.

Paulina se daba cuenta también de que tenía junto a ella a Miguel, crecido y sano, con su cabello más rubio que nunca, y le parecía imposible aquella normalidad hogareña que daba la presencia del niño.

—¡Pobre Paulina! —Eulogio la miraba con atención—, tienes mala cara.

—Madre —decía Miguel, papá dice que si tú no quieres seguir aquí este invierno, que me pondrán en el colegio nuevo de los frailes que hay cerca de Villa de Robre, y allí puedo estudiar el bachillerato.

—¿Y eso te gustaría?

Miguel se echó a reír.

—Vaya, ya lo creo… Además, para éste —miró amorosamente al perro—, el aire del campo es más sano.

La cena fue alegre, intrascendente.

—Te tengo que contar luego algunas cosas —decía Eulogio, de buen humor.

Delante del niño habló solamente de la fábrica, de que podía rendir bastante, bien llevada. De que Mariana había hecho con él un trato muy generoso.

—Y ¿qué hay de Las Duras?

—Aquello es interesantísimo… Y no sabes la labor que Pepe hace allí… Creo que es un santo de verdad… ¡Cómo se da a esa gente!… Empiezan a quererle… Además, tiene una fe… una fe contagiosa.

—¿No te habrás contagiado tú?

Paulina lo preguntó en tono de broma.

Eulogio tardó medio minuto en contestar que no, después de sonreírse.

Cuando el chico se acostó, llevándose el perro a la alcoba, a pesar de las débiles protestas de Paulina, quien especificó que tenía que ser por única y última vez… Eulogio le contó lo que había guardado con tanto cuidado: la indignación de Mariana ante las rachas de misticismo que sentía desencadenarse últimamente por todas partes, alrededor de ella.

—Por eso me reía cuando me hacías preguntas acerca del contagio de Pepe… Para mi madre es como una enfermedad infecciosa, cuyo foco más maligno es Blanca. Habrías de verla haciéndole cargos, y la cara de Blanca, casi contrita… ¡Pobre mamá, está muy asombrada con lo tuyo!… ¿Qué hay de ello?

—Es cierto —dijo Paulina.

Pero no dijo más. No se sentía con fuerzas de volver a contar en estos momentos lo que había sentido… Si casi le parecía que ni lo había sentido… Pero, no. No. ¡Con qué fuerza, con qué claridad sobrenatural había visto las cosas aquellos días! Aquello no eran ilusiones. Había sabido cosas, luego se le habían borrado… Pero había sido un sabor distinto de la vida. Sí, una sabiduría.

—Yo estaré aquí una semana. Después me vuelvo… Tú dirás lo que decides.

—Estoy tan trastornada… ¿No te importaría, Eulogio, que me quedase aquí algún tiempo más…? Yo cuidaré a Miguel. Que vaya al colegio normalmente… Después, más adelante, te escribiré…

Eulogio se inclinó hacia delante, mirándola. Dijo en tono de broma:

—Supongo que ahora no tendrás la menor duda de que quieres casarte por la Iglesia.

Paulina sintió que enrojecía… Estaba en el feo comedorcito de la casa, sentada frente a Eulogio, con un cigarrillo, entre los dedos. La ventana abierta a un pequeñísimo patio interno. La luz de la lámpara le daba descaradamente en Ja cara. Tragó saliva.

—Creo…, creo que no quiero casarme, Eulogio…

Esperó. Escuchó los latidos de su corazón. Unos latidos que la ensordecían como si sonasen dentro de sus orejas.

Eulogio vaciaba la cazoleta de la pipa en el cenicero, con unos golpes secos, llenos de fuerza… La miró. Los ojos de Eulogio eran todo lo expresivos que su cara no era. Le cambiaban de color. Ahora parecían casi negros. Los guiñaba un poco.

—Está bien, mujer… Resultó muy mala la experiencia del año pasado…; ¿No es eso?

Paulina sostuvo la mirada, muy tranquila. Cuando recordaba lo que había llorado aquí, en este piso, con este hombre convertido en un horrible extraño, enferma, hundida en una soledad fría y gris al lado del hombre, podía sostener su mirada.

—Sí, Eulogio. Fue algo malo. Yo me había hecho ilusiones de que lo nuestro, lo de antes, seguía y…

Eulogio cogió otra pipa. Siempre tenía varias sobre la mesita, a su alcance. Paulina se admiró de lo rápidamente que la casa se había llenado de él, de sus gustos. Sacó la petaca y empezó a llenar la cazoleta con el aromático tabaco mezclado con miel.

—Ya…

Prendió la pipa, chupó parsimoniosamente. Prendió otra cerilla. Lentamente se enrojecía el tabaco. Lentamente… Eulogio se puso a fumar. Parecía mirar sobre la cabeza de Paulina. Parecía pensar en cosas lejanas.

—Sin embargo —dijo después de un rato—, tenemos un hijo…

—Esa ya no es una trampa para mí, Eulogio. El chico es mayor. No le hará daño vivir a temporadas con uno y con otro. Es peor vivir con padres mal avenidos… Además, yo me conozco. No soporto el campo.

—Yo he vuelto a ti, por mi hijo —dijo firmemente Eulogio.

—Yo te esperé a ti por ti mismo, si quieres saberlo.

Al cabo de un rato, Eulogio se levantó.

—Esta conversación es penosa, Paulina. Hasta puede hacerse ridicula… Cuando dos personas tienen tantas cosas comunes como tenemos tú y yo… Todo eso no se puede terminar con dos palabras: «ahora nos cansamos, se acabó todo»… No, eso no puede ser… Yo también tengo que pasar por encima de muchas cosas que se me ocurren, al quererte por mujer…

Paulina se acordó de Antonio. Intensamente.

—Es inútil—dijo.

Al cabo de unos momentos se levantó y empezó a trajinar por la casa. Hizo la cama en el cuarto de la criada. Eulogio lo vio.

—Yo dormiré ahí, Paulina. No te preocupes.

—Como quieras.

Paulina le dejó instalado junto a su radio y se fue a su tumbona en el balcón. Las noches ya no estaban tan cálidas.

Se metió un jersey. Estuvo mucho rato pensando. Oyó que llamaban a la puerta de la alcoba. Era Eulogio.

—Quería despedirme antes de dormir…

Ella se puso en pie, extrañada. En la sombra notó el bulto macizo de la figura de Eulogio. Él, a Paulina la veía en negro, recortada junto con los hierros del balcón, sobre la figura de una luna enorme que acababa de salir.

—He sido un poco cobarde contigo… No te lo dije a tiempo; pensé que no haría falta, pero quiero decirte... Eres más libre de lo que crees. Completamente libre. Nuestro matrimonio no llegó a ser registrado. Ni siquiera estás casada ante la Ley ni ante nadie.

En la oscuridad se oyó un hondo suspiro de Paulina. Ninguno de los dos se movió ni dijo nada en un buen rato. Al fin, Eulogio salió.

Durante aquellos días, Eulogio vivió en casa, en perfecta amistad y camaradería, incluso. Miguel se sentía feliz de ver a sus padres así, contentos, según le parecía. Paulina recibió dinero de Eulogio para comprar el equipo de colegial de Miguel y para su propia ropa de invierno.

—Eso no… Pienso empezar con mis clases otra vez, ¿sabes?

—Bueno, mujer, eso es muy tuyo. Ya te digo que eres completamente libre, pero puedes aceptar lo que sea, sin ruborizarte… ¿No has mantenido al niño todo el tiempo, mientras estuve en América? Apenas pude mandarte cantidades ridiculas… Ahora, la casa, el niño, todo eso quiero costearlo yo, y tú, ya sabes, administra como te parezca… Yo, en Villa de Robre, pocos gastos voy a tener…

La víspera de la marcha de Eulogio, Paulina, inesperadamente, le pidió perdón con una voz tímida. Él la había encontrado muy pálida y angustiada al llegar de la calle. Cenó silenciosamente. Y ahora, cuando se quedaron solos, le pedía perdón.

—¿Por qué, Paulina?

—No soy la mujer que tú crees… No he sido tan intachable como tú crees. Es muy difícil decírtelo, pero me parece más honrado. No quiero que creas que has perdido una joya.

Estaban en el comerdocito, en la última sobremesa. Miguel se había ido a acostar. La conversación entre ellos se había hecho fácil en aquellos días, como nunca lo había sido desde los tiempos en que se separaron en Barcelona.

Eulogio enrojeció debajo de su piel tostada mientras tiraba de su pipa, nervioso. Al fin miró a Paulina con una mirada en que había mucho de bondad.

—No quiero saber nada… Mira; estas cosas son intolerables para oírlas. A mí me hace daño oírte, aunque creí siempre que me afectaría muy poco… Porque he pensado… También yo he pensado en esa incomprensión que tuvimos cuando yo llegué. Habíamos llegado a creer que sólo fúe por mi culpa… Paulina, deja en paz las cosas de estos años en que hemos estado separados. ¿Por qué se te ocurre hoy…?

Paulina sabía muy bien por qué se le había ocurrido.

—Ha estado Blanca a verme. Me ha dado una idea de mi propia pequenez… No sé; es una mujer tan buena… Tenía ganas de que tú me despreciases… No vuelvas a pensar siquiera en casarte conmigo. No está bien que lo pienses.

Eulogio se acercó a ella y trató de cogerle la barbilla para verle los ojos.

Paulina se resistió. No le dejó hacerlo.

—¿Es sólo ése el motivo de que no quieras casarte, Paulina?

—No… Aunque tú quisieras, aunque a ti no te importase, yo no querría. Pero no quiero que tú lo desees tampoco… ¿Comprendes?

—No mucho…

Eulogio estaba decepcionado. Paulina también. Estaba decepcionada de sí misma por no acabar de explicar la verdad. Pero quizá ni siquiera tenía derecho a aquel desahogo. Eulogio pensaba que ella se refería a aquellos años en que no se vieron…

—Paulina —dijo al fin Eulogio—, no es por lo que tú valgas o dejes de valer, por lo que quiero casarme contigo. Es porque eres la madre de mi hijo, y porque, aparte de cualquier locura o debilidad, eres una mujer que se ha sacrificado por mi hijo. Y ninguna mujer que yo metiese en casa, ninguna podría substituirte a ti, junto a nuestro chico. Es por eso…, simplemente por eso…

Paulina, de pronto, se echó a llorar y dijo que a pesar de todo, era imposible el matrimonio. — ¡No! ¡Estoy harta de farsas!…

Eulogio se sintió un poco frío cuando vio correr las lágrimas y vio cómo se enrojecía la nariz de Paulina. Le era difícil aguantar un espectáculo así sin asquearse… Le tendió su pañuelo porque el de ella se había empapado rápidamente.

—Estoy por pensar que, como dice mi madre, Blanca te trastorna un poco cuando recibes su visita, hija mía…

Paulina secó rápidamente aquellas lágrimas. Encendió un cigarrillo y dijo al fin, ya calmada, algo que a Eulogio le sorprendió.

—Sí, Blanca me ha hecho comprender muchas cosas. Muchas… Es extraordinariamente inteligente… o bueno, más que eso. Es veraz hasta el fondo.

Blanca estaba de paso en Madrid. Se iba a Suiza con su hija y con su yerno. Tenía mucho que hacer en aquellas horas que pasaba en la ciudad, pero no había querido dejar de ver a su «milagro», como ella llamaba a Paulina. Había llamado a la puerta de la casa de los Nives con confianza y satisfacción, pero quedó sorprendida, porque aquella mujer vestida de rojo, extraordinariamente amable, que la besaba en las mejillas, y que se conducía con ella como si fuese una anciana muy delicada, no era la Paulina que había

esperado encontrar. Es claro que no llegaba a adivinar los pensamientos escondidos detrás de la sonrisa, del ligero ceño de la amabilidad de Paulina, pero…

Paulina estaba pensando en que esta mujer acababa de estar junto a Antonio y que le vería más tarde y que le llevaría noticias suyas.

«Un último adiós, ya que no podemos comunicamos en estas horas. Pero oirá mi nombre. Preguntará a su suegra cosas mías. Si me ha encontrado contenta, o… Sabrá de mí.»

—Hija mía —dijo Blanca, mirándola con sus hondos y limpios ojos—, no pareces muy feliz… ¿Cómo es eso? ¿Te acuerdas de la carta que me escribiste? Siempre la llevo conmigo…

Blanca se hundió con un suspiro en una de las butaquitas del comedor. Resultaba un poco problemático pensar cómo iba a poder salir de allí. Buscó en su gran bolso negro y tendió a Paulina la vieja carta. Paulina, con las manos un poco temblorosas, cogió aquella hojilla de papel que ella había escrito en plena euforia en la Puerta del Sol… Dos meses escasos… No, ni dos meses hacía.

—Ya no siento nada de esto, Blanca… No es que haya perdido la fe, ¿cómo explicarme?… Sé que existe Dios y su Amor, y sin embargo… Ahora estoy lejos, como metida otra vez en las cosas de aquí. Estoy tan horrorizada, si vieras. Un chiquillo que conozco desde muy pequeño ha cometido un asesinato. Ha matado a una pobre vieja, aquí mismo, en esta casa… ¿Cómo permite esto Dios? Hay cosas horribles a las que no encuentro explicación alguna. En aquellos días lo sabía todo; yo sé que sentía que todo estaba bien, que todo tenía un orden magnífico hacia Arriba, pero ahora…

—Ahora tienes obligación de pedirle a Dios que te ayude, ya que te ha hecho ver, hija mía… ¡Te ha llamado de tal manera!… Examínate por dentro, mira si has respondido a esa llamada… Habla con un sacerdote, él podrá orientarte… Tú verás cómo vuelves a recuperar aquello que crees que perdiste. Y si no lo recuperas nunca, de esa manera sensible…, pero, por dentro, algo de ti se serenará, si dejas entrar al Espíritu Santo en tu alma, si sigues el camino de la verdad. No hay otro: el de Jesús, ¿sabes? Renunciar a sí mismo, dejar de querer vivir para uno. Tomar la cruz y seguirle…

Blanca bebió un vaso de agua que Paulina le había traído. A Paulina también le dio sed verla beber. En seguida, Blanca continuó:

—En cuanto a mí, estoy convencida de que si uno sigue a Cristo en verdad, lo demás viene solo… Ese asesinato, y todas esas villanías de la gente que no conoce a Dios… Todo eso, a veces, lo siento yo, Paulina, como si me pinchasen mi carne. Me digo que yo, yo que conozco al Señor y que no sé enseñar, que no sé demostrar que El ha venido al mundo, que ha dicho «Amaos los unos a los otros», yo que no sé darlo en mi vida, en mis actos, en mi amor por los otros, yo soy la culpable de que los que no lo conocen no sepan siquiera por referencia cómo es Cristo, que a través de nosotros lo vean desvirtuado, retorcido, que crean que no hay salvación… Sí, hija mía, yo, y tú, y todos los que nos decimos católicos, los que creemos en la Comunión de los Santos y no somos tan heroicos ni tan puros ni tan buenos como Él nos exige, nosotros tenemos la culpa del descarrío de ese chiquillo… ¿Es que ha visto alrededor suyo una verdadera sociedad de cristianos? ¿O ha visto personas que decimos que

amamos a Dios con la boca y corremos a cuanto se nos antoja, en realidad…?

Blanca se sentía inspirada. Consultaba su angustia a Paulina. Su angustia por toda la preocupación de la materia que se veía en todas partes… Propaganda del placer, de la fúerza, del dinero.

Paulina estaba verde… Veía la inocente cara de Blanca hablándole y le parecía que, aunque sin saberlo, era a ella, directamente, a quien acusaba Blanca. A ella, que había estado olvidada de todo, entregada a su absoluto egoísmo con Antonio, el día mismo en que Julián asesinaba. Y asesinaba sólo por aquella estúpida ansia de cosas materiales, el dinero y el placer fugaz que el dinero proporciona, glotonería, sensualidad, los becerros de oro, los ídolos formados por todos.

Blanca intentó levantarse y no pudo. Paulina la ayudó. No podía hablarle. Muy pensativa, le enseñó la casita tan pequeña, en silencio. Cuando se iba, Blanca la abrazó cariñosamente.

—Paulina, hija mía, te voy a pedir una cosa; reza mucho por que Rita tenga una buena muerte, si el Señor cree que es mejor para ella morir ahora que vivir… Pero si esto le conviene…, reza por que viva, Paulina. Yo siempre espero los milagros. ¡Creo tanto en la oración!…

Paulina asintió, prometiéndolo.

Aquel día fue el último día de Eulogio en Madrid. Había liquidado sus asuntos con las Empresas Nives.

—Corté mis amarras, Paulina. A un hombre lo que le hace falta es encontrar su propia tarea. A veces se equivoca uno…

Encontró a Paulina muy silenciosa. La conversación con Blanca, a Paulina le había removido el alma. Sí, se sentía arada como una tierra, dolorida,

tocada en lo más íntimo… Y luego, después de cenar, ella había sentido aquel ansia de ser despreciada…

Eulogio se despidió al día siguiente con un rápido beso.

—Ya sabes que espero, Paulina.

Ella movió la cabeza, negando.

—Tienes derecho a ser feliz. Si encuentras una mujer buena, ¿crees que iba a reprochártelo? No te sería muy difícil. Tu mismo pueblo está plagado de mujeres admirables… Mujeres como a ti te gustan, caseras, sin voluntad ni juicio propio, trabajadoras, calladitas y, sobre todo, madres excelentes…

Eulogio miró inquieto hada el chico, que enredaba por allí cerca con el perro.

—No seas tonta, Paulina. Las mujeres os creéis siempre lo principal del universo. Sin mujer también puede vivir un hombre muy a gusto.

Capítulo XI

Blanca, con sus palabras, había hecho algo así como sacudir sobre Paulina un nido de

avispas.

Ahora, la vida de Paulina no podía ser igual que antes de haber tenido aquella viva iluminación en el tren. Su vida de pagana, limpia y estólida de espíritu, regida por instintos, deseos limados por la educación, sentimientos más o menos desarrollados… esa vida había terminado. Inútil tratar de pensar en otra cosa. Había perdido aquella inocencia de creer que hacía siempre lo que consideraba bien hecho… Esta consideración podía variar suavemente en otros tiempos, según las íntimas apetencias, y de hecho había variado muchas veces. Ahora no.

Ahora sabía, sin lugar a dudas, que una serie de cosas tapan la presencia de Dios en el alma. Una serie de cosas determinadas matan y ensucian el alma. Roban a Dios el canto de gloria del alma.

Las palabras de Blanca la habían horrorizado. Sí, todo consistía en que los que conocían a Cristo lo siguieran, formaran verdaderamente parte del Cristo místico y total y le mostraran en sus vidas. ¿Qué más daba robar, fornicar, que matar…? Todo obedecía al

mismo impulso de egoísmo propio. Aparentemente, algunas cosas resultaban más dañinas a la sociedad que otras... Y siempre en un espacio de tiempo limitado. A la larga, todas eran igualmente dañinas, aun a la sociedad… Y delante de Dios, quizá era ella, Paulina, más culpable que aquel imbécil muchacho asesino.

Paulina, quince días después de su conversación con Blanca, recibió una carta de Antonio. La leyó en su cocina. La tuvo un rato sobre su vulgar delantal de cretona… El perro ladró alrededor de ella, queriendo jugar, cogérsela… La carta le volvía realidad los días de sol y le hablaba de otros muchos, despreocupados, felices, corriendo sitios nuevos, lugares maravillosos de Europa. Días que vendrían pronto. «Pronto» era la muerte de Rita, por cuya vida había prometido rezar. Bien sabía Paulina ahora que rezar no es sólo vocalizar palabras sin sentido.

Paulina, pálida, con gesto cansado, apartó al perro, retorció la carta y la hizo arder.

Empezar a seguir el camino de Cristo… Aquello que vio tan fácil, tan fácil bajo el impulso de la gracia sensible. ¡Qué difícil, Dios mío!... ¡Qué difícil resultaba, cuando había que empezar por arrancar aquel ojo, aquella mano escandalizadora! Su corazón. Su mismo corazón.

Estaba en la cocina de su casa preparando la comida para Miguel. El sol, que se derramaba en los ladrillos de la cocina, ya se derramaba dulcemente, ya se buscaba. Un brillante y alegre sol de finales de octubre...

Llamaron a la puerta. Era Luisa, la vecina de arriba, que pedía prestada una cebolla.

El caso de Luisa era angustioso. El año anterior iban juntas al mercado y a Paulina le daba angustia

verla eligiendo, eligiendo… las sardinas peores, la fruta pasada… Eso en verano, cuando estaba barata. Si no, no había fruta. Y leche, sólo para los niños más pequeños, a no ser que fuese plato único, más barato que otra cosa… Paulina, para ayudarla, invitaba a comer a algún niño casi todos los días. Las ropas de Miguel, que se quedaban pequeñas, desde luego eran para Luisa. El año anterior hacía igual.

—Usted verá, Paulina; mi marido, el pobre, trabaja ocho horas en la oficina. Con todos los «puntos» por los niños y quitando luego los descuentos de impuestos y, en fin, el total, la cifra verdadera de lo que trae a casa se lo voy a decir a usted: mil novecientas y pico, no llega a dos mil pesetas. La casa, que ya es baratísima para lo que hay, nos cuesta ochocientas pesetas… Dígame usted qué voy a hacer yo para dar de comer y calzar y vestir a siete personas con ese dinero… Al niño mayor le dieron una beca los Hermanos de ahí al lado. Sí, pero ¿y los libros?, ¿y los zapatos? A veces no puede ir la criatura porque no tiene abrigo, o no tiene zapatos… A mi marido le exigen en la oficina que vaya decente, si no, le echarían…

—Luisa —había dicho brutalmente Paulina el año anterior—, no tenga usted más hijos, no haga esa barbaridad.

Luisa se había somojado.

—Es que mi marido, el pobre hombre, no tiene fuerza de voluntad…

—Pero no se trata de eso, no sea loca, mujer; hay procedimientos, y si fallan, pues hay incluso… Mire, Luisa, yo no aguanto verla a usted así otra vez. Si le pasa algo me avisa, yo busco el dinero, yo se lo presto y…

Luisa no entendía al pronto. Cuando entendió se quedó helada.

—Pero, Paulina, ¿cómo cree usted que me han educado a mí? ¿No sabe usted que soy aragonesa? Yo soy religiosa de verdad. No creo sólo lo que me conviene y dejo de creer en cuanto no me convienen las cosas, y nunca evitaré los hijos que Dios me mande… Y luego, ¿cómo se le ocurre que yo podría, que podría?… ¡Vamos!

Paulina había sentido ponérsele los pelos de punta, entre admiración y horror, con una mujer tan bruta. Ahora que oía los lloriqueos de sus niños, sabía que ella, Luisa, estaba en la verdad. Cargada con su cruz, bien pesada, por cierto, como tantos hombres y mujeres, sabiendo perfectamente lo que se hacía. Ahora le estaba sonriendo y despidiéndose con su cebolla en la mano.

—¿Qué? ¿Cómo va con Francisco?

Luisa se empezó a reír y dijo que muy bien, que perfectamente. Paulina sonreía también, mientras la iba despidiendo. Las dos recordaban un sucedido que le había ocurrido a Luisa el año anterior.

El marido de Luisa, del que ella decía siempre «es un ángel», aquel ángel llamado Francisco, alto y flaco, un poco calvo, de mejillas hundidas, cuyos pasos y canturreos había oído muchas noches Paulina, cuando él mecía a sus hijos, y que cuando la saludaba en la escalera le daba la impresión de que iba a dar sus últimas boqueadas, sí, aquella especie de serafín triste, un día se insurreccionó. Luisa había bajado deshecha en lágrimas al piso de Paulina.

—Se me va… a volver loco…

—Bueno, mujer.

Paulina, que entonces creía que todo lo que le pasaba a Luisa era culpa suya, por aquella cerril

obcecación protegida por la Iglesia, y por no hacer caso de sus buenos consejos, la había escuchado con un poquitín de impaciencia, al principio.

El caso había sido que, al parecer, Francisco empezó a aborrecer las sardinas asadas que comía a mediodía y por la noche. Les había tomado algo así como una especie de manía especial. Ya, desde que aparecían encima del hule de la mesa, el hombre las miraba con fruncimiento de ceño que no auguraba nada bueno. Luisa, es claro, no hacía caso de aquel fruncimiento de ceño ni de aquel meneo de cabeza. Ella le ponía delante lo que le costaba más barato. Y gracias…

—Pero hace dos días… Cuando llevo yo, tan tranquila como siempre, la fuente de las sardinas a la mesa… ¿Qué cree usted que hizo?… Se puso de pie, tan largo como es… y empezó a reírse, a reírse, así, sin hacer ruido, con toda la boca estirada; y como le faltan tantas muelas al pobre, daba un miedo que… Todos los niños, mire usted, Paulina, quietos los pobrecitos, sin llorar, sin moverse, con sus servilletas atadas al cuello, y yo, quieta también, asombrada… Y entonces va Francisco, levanta la fuente y la estrella contra el suelo de la cocina. Entonces da un puñetazo y me insulta y me dice que como vuelva a ponerle sardinas de esas delante, que me estrangula… ¡Ah, pero yo, Paulina, reaccioné; vaya si reaccioné! ¡Virgen del Pilar querida! A mí, a las malas, nada. Conmigo a las malas no se puede. Me levanté también y me puse a gritar como una loca y le dije veinte mil verdades como puños, y le dije que si quería comer otra cosa que no fueran sardinas, que lo ganase, que sardinas comía yo y sardinas sus hijos, pues no faltaba más… Y él, Paulina, se marchó dando un portazo y…

Paulina había acariciado con la punta de los dedos la cabeza inclinada y llorosa de Luisa.

—Bueno, mujer, pues ya volverá… Usted tiene razón que le sobra…

Luisa decía que no con la cabeza.

—No, si volver ya ha vuelto… ¿No le digo que eso pasó el otro día?… Ahora sigue el sistema de la huelga del hambre… Y por eso…

—¿Cómo?

—Ya no se trata de sardinas…, ya no le pongo sardinas, válgame Dios. Pero de cualquier cosa que haya apenas prueba. Dice: «Un hombre que no gana lo suficiente para comer, no come»… Y se me queda mirando con unos ojos de cordero muerto… Y yo me echo a llorar…

Y así una comida y otra… Y los niños ya se echan a llorar también cuando empezamos así…

Y está enflaqueciendo, aunque el pobrecito ya estaba tan flaco que parecía que no podía ser más, y… y…

Era una congoja, pero Paulina aquel día se había echado a reír, sin poderlo remediar, mientras lo contaba Luisa; y IAuisa, también, entre lágrimas.

Unos cuantos días más tarde, el seráfico Francisco se rindió a las lágrimas de Luisa y empezó a poco a tragar sus patatas, sus garbanzos… Sardinas, no. En aquella temporada, Luisa dejó de lado su manía por las sardinas… Paulina le había dicho entonces que no se confiase, que por muy ángel que fuese su Francisco, pronto le haría otra faenita.

—Ya se sabe, Luisa, que la obligación de todo buen marido es reventar a su mujer. Si no, ¿en qué consistiría eso de la cruz matrimonial, que usted dice tanto?

Luisa se someta, moviendo la cabeza.

—¡Qué Paulina, qué Paulina!…

Ahora Paulina quedó muy pensativa, al despedirse de esta mujer. «Nunca podré desear tener la suficiente fuerza para ser una buena cristiana».

«Si yo no puedo dejar de pensar en la muerte de la mujer de Antonio para tenerlo, tengo que dejar a Antonio»…

Esta era una idea clara, clarísima. Algo sin vuelta de hoja. O dejar de pensar en Antonio o dejar de pensar, de una vez para siempre, que ella creía en Dios y que, además, creía que la Iglesia católica, apostólica y romana era la depositaría de los Mandamientos y los Poderes de Cristo.

A momentos se desesperaba. Era como si un demonio le hablase dentro de ella: «Dios ha venido a ti, se ha mostrado a ti para que te condenes. Mientras hacías las cosas en la inocencia, con la, tranquilidad de tu visión material de la vida, pocas veces eras culpable. Pero ahora, ahora rechazaste la luz, dices: quiero el infierno. Lo escoges… Tú escoges como Lucifer. Dios te ha dado tanta libertad…»

Por la tarde salió a la calle. Empezaba el otoño. Caminaba por las calles, que, después del verano, se llenan de vida, y notaba un aire más cristalino que en primavera. Los escaparates estaban iluminados, arreglados con gusto. Las mujeres usaban los primeros trajes «sastres» o abrigos ligeros de entretiempo. Se acercaba la fiesta de Todos los Santos y se veían muchos puestos con crisantemos, dalias y siemprevivas… Iba vagando al azar. Era una mujer con los ojos como asustados, inquietos. Miraba a la gente como quien ha perdido algo. Recordaba que había encontrado una cosa más importante que la vida, aquel verano, y que la había perdido… Había tenido la sensación de Dios y la había perdido.

Pasó por delante de una iglesia cualquiera y se detuvo. Un edificio feo, anodino, detrás de una pequeña verja… No había vuelto a la iglesia después de su excursión al mar… Sólo los domingos, desde que llegó Miguel, para acompañar al niño… Hipócrita ya, como tantos, como aquellos de los que se reía en sus tiempos de «pagana libre y pura», pero a los que ahora creía comprender… «Al menos, intentan que otros tengan lo que ellos saben que es verdad y no tienen el valor de vivir»…

Con un impulso repentino entró en el templo. Lo deseaba. Sí… Lo deseaba… Se quitó el pañuelo del cuello y se lo anudó a la barbilla, cubriendo la cabeza desnuda, y entró.

La iglesia estaba en penumbra. Apenas dos velas eléctricas, encendidas en el altar, y la lamparilla del Sagrario. Una vieja, bisbiseando oraciones. Un muchacho joven, de rodillas, con la cabeza entre las manos, rezando.

La iglesia estaba adornada con mal gusto. Mucho yeso y purpurina. Había dos enormes imágenes de los Sagrados Corazones.

Los ojos de Paulina, angustiados, se fijaron apenas en todo aquello. El Sagrado Corazón, aquella imagen convencional de un Jesús concebido según unos cánones estéticos perfectamente relamidos y absurdos, dejó de ser relamida y absurda para Paulina. Estaba empezando a fijarse en su hondo sentido. Es el mensaje tantas veces repetido del amor de Dios hecho hombre. El mensaje eterno, centrado, sobre todo, en el inmenso amor de Cristo. «El que no cabe en los Cielos, no temió encerrarse en el vientre de una Virgen»… «El Corazón de Jesús es la puerta de aquella gran hoguera del Gozo que yo entrevi»…

«¡Dios mío —rezó—, Cristo mío, Jesús! Yo sé que existes, que me has llamado, que quieres que siga tu camino de renunciamiento propio, tu camino hacia la felicidad que me has enseñado, tu camino que, además, yo lo sé, da la única felicidad verdadera y duradera que hay en la tierra… Yo sé que es cierto, aunque ahora esté tan lejos de aquella alegría. Y es natural que esté lejos. ¿Qué hice jamás para alcanzarla, aun sabiéndola verdadera?… Aunque quizá nunca vuelva a sentir aquella alegría, pero… Ya sé que no basta ver la felicidad de Tu luz, que no basta eso. Hay que seguirte, pero… Tú lo tienes que hacer todo. Yo te lo pido con humildad, Dios mío. No es mucho. Que me permitas empezar a desear de corazón, sin reserva alguna, seguirte…»

«Que me permitas desear…, que me permitas desear…» repitió sin darse cuenta, mientras sentía que sus manos se iban mojando de lágrimas gruesas, limpias, buenas.

Era difícil desear ser de Cristo cuando sabía que ser de Cristo hacía despojar el corazón de una inicua atadura humana, tan dolorosa, tan querida, la atadura de un amor con un hombre casado.

«Permíteme desear…»

Inmediatamente sintió paz. Una débil, una suave paz.

Capítulo XII

Antonio pertenecía a una generación universitaria española que comenzó a raíz de la terminación del Movimiento Nacional. Era una juventud en la que había predominado un tanto por ciento grande de sentido religioso. No es que todos los universitarios fuesen creyentes fervorosos, pero en su mayoría, los mejores, parecían serlo y estaban de moda y se habían tratado seriamente los problemas del espíritu. Antonio no había reflexionado mucho sobre este hecho, ni se había preocupado de él, hasta que su hermanastro Jordi —un chico desesperante a quien acababa de recibir en París— le informó mientras cenaban de que ni él ni ninguno de los jóvenes que conocía tomaban el problema en serio. Todos eran escépticos. Aunque podía ser parcial la apreciación de Jordi, Antonio se inclinó a considerarla verdadera. «La juventud —pensó Antonio— siempre quiere rebeldía, reacción. Nosotros reaccionábamos contra el ambiente laicizante de antes de la guerra; éstos quizá reaccionan contra un ambiente demasiado dirigido en el aspecto contrario…» Antonio pensaba «nosotros» separándose absolutamente de su hermano, cinco o seis años más joven, aunque él había sido en su tiempo de los peores, de los

desinteresados de su deber… No tan desinteresado como Jordi, desde luego.

Antonio había venido a París porque su padre le había rogado en una carta que si le era posible recibiese a Jordi —que se iba a instalar allí durante unos meses—, y le orientase un poco… La carta resultaba sorprendente, ya que Antonio siempre había sido muy mal considerado como ejemplo. El viejo Nives debería de estar sacando adelante una pollada malísima, si se conformaba con que él influyese algo en el hermano.

Para Antonio resultó un gran alivio este pretexto de escapar otra vez de su deber de marido cariñoso junto a Rita.

—Te traeré de París los regalos de Navidad.

Pensaba, honradamente, volver cargado de obsequios caros, exquisitos. Compensaría de esta manera a Blanca y a Rita.

Es claro que él no contaba con que el encuentro con su hermano fuese como una ducha helada. Y que la sonrisita de superioridad del muchacho le revolviese de tal manera. Jordi tachó de ingenuos tanto a Antonio como a sus amigos.

—Quien está aquí es Torrent, aquel íntimo tuyo, tan estirado, que papá te ponía como ejemplo. Está hecho un bohemio astroso, según me han dicho.

Esto era una cosa inimaginable. Torrent era un hijo de familia criado con mimos, casi entre algodones. Escribía en sus tiempos versos ardorosos y malignos, puramente imaginativos, pues hacía la vida sana y ordenada de un niño.

—Sí, sí… —la voz de Jordi era molesta—, descubrió la vida un poco tarde, pero parece que ya no quiere cuentas ni con su casita confortable ni siquiera con el agua y el jabón.

Jordi, a medida que pasaban las horas juntos, a Antonio le iba resultando más antipático. Resultaba un tipo calmoso, largo, con barba, ademanes pedantes y gafas montadas al aire.

«¿Qué habrá hecho este avefría para que mi padre le deje interrumpir los estudios de Barcelona, le arregle la situación militar y le matricule aquí en un curso para extranjeros?» Antonio casi se sentía sin fuerzas para preguntárselo. Hablaron de temas generales y Antonio comprobó que, a pesar del aspecto imponente de Jordi, su afán intelectual era superficialísimo. Cuando encendieron un cigarrillo con el café de la primera cena, Antonio tocó el tema de las mujeres, para él obsesionante desde que tuvo los primeros pantalones largos.

—No me interesan —dijo Jordi.

—¿Quieres decir que eres casto?

Jordi se ruborizó sobre su barba, pero le echó una ojeada despectiva a través de las gafas.

—No digas cosas ridiculas. Las mujeres están bien para un rato, pero no me negarás que los clásicos enamoramientos han pasado a la historia.

—¿Qué diablos te interesa a ti?

—A mí, nada. No hay nada que me interese… Si es para dedicarle mucha atención, se entiende. A mí me gusta vivir el momento presente, acumular experiencias… Sí, quizá eso…

Antonio hacía muy poco que acababa de hacer una escapada a Roma y se había divertido allí como un chico en vacaciones. Después del ajetreo sentimental del verano y de la calma de su vida en Suiza, en Roma había disfrutado alegremente de su juventud y de su dinero. Había venido dispuesto a hacer lo mismo en París, pero su hermanastro le ponía de mal humor. Se olvidaba de que él, hasta hacía muy poco, había sido

triste y descontentadizo y le parecía que su hermano carecía de una alegría elemental a su edad.

—Me rejuveneces. Me parece que aquí el más joven de los dos y el único que sabe disfrutar de la vida soy yo.

—En esto te equivocas. Creo que tengo cierta experiencia que tú, a mi edad, ni has presentido. Tú a mi edad te pasabas el día haciendo versos románticos a una prima mucho más vieja que tú… Y yo, de las mujeres, lo sé todo, y me aburren. He venido a París para escaparme de una de ellas, si quieres saberlo. Papá considera que es un lío gordo y me ha ayudado. Yo no veo lío ninguno, pero estaba resultando algo pesado el asunto y además he aprovechado la ocasión de cambiar de aires.

Fue por exasperación y por imponer su autoridad por lo que Antonio había decidido que aquella noche, tanto Jordi como él, se meterían en cama a las nueve.

—Mañana te dejaré en tu alojamiento, pero esta noche vamos a descansar.

Se arrepintió en seguida de esta orden, pero por nada del mundo se hubiese vuelto atrás.

Jordi no había hecho comentarios. Después de estirarse y bostezar como un mono, se había dormido con toda tranquilidad, mientras Antonio, indignado consigo mismo, leía una novela italiana, escuchando en la cama gemela la respiración pausada de su hermano, a quien no molestaba lo más mínimo la luz de la lamparilla encendida.

Jordi había logrado hacerle olvidar su deseo de alegría. París parecía tan lejano en este cuarto de hotel, como en Suiza o como en Villa de Robre…

Antonio no lograba interesarse lo suficiente en la novela para desentrañar los secretos del idioma que conocía mal. La había comprado, en realidad, para

practicar, pues tenía la intención de hacer muchos viajes a Italia mientras Rita siguiese en Suiza… El encuentro con su hermano le había dado una extraña conciencia de sí mismo, y terminó por encender un cigarrillo y apagar la luz, fumando en la obscuridad y pensando en su propia vida. Era inútil y vacía, pero comparada con la de Jordi se le antojaba extrañamente hermosa. Si él no había sido capaz de entregarse a un trabajo serio, al menos había gustado de muchas cosas buenas. Había buceado en el mundo del arte. Era un buen conocedor de pintura, por ejemplo. La literatura también le entusiasmaba, y había cosas exquisitas en la forma de los objetos, y en la arquitectura, que eran capaces de emocionarle. Cierto que había dejado siempre a un lado cualquier placer intelectual si se presentaba una aventura en que sus más bajos sentidos pudiesen quedar satisfechos, por ramplona y torpe que fuese tal aventura… Pero al menos él tenía una noción de pecado, de moral, distinguía fronteras prohibitivas que saltaba o no, pero las reconocía… Jordi consideraba eso complicadísimo y pasado de moda. En cuanto al amor, ni sospechaba que pudiese existir otra cosa que el celo.

Antonio pensó en Paulina y en lo que ella había dado de sabor y belleza a su vida entera. El recuerdo de Paulina se le agigantó en un agradecimiento tierno y cálido. Aun ahora ella ponía incentivo y belleza y elevación en su vida. Era certísimo que podía ser muy dichoso lejos de ella, en momentos como los vividos en Roma, por ejemplo; pero era cierto también que, indefectiblemente, volvía a necesitarla.

De pronto la anheló con una fuerza extraordinaria. Paulina era algo permanente en su vida, algo extraño y exquisito que jamás debería perder.

«Me casaré con ella —decidió de pronto, con absoluta convicción—. Cuando Rita se muera, me casaré con ella.»

Descontaba la muerte de Rita; era algo natural y, aunque muy penoso, inevitable… Y Rita, allá en su fondo, siempre había sido como algo pasajero para él. Se había casado porque era preciosa, porque era hija de una familia estupenda y porque tenía una candidez desarmante y completamente de acuerdo con el ideal que, aun sin formulárselo, lleva un hombre allá dentro de él para la esposa ideal. Lo más curioso de su matrimonio había sido que él, que tenía más personalidad que la mujer y que además no estaba enamorado, se había adaptado con un fácil mimetismo a los gustos de Rita. Habían vivido un año alegremente volcados en un ajetreo social que no les dejaba tiempo de pensar en ellos mismos. Se preocupaban de sus vestidos, de sus muebles, de sus automóviles, de tener los últimos discos… Antonio se había sentido orgulloso de la belleza de su mujer y había llegado a diseñar trajes para ella… Su matrimonio lo había convertido en un hombre afectado y vacío, preocupado por minucias idiotas y lleno de vanidades de pavo real…

Jordi se dio una vuelta en la cama, gruñendo en sueños. Antonio podía atisbar su bulto en la penumbra.

—Tú eres mi conciencia, Noi —volvió a pensar—; nunca creí que me sucedería esto.

Buscó a tientas un cenicero en la mesilla de noche y después de aplastar la colilla, su mano estuvo tanteando hasta encontrar el tabaco y el encendedor para prender un nuevo pitillo.

El recuerdo de Paulina llenaba ahora el cuarto, como si estuviese ella en realidad. No había

contestado a ninguna de sus cartas después de que se separaron en Madrid…

Él había escrito siempre cartas muy largas a Paulina que la mujer no solía contestar más que con unas líneas desmañadas, pero era un descargo saberla su confidente, su amiga. Le había dado siempre su ternura y había compartido los secretos de su espíritu mucho antes de que le hubiese dado su cuerpo.

«Me casaré con Paulina», volvió a pensar.

Los tres días de Alicante habían sido absolutamente perfectos. Paulina era a un tiempo sabia e ingenua. Era delicioso ver cuántas cosas de aquellas que el dinero proporciona eran inéditas para la mujer, y el placer que le causaban había sido para él una revelación y una fuente de alegría. Sería maravilloso viajar con ella… También le conmovía saberla preocupada ahora por aquella revelación religiosa que había creído tener.

«Voy a condenar mi alma por ti.»

En su boca estas palabras habían sido sinceras. Nadie había podido darle más que Paulina… Nadie podía ser su verdadera compañera más que ella. Le extrañaba, ahora que estaba tan lejos, haberla hecho sufrir tanto por causas tan mezquinas, aquel verano, haberla despreciado y haberla fustigado a ella, que era como lo mejor de sí mismo… Le molestó el recuerdo del desastroso final del viaje a Alicante, cuando hubo todas aquellas investigaciones policíacas. Él no había quedado muy airoso con Paulina, escurriendo el bulto. Es claro que no podía comprometerse sin comprometerla a ella… Había sido una cosa desagradable y sórdida.

Por unos momentos se atormentó con la idea de que Paulina le despreciase comparando su actitud con

la de Eulogio, que se había molestado en venir del pueblo al enterarse de que había sido aquel asesinato en la misma casa… ¡Él no había aparecido ni una sola vez a verla…! Este pensamiento se concretó en un doloroso aborrecimiento por Eulogio. El silencio de Paulina durante todo aquel tiempo, ¿podría significar que al fin había decidido volver con el padre de su hijo? No la creía capaz de semejante barbaridad. Paulina y Eulogio no tenían nada de común, ni en sus gustos, ni en sus sensibilidad, en nada… La unión de los dos había sido un desastre. Además, Eulogio jamás consentiría en un arreglo con su mujer si tenía la más ligera sospecha de que ella le hubiese traicionado…

Antonio saltó de la cama para buscar entre su equipaje un tubo de somnífero. Sentía la cabeza ardiéndole, y si continuaba con sus pensamientos, pensó que llegaría a estallarle. Aquella noche en París estaba resultando una noche realmente desagradable para Antonio.

Se distrajo mirando en el espejo de sobre el lavabo sus ojos cargados de cansancio y desvelo, mientras bebía agua para tragar la medicina.

Al volver a la cama vio en su reloj de pulsera una hora absurdamente temprana de la noche. En Madrid, Paulina estaría levantada aún… La necesidad de verla se le hizo insoportable, y antes de dormirse supo que al día siguiente buscaría un billete de avión para España. Aunque sólo fuese por unas horas, necesitaba ir a Madrid.

La portera no consideraba necesario dejar entornada la puerta de su vivienda. Como, además de ser algo sorda, estaba metida a cuatro patas bajo las faldas de su mesa camilla para avivar el brasero, no se dio cuenta de que alguien golpeaba impaciente allí. Al fin, la puerta se abrió sin más ceremonias y una

oleada de aire frío entró en la cocina y la mujer la notó en sus ancas; el gato se desperezó enarcándose. La mujer se volvió entonces, enfadada, y su cabeza tropezó con el tablero de la mesa, en su prisa por enderezarse. Aquel golpe la aterrorizó durante medio segundo, le hizo recordar vividamente el sangriento suceso del sexto piso, donde la pobre señora había sido golpeada en el cráneo…

Respiraba fuerte cuando pudo enderezarse al fin, y sus ojos quedaron frente a un grueso abrigo de hombre. Al levantar la cabeza un poco más, encontró la cara de Antonio Nives. Le conocía bien, pero lo mismo que el golpe que había recibido en la camilla, aquel hombre le traía a la memoria cosas poco gratas. Le miró con tal desconfianza que Antonio se impacientó.

—He subido a casa de mis primos y no contesta nadie a mis llamadas. ¿Sabe usted por casualidad si es que no están en Madrid?

Los ojos de la portera se volvieron socarrones.

—Sólo está doña Paulina. El niño salió esta mañana para el pueblo a pasar las Navidades… Pero a usted eso no le importará, ¿eh?

Antonio decidió no hacer caso del tono impertinente.

—Y ¿no sabe dónde puede estar mi prima esta tarde?

—Sí, señor. «Su prima» está en la iglesia. Se pasa el día rezando, Dios la bendiga. Ahora está en el rosario… A la vuelta de la esquina eche usted a andar y cuando llegue a la calle que cruza ya verá en seguida el colegio de los Hermanos. En cuanto pase la verja verá la iglesia. No puede perderse… Pero sí no quiere molestarse, con volver dentro de un ratíto

tiene a doña Paulina aquí. Cierran a las ocho en la iglesia…

Antonio decidió ir a buscar a Paulina. Había sido muy diferente la última vez, cuando él llegó exasperado desde el pueblo, casi hambriento de ella. Ahora sentía sus sentimientos más calmados y profundos. Quizá porque estaban en medio aquellos dos meses en que él había hecho su viaje a Roma y las cosas se habían ido serenando tanto, tomando sus verdaderas proporciones.

Cuando llegó a la iglesia vio que por sus puertas salía un intermitente rosario de mujeres vestidas de negro, con velos a la cabeza. Todas le parecían iguales. Abrían la puerta interior del templo y un haz de luz las dibujaba un momento. Luego la puerta se volvía a cerrar y ellas salían al aire gris obscuro, alejándose por la acera o reuniéndose con otras beatas de las que habían salido antes. Antonio somió con asombro. No podía encajar la imagen de Paulina con estas mujeres… Algunos hombres salían también, en verdad, pero la mayoría de mujeres obscuras era impresionante.

Antonio pensó en si Paulina se habría comprado un abrigo negro. Nunca la había visto con un velo en la cabeza.

La noche estaba húmeda y llena de neblina. La acera por donde paseaba estaba mojada enteramente. Se abrió la puerta del templo para dar paso a una pareja de viejos y Antonio vio el interior iluminado y casi vacío… Se decidió a entrar en el momento en que se apagaban la mitad de las luces. Quizá era un aviso para el próximo cierre. Un par de las pocas personas que quedaban en el interior se levantaron para irse.

Olía a incienso y más pesadamente a humanidad. Las respiraciones de las muchas personas que habían llenado la iglesia habían cargado el aire. Antonio pensó con cierta sorpresa en que no sólo existía el mundo de Jordi y el suyo. Toda esta gente tenía otras preocupaciones.

«Viejas», pensó.

Luego recordó a su cuñado José, y se le ocurrió pensar en la vida de tantos hombres jóvenes que se dedican al sacerdocio. Era otro mundo extraño, desconocido, indudablemente.

No descubría a Paulina debajo de los escasos velos negros que quedaban diseminados por los bancos, sobre las cabezas de sus propietarias. El se había quedado de pie, junto a la pila de agua bendita de la entrada, porque la iglesia no era grande y la abarcaba toda… De pronto se dio cuenta de que Paulina estaba arrodillada muy cerca de él, con la cara entre las manos. No tenía puesto ningún velo, sino un sombrerillo impermeable que hacía juego con su gabardina. Estaba tan inmóvil como una estatua y no se dio cuenta de que Antonio se arrodillaba junto a ella. El se impacientó y le dio unos golpearos en el hombro. Entonces la vio levantar la cabeza, sobresaltada, y seguir así, con la misma expresión de susto, después de haberle reconocido.

—¿Qué? ¿No te alegra mi visita?

Paulina miró hacia el altar y se santiguó rápidamente.

—Vámonos de aquí.

Antonio la siguió fuera del templo y empezaron a andar juntos. Paulina andaba muy de prisa y Antonio daba zancadas para seguirla.

—¿Dónde me llevas, Paulina?

—No lo sé… —dijo Paulina, desconcertada, y sonrió —. No sé dónde te llevo. Me he asustado mucho al verte.

—Tú tienes la culpa, por no escribirme. Me has angustiado con ese silencio… Ya ves. No he podido resistir la tentación de venir por unas horas. Una escapada. Mañana me voy otra vez.

—De sobras sabes que no debo escribirte.

—Mi querida beata, la amistad no es pecado…

—La amistad no, pero…

Las cartas de Antonio habían sido bastante más que amistosas, desde luego. El escuchaba encantado la nota de broma que Paulina había dado a su voz. No existía aquel seco nerviosismo que ella tuvo cuando Antonio llegó de Villa de Robre después de lo que ella llamaba «su conversión». Pero estaba convenientemente emocionada y nerviosa. Se la sentía temblar. Pasó su mano por el brazo de ella.

—Siento tu corazón, como un relojillo, debajo de tu gabardina…

—¿No será un reloj, realmente? Lo llevas en la muñeca…

Paulina decía esto riendo, mientras se desprendía con suavidad de aquella mano que la había sujetado.

—¿Voy a tener que conquistarte de nuevo cada vez que nos veamos? ¿No crees que es demasiado?…

Paulina había vuelto a coger su paso vivo, escapándose casi, sorteando ágilmente los obstáculos de piedras y espacios embarrados de aquellas calles a medio urbanizar. De pronto desembocaron en Alcalá, y la gente que llenaba las aceras —aun en aquel trozo que Antonio recordaba como poco poblado— les hizo andar más despacio. Había en Madrid una población que desbordaba los barrios —pensó Antonio—. Madrid crecía demasiado. Los tranvías, las luces de

algunos escaparates, el rumor de la cháchara humana, ensordecían. Empezó a lloviznar y Antonio tenía que cuidar de que no le metiesen los paraguas en los ojos. Paulina se le escapaba, dos pasos delante de él. Tuvo que correr para alcanzarla.

—No seas ridicula, Paulina, escúchame. Tenemos que hablar. Vamos a tu casa.

—No.

—Como quieras… ¿Sabes que me enorgulleces con tu miedo? Tengo el coche… Vamos a buscarlo y te llevaré a un sitio tranquilo y confortable…

—No. Estamos a dos pasos de Manuel Becerra. Por aquí hay varios cafés… Entraremos en uno de ellos.

Antonio se resignó a seguirla hasta que la calle se abrió en la placita, más iluminada. Le pareció que estaba soñando aquella especie de persecución de la mujer entre la llovizna. Un aroma de castañas asadas llenaba el aire, de vaharadas tibias. La lumbre roja del hornillo donde se asaban y el humo que se expandía pesadamente en el aire húmedo, le dio una idea.

Cogió nuevamente a Paulina por el brazo y le propuso que comprasen aquellas castañas calientes. Paulina le sonrió entonces con una confianza que no había tenido hasta el momento y la pequeña compra los unió. La vieja vendedora les sonreía a los dos, mientras contaba cuidadosamente los frutos con sus dedos torpes y Paulina aceptó luego, durante unos momentos, aquella intimidad de que él estrujase las castañas y le diese de comer como a un chiquillo…

Al fin Paulina suspiró moviendo la cabeza como se hace al ver una diablura de un niño. La lluvia fina espolvoreaba el abrigo de Antonio. Estaban frente a una iglesia que tenía la fachada llena de andamios, vacíos a aquella hora. Un puesto de flores, vacío

también, cubierto con una tela impermeable, las luces eléctricas reflejándose en los paraguas que cruzaban de cuando en cuando, todo aquello tenía el mismo aire silencioso y como de ensueño que la persecución de un momento antes. Paulina empezó a andar de nuevo, y al pasar frente a la iglesia hizo la señal de la cruz. Antonio sonrió.

—No te quejarás por falta de iglesias para practicar tus devociones.

—No me quejo. Estoy viviendo la época más hermosa de mi vida.

Lo había dicho con tanto convencimiento que Antonio se sintió molesto. Se olvidó de que era un hombre ecuánime que sabía perfectamente hasta dónde llegaban sus propios sentimientos y deseos.

—Mira, es bastante fastidioso eso de atravesar media Europa en avión sólo por ver a una persona, y que esta persona decida burlarse y tomarle a uno en broma.

—No has debido venir.

Iban andando sin darse cuenta. Habían pasado ya la plaza. Antonio llevaba en la mano, como un ramo de flores, el cucurucho de castañas. Hizo detenerse a Paulina debajo de una luz. Le fastidiaba que el sombrerillo de ella le hiciese sombra en los ojos. Se parecía a los sombreros de hule que usan los pescadores del Norte y no le sentaba bien.

—Repíteme eso aquí, donde yo pueda verte.

—No has debido venir.

—Si puedes decirme en ese mismo tono que me has olvidado enteramente y que te estorbo, puedes estar segura de que te dejo aquí mismo en paz.

—Llevo tres meses luchando por olvidarte.

La mueca dolorosa de los labios de Paulina al decir esto hizo que Antonio la quisiese con una nueva

oleada de ternura. «Me casaré contigo», pensó.

—Paulina, me casaré contigo cuando…

Paulina apretó con sus dedos una mano de Antonio para que no siguiera hablando. Sus manos sin guantes estaban heladas.

—Mira, vamos a entrar un rato en el local que encontremos más a mano. Luego te vas…

Antonio le vio empujar la puerta de un café. Él estaba sintiéndose algo más deprimido. De pronto tiró el cucurucho de castañas sobre la acera mojada, y se resignó a seguir a Paulina hasta el interior de un local sucio, lleno de gente: hombres mal afeitados que jugaban a los dados, familias de clase media…; novios. Olía a abrigos mojados y el ambiente estaba tan lleno de humo que ellos lo cortaban al atravesarlo. Las conversaciones, el ruido de la cafetera exprés —que sacaba un líquido obscuro y espeso hirviente—, el tintineo de las cucharillas y un programa de radio, convertían aquello en algo terriblemente ruidoso. Una fila de aperitivos viejos expuesta en el mostrador quitaba el apetito.

—Huele a todo menos a café, ¿verdad?

Paulina eso lo decía de buen humor. Se había quitado el gorro mojado, al entrar, y buscaba un sitio entre aquellas apreturas.

Antonio deseaba que no lo encontrase, y que al fin fuera razonable y se dejase conducir por él. Una rara tristeza le estaba llenando. Pero no era un sentimiento desagradable. Desde la conversación con su hermano, Antonio se notaba la sensibilidad como otros se notan la fiebre. Se sentía orgulloso de ser capaz de estar triste, de estar enamorado de una mujer diferente de todas las que había conocido nunca. Una mujer que siempre le inquietaba. Paulina descubrió una mesa que alguien acababa de

abandonar. Estaba colocada en fila con otras, delante de un diván rojo, que corría a todo lo largo de una de las paredes. Quedaba delante de la mesa un sitio muy estrecho para los dos. Antonio se volvió para pedir disculpas a una señora gruesa, con un espeso bigote negro, que revolvía su café con leche en la mesa de al lado.

—¡Pues sí!... ¡Pues anda, rico! ¡Pues estamos aviados! ¡Hay que fastidiarse!...

—Perdone, señora.

La señora no se había dado cuenta ni del choque con Antonio ni de sus disculpas. Todas sus exclamaciones, en tono desgarrado y áspero, estaban dirigidas a un individuo que debía de estar al otro lado de ella, oculto por su mole.

Paulina se reía. Observaba el traje de Antonio —ahora que él se había despojado de su abrigo—, observaba su corbata y le decía que estaba muy elegante, como se lo podía haber dicho a su hijo Miguel, pero él, inconscientemente, se volvió a mirarse en un espejo que tenían enfrente, seguido por la sonrisa de Paulina. El café había instalado hacía poco luces fluorescentes, lívidas, y los dos parecían espectros con las caras violáceas. Se rieron. La cara de Paulina tenía una gravedad especial. A aquella luz parecía mucho más delgada, pero había en ella algo que a Antonio le paralizaba. Ahora sí que se parecía Paulina a la de aquellos tiempos en que vivía pensando en Eulogio, indiferente a todo lo que no fuera aquel recuerdo. Era una cara afinada por una obsesión íntima.

Antonio le tendió sus cigarrillos, y sin saber por qué, se sintió aliviado al ver que ella aceptaba uno.

—¿Qué quieres tomar?

El camarero recogía los vasos sucios que estaban encima de la mesa, y esperaba.

Paulina no sabía qué pedir.

—¿Un coñac? Hace frío.

—Bueno.

—Después vamos a ir a cenar a algún sitio agradable. Mi avión sale a las ocho de la mañana. No tenemos mucho tiempo para estar juntos.

—No tenemos, no…

La voz de Paulina volvió a hacerle sentir confianza y puso su mano sobre la que ella tenía abandonada en el asiento; la sintió, suave como sin fuerzas, bajo sus dedos, pero casi en seguida se desprendió de ellos.

—Antonio. No voy a ir a cenar contigo. Quiero que me entiendas. Me es necesaria, absolutamente necesaria, la pureza que ahora tengo en mi vida. Lo menos que Dios pide a una persona que le conoce, lo negativo del asunto, lo mínimo, vamos, es que esa persona se purifique y abandone el pecado…

—¿Es pecado cenar juntos?

—Quizá no. Pero te he querido demasiado para que esté bien…

—Me has querido…, así, en pasado lejano, ¿eh?

—Y te quiero. No es necesario mentir. Pero sí es necesario que no te lo vuelva a decir nunca más.

—Eso es absurdo y antihumano… Y también insincero, Paulina. Tú sabes que yo soy un hombre normal, con pasiones de hombre normal, y estoy casado con una moribunda. Es necesario que sepas que si Rita se muere volveré a buscarte, y es necesario que pienses, sin hipocresía, que me esperarás.

Paulina quedó muy seria, como reconcentrada, fumando, mientras les servían el coñac en unas

copitas pequeñas, bastas, con una franja roja alrededor. Cuando les abandonó el camarero, Paulina volvió a negar.

—No puedo pensar en esperarte, Antonio. No te puedo decir lo que haría, llegado el caso que dices. No te puedo decir nada, porque ahora todo depende, para mí, de Dios…

—Me decías lo mismo en septiembre. Luego, en la playa, ¿no me decías también que era como si hubieses salido de un sueño malo, para encontrarte con una vida llena de posibilidades? ¿No me decías que Dios no puede condenar el amor sincero y que te sentías tan capaz de pasar la vida haciendo descubrimientos de hermosura, disfrutando tanto de los seres humanos, de la música, de los viajes, de todo lo bueno que hay aquí abajo, que Dios se sentiría contento?

—Es muy fácil decir esas cosas, Antonio. Es muy fácil levantamos dioses a nuestra mezquina medida. Pero la verdad es que cuando Cristo llegó a la tierra nos enseñó a morir en una cruz para divinizamos.

—¿Crees que Dios no quiere más que la desgracia, y que una persona feliz y con dinero no puede encontrarle…?

—No. No es eso. Creo que Él da la única felicidad. Pero el camino para lograrla es distinto de aquel que uno sigue para encontrar la felicidad de la tierra, la que se ve al alcance de la mano… Sí, es un camino muy distinto. A veces está uno como perdido, como sin saber… Pero Antonio, te lo juro, no hay más que entregarse con sinceridad al comulgar con Cristo, y Él te ayuda…

—Si Él te ayuda, te dirá que no tienes derecho a engañarme a mí, a dejarme con mi incredulidad, mi materialismo y mis desesperaciones…

Antonio observaba a Paulina como un gato a un ratón. Le gustaba que ella le hablase de aquella manera espiritual, porque a Paulina le iba bien, lo reconocía, aunque se sentía algo apabullado.

—Yo no puedo ayudarte más que siendo sincera a fondo. Haciendo lo que creo que debo hacer. Cuando llegan tus cartas sufro a veces una sacudida y una angustia, sobre todo si las leo… Pero casi siempre las quemo sin leerlas, y cada vez tengo más fuerza para hacer esto, porque la gracia de los Sacramentos es un hecho tan real que quedarías asombrado… Es claro que si vas a comulgar esperando un milagro, pero sin humildad y sin pedir ayuda a Dios para seguirle, es muy difícil que notes su efecto, pero de otra manera… ¡Dios mío! Yo no sé cómo explicarte cómo es mi vida ahora…

—¿No bebes, Paulina?

Paulina probó un poco de aquel líquido, que le pareció alcohol de quemar en el que hubiesen disuelto un poco de barniz.

—Has hecho una mueca muy graciosa, Paulina. Una mueca que no va con tu discurso místico… ¿No te das cuenta de lo divertido que resulta que me estés contando estas cosas aquí con toda esta gente alrededor? ¿Crees que hay uno solo de estos que nos rodean que piense como tú? Creo que estás obsesionada, sinceramente. Yo sabría hacerte volver a la realidad.

—No quiero una realidad como la de los cerdos. Quiero una realidad humana. He pasado demasiados años pensando en mi cuerpo, en sus sensaciones, en sus anhelos, en sus vacíos. Ahora debo someterlo a otra cosa mucho más grande, que he podido ver… Antonio, ¡qué orgullosa era yo cuando no creía! Me parecía que cualquier cosa que yo pudiese atisbar y

desear la alcanzaría siempre, costase lo que costase. De pronto vi sin lugar a dudas el mundo del espíritu, y la vida en Dios... Y tuve que convencerme de que yo sola no puedo nada…

—Tú misma te contradices.

—No… No… Si pido ayuda, me la dan en los Sacramentos. La tengo ahí… Es muy difícil a veces, ¿sabes? Pero es maravilloso. Es como volver, remontando la corriente de los años, de todos los cinismos, de todas las suciedades de la mente, hasta llegar de nuevo a la fuerza limpia de la juventud… Sí, es como navegar contra corriente vivir esta vida; es tan difícil, y por eso, tan maravillosa.

—Paulina, vamos a un sitio agradable, a un sitio donde no tengamos delante esa puerta que chirría al abrirse ni estos espejos que nos convierten en cadáveres, ni este ruido. Aunque no lo creas, me gusta oírte hablar así… ¡Es tan español…!

Paulina le miró sorprendida.

—Sí; si contara esto a una mujer de otro país, no lo creería…

—No creo que tengamos la exclusiva de los santos ni de la sinceridad en las creencias.

—Pero este misticismo… Paulina; una suegra, un cuñado, y ahora tú… ¡Tres seres místicos! No me dirás que no es un buen porcentaje para una sola familia… Anda, vámonos a cenar. Mira, podemos hacer algo bueno... Cenar, pasear por ahí limpiamente… Y antes de tomar yo mi avión y tú de acostarte, oír la primera misa juntos. ¿No te tienta la idea de catequizarme?.

—No digas disparates. Vámonos…

Antonio se sintió descorazonado cuando ella se puso en pie. Ahora no se olvidaba de los guantes. Los sacó de su bolso y se los calzó despacio, mientras

Antonio la miraba, sin enfado, y sin mucho anhelo tampoco. No habían sido solamente las palabras de Paulina, cuyo sentido no captaba enteramente, sino toda su actitud, su manera de decir las cosas, y aun su dulzura al decirlas, lo que había desarmado al hombre de tal manera, que ahora sólo deseaba expresarle su buena voluntad, y deseaba que ella le estimase además de quererle, que confiase. Suspiró haciendo una mueca para quitarle importancia y Paulina le recompensó con una sonrisa tan llena de afecto que pareció deshelársele la sangre. Se le ocurrió pensar que en sus relaciones con esta mujer siempre había uno que llevaba las riendas sentimentales, otro que se sometía… Frunció el entrecejo al pensarlo, mientras salían del café, porque incomprensiblemente él se sentía de nuevo sometido a la voluntad de Paulina, como nunca hubiese creído que volvería a suceder.

Cuando salieron a la neblina ligera de la calle respiraron a gusto. Arriba en el cielo las nubes se estaban agujereando y lucían algunas estrellas.

—Paulina, prométeme que me esperarás hasta que se sepa algo definitivo sobre Rita.

—No puedo… No puedo prometértelo…

Seguía en Paulina aquella firmeza que a Antonio le desconcertaba, porque en el fondo estaba seguro de que ella le quería. Había algo cálido en ella que respondía a su reclamo. Una cosa impalpable, pero certísima.

Iban al lado uno de otro. Paulina no parecía huir ya. Antonio empezó a hablarle de Roma, con cierto entusiasmo.

—Si visitases otros lugares del mundo dejarías esa intransigencia celtíbera que estás empezando a tener contigo misma… He ido a visitar en Roma a unos

amigos; viven en el palacio que fue de un célebre cardenal. Las pinturas que decoran los muros del palacio te harían enrojecer.

Paulina sonreía.

—Sería difícil hacerme enrojecer a mí… Y nada de lo que me digas me hará creer que soy intransigente. Por el contrario… yo…

—Si todo el mundo entendiese la religión como tú, te aseguro que sería cosa de muy pocos.

—Por el contrario, si cada uno tuviese la voluntad decidida de ser fiel a sus creencias, el mundo presentaría otro aspecto… Y a mí, precisamente, me ha sido dada una claridad tan grande… Cuando pienso en que hay tantos hombres, tantas mujeres que dan vueltas alrededor de la verdad, llenos de dudas, y a lo mejor son personas magníficas, y yo, que estaba en un momento de embrutecimiento, de materialismo absoluto, yo…

—No seas ridicula, Paulina. Tú has sido siempre una mujer puramente espiritual. Has sido… la mujer más espiritual que encontré en mi vida. Lo raro era que no tuvieses fe… Lo que te pasa es una consecuencia natural, aunque un poco exagerada, de tu mismo carácter.

Paulina no quiso discutir. Le admiraba la sinceridad del acento de Antonio y cómo había él olvidado el abismo doloroso de recelos en que se habían fundido los dos, unos meses atrás, y asimismo había olvidado que era él quien había dado a Paulina la medida exacta de su degradación… con su desprecio. Pero no quería hablar de esto, como no quería hablar de otras muchas cosas que aún dormían en su cuerpo.

—Vamos a separamos aquí —propuse—, y… No me escribas.

Estaban junto a una bocacalle; por ella se veían zonas a medio edificar, mal alumbradas… Muros partidos, solares, sombras… Una decoración teatral, misteriosa, íntima. Un farol con luz amarillenta se reflejaba en un charco. Luego empezaban las tinieblas…

—Lo siento. Dejé mi automóvil junto a tu puerta y aún está demasiado nuevo para abandonarlo.

Anduvieron así, en silencio y despacio, por entre charcos y barro, hasta llegar cerca de la zona de luz en que se veía el automóvil de Antonio entre la iluminación del portal de la casa de los Nives y la de la pequeña taberna de enfrente. Sin saber por qué, se habían detenido junto a una valla en sombra. Antonio sintió un deseo tan grande de besar a Paulina que le recordaba a los que había sentido de muchacho, cuando ella resultaba absolutamente imposible. Quizá esto le inhibió, y durante unos segundos los dos quedaron como paralizados sintiendo solamente que estaban juntos en un lugar del mundo. Al fin se acabó aquello cuando Antonio cogió a Paulina por los hombros en una leve caricia, como a un chiquillo. Paulina se sintió helada en la sombra. No esperaba que él pudiese hablar tampoco. Ella no podía. Pero él se despidió claramente.

—¡Adiós! Y acuérdate de que he venido a decirte que, pase lo que pase, me casaré contigo.

Las palabras del hombre no tenían sentido alguno para ella. El presentimiento de que jamás volvería a oír esta voz la golpeaba y le quitaba toda otra percepción.

Paulina quedó quieta y aturdida donde estaba, mientras Antonio se alejaba hacia su automóvil y ella vio encenderse la roja lucecita trasera del auto como en un sueño, y como en un sueño vio los focos de luz

de los faros iluminando un gran espacio de noche, hacia el otro extremo de la calle.

Cuando el coche en que Antonio se iba, decepcionado, hubo desaparecido, aún estaba Paulina quieta y temblorosa, empezándose a dar cuenta del frío y la humedad de la noche y de la profunda pena que, a pesar de la serenidad y firmeza adquiridas, podía acuchillarla tan ferozmente.

Capítulo XIII

Era la mañana del día de Nochebuena. Sobre Villa de Robre planeaba un aire gris y hacía francamente frío. En el saloncillo de Mariana se estaban quemando unos leños gordos, bien encendidos, aunque la calefacción funcionaba. Cuando Mariana alzaba la cabeza, veía el huerto lleno de fantasmas, de aire gris, y de hojas rojizas que el aire levantaba.

Mariana estaba sentada en su escritorio, llevaba unas gafas de concha que sólo se ponía para escribir o leer. Vestía muy bien y sus cabellos brillantes y pulcramente peinados armonizaban perfectamente con su blusa, y su chaqueta de punto color malva con su falda.

Eulogio empezó a mirarla desde la puerta, con un sentimiento de cariño. Le parecía que aunque siempre había sabido que quería a su madre, y dejaba esto como una cosa a la que no hay que dar más vueltas, de tan evidente como resultaba, era ahora, en esta temporada de intimidad con ella, cuando sabía cuánto y qué verdaderamente la necesitaba. Ahora la miraba complacido de su sencilla elegancia y de que el fuego le diese aquel calor a toda su figura…

La veía escribir de prisa, con firmeza, con rapidez tremenda, como siempre lo hacía todo.

Al fin dio un suspiro, después de firmar, como quien termina una obra muy importante, y volvió a mirar hacia el huerto. Eulogio se reía.

—¿Se puede saber a quién estás escribiendo?

Mariana se quitó las gafas para mirarle.

—Ah, ¿eres tú?…

Le contempló con el mismo ceño pensativo con que lo hacía siempre ahora. Le enfadaba un poco el que Eulogio, que trabajaba muchísimo aquella temporada, dedicase sus ratos libres a comer demasiado. Estaba engordando.

Suspiró. Se volvió hacia sus papeles. El fuego crujía. Empezó a dar golpecitos suaves con el aro de concha de sus gafas sobre el escritorio.

—…Pues, hijo. Escribía a mí ex nuera… Ya sabes que tenemos ella y yo una correspondencia abundante y en los últimos tiempos, hasta con sus puntos de misticismo. Le escribía porque estoy encantada con que me haya mandado a Miguel en Navidad… Dice que lo ha hecho por mí, porque seguramente éste es el último año que pasará con el niño… ¿No es conmovedor?… Hay que reconocer que Paulina está loca, pero que es una mujer sincera.

Eulogio se acercó al mueble donde su madre guardaba algunas bebidas y chucherías para los aperitivos. Aquel día estaba rebosante de frutas secas y golosinas dulces y saladas.

—Y… —Eulogio empezó a llenar un platito con aquellas cosas. Tenía el ceño fruncido—, ¿cómo es eso de que va a ser éste el último año que Paulina esté con el niño?… A mí no se ha dignado todavía comunicarme ninguna de esas determinaciones.

Mariana hizo crujir su silla, al volverse rápidamente.

—Eulogio… Deja esas porquerías, hombre… Mira, prefiero hasta que te tomes un whisky de esas botellas que me regaló Ramirito, que verte tragar como un canónigo… A tu mujer le da ahora por hacerse monja carmelita y a ti se te pone tripa de canónigo… ¡Qué asco, caramba!…

Eulogio se reía, pero empezó a buscar, en efecto, las botellas de whisky de que hablaba su madre. De pronto, se detuvo y levantó la cabeza.

—¿Qué dices, mamá?… No me había dado cuenta… ¿Que Paulina quiere hacerse monja?

La sonrisa de Eulogio era más acentuada, sólo que no tan sincera como antes. Una sonrisa que la luz del fuego, tan movible, convertía en una mueca.

—Sí, hijo, sí… Me escribe una serie de galimatías, muy propios para ser firmados por Blanca, explicándome que el amor a Cristo es sacrificio y entrega total, oscuridad, pobreza y amor. Que… ¿A ver?…

Se inclinó, colocándose de nuevo las gafas, mientras revolvía el escritorio. Un bonito reloj de pie, con un péndulo de metal dorado, lleno de arabescos, producía un tictac musical, y de cuando en cuando, toda su caja crujía como si tuviese duendes escondidos. Eulogio empezó a verter whisky en su vaso. Pulsó un timbre.

—Mira, aquí está, hijo… ¿Ves? No iba yo tan descaminada… «Obscuridad, pobreza y amor. Y como yo creo tan firmemente, Mariana querida, en el poder de la oración, y sé que mi actuación directa en el mundo es siempre deficiente, pienso que no hay nada más eficaz que pueda yo hacer, que rezar día y noche por toda la humanidad y ofrecer el sacrificio de mi

cuerpo y de mi desprendimiento de los que quiero, en esa alegría de hacerlo todo por Dios…»

Mariana se detuvo. Eulogio estaba con la boca abierta. Apareció una doncella de aquellas que Mariana tenía la especialidad de domar, y que una vez domadas, se le iban a Madrid. Eulogio carraspeó.

—Tráigame sifón y hielo, Rosalía.

La mujer se fue. Mariana advirtió:

—Eulogio, esa muchacha no se llama Rosalía. Hace ya más de un mes que está en casa y…

Mariana volvió a quitarse las gafas. Se puso de pie, observó a Eulogio con el rabillo del ojo y le veía nervioso, como atontado.

Casi en seguida volvió la doncella, con unas manos muy temblorosas que sostenían una bandeja y en ella un sifón y un cubiletito de hielo. Mariana siguió sus manejos con aire severo. La chica fue colocando las cosas para mayor comodidad de Eulogio. Luego desapareció con las mejillas más rojas que cuando había entrado.

—Bueno —dijo Mariana, cuando ya estuvieron solos y vio que su hijo estaba haciendo mezclas, con gran parsimonia y el ceño fruncido—. Bueno… No se puede decir que, en medio de todo, Paulina no sea razonable… ¿Verdad?.

—¿Razonable?… —Eulogio tomó un buen trago de su vaso, sin esperar a que se enfriase—. Mamá, ¿tú dices que eso es lo razonable…? ¿Tú?.

Mariana empezó a dar con el pie en el suelo.

—Hijo… ¡No seas absurdo!… Yo no tengo la culpa de que todos los de mi alrededor se me vayan volviendo locos… O ¿crees tú, como el chiflado de tu amigo Pepe Vados, que sí, que tengo la culpa?… ¡No sabes la historia que me contó tu amigo Pepe!… Es claro que para hacerme rabiar, pero la cosa tiene su

chiste… Dice que en la guerra tenían un curita en su regimiento que era una calamidad, el buen señor. Uno de esos tipos que le hacen a uno vomitar. Se enardecía y chillaba como el que más, sólo quería cortar cabezas, le parecía que era un soldado como otro cualquiera y hasta se ofendía si le llamaban «cura»… Pero por las mañanas se metía sus vestiduras y celebraba.

»Allí, en aquella compañía, el cura parecía serlo Pepe Vados (digo cura en un sentido ideal, ¿verdad?)… Pepe, como tú sabes, siempre ha sido un hombre magnífico, no es cosa de ahora ni mucho menos, sino que toda la vida ha sido así, de una sobriedad y una limpieza estupenda… Un día, Pepe va y se pone a insultar al curita, con no sé qué pretexto. En realidad, dice Pepe que le había cogido un aborrecimiento serio a aquel hombre. Y hasta lo zarandeó.

»Más valdría que no hiciese usted esa farsa de la misa de cada mañana y diera un poco de buen ejemplo y de caridad cristiana durante el día, ¡miserable!…» Bueno, yo no sé si le llamó miserable u otra cosa cualquiera… No te rías… Creo que Pepe tenía toda la razón en aquella disputa, y entonces dice que él le endilgó todos mis argumentos contra la corrupción de la Iglesia y que el otro los escuchó con la cabeza baja. Dice Pepe que protestó sólo de aquello de la farsa de la misa, porque dijo que no lo era. Que sí que él era un miserable, pero que Dios venía lo mismo al pan y al vino… Bueno, Eulogio, pues escucha, porque ahora entro yo en el asunto. Dice Pepe que desde aquel día el curita empezó a cambiar, a cambiar… Y que esto no era una farsa, y Pepe empezó a cambiar también de ideas, según el otro mejoraba… ¿Eh? ¿Qué me dices?… ¿Sabes la

conclusión de Pepe?… Pues me dice: «Mariana, tus propios argumentos abrieron los ojos a aquel hombre, que tenía fe… Yo me transformé al ver su cambio… En el fondo, Mariana, tú tienes la culpa de que yo sea cura…» ¿Eh, qué te parece el argumento de tu amigo…? Tiene su gracia. A Pepe yo le contesté: «No, hijito, la verdad es que tú debes ese honor a haber heredado unos sesos flojos de tus queridos padres…» Muy bien; ésas son bromas inocentes con el chiflado de tu amigo… Pero ¿me quieres explicar por qué diablos me miras como si yo fuera ahora la causante de los desvarios de Paulina?…

Eulogio bebió otro trago. Empezó a sentir algo de bienestar.

—Mamá, si tú dices que lo razonable es que Paulina se haga monja carmelita, supongo que yo no tengo más remedio que creerlo también, pero yo creo…, a mí me parece que mi mujer, que…, vaya, que Paulina…, que…

Empezó a reírse, un poco confundido. Mariana se acercó a él.

—Pero, tontísimo, ¿cómo me va a parecer a mí que eso sea razonable? Me parece un absurdo. Pero, puesto que estos absurdos suceden, lo que me parece razonable es la segunda parte de la carta…

Eulogio empezó a cargar apresuradamente su pipa.

—Esa segunda parte, mamá, yo no la conozco. Es un pequeño detalle.

—¡Ah, sí, claro!… Mira…

Se volvió a poner las gafas. Volvió a rebuscar en el escritorio y a coger la carta escrita con la alta y recta letra de Paulina.

«El sacrificio más grande es el de separarme del niño, pero he pensado, querida Mariana, que el niño

se lo puedo dejar totalmente a Eulogio y también a ti. Sé que para ti será un gran regalo mío el cuidarte de este niño ahora. Sé que jamás nadie tendría con mi hijito las ternuras y las finezas que tú puedes tener, y que tampoco le impedirás practicar la religión… Te conozco demasiado para no saberlo. Esto, claro, en el caso de que esta idea mía se concrete y vea yo, realmente, si es la voluntad de Dios sobre mí. En ese caso, y si Eulogio llegara a casarse de nuevo, cosa que debería hacer, porque es joven y necesita más hijos, yo te ruego, Mariana, que Miguel no se separe de ti…»

La voz de Mariana dejaba caer las palabras como hojas secas o como goterones lentos o como manchas de tinta, algo oscuro y frío y leve, que parecía ir quedando en el suelo, según caía.

—Vaya, vaya, vaya…

Eulogio no repetía más que esto. Al cabo de un rato, volvió a repetir:

—Vaya, vaya, vaya…

Sentía la geografía de los músculos de su pecho en unos extraños hilos de dolor. La pipa no le tiraba. Empezó a gastar cerillas en ella.

Mariana dobló la carta y, por tercera vez, se quitó las gafas.

—Esto, hijo mío, es lo que me parece razonable… Paulina tiene razón al comprender que el niño está muchísimo mejor conmigo que con ella. Y yo, ya ves, también cumplo mis compromisos… Esta noche el niño irá a la Misa del Gallo en el castillo. Por eso he aceptado que cenemos allí todos, aunque sé que Ana se arregla mal… Menos mal que yo iré con tiempo de dirigirlo todo…

Eulogio sintió un agradable calor, que iba difuminándose por su cuerpo, después de tragar el

tercer whisky. Se acercó a la ventana. El whisky no sólo le espabilaba, sino que le hacía ver las cosas mejor de lo que eran… El huerto, atravesado por una lluvia de luz entre la lenta caída de las últimas hojas del castaño, resultaba de una belleza irreal, desde el calor de la habitación. Allá lejos, al fondo del jardín, alcanzaba a distinguirse una casa pequeña, entre los ramajes ya despojados. Un balcón que parecía que no hubiese existido nunca. A Eulogio no le causó ni pena ni alegría ver aquel balcón allí, a lo lejos, entre el aire gris. Sólo que tuvo la aguda sensación de la fugacidad de la vida. Si no fuese porque él tenía un chico, aquel balcón podía haber sido borrado del paisaje, sin pena ni gloria.

La cena en el castillo fue un éxito. Todo el mundo reconoció que este éxito se debía a Mariana. Ella preparó las guirnaldas, el árbol y hasta el Nacimiento. Tampoco se olvidó de poner un largo y cariñoso telegrama a Suiza, para felicitar la Noche a todos aquellos que estaban como desterrados. Afortunadamente, Rita parecía mejorar, según las últimas noticias.

Miguel jugaba con los chiquillos de Joaquín y Ana. Miguel era más guapo y más alto que el chico de Joaquín, que tenía su edad. Eso colmaba de orgullo a Mariana… Con una somisa había oído el comentario despectivo de Miguel, hecho a la vanidad de propietario de castillo que tenía el otro niño:

—Sí, esto es un castillo, pero la casona nuestra, aunque no sea castillo, es más bonita y está más caliente…

—Mariana, querida amiga —dijo el conde—, a usted y nuestra querida Ana tenemos que agradecer la alegría de esta noche, en que faltan tantos seres queridos… incluso algunos… algunos (el conde, que

tenía una copa en la mano y se había levantado a los postres, miraba a Eulogio) inexplicablemente… Sí, faltan… inexplicablemente…

El conde estaba un poco alegre, y se trababa un poco en su discurso, sin perder sus maneras señoriales.

En la gran mesa adornada por Mariana con la mejor vajilla de los condes, sobraba mucho sitio, a pesar de que había varios niños que participaban de la cena. El Padre Pérez acababa de oficiar en la Misa del Gallo y sonreía ahora con dulzura a la cabecera de aquella mesa. Mariana, a pesar de toda su energía, sintió una extraña melancolía al oír al conde. Durante unos segundos, Joaquín y Ana se revolvieron, inquietos, mientras Alfonso hacía aquella pausa mirando hacia Eulogio, cuya piel estaba ya enrojecida por efecto de la comida abundante, y del vino, pero se oscureció aún más… El nombre de Paulina estaba suspendido como una espada sobre las cabezas de todos, y nadie sabía qué hacer para evitar una inconveniencia.

El conde, sin embargo, después de hacer aquella pausa a raíz de la palabra «inexplicable», se volvió hacia un retrato de Blanca, que adornaba la chimenea. Blanca, muy joven, en traje de gala y reproducida por un pintor mediocre, era irreconocible.

—La mejor y más inocente de las esposas… y la hija y el yerno… Y los hijos muertos, y los otros, alejados… Todo esto nos causa una gran tristeza inevitable… Ustedes recordarán, querido Padre, queridos amigos, queridos parientes, aquel villancico que yo propongo que ahora, dentro de unos minutos, canten los niños delante del Portal…

Las Navidades se vienen, las Navidades se van...
Y nosotros nos iremos y no volveremos más...

Como el villancico lo dijo el conde tratando de entonarlo, su nieto mayor y Miguelito Nives, que se habían estado dando patadas por debajo de la mesa, empezaron a reír, estallando. Uno de ellos se atragantó con un buche de champaña. Esto alivió la tensión. Todos se levantaron para ver el árbol y dar los regalitos a los niños, y, después de unos pocos villancicos, se formó junto al fuego una reunión que a Eulogio, algo embrutecido por los vinos, le resultaba insoportable. Sólo los niños mayores (los pequeños y también el Padre Pérez se fueron quedando dormidos) alborotaban y recorrían la casa, contentos de aquel permiso especial de aquella Noche única.

Joaquín Vados sacó su cochecillo para acompañar a los Nives hasta el pueblo. Apenas instalados en el auto, Miguel se durmió, recostado contra su abuela.

—Ha sido todo muy agradable —le dijo Eulogio a Joaquín.

El automóvil era muy pequeño, y Mariana lo oyó sabiendo que Eulogio se sentía obligado a decir exactamente lo contrario de lo que pensaba.

Mariana iba en silencio, soportando los baches del camino. Se había sentido muy contenta mientras estuvo afanada preparando el espectáculo del comedor y el árbol, haciendo cosas, en fin; pero ahora, con una extraña melancolía, pensaba en si valdría la pena de esforzarse tanto. Había echado de menos a Blanca, de una manera que le sorprendía. Se le había hecho imprescindible esta amiga ingenua y bonachona que, sin saberlo, la había librado un día de la muerte. Jamás lo supo Blanca. Jamás lo sabría

nadie. Era un secreto que Mariana pensaba guardar siempre.

Serenamente pensaba Mariana ahora, en aquel día, en que, después del fusilamiento de Miguel, ella había decidido tomar un tubo de veronal, al acostarse, y dormir para siempre.

No recordaba haber tenido miedo alguno, sino una especie de pasmo doloroso de que toda la obra de su vida hubiera sido inútil. Se había creído adorada por los campesinos, a los que había dedicado tanto de su prodigiosa actividad, de su dinero, de su entusiasmo. Se había creído muy querida y respetada por todas aquellas familias del pueblo que habían considerado siempre un honor ser invitadas a la casona… Y en aquellos momentos de desgracia había oído coplas alusivas a supuestas indecencias y orgías ocurridas en su casa, cuyos muros fueron apedreados y aparecieron una mañana llenos de letreros insultantes. Y nadie había llamado a sus puertas para acompañarla… De los criados sólo quedaba la vieja María, y Mariana escribió una carta a Eulogio recomendándosela, por si alguna vez él volvía al pueblo… En su desolación de aquellos días también le fue borrada la imagen de su matrimonio feliz, totalmente borrado. Su marido, Miguel, el pacífico, bienhumorado y complaciente Miguel, no había podido, o se había olvidado de romper algunas cartas, y ella, al ordenar sus papeles, tuvo que leerlas. Eran cartas de mujeres distintas, de distintos años, y por las fechas, Mariana supo, sin lugar a dudas, que aquel hombre, su marido, la había engañado casi desde el principio de su matrimonio… Hasta casi la fecha de su muerte. ¡Tenía queridas de no mucha más categoría que las que había exhibido el ingeniero Goya, con

escándalo suyo, y reprobación absoluta del mismo Miguel…!

Mariana rompió todas estas pruebas del hundimiento de su vida y se dispuso a desaparecer. Sólo le inquietaron en aquella tarde de su decisión las horas vacías que, después de haber ordenado todas sus cosas, le quedaban hasta el momento de acostarse. Odiaba la inactividad. No sabía estar sola, y no quería precipitar las cosas… Quería hacerlas bien, de manera que no pudiese ser salvada. María, la vieja, que la rondaba mucho, como presintiendo algo extraño, no se atrevería a entrar en su alcoba una vez que ella se hubiese encerrado para dormir…

Cuando oyó la campanilla de la puerta, y al fin, después de una suave discusión con la vieja María vio aparecer aquella tarde a Blanca, emocionada, casi llorosa, tendiéndole los brazos, hablándole atropellada de su hijo José que tanto quería a Mariana y a Miguel y Eulogio Nives, y en cuyo nombre se atrevía a venir en aquellos momentos, aunque tantas veces había deseado conocer mejor a Mariana… Cuando aquello sucedió, cuando sintió aquella cálida y generosa y buena ternura, algo se quebró dentro de ella. Algo le dio la idea de que la vida continuaba, y que ella, Mariana Nives, tenía la obligación de seguir viviéndola con la cabeza alta, defendiendo lo suyo, defendiéndose, esperando que aquellos que tan despiadadamente se portaban se diesen cuenta de que habían cometido un gran error. Tenía que convencer a esta Blanca de que había encontrado a una amiga que valía la pena, que no era una ruina, sino una mujer con entereza, tal como el mismo Pepe Vados la había descrito a su madre…

Detrás de Blanca, todas las familias del pueblo que habían tenido tratos con ella, una a una, vinieron a

darle el pésame. Todas…

Los faros del cochecillo de Joaquín alumbraban ahora una noche lechosa y fría. Mariana acariciaba los cabellos lacios y suaves de Miguel dormido. Le parecía que sólo los hijos que uno tiene, la carne y la sangre de uno, merecen el esfuerzo de vivir, lo compensan, lo llenan. Por exceso de cariño previsor y egoísta hacia Eulogio, no había querido tener más que un hijo, pero ahora hubiese deseado más nietos. Pensó en Paulina, sola en su horrible casa de Madrid, embebida en su locura…

—Paulina, a estas horas, tiene que estar pensando en nosotros —dijo en alta voz.

Nadie contestó a esto. El cochecillo, a punto de meterse en las calles del pueblo, parecía atravesar con sus faros una espesa bandada de mariposas blancas… Nevaba en Villa de Robre…

Al terminar la tercera misa, Paulina salió a la calle. Le parecía que toda ella iba como encendida por un fuego luminoso que le corriera en la sangre… Entender el mensaje de Cristo, del Nacimiento del Señor, ¡qué enorme era!… Volcaba la vida, la volvía del revés. El mensaje de Dios y su advertencia al nacer hombre pobre y niño, tan abandonado como los gitanos debajo de los puentes… Que jamás un hombre se sienta superior a otro, porque posea honores o cosas materiales; no puede hacerlo si cree que Cristo es Dios…

La calle se llenaba de las riadas de gentes que salían de las iglesias. Muchas ventanas estaban iluminadas, se oían zambombas y gritos. La noche estaba estrellada, de esa manera de estar estrellada, alta, seca y rutilante que tiene la noche de invierno en Castilla. Al mirar el cielo, un pasmo cósmico llenaba el alma.

A la gente que salía de las iglesias se mezclaba la mascarada. Grupos de personas medio borrachas, con panderos, zambombas y hasta caretas, daban gritos. Era una alegría ululante, lúgubre y gamberra, como en un cuadro de Solana.

Paulina, contenta de haber llegado, entró en su casa. Todos los pisos parecían en actividad. Al entrar en el suyo oyó risas en el piso de arriba. Se alegró. Habían venido los padres de Luisa desde el pueblo, cargados de comestibles, entre los que había un enorme pavo, para celebrar las fiestas de Navidad. Le habían pedido que la celebrase con ellos. Paulina se zafó alegando un compromiso.

Tenía un compromiso… No sabía bien qué compromiso tenía en estar sola, sintiendo la fuerte y cálida alegría de Dios, sola en la noche familiar, en la noche de unión y amor. «Soledad contigo, Dios mío. Contigo, nacido hombre y hombre y solo. Amo esta soledad maravillosa.»

Ni siquiera había encendido la luz, pero le parecía que el pequeño piso, tan frío, estuviese iluminado… Se echó a reír al darse cuenta de que ni siquiera se había acordado de prepararse algo de cenar. El Padre González, aquella misma mañana, había prohibido a Paulina que pensase en un convento. Al menos… hasta dentro de media docena de años, según le dijo, le prohibía acordarse de este deseo.

Paulina, pensándolo ahora, no comprendía bien esta cortapisa a su afán de perfección, de inmolación, de amor. Sabía que el gozo sensible que la liturgia navideña había provocado en su espíritu pasaría pronto y llegarían los días malos en que la tentación y el olvido del bien parecen tan fáciles. ¡Un convento era, también, una seguridad!… Pero el Padre González no tomaba en serio su vocación…

Se envolvió bien en su abrigo y se puso una bufanda por encima de la cabeza, anudándola a la barbilla para no tener frío. Salió a su balconcillo. La ciudad parecía una apagada marea de luces y allá, al norte, veía Paulina los picos de la sierra del Guadarrama, blancos, brillando debajo de esa otra oleada de millares de mundos incandescentes, vivísimos, que arrebataban hacia arriba la imaginación. El aire, quieto, helaba la cara con un frío intenso que Paulina no sintió durante unos minutos. Se dejó llevar por la maravilla de la noche, y se olvidó de todos sus pensamientos en que aquella aspiración de altura y belleza que casi la volvía ingrávida, que la consolaba, y como a los bienaventurados del Apocalipsis, parecía enjugarle todas las lágrimas de su vida.

Capítulo XIV

Pena de muerte.» «A este chico, Julián, le será aplicada la pena de muerte…» Un silencio, luego la misma voz: «Tiene que ser así… Si no, el ejemplo cundiría y estaríamos aviados…» «Los asesinos son muy valientes para matar, pero cuidan un poco su pielecita…»

Paulina oía las palabras sin saber quién las pronunciaba. Las oyó una tarde cualquiera en un tranvía. La lluvia resbalaba por los cristales del vehículo. Ella miraba aquel agua gris. Algunas gotas caían al interior del coche, colándose por entre las junturas de los cristales. Paulina no volvió la cabeza… Aguantó un estremecimiento, como si entre su abrigo y su espalda, se hubiesen deslizado, también, gotas heladas.

Entre la lluvia y los hielos del invierno se había ido levantando una casa nueva contra la que ahora se apoyaba y perdía carácter el antiguo tubo gris largo y estrecho donde tenía su vivienda Paulina.

El día uno de marzo la casa nueva lució al fin la banderita que marcaba en la azotea la terminación de su altura. Pronto pondrían cristales en las ventanas. La calle seguía sin empedrar, llena de barro y piedras,

y en la tabemilla de enfrente seguían armando escándalos periódicos… En el sótano de la casa estrecha y gris ya no había pájaros. Olían a medicamentos los ventanillos cerrados. El sótano había estado desocupado durante mucho tiempo, pero luego lo alquilaron para almacén de productos químicos.

El piso del crimen había cambiado de inquilinos. Don Paco lo dejó, con gran alegría de la dueña del inmueble, que subió el alquiler. Las habitaciones de aquel sexto piso ahora estaban ocupadas por una familia ruidosa, y por extraña coincidencia también tenían pájaros. Colgaban cuatro jaulas en las paredes del patio, cuando no llovía. También tenían un loro y este amor a los animales no les volvía pacíficos en absoluto. El matrimonio (dos ejemplares humanos, sanguíneos, enormes) se peleaba… Se peleaba la suegra —madre de ella— con las cuñadas —hermanas de él… Los dos chiquillos se peleaban también, pero casi siempre en la calle, adonde les solía enviar la familia. El niño del séptimo, Miguelito Nives, estaba encantado con estos muchachos, más pequeños que él y más feroces. Durante las horas en que su madre le dejaba solo, se deslizaba a este piso ruidoso con su perro «Capitán», que allí era bien recibido y mezclaba sus ladridos a la algarabía general, sin que nadie se diese cuenta.

A los niños del sexto les dejaban subirse a las camas —que llenaban todas las habitaciones—, les dejaban meterse en los revueltos armarios y una vez ataron a su abuela, acercándose por detrás con paso de indios, para amordazarla y sujetarla a la silla baja de la costura. Por más señas, que la buena señora soltó una andanada de tacos cuando la liberaron de la mordaza, pero ni siquiera se molestó en levantar su

mole del asiento para pegarles… Algunas veces los pequeños recibían coscorrones y continuamente malas palabras, a las que contestaban con otras parecidas, pero también recibían besos, atrapados por sus tías casi a la fuerza, en los pasillos, y chillidos de encanto. Eran unos niños felices. Miguel sentía una emoción verdadera en mezclarse con ellos, quizá porque su madre le había prohibido en absoluto esta amistad. A Miguel el olor a sudor, a tabaco de hombre, a polvos baratos de mujer, a comida, que parecía impregnar el piso de los vecinos, le daba la sensación de que era el olor del misterio, de la felicidad, y hasta del calor hogareño.

La señora Nives, Paulina, estaba tomando fama de beata en el barrio. Vivía aislada como siempre, algo más sonriente que el año anterior, con un paso más vivo y seguro. La fama de beata era una cosa desagradable, que levantaba alrededor de ella una impalpable red de antipatía y hasta de odio, con ese odio que los seres elementales tienen hacia lo que son incapaces de comprender… La portera sorda contaba algunas cosas sabrosas, sin embargo, acerca de esta orgullosa señora que vivía sola y se comía a los santos. Las vecinas del sexto la miraban con recelo si alguna vez se cruzaban con ella. La calurosa defensa de Luisa, en favor de Paulina, no servía de nada ante la sonrisa socarrona de la portera. El nuevo inquilino del sexto, que se interesaba por los chismes tanto como las mujeres de su casa, opinó que lo bueno sería interrogar al niño, con habilidad. Pero Miguelito resultó un chico callado, que parecía no comprender ninguna clase de preguntas acerca de su familia.

Estaba pasando el invierno sin sentirse. Paulina se había trazado un programa de gran actividad. Lo había hecho de una manera concienzuda, como se

trazaba sus horas de estudio cuando era una muchacha, y lo cumplía a rajatabla, como entonces. «Contra imaginación, ocupación…» La imaginación estaba aherrojada, vencida. Eulogio mandaba suficiente dinero desde el pueblo para que Miguel y ella viviesen con cierto confort, pero Paulina no se permitía otro capricho que el de vestir bien. No tenía muchacha y, además, daba algunas clases. Le gustaba permitirse el lujo de regalar algún dinero, pero le gustaba también que este dinero fuese ganado con su trabajo. «Una moral —pensaba, sondándose— que mi suegra hubiese aprobado siempre…»

Además de estas ocupaciones, Paulina vivía pendiente de saber, cada vez más, algo sobre el profundo misterio de la religión, que había cambiado su vida.

La vida espiritual de Paulina se había ido serenando y removiendo en ciclos precisos, durante aquellos meses. Casi nunca tenía fiestas de gozo sensitivo como la de Navidad. La mayoría del tiempo —pensaba ella— las cosas del espíritu están allí dentro, alimentándose, fortaleciéndose y fortaleciendo la vida. Es como el corazón. No siempre está uno pensando que lo tiene, aunque palpite acompasadamente y lance la sangre limpia por las arterias.

Paulina, ocupada en sus quehaceres, se sentía una mujer muy corriente, pero con una seguridad que convertía su vida en algo lleno de sentido. Tenía una motivación válida aquel dolor sentido al apartarse de Antonio, y se sentía contenta de haberlo hecho. Tenía un sentido la pureza de su vida, y había una verdad que experimentaba en ella misma. La verdad de que un cuerpo acostumbrado al placer puede regenerarse y una voluntad deshecha reedificarse y una

imaginación cínica purificarse… Dios estaba entre los hombres hasta la consumación de los siglos y se entregaba siempre a la buena voluntad y al deseo humilde.

Paulina vivía metida en sí misma, pero eso no lo notaba. No solía ir a ninguna clase de espectáculos, ni buscaba a sus antiguos amigos —aquellos por cuya pérdida tanto aborreció a Eulogio—, y leía pocos libros que no fuesen tratados de oración o de teología, y no hacía esto porque creyese que cualquiera de aquellas cosas fuesen malas o indebidas, sino porque, obsesionada con este tema esencial, todo lo demás por entonces le parecía frío y sin perspectiva… Juegos de niños…

Paraba poco en casa. Corría más que una señora de sociedad, desplazándose de un lado a otro de Madrid para oír a conferenciantes sacros que le pareciesen buenos. De cuando en cuando, dedicaba un día entero al retiro espiritual, en un convento. Podía hacerlo los domingos, porque en el colegio de Miguel organizaban excursiones colectivas a la sierra, y el chico iba a ellas siempre.

La única cosa notable —cómica y desagradable a un tiempo— de su vida exterior que le ocurrió a Paulina aquel invierno fue el encuentro con el vecino del sexto, en la escalera, una tarde de restricciones eléctricas.

Paulina subía en puras tinieblas cuando oyó frotar una cerilla, y sobre la barandilla de la escalera que hacía un recodo muy estrecho, casi encima de su cara, apareció la cara del vecino, fea como una gárgola de catedral, con una expresión faunesca y alegre, alumbrada por la roja llamita. El hombre, antes de apagar la llama, alargó el brazo y la pasó muy cerca de la cara sorprendida de Paulina; algo

debió de ver en ella que le hizo soltar una maldición tan fresca, seguida de un piropo tan descarado, y todo con tan inesperada prontitud que Paulina se echó a reír, arrepintiéndose amargamente medio segundo después al encontrarse abrazada por una mole con olor a suciedad y a tabaco, con unas mejillas sin afeitar que se querían restregar a las suyas en la oscuridad. Fue un silencioso jadeo de unos segundos. Le clavó las uñas en los ojos y el otro se soltó instantáneamente con una maldición mis fuerte y más espontánea aún que la anterior…

—Beata, sinvergüenza…

Paulina llegó a su casa temblando de rabia, y sin querer, también de risa. Pero más de rabia que de risa, aunque la cara, de aquel hombre, en su fealdad, fuese tan cómica, aunque los tacos que soltaba tuviesen aquella espontaneidad soberbia. Estaba segura de que aquel hombre no se habría atrevido a lo que hizo, de haber vivido ella con Eulogio, y esto la exasperaba más que nada. Esta cobardía de la gente, este sentirse inerme delante de la brutalidad.

Al día siguiente de este sucedido había ido a ver, de nuevo, al Padre González, para exponerle, otra vez, su teoría de que necesitaba el convento.

—Una mujer sola, en un ambiente tan poco propicio como el mío…, con la casi imposibilidad de trabar relaciones nuevas que tengo, por mi carácter… Y sin interesarme hoy día nada, pero nada, que no sea la búsqueda de Dios.

El Padre González le dijo que a Dios se le tenía que encontrar, sencillamente, en la vida que da a cada uno.

—Usted tiene otras obligaciones. Me dijo estas Navidades que su matrimonio no era tal matrimonio,

que está usted libre… Pero, ¿por qué no se casa con el padre de su hijo, criatura?… ¿Se niega él?

—No.

Paulina se sintió desolada en la fría sala de visitas del convento donde se hospedaba el Padre, con una bombilla desnuda dándoles su luz a los dos, y el Padre, enfermo, con una bufanda al cuello, la voz enronquecida, dando pequeños paseos, mientras hablaba, para calentarse los pies, frotándose las manos amoratadas.

—Padre, usted no puede saber el odio y el aborrecimiento que inspira una atadura sin amor ninguno, sin comprensión… ¿Puede querer Dios que yo base toda mi vida en una mentira…?

El Padre la miró preocupado.

—No, eso no… Pero usted tiene obligaciones… El miedo a la vida no es un buen motivo para entrar en un convento. Los cristianos deben ser grandes enamorados de la vida. ¿No sabe? De lo que es la vida de verdad, con heroísmo, con lucha…

Paulina no quedó muy tranquila ni muy consolada con esta visita.

Algunas veces Paulina —que había prohibido a Miguel todo trato con los vecinos del sexto — veía, sin querer, por las ventanas del patio, las actividades de aquella familia. Sábanas que se sacudían, insultos que salían por las ventanas… El dueño de la casa solía refugiarse en el cuarto de baño y se asomaba —siempre despechugado a pesar del frío— a la ventana del patio, con la bocaza adornada con un cigarro. Una vez vio él a Paulina que tendía unas prendas e inmediatamente le guiñó un ojo, después de poner los ojos en blanco y las manos juntas en una cómica actitud de imitar un rezo. Paulina cerró con violencia la ventana, y sin querer se somió al recordar aquella

cara de payaso… Algún encanto bárbaro, hecho desde luego de vitalidad, tenía aquella familia desbordante de ruidos y de interés por lo cotidiano de la existencia. Un encanto igual había tenido la buena de Amalia, en otros tiempos; porque Amalia, ahora, en el paso de estos meses que a Paulina la habían fortalecido, se había derrumbado y no parecía la misma… Y la misma Luisa, con sus crios, su Francisco, sus apuros, tenía una llama viva que en Paulina —un día lo notó vivamente— se había extinguido… Quizá un esfuerzo demasiado grande la había agostado… Le parecía que estaba reseca para todo lo que no fuese su inteligencia, tratando de saber, de aprehender ideas y sabiduría divina…

El día primero de marzo, Paulina pensaba estas cosas cuando iba hacia su casa. Había llovido aquella mañana y las calles estaban imposibles. Los albañiles que terminaban la nueva casa habían hecho un puente sobre el barro con unos tablones. Paulina cruzaba por allí, y de pronto se vio frente al vecino-gárgola que avanzaba en dirección contraria. Su obsesión… Paulina se tiró al barro, hundiendo en él los zapatos.

El vecino vino a ayudarla, pues estaba como pegada. Ella huyó…

—Beata, boba… Te vas a amojamar… —le dijo el hombre.

Era una curiosa coincidencia… El barro olía, con un olor bueno, eterno, aun en aquella calle. El cielo suave, con nubecillas blancas, la primavera en puertas, a Paulina no la conmovían. Se volvió a preguntar, con aquella especial curiosidad y despego con que ahora se observaba, si volvería a sentir una emoción tierna, elemental, alguna vez. Al día siguiente era primer viernes de marzo, y Paulina, que

había empezado el mes anterior la devoción de los nueve primeros viernes, junto con Miguel, sufrió una conmoción extraña al recibir una negativa rotunda, por parte de su hijo, cuando quiso que se levantara al amanecer para acompañarla a la iglesia.

Cuando entró a llamarle, Miguel había bostezado, metiendo sus dedos entre el cabello rubio. «Capitán», su perro, echado a los pies de la cama, se incorporó atento, dispuesto a sonreír. Los ojos de Miguel parecían casi negros, serios.

Más tarde, Paulina pensó que el niño quizá llevaba un rato despierto, aguardando su llegada, pero entonces no se dio cuenta.

—Pon el despertador a las ocho menos cuarto, madre; con ese tiempo sobra para llegar al colegio.

—Pero, ¡cómo?, ¿no vienes a misa?

—No.

Paulina quedó desconcertada.

—¿Sabes que es primer viernes?

—Sí, no quiero ir; quiero dormir.

Era la primera vez en su vida que Miguel se atrevía a expresar una opinión terminante, frente a su madre. Durante un segundo, Paulina sintió verdadera furia. El chico se había vuelto de cara a la pared y tenía los ojos cerrados. En la boca, un gesto que Paulina reconoció como suyo, un gesto despectivo y seguro… El perro, «Capitán», volvió a echarse con un suspiro a los pies de la cama… Paulina cogió a «Capitán» por el cuello y lo lanzó al pasillo.

—Te he dicho mil veces que no quiero perros en tu alcoba, ¿entiendes? Si vuelves a meterle aquí para dormir, este animal sale de casa.

Miguel no contestó.

Paulina salió a la calle desconcertada, temblorosa. Sin querer, se recordó mirando a su padre de la

misma manera que Miguel la había mirado a ella esta mañana… Amanecía. Iba tan nerviosa que hasta las sombras de la calle le imitaban. No se atrevió a comulgar sin confesar su mal genio.

Con la cara entre las manos, no pudo concentrarse aquella mañana en la idea de Dios. Sólo pensó en Miguel. Quizá había pensado demasiado poco en él, aun teniéndole al lado aquellos meses. ¿Estaría enfermo el niño aquella mañana? Nunca estaba enfermo Miguel, nunca le preocupaba… Siempre creía que podía abandonarle… Y ahora…

De vuelta a su casa, aligeró el paso. De la calle subía, como brotada del mismo suelo, la luz extraordinaria de la primavera. Paulina tenía la impresión de pisar aquella luz cuando iba casi corriendo por la calle, con un extraño temor de que Miguel se le fuese a escapar…

Naturalmente, estaba en casa, y además, se extrañó de golpe, al abrir la puerta, de ver lo pequeño que era. No es que fuese bajo, sino que era solamente un niño de once años, con sus pantaloncitos cortos y su cara blanca y rubia, completamente infantil, a pesar del gesto de fruncir las cejas, a pesar de la despectiva boca heredada de Paulina. Durante todo el rato, en la iglesia, Paulina le había estado imaginando casi como un hombre y como un hombre descreído por su culpa… Aunque no alcanzaba a darse bien cuenta de qué culpa fuese aquélla.

Rápidamente, al observarlo, se dio cuenta de que se había saltado la ducha. Aún no se había lavado la cara y ya estaba vestido… Sí, tenía mucha necesidad de cuidados y no solamente materiales.

Miguel estaba serio. Tenía los ojos casi negros. El niño estaba emocionado por algo. No había sido una casualidad aquella negativa de ir a misa con su

madre. Tomaba el desayuno sin hablar. Por la ventana de la cocina llegaba el canto de los pájaros que los vecinos sacaban enjaulas a tomar el sol del patio… Paulina sintió la necesidad de que todo fuese más suave, y le preguntó a su niño por los exámenes. Miguel le dedicó una sonrisa temblorosa. Ahora a fines de marzo se hacían los exámenes trimestrales.

—¿Qué tal te parece que vas a salir de ellos?

—Me parece que voy a salir bien, madre. En matemáticas soy el número uno, y eso es lo que todos encuentran más difícil… También estoy fuerte en ciencias naturales; como quiero ser veterinario…

Paulina sonreía mirando las manos de su niño. La enternecían aquellas manitas cuadradas, como las de Eulogio, con las uñas mordidas y algunos pellejillos levantados junto a las uñas, en la blanca piel…

Se asomó al balcón para verle salir a la calle. Seguía enternecida. Le gustaba ver su figurilla graciosa, su cabeza rubia… Paulina no había sido nunca demasiado tierna con Miguel. Había tenido miedo de mimarlo. Pero le divertía hacer cosas con Miguel como si fuesen compañeros más que madre e hijo. Siempre se habían llevado bien, aunque podían estar separados sin echarse demasiado de menos uno a otro. Pero ahora Paulina tenía la sensación de que ahí no concluía su labor. De que Dios le había dado este hijo para algo más que para serle simpática… Pasó la mañana disgustada con ella misma y a mediodía observó mucho al chico.

Miguel estuvo muy alegre y parecía olvidado ya de aquel gesto extraño del amanecer. Charlaba como un loro y se despidió de su madre con un beso, con el mismo cariño de siempre. Paulina pensó si serían aprensiones suyas toda aquella rebeldía que había creído ver en Miguel… Pero era una especie de dolor

sordo, una especie de infección, como cuando empieza a dar pinchazos el pus aunque no se vea.

Por la tarde, al terminar sus clases, volvió a su casa dando un larguísimo paseo, y llena de aquella sensación de malestar, de aquella intuición de que algo pasaba en el alma de su niño, que sólo ella podía aliviar.

Atravesó el Retiro, lleno de pájaros y de niños, lleno de los primeros brotes de la primavera. Recordó cuando Miguel era muy pequeñito y los domingos, como una gran fiesta, lo traía aquí… Pensando, pensando, retrocedió hasta el primer momento de intimidad con su hijo, allí, en la celda de la cárcel que entre las presas llamaban «el pandero», donde el niño había nacido once años antes.

La sensación fue tan viva, que olvidó el parque que la rodeaba, y casi volvió a sentir el olor a zotal, y otro olor caliente de la sangre de su propio cuerpo, y el hedor especial de la manta que la cubría, una manta que había albergado muchos sudores de otras presas.

Recordó vividamente cómo se oía el gotear del grifo, pues aquella celda tenía un grifo sobre un pequeño lavabo, y por eso había sido habilitada como sala de partos. Recordó que la luz del amanecer empezaba a llegar con un sucio color ceniza, por arriba de una ventana cerca del techo, y que en la cama de al lado dormía una borracha, que tres días antes había dado a luz a dos gemelos muertos… Recordó todo esto y cómo su cuerpo parecía deshecho y en paz, después de aquel nacimiento, cuando la dejaron sola con el niño a su lado… Había ahogado un gemido al incorporarse despacio, sobre un codo, para ver la carita de su niño, aquella primera vez. Miguel había movido la cabeza, como un cachorrillo ciego, buscando ansiosamente… Ella,

entonces, contenta con estar a solas —oyendo la respiración pausada que le indicaba que la otra presa dormía—, puso su pecho, que aún no tenía leche, en la boquita del niño, y le sintió succionar fuertemente. Con él, pegado allí, volvió a echarse, sosteniéndolo en el hueco de su brazo, y había sentido una alegría animal y pura a un tiempo, una alegría física, una dicha que la aislaba de todas sus preocupaciones, de su inseguridad, de su miseria de entonces, en aquella calidez de unión con su hijito…

Esto había sido hermoso… Un sentimiento hermoso, hondo y puro. No podía compararlo con ninguno, porque no se parecía a nada. Había brotado de su mismo fondo humano, y ella estaba segura, al recordarlo, que era algo que pertenecía al caudal de belleza y armonía que hace que los hombres se acerquen a Dios.

Cuando llegó a su casa, estaba llena de deseos de la presencia del cariño de su criatura, de la necesidad de volcarse en él…

El chico estaba en el comedor, con la lámpara encendida y los libros abiertos sobre la mesa. Paulina lo observó desde el pasillo y le pareció cansado y distraído, pero se enderezó al verla entrar, como dispuesto a estudiar mucho.

Paulina dejó sobre la mesa los cuadernos de sus alumnos y se entretuvo en sujetar una de las bombillas de la lámpara. Miguel miraba la sombra de sus manos, que se dibujaba en la pared. Luego, Paulina colocó el despertador sobre uno de los aparadores. Lo hacía siempre, para tener idea de la hora de la cena. Era el único reloj de la casa… El niño seguía observándola.

Sin darse bien cuenta de lo que hacía, se sentó en la butaquita «de Eulogio», junto a la radio, y miró

hacia su hijo. El niño también la miraba. Ella le señaló su regazo… El chiquillo corrió allí, se sentó sobre ella y le echó los brazos al cuello. Paulina sentía el rápido latir del corazón de su niño… Desde que Eulogio había vuelto de América, nunca habían tenido tanta intimidad. Le habló al oído.

—Estoy enfadada contigo, Miguel… Me has dejado sola esta mañana. No has querido comulgar… ¿Por qué?

El niño, sin cambiar de poscura, se contrajo. Después, habló… Su madre le había enseñado a ser sincero.

—Yo no quiero estar todo el día en la iglesia, como tú estás ahora… Tú ahora te has vuelto mala…

Paulina sintió un amargo sobresalto. Apartó con trabajo la cara que el niño tenía apoyada contra su hombro, para mirársela. Miguel estaba rojo, con los ojos húmedos, a punto de llorar.

—Dime, hijo… ¿por qué soy mala ahora? —Sí…, antes querías a papá, vivías con él, como todas las madres. La madre de Ricardín no va a misa ni los domingos, y le mima, y ella y el padre se quieren, y… mi abuela les dijo estas Navidades a los Vados que tú te querías meter monja de esas que ya nunca más se ven y… y… que ni mi padre ni yo te habíamos importado nunca, y…

Al fin, Miguel lloraba. Paulina se sentía devastada por aquel llanto. Ya había pensado que alguna vez llegaría aquello, el momento aquel. Había leído en la vida de una santa que incluso había pasado sobre el cuerpo de su hijo de doce años, tendido por delante de la puerta de su cuarto, para irse al convento. Al leerlo, le había parecido que algo de eso tendría ella que sufrir. No era mucho dejar a un hijo por llevar una vida toda para Dios, si se había pensado dejar a

este mismo hijo para seguir el amor de un hombre… Y sin embargo, era una equivocación y un orgullo estúpido haberlo pensado, y mientras tanto, había descuidado la verdadera e íntima tarea que Dios le había puesto en las manos al darle aquel niño.

Empezó a acunar al chico, como si fuese muy pequeño. Estuvieron así un rato, casi tan unidos como el día en que ella le dio a luz. La casa les envolvía. Los muebles ya no eran tan hostiles, después de presenciar esta expansión de cariño; hasta el despertador, con aquellos pequeños latidos, ponía una vida buena y tierna en todo.

—No, hijito; no, hijito… No me marcharé nunca a un convento mientras tengas necesidad de mí.

Miguel se durmió aquella noche con una mano de Paulina en las suyas, como se dormía en los días de excursión, rendido, satisfecho.

Paulina le miró dormir durante un rato y le parecía que acababa de recuperarlo, que había estado a punto de perderlo por un malentendido, en su afán de ir a Dios. Y volvió a pedirle a Dios que siempre alumbrase su espíritu con la verdad.

Sentada en el cuarto del niño podía ver la luna de marzo derramándose sobre el escritorio de Miguel, iluminando sus estanterías con las cajas de entomólogo, que él tenía… Y junto a ellas los cartuchos vacíos de la escopeta de caza de Eulogio. Estos cartuchos para el chico resultaban un tesoro. Paulina le había visto con ellos, abstraído. Los colocaba sobre un mapa desplegado en el suelo, y eran soldados. Otras veces los hacía figurar puentes, casas… Paulina recordaba que en su infancia la muñeca preferida fue una piedra de río, envuelta en una gamuza de limpiar el polvo… Los niños prefieren

los juguetes en los que ellos mismos ponen la fantasía…

Si aquellos días pasados se sentía seca, ahora su emoción resultaba como una lluvia, como una victoria. Estaba segura de que si aceptaba este cariño puro y natural, él solo la libraría del egoísmo, él solo la colmaría.

Estaba decidida a dedicarse enteramente a Miguel. El tenía que hacerse hombre a su lado, y conocer a Dios de sus labios y de sus obras…

«Cuando sea mayor, Miguel podrá comprender que Eulogio y yo no hayamos querido casamos ahora sin amor, que no hayamos querido hacer esa farsa de matrimonio sin amor.» Cuando Miguel fuese un hombre y pudiese comprender, quizá fuese el momento de pensar en una vida de soledad y contemplación…

Paulina dio muchas vueltas en su propia cama, admirándose de no poder dormir. Había algo en sus propios razonamientos que le hacía daño, que no encajaba, que era como una dolorosa piedra incmstada en su carne. Había algo falso en todo aquello, pero no adivinaba qué era lo que pudiese ser esta falsedad. Estuvo mucho rato con los ojos abiertos, mirando en el techo de su alcoba las sombras y las luces que el paso de los automóviles por una calle que no era la suya llegaban a reflejar allí.

Capítulo XV

Debajo de la marquesina de la Estación del Norte se fueron agrupando todos aquellos niños rapados, surgidos de las profundidades del «Metro» y capitaneados por dos señoritas y por un gmpo de mujeres miserables, que producían cierta extrañeza allí, entre el bullir de viajeros y empleados, no porque fuesen pobres, sino porque resultaban salvajes, extrañas.

Una de las señoritas, la más pequeña, se agitaba muchísimo.

—A ver… La lista… Uno, dos, tres… veinte… ¿Están los veinte, verdad?… Ya deberían estar aquí don Jacinto y Lola. Tú, márchate… Vas a llegar tarde… ¡Márchate, por Dios!…

—Falta media hora para la entrada de la oficina…

Eran las nueve de la mañana y ya hacía calor. Un calor que pegaba a la frente de la señorita Rosita López los cortos cabellos rubios, finos como la seda. Tanto ella como su compañera iban muy abrigadas, con mangas largas, cuellos cerrados y gruesas medias. Mariana Pérez, la otra jovencilla con falda y blusa camisera, parecía una estampa graciosa de mucho tiempo atrás… Rosita lucía un traje de víchy a

rayas, y playeras blancas, porque se iba de veraneo. Era menuda, y sí uno se fijaba en sus facciones, muy bonita. Ninguna de las dos parecía tener más de veinte años. Entre el barullo de los taxis que se detenían continuamente delante de las puertas, los mozos que transportaban los equipajes, la gente que entraba y salía del recinto y los niños, que cada uno con su atadillo en la mano corrían, se pegaban, se insultaban y jugaban unos con otros…, y el grupo de las mujeres que hablaban todas a la vez, las dos amigas se sentían aturdidas…

—¡Dios mío!… Me han dicho que vendrán en taxi… Lola pasaría a recoger a don Jacinto, que le ha prometido que la acompañaría para ayudar al embarque de todos éstos… Don Jacinto dijo que tenía en su casa las veinte bolsas con las meriendas para los niños, que me prometieron en el Secretariado de Caridad… ¡Imagínate si tardan!… Mientras repartimos todo eso, y los billetes... Pero tú, Marina, te debes ir…

—Ahí están —gritó Marina,

Acababan de detenerse dos taxis. Marina se precipitó a uno de ellos, y Rosita —alucinada— a otro; pero quedó un poco sorprendida al ver que, en vez de su amiga Lola Díaz, bajaba del coche una señora joven, delgada y muy elegante, a la que Rosita tuvo la impresión de haber visto alguna vez… En vez del volumen, los cabellos grises y la sotana del Padre Jacinto, una señora mayor, vestida con un fresco traje azul marino y gris, y con un turbante gris, muy sencillo, recogiéndole los cabellos. La señora era magnífica, y —al contrario de la joven de cabellos negros que había sonreído vagamente a Rosita— posó una mirada dura y fría sobre la muchacha… Detrás de

las señoras salió del taxi un niño rubio de piernas largas…

Rosita suspiró… En aquel momento le tocaron en el hombro y vio a su amiga Lola, alta, risueña, con sus ojos azules tan brillantes y sus labios siempre discretamente pintados, y su traje de chaqueta de color crudo. Ella inspiraba en seguida ideas de bienestar, energía y alegría.

—¡Hale, hale!… ¿Qué haces ahí parada? Les estamos repartiendo las bolsas a los niños… Y si nos descuidamos, las madres se van a llevar la mitad… He visto a una que se metía un plátano en el bolsillo…

Mariana les dio un abrazo.

—Adiós, adiós…

—Dentro de quince días, allí —recordó Lola.

Los mozos de cuerda empujaban a las amigas.

—¡Apártense…!

Los niños cantaban ahora algo de un equipo «colorao», mientras los iban colocando en dos en dos, en fila…

—Vamos…

Rosita iba delante, la fila de los niños detrás y, por fin, Lola. Así empezaron a bajar las escaleras que llevan al hangar de la Estación del Príncipe Pío. Rosita se volvió espantada para gritar a su amiga:

—¿Y las mujeres…? ¡Todas querían venir a despedimos…!

—El Padre Jacinto les saca los billetes de andén…

La cola de aquellos niños rapados se deshacía, reptaba, se alargaba, desbaratándose la uniformidad de aquella fila de dos en dos…

—¡Son espantosos!… Nunca he visto tantas criaturas espantosas… y esos guardapolvos grises, tan tétricos…

Mariana les echaba una ojeada y hacía este comentario, mientras bajaba en el ascensor con varios viajeros, junto a Paulina y Miguel. Desde los cristales del ascensor se veía la escalera…

—Son espantosos —repitió mientras el ascensor se detenía—. Deben de ser criaturas anormales. ¡Claro!, debe de ser un colegio de anormales. Las profesoras parecen anormales también.

—No… Mariana… Una de ellas es muy elegante, incluso… Y la pequeña rubia que va delante de todos es bonita…

—Es como una enana horrible y va disfrazada de colchón…

Paulina no insistió. Mariana estaba de muy mal humor y muy poco dispuesta a coincidir con Paulina en nada… Paulina no se lo reprochaba. Mariana estaba muy herida en su orgullo; no comprendía que Paulina, que al fin no se metía carmelita, tampoco quisiera reunirse con su hijo Eulogio y aceptase, no sólo con tranquilidad, sino con entusiasmo, la idea de que Mariana pudiese encontrarle a Eulogio una novia más conveniente. Estaba ofendida, despectiva, fría. Todo el tiempo que había estado en Madrid —diez días— viviendo, afortunadamente, en un hotel, se había mostrado así con Paulina. Cualquier cosa la hacía estallar… Por ejemplo, cuando Paulina le comunicó que le habían prometido un piso no muy caro para trasladarse a él, en octubre, cuando estuviese terminado… y que convendría que entonces ella enviase los muebles de la casa del ingeniero Goya, que estaban almacenados en el desván de la casona, Mariana había replicado que es claro que estaría encantada de librarse de aquellos horribles trastos, pero que quizá a Paulina no le tuviese cuenta pagar los transportes.

—Yo de ti, los vendería para leña… En tu casa se vivía como en casa de unos gitanos… Tus padres carecían de gusto en absoluto… y si me apuras te diré que también de educación…

Paulina sabía que los muebles eran de buena madera, bien construidos, y que ella los podría hacer lucir… Pero aguantó la rociada, así como una serie de comentarios agrios que siguieron sobre las locuras que la guerra había hecho cometer a los hombres, cargando con mujeres inferiores a ellos en educación, en dinero, en todo.

—Por fortuna, en el caso de tu hijo, todo está bien, puesto que es libre…

Este último comentario había hecho que Mariana no le hablase más que lo indispensable en los tres últimos días… Sólo al ver su Misal, cuando una mañana había ido a recoger a Miguelito, dijo algo respecto a las personas que hacen una farsa religiosa y escriben mentiras tratando de engañar a las gentes de buena voluntad. Se refería a la correspondencia de Paulina…

Afortunadamente, ya se iba. Se llevaba a Miguel a pasar las vacaciones, al pueblo… Paulina suspiró, tendiendo su billete de andén al empleado. Volvió la cabeza, un segundo, mientras lo hacía, porque se escuchaba un guirigay endemoniado que se sobreponía a los mil ruidos de la estación… Por las escaleras descendían un grupo de mujerucas que más que presuntas viajeras parecían incendiarias en tiempos de revolución. Se veía que se habían lavado y hasta habían zurcido sus trajes para venir aquí; pero la mayoría de ellas tenían, en todo su aspecto, un desaliño salvaje. Una mujerona enorme, iba descalza… Lo curioso era que el grupo bajaba rodeando a un sacerdote bajito, grueso, de cabellos

grises. Paulina somió, reconociendo a este sacerdote. Muchas cosas se le aclararon entonces… Tuvo que dar unos pasos ligeros para alcanzar a Mariana y a Miguelito, que iban delante, terminando de bajar las escaleras y siguiendo al mozo que llevaba el equipaje.

Los oídos del Padre Jacinto estaban llenos de avisos y recomendaciones de las mujeres.

—Oiga, que se lo he dicho muy clarito a la señorita Rosa, que mi Tiburcio no está tísico para que *haigan* traído a su hermano y a él no…

—Oiga, que si los vacunan, que yo no dejo ir a mi Pepe…

—Oiga…

El Padre hizo pasar delante de él al grupo de mujeres, enseñando el puñado de billetes de andén que él llevaba en la mano, esforzándose por sacudirlo sobre las cabezas de todo aquel gallinero humano, para que lo viese el inspector…

—No le arriendo la ganancia, Padre… ¿Adonde lleva a ésas?… ¿A la cárcel?

Una de las mujeres, precisamente la más alta, con las cejas pobladas sobre la nariz y los pies descalzos, se volvió enjarras al oír la ocurrencia del empleado… El Padre Jacinto hizo un gesto de guiñar un ojo y ponerse el dedo en los labios. La mujer se calmó inesperadamente... Quizá porque las otras corrían bajando los últimos tramos de escalera que aún las separaban del andén, deseosas de alcanzar a los niños. Los pequeños estaban entrando ya en un vagón de tercera clase…

Hacía calor. El verano de 1950 fúe terrible en Madrid. No había llovido desde la primavera en toda la región central, y el mes de junio se había presentado con restricciones de agua y luz, con una espantosa sequedad en el aire, un polvo sucio y lleno

de gérmenes, que parecía enfermar a los pulmones. Se hablaba de varios casos de tifús. El termómetro subía, cada día, sus grados.

El gran hangar hervía como si las altas planchas de su techo estuviesen calentadas al rojo… Sin embargo, la luz tamizada era un consuelo… Los trenes, dispuestos a salir, las vías que se iban despejando para dar entrada a otros, el humo de las máquinas, el olor a grasa y carbón y hasta a cuero de maletas, al Padre Jacinto le gustaron. Las mujerucas gritaban todas, apiñadas frente al vagón donde iban los niños, que se asomaban a todas las ventanillas del coche…

«¡Qué día!», pensó don Jacinto, limpiándose el sudor de la cara. Tenía una cara gris, enfermiza. Su obesidad era causa para él de una terrible mortificación. Mucha gente se empeñaba en creer que hacía una vida descansada.

Incluso era difícil convencer a los vecinos del pobre barrio donde tenía su casa, que el cura era tan pobre como todos ellos juntos… ¡Y eso, a él, le parecía tan necesario hacérselo ver!

—Usted está bien gordo —le decían.

Ahora don Jacinto sonreía a los rapaces, a las jóvenes que los conducían, a las mujeres; los bendecía a todos.

Uno de los chicuelos, feo como el demonio, con un ojo torcido y la cabeza llena de bultos, logró sacar las manos fuera de la ventanilla. En aquellas manos oscuras llevaba un tirador y un trozo de pan pequeño y duro. La lengua le colgaba a un lado de la boca… Apuntó cuidadosamente y disparó el trocito de pan con buena puntería a uno de los ojos de don Jacinto.

El tren salía en aquel momento… Los gritos de las mujeres arreciaron; algunas corrieron a lo largo del

andén gritando frases amorosas a los pequeños…

Don Jacinto, con las manos en los ojos, sintió en los dedos sus involuntarias lágrimas, y dolorosos círculos morados, amarillos y azules se formaron, se agrandaron, desaparecieron detrás de sus párpados.

—Don Jacinto…

—Padre…

—Oiga usted, cura…

—Cura, oiga…

Abrió el ojo bueno. Poco a poco, el otro… Fue repartiendo a las mujeres los billetes de andén para la salida.

—Andad con Dios, hijas; andad con Dios… Y no tengáis cuidado por los chicos. Recordad el año pasado, las niñas, si volvieron buenas…

—¡Ya!… Habrá algunas madres que se queden tan contentas si no les vuelven los crios, porque de todo hay, pero una no es así, ¡por éstas…!

—¿Te acuerdas de la niña de Micaela, mujer?… ¡De qué le sirvió el veraneo! La aplastó el camión de la serrería en noviembre…

—¡Mira que si a mi Paco le pasa eso… por dejarlo ir…!

Don Jacinto deseaba librarse de aquel corro. Tenía que esperar a un pariente en el tren de las diez. Por eso se le había ocurrido acompañar a estas gentes a la estación…

Era difícil librarse. Una de las mujeres quería saber si para Navidad tendrían buenos paquetes de parte de las señoritas…

—¡Porque encima que les deja una los chicos!…

—¿Para Navidad? Hijas, estamos a veinte de junio… Ya se arreglarán las pobres señoritas… —Pobres… ¡ya quisiera una ser pobre como ellas!…

En aquel momento, el Padre vio que detrás de las mujeres estaba una señora alta, de grandes ojos negros, que le resultaba vagamente conocida… Y no cabía la menor duda de que le sonreía. Resultaba increíblemente limpia y delicada y segura entre las otras mujeres.

—¿Me permite? —dijo a la más tremenda de las mujeronas, que le abrió paso, mirándola de arriba abajo…

—Padre… Hace un rato que espero para hablar con usted… ¿No me recuerda? Soy Paulina Goya… ¿No está ocupado…?

—No; no, señora; precisamente tengo que quedarme en la estación un rato y estas hijas se marchan ya…

Las mujeres aún quedaron unos segundos agrupadas y charlando, mientras el Padre y Paulina empezaban a andar uno al lado de la otra hacia el final del andén, en dirección contraria a la salida… El padre era más bajo que la señora; a aquella luz, su sotana verdeaba.

—Nos presentó el Padre Pedro González; yo iba con dos señoras que querían dejar en su casa no sé qué medicinas que usted tenía que repartir… Hace tiempo de eso, casi un año… Quizá recordará mejor el apellido Nives…

La cara arrugada del Padre Jacinto se distendió enteramente.

—¿Nives?… ¡Sí! ¡Me suena mucho!… Pero es igual, señora… Usted puede hablarme con toda tranquilidad de lo que desee.

Iban llegando al final del espacio techado de la estación y un campo de raíles y de locomotoras brillaban al sol. Las máquinas, en prueba, lanzaban largos hilos de humo, que se irisaban formando un

bosque fantasma, deshaciéndose en el azul grisáceo del cielo… El Padre y Paulina se detuvieron al borde mismo de un mar de sol, que allí, cerca de sus pies, parecía amenazarles con sus olas de metal derretido.

—Padre —dijo Paulina—, yo soy una mujer muy libre… Casi no tengo a nadie en el mundo más que a un hijo de once años, que ahora se ha ido de vacaciones con mi… con su abuela…

El Padre miró de reojo a Paulina, preguntándose qué desearía con este preámbulo. Casi todo el mundo le hablaba de sus desgracias.

—Puede ser una desgracia, sí, esta soledad…

Paulina le interrumpió, impaciente:

—Yo creo, por el contrario, que es una gracia de Dios…

Hizo una pausa; luego dijo como para sí misma:

—Me hubiera gustado entrar en un convento, como contemplativa, hacer algo grande… ¿Sabe?… Creo mucho en la oración. Creo que en el mundo de hoy, donde se falsifican tanto los valores del cristianismo, la labor de los contemplativos es la más importante para la Iglesia…

—Cierto… Cierto…

El Padre veía el bonito y fresco traje de Paulina, sus brazos delgados, desnudos.

Había algo en ella que le parecía raro, que no encajaba con el aspecto de otras jóvenes que alguna vez le habían hablado de cosas semejantes.

—Pero tengo un niño, ¿sabe? Y tengo que dedicarme a él. No lo siento, es maravilloso; es un regalo de Dios la alegría de tenerlo… Y, sin embargo, yo no me puedo quedar así, como estoy, en el egoísmo de mis oraciones, de mi vida cómoda… Es algo que noto cada día… Los cristianos debemos ser héroes… ¿No lo cree?

—Cierto… sí…

El Padre Jacinto, inconscientemente, se había vuelto un poco para mirar la hora en el gran reloj central. En el bolsillo le crujía el periódico que apenas había podido hojear por la mañana…

—¿Tiene usted prisa, Padre?

—De ningún modo… Me han dicho que el tren que espero entrará por esta vía…

—Pues entonces le ruego que me escuche unos minutos. Sé que usted no lleva una vida corriente, que vive entre los pobres, más pobre que ninguno; que aunque esté anexo a una parroquia, hace más cosas en favor de los necesitados de las que puede hacer y que algunas son pintorescas…

—No sé…

—Y esas chicas también. Las que venían con los niños anormales… Me hablaron de ellas y me gustaron las cosas que me dijeron… Hoy, cuando las vi, pensé que podía unirme a ellas… Desde luego, no como miembro de ninguna de esas organizaciones que exigen a sus miembros cosas raras, en la manera de vestirse, y así… El Padre se reía.

—Habla usted tan de prisa, señora… Los niños no son anormales… Y ¿por qué dice eso de los vestidos? ¿No decía que iba a ser contemplativa?… ¿Cómo se las hubiera arreglado en una de esas órdenes que sí que exigen cosas raras para vestirse y varios kilos de lana encima durante el verano…?

Paulina lo había pensado.

—Es distinto. Ahí se deja todo… Se rompen todas las normas; no hay contacto con el mundo. Pero si yo vivo entre las gentes y tengo que enseñar a mi hijo la noción del bien y del mal y empiezo por decirle que hay mal donde no creo que lo haya… ¿Qué fuerza tendré para convencerle de lo que realmente

importa?… Pero… de veras, nos desviamos de la conversación… Usted parece cansado…

—Mire… ¿Quiere que demos un paseíllo a ver sí encontramos un banco…? Sí, estoy bastante cansado, ¿sabe? Pero si no lo encontramos, nada importa, señora de Níves —arrugó el ceño—. ¿Viuda de Nives?…

El sacerdote quería pescar alguna idea en este apellido, sin duda alguna. Su expresión estaba llena de perplejidad. Los pómulos de Paulina se sonrosaron. Dijo con sequedad.

—Nives es el apellido de mi hijo. Yo soy soltera.

El Padre Jacinto sacó su pañuelo, se secó la frente. Sus orejas enrojecieron.

—Perdóneme, Dios mío… Dirá usted que soy un entrometido…

—Bueno, Padre… Dígame usted exactamente lo que hacen esas muchachas que venían hoy con la colonia de niños… Me lo dijeron hace tiempo, pero no me acuerdo… No presté la atención debida, entonces… Hoy, al verles a ustedes, pensé que tal vez ahí estaba mi tarea…

—Ellas son de Acción Católica… No les importa llevar medias… No le dan importancia, creo yo… Pero han comenzado una obra por su cuenta, eso será lo que le habrán dicho a usted… Hay gentes a las que no puede llegar ni la parroquia ni el Estado…, gentes que viven sin haberse inscrito en ningún registro civil, ni soñar en inscribir a sus hijos, y para quienes un cura es algo desagradable… Entre estas gentes se meten estas chicas, les resuelven mil asuntos, les socorren… como pueden… El año pasado se llevaron a veinte niñas a una finca de la familia de Lola… Este año se llevan a veinte niños… No tienen dinero y lo consiguen casi por milagro…, aunque la familia de

Lola es rica no está a su disposición, como comprenderá. Las otras son pobres, trabajan… De modo que ya verá… Todo lo sostiene su fe…

—Bueno… Pero, ¿usted cree que todo ese esfuerzo… es útil… remedia algo?

—¿Socialmente?… ¡Una gota de agua en el mar!… No, no es eso. Ellas no lo hacen creyendo eso… Ellas no son sociólogas, no se preocupan más que de dar lo que pueden, su tiempo, su abnegación…

—Las adorarán…

—Oh… Bueno… Estoy por decirle que no… Trabajan en un campo muy malo… Con gentes salvajes, recelosas… Creen que todo aquel que da, busca algo, y hasta sospechan malas intenciones para con ellos… No acaban de convencerse nunca… Pero ellas no pretenden gratitud, eso es lo mejor que tienen; no pretenden tampoco ver el fruto de sus esfuerzos… Si fuera por eso, harían una gran tontería en volcar sus vidas… Ellas no quieren más, si acaso, que el que alguno de estos seres pueda sentir a Cristo al paso de ellas… Bueno, creo que eso es lo que piensan y sienten, ya que no se desaniman, y como tienen fe todo les va saliendo… Sí, tienen mucha fe. Son tres muchachas de lo mejor que he conocido en mi vida, y he conocido mucho bueno… para compensar lo mucho malo que también hay…

Paulina pensó un poco. Se vio siendo tan heroica como estas muchachas, resistiendo todos los fracasos por amor a Cristo… Todo podría resistirlo, puesto que luego tendría su bendita soledad, el cariño de su hijo, las horas de oración… Sí; el haber tenido este encuentro, este día en que se quedaba tan sola, tal vez tuviese un significado…

El Padre Jacinto observó su silencio y le dijo que había apostolados menos ingratos, que había un

campo inmenso para cualquier persona de buena voluntad… Empezó a explicar alguna de sus muchas tareas.

—Precisamente, cuando su pariente, la señora condesa… ¿me ha dicho que es pariente suya doña Blanca, o lo he soñado yo…? ¡Ah, claro!, es el apellido Nives… Sí, sí, ahora recuerdo por qué me resultaba familiar… Por más señas, ¿sabe usted la dirección de doña Blanca en Suiza?

Paulina se reía porque don Jacinto le hacía gracia. Sabía que era un hombre bueno. La bondad era una cualidad tan rara —pensaba Paulina— que no importaba nada que el Padre fuese desaseado y distraído, para estimarle…

Era muy cómico verle guiñando los ojos tratando de cazar una idea al borde de la conversación y, de pronto, pidiendo inesperadamente la dirección de Blanca, en Suiza.

—Sí, Padre; sé la dirección… Ya sabe que está con una hija enferma…

—¿Enferma?… ¡No!… ¡La hija ha muerto!… Por eso quiero la dirección… para el pésame… Esta mañana lo vi en el periódico, por casualidad… Mire.

El Padre metió las manos en el bolsillo y sacó un periódico muy arrugado. Comenzó a desdoblarlo. Volvió los ojos a Paulina y vio que la mujer se había sentado en el borde de una de las vagonetas que sirven para transportar equipajes y que estaba allí vacía, esperando ser utilizada... La cara de Paulina estaba blanca, abstraída. El Padre no lo advirtió.

—¿Ve? —señalaba una esquela—. No hay duda… Murió anteayer, en Suiza. Su viudo… Nives… ¡Por eso dije yo antes que Nives y viudo o viuda me sonaban!… ¡Ah, perdone…, mire, era muy joven… pobre!…

Don Jacinto dejó de mirar al periódico y vio en la cara de Paulina algo extraño.

—Señora… Tal vez no he debido darle la noticia así, de pronto… No sabía.

Paulina no le estaba escuchando.

—¡Mi suegra no sabía nada! —dijo como para sí.

—¿Su suegra?

Paulina parpadeó.

—No… La abuela de mi hijo… ¿Qué más da…? Todo eso son tonterías…

Su voz sonaba cansada.

Don Jacinto quedó un poco sorprendido… Después se sintió incómodo, veía que aquella mujer ya no tenía ganas de pensar en los temas que habían estado tratando anteriormente…

Alrededor de ellos el bulbcio aumentaba, el andén se llenaba de gente, se oían campanas… Un mozo dijo «perdone» a Paulina, y ella se encontró de pie, algo vacilante, mientras la vagoneta donde había estado apoyada se alejaba conducida por aquel hombre que hacía sonar una larga bocina…

—Está entrando mi tren… señora… Hum… Siento tener que despedirme de usted, dejándola así… Parece muy afectada.

El tren llegaba… Se oía su poderoso y lento jadeo moderando la marcha. Don Jacinto miraba hacía aquella máquina que avanzaba tan lenta, desde allá, desde el fondo del andén. La miraba como hipnotizado. Casi no podía dejar de mirarla aunque Paulina hablaba.

—Iré a su casa un día de estos, Padre, si me permite… y seguiremos hablando… ¡Me es tan necesario encontrar mi camino…!

—Sí, hija, sí… Venga, venga… Hablaremos.

Se dieron la mano. Don Jacinto seguía mirando con gran interés hacia el tren, cuyas primeras ventanillas aparecían ya... Después, pensó que había sido poco cortés con Paulina y se volvió espantado... Ya no estaba. Se había marchado perdiéndose entre la gente, en un instante…

Don Jacinto pensó vagamente que Paulina parecía una señora un poquito exaltada y que no iría nunca a su casa para intentar unirse a las jóvenes. «No volverá», resumió recordando todo su aspecto y todos sus temores… «No volverá», se dijo otra vez, seguro, antes de agitar la mano porque al fin había visto a su primo Ignacio en una ventanilla.

Paulina era más sincera de lo que él creía, al explicarle sus deseos. Pero don Jacinto acertó en sus presentimientos… Ella no fue nunca a su casa, para tratar de aquel asunto, ni de ningún otro.

Paulina, en el taxi que la trasladó de un extremo a otro de la ciudad, se sintió medio enferma. El calor levantaba un olor a cuero viejo, a pintura, a hule reseco en el interior del vehículo. El calor la vencía a ella, que permaneció un rato con los ojos cerrados, quieta y desmadejada. El taxi tenía radio y la llevaba medio abierta. Esto la hacía sentirse peor.

El ambiente de la estación, con su aire grisáceo y su olor a carbonilla y los polvorientos rayos de sol que a veces lo rompían todo deslizándose por entre la techumbre; aquellos terribles niños rapados, aquellas muchachas que los conducían, que repentinamente habían impresionado su ansia de heroísmo… La conversación un poco absurda con el sacerdote viejo, y al fin aquella noticia inesperada de la muerte de Rita que le había caído como una piedra lanzada desde otra época de su vida... Todo se le representaba a Paulina, todo le daba vueltas dentro

del cráneo, hacía que sus sienes estallasen en dolorosos latidos.

A pesar de su atavío fresco se sentía sucia y ajada. Sabía que al llegar a su casa encontraría unos grifos secos, pues no era hora —a causa de las restricciones— de aquel suministro, pero tenía la bañera llena, preparada para meterse en ella. Deseó enormemente hacerlo.

Hubo un tiempo en que un aborrecimiento doloroso llegó a hacerle desear la muerte de un ser joven, de una mujer llena de belleza que se llamaba Rita. Ella estaba muy lejos ahora de aquella criatura egoísta y cegada que había esperado esta muerte. Estaba lejos, pero reconocía como justificado un dolor vivo, un remordimiento agudo… Necesitó, de pronto, solidarizarse de alguna manera con aquella muerte, y habló con el chofer del taxi porque quería poner algunos telegramas.

El hecho sencillo de escribir unas palabras de condolencia por Rita la calmó, mejoró algo su tensión y hasta le produjo un descanso en su recuerdo hacia la muerta que pareció alejársele de la imaginación.

De nuevo se le representaron aquellas muchachas jóvenes que se habían llevado a veranear a una veintena de niños. Volvió a sentir el impulso que le había llevado a ellas: un anhelo de reparación de cosas, como la de aquel mal deseo hacia Rita, y también una esperanza de entrar, al fin, en una tarea definida en que pudiera tener cabida su afán de perfección religiosa, de amor.

«Quien piense que los rezos son murmullos que adormecen las cabezas, y aquietan la vida… ¡qué equivocado está!… Yo me siento hostigada cada día por una fuerza más grande que mí voluntad, me siento aguijoneada como un caballo al que se incita al

galope, al salto, al heroísmo… Pero doy vueltas sin encontrar la tarea por donde he de lanzarme»…

Con los ojos abiertos, Paulina veía pasar calles de las que los colores parecían borrados por el sol ardiente, y veía también cosas que no desfilaban junto a las ventanillas de su coche, sino que estaban dentro de ella y que, dentro de ella, golpeaban.

Veía su vida cómoda y grata, el cariño de su hijo que sentía intensamente, como nunca… y que parecía colmar su capacidad afectiva… El aburrimiento había huido para siempre, desde que se sentía lanzada a los pies de Dios… Y, sin embargo, aquella fuerza tremenda, cada mañana renovada al comulgar, la inquietaba, porque, por contraste, le hacía ver su tibieza y cobardía, su indecisión y desarraigo.

Al fin la impulsaba siempre a rogar a Dios que le dejase ver hasta el fondo de su deber, hasta el fondo de lo que El deseaba que ella hiciese…

El coche enfiló su callecita levantando una polvareda y se detuvo. La sombra del portal estaba tibia, desagradable. El ascensor, parado, sin fluido. Empezaba a subir los primeros escalones hacia su piso, cuando la portera salió de su cubil y le alargó un telegrama. Unos largos pelos negros que adornaban el lunar de su barbilla le temblaban al hablarle. Señalaba aquel papelito.

—Viene del extranjero…

—Ya sé, ya sé…

Paulina guardó el telegrama en el bolso, sin abrirlo. Suponía que alguien le anunciaba la noticia de la muerte de Rita… Blanca o Antonio, quizá… Sí, quizá Antonio.

Con cierto estupor se dio cuenta de que no había relacionado la muerte de Rita con Antonio hasta entonces. La tortura de haberlo apartado de su

imaginación, unos meses antes, había sido tan grande que quizás por eso le costaba trabajo pensarlo, como si de ello esperase un dolor, y toda su conciencia se contrajese, preparada a defenderse. «Como esos animales amaestrados a latigazos —se dijo—, que sólo hacen los movimientos permitidos por el amo»…

No pudo imaginar a Antonio disgustado ni tampoco indiferente a la muerte de Rita. Parecía que jamás hubiese tenido que ver con la joven muerta, que aquel matrimonio no hubiese existido, que los problemas que habían motivado la separación de Paulina con aquel hombre fuesen muy distintos…

Frunció el ceño. Y apretó los labios. No quería pensar ahora tampoco.

Metió con firmeza el llavín en la puerta de su piso y este gesto decidido pareció agotarla de pronto. Se le representó, casi con terror, la idea de que aquella noche tenía que ir a casa de Concha y Rafael. La necesitaban para una cena que daban antes de irse de veraneo.

—Este año no hay quien pare en Madrid y todas las señoras están fuera… Tenemos dos elementos masculinos de esos con categoría, muy importantes, pero yo sola no doy abasto…

Tú, Paulina, sigues teniendo tu viejo encanto para los señores. Si vienes sé que la reunión se convierte en un éxito.

Concha empleaba los mismos piropos para todas sus amigas, pero no podía negarse. Concha y Rafael le habían conseguido, con sus influencias, aquel pisito que ella podría estrenar en octubre…

«Me meteré en remojo, como un bacalao… Luego trataré de dormir todo el día, sin comer nada. Quizá así pueda estar presentable esta noche»… El piso

estaba lleno de un aire pesado y caluroso que se respiraba tristemente.

Paulina tenía que telefonear a la planchadora… Decidió hacerlo en seguida… ¡Su último recado de la mañana! Al dejar el bolso sobre la mesa del comedor, se le ocurrió abrir el telegrama que guardaba allí. Era de Antonio.

«Rita murió ayer. Muy angustiado. Ruégote escribas dirección mía de Barcelona. Pasaré por allí dentro de tres días. Espero con ansiedad esta carta. Decide tú nuestro porvenir.» Lo leyó dos veces, absorta, sin acabar de entender su contenido. Hacía tiempo que se había hecho a la idea del olvido de Antonio como algo indudable, descontado. Su cara tomó unos instantes una expresión estúpida, casi rígida. Después hizo una aspiración lenta, de aquel aire cálido de la casa, como si hubiera llegado a faltarle. Sus movimientos le volvieron de una manera mecánica. Con el telegrama en la mano buscó el número de la planchadora y habló con ella, adquiriendo la seguridad de que tendría en casa, a las seis, el vestido que necesitaba para la cena.

Un rato más tarde, con la piel fresca y húmeda del baño proporcionándole un alivio profundo, se estiró todo a lo largo de su tumbona entre la obscuridad de la casa cerrada.

Entonces, poco a poco, Antonio fúe dejando de ser un fantasma para convertirse en alguien muy real, muy querido, que parecía estar allí, a su lado, confiándole su amor y su mensaje, que parecía irla reblandeciendo con su presencia, irle recordando lenta y dulcemente lo que él había significado, lo que era aún en su vida.

Más tarde, Paulina se dio cuenta de que las horas que siguieron a su llegada a la casa y las que pasó por

la noche en compañía de Concha y sus amigos la fueron acercando a su destino de una manera segura. Entonces no lo sabía, se dejaba llevar por una marea de sensaciones y una lucha de espíritu que amenazaban no conducirla a ninguna parte.

Llegó a casa de Concha con un gran dolor de cabeza, después de haber escrito una larga carta a Antonio, una carta incoherente que dejó sobre el escritorio de su hijo para echarla al día siguiente, pero que olvidó de tal manera que sólo mucho tiempo más tarde pudo encontrarla por casualidad y le asombró… En esta carta declaraba a Antonio su amor, sus remordimientos y también su imposibilidad de aceptar una vida con él, puesto que había decidido dedicar la suya sólo a Dios.

Pero al llegar a casa de sus amigos, pálida, con ojeras y brillo en los ojos, ya no estaba tan segura de que era eso lo que quería.

Concha parecía preocupada. Paulina consideró al mirarla, tan bien vestida, con una simpatía tan tierna y grata en su gesto, que Concha era más agradable que lo que ella creía. Que le huía sin razón, que era injusta en eso.

—No es nada. Un dolor de cabeza que puedo aguantar perfectamente —le dijo.

—¿Has intentado tomar aspirina?

La cara sorprendida de Paulina hizo reír a Concha.

—¡Válgame Dios!… Ven aquí… ¿Es que has olvidado hasta que existe la aspirina?

Paulina lo había olvidado, como había olvidado muchas cosas gratas, casi elementales, en su soledad. Se sintió aliviada con aquella cosa tan sencilla… Había aspirinas en el mundo y gentes amables. Recordó el favor que Concha y Rafael le habían hecho, y les dio las gracias de nuevo. Fijándose esta

noche en la bonita casa de sus amigos, también ella deseaba tener un rincón agradable, propio.

—No tiene importancia. Lo que hemos sentido es que ni siquiera se te ha ocurrido venir a vemos para pedírnoslo... Tú todo lo arreglas por teléfono. Si no te llegamos a suplicar, ni siquiera vienes esta noche…

Paulina comprendió con asombro que aquellos amigos la apreciaban. No sabía por qué le costaba tanto creer que la gente pudiese quererla. Sin embargo, reflexionó, sólo una vez en su vida había quedado defraudada en un cariño… En cierta manera defraudada, puesto que Eulogio, al fin y al cabo, no quiso separarse de ella.

—¡Qué agradable lo tenéis todo, qué agradable es esto!... Lo decía con tanta convicción que su amiga se lo agradeció. —Pareces la Bella Durmiente al despertarse. —Concha se reía—. Ya sé que haces una vida muy extraña. Conozco a unos parientes de tu marido. Ellos me han explicado algo de tu santidad furibunda. Paulina enrojeció. —No hay ninguna santidad.

De pronto, aquellos niños de cabezas rapadas, las mujeres que los conducían, todo aquello le parecía una pesadilla extraña. Hacía unas horas ella creía dedicarse a cuidar gente así, por amor a Cristo…, pero no había nacido para eso. Era indudable.

La cena de Concha era más importante de lo que había dicho a Paulina, y ella volvió a comprender que de veras la deseaban, de veras habían querido su presencia sin necesitarla para nada más...

Concha había preparado una cena para doce personas: dominaban los hombres, pero además de Concha y Paulina estaba una señora sudamericana, guapísima. Paulina se dejó llevar por el agrado de la conversación, como por el asombro que fuese tan

sencillo quitarse un dolor de cabeza por un procedimiento tan cómodo y tan viejo como la aspirina. «Quizá todo lo que me ocurre —pensó— tiene un remedio muy sencillo, tan sencillo como el dolor de cabeza. ¿Por qué inventar una santidad extraña? Mi deseo va a Antonio. Cuando he sabido que no me había olvidado, qué distinto me ha parecido todo abededor, qué gran descanso dentro de mí… él es ahora un hombre libre. Yo soy una mujer libre. No hay problema alguno…»

Se dio cuenta de ella misma, riéndose. Pensó que hacía mucho, mucho tiempo que no se reía y que reírse le hacía un gran bien. La ligereza del ambiente, las canciones dulces y apasionadas que cantó después de la cena la señora sudamericana, todo la fue llevando a un estado de euforia y ternura.

—Vivo tan sola —le explicó a Concha—, que había olvidado este placer de estar entre gente con educación, con cultura, con gracia suficiente,.. Te estoy muy agradecida… Esta misma mañana me había creído llamada a grandes empresas, ¿sabes? Esta reunión tuya me ha dado una medida de mí un poco más serena, más equilibrada…

Estaba delante de un tocador en una habitación llena de armarios, olía a buena madera, al perfume de Concha y a la barra de labios con la que se retocaba.

—¿Tú lo crees?

Concha se reía con sus ojillos relucientes, porque Paulina, precisamente, al decir esto no le parecía demasiado serena. Había bebido bastante.

—Sí… Creo hoy en los cuentos de hadas… Esta mañana me parecía que la felicidad humana estaba reñida con mi vida… Hoy he visto que la bondad y la felicidad van unidas muchas veces… ¡Qué guapa es esa señora!… Y ¡qué bondadosa! Ha tratado de

hacerme lucir, me ha hecho sentarme a su lado para que le dijese mis canciones preferidas… Me han dicho que es millonaria y que su marido la adora… Aquel joven de las pecas también parecía quererla mucho…

Estaban en el guardarropa de Concha. Los invitados se habían ido. Concha y Rafael habían propuesto a Paulina darle un paseo en coche por la ciudad dormida antes de llevarla a su casa. Concha se empeñó en que Paulina tomase un chal. Dijo que era de esperar que hiciese algo de fresco. Eran más de las tres de la mañana. Ahora Concha le puso las manos en los hombros y movió la cabeza somiente.

—Paulina… Muchas mujeres no te tienen simpatía porque gustas mucho a los hombres… Yo sí. Yo siempre me he dado cuenta de que eres una ingenua terrible… Esa señora que dices es un mal bicho… Y no es nada feliz… Anda… Vamos; otro día te contaré… Pero me alegro que te hayas divertido. Tú siempre te buscas unas maneras de vivir completamente incómodas y salvajes… Y siempre tiene uno que estarte sacando de ellas a la fuerza. Pero no sé, tengo el presentimiento de que algún día te vas a empantanar del todo en algo de lo que no te sacará nadie…

Paulina pensó todo esto durante el paseo en coche. La noche resultaba maravillosa. Fueron hasta el final de la Castellana, que se les iba abriendo con sus árboles iluminados, quietos, con una magnífica sensación de serenidad y encanto.

—Duerme bien, querida… Me ha gustado mucho recuperarte. Hace mucho tiempo que estábamos meditando la manera de atraerte otra vez… Cuando volvamos de la playa, te llamaremos… Entonces ya no te harás rogar, ¿eh?

—No… Puedo aseguraros que me veréis muy pronto.

—No creas que me fío del todo —dijo Concha—. No lo creas…

Paulina pensaba ver a Concha pronto, con la misma sinceridad con que había pensado ir a visitar al sacerdote de la estación… Pero no hizo ninguna de las dos cosas.

A la noche pasada en casa de sus amigos siguió una mañana desmadejada en que se levantó tarde y no fue a misa.

Ya sabía que iba a decir a Antonio que viniese a buscarla, pero aún luchaba con la sensación de que aquello no era bueno. Por la tarde fue a la iglesia un rato. Hacía un calor tan espantoso que se salió, agobiada por el olor a cera, a incienso, por la chaqueta que se había puesto ex profeso… Dio un largo paseo y, poco a poco, le entró un sentimiento de calma y bienestar en el atardecer polvoriento de la ciudad. La gente no tenía que ser necesariamente desgraciada para ser profunda y buena.

Rita estaba ya en un lugar en que era capaz de saber y —Paulina tuvo un gran consuelo al imaginárselo todo a su gusto— comprender el amor de Antonio por ella. Rita sabía ya que sólo Paulina, entre miles y miles de mujeres, sabía querer a Antonio y podía librarle de su frivolidad… Porque tendrían que emprender juntos algo hermoso y bueno para merecer aquella dicha increíble de estar juntos. Antonio dejaría al fin de ser un muchacho vacío y sensual. Se haría hombre con ella.

Por un rato estuvo imaginando un cuento de hadas. Su hijo Miguel estaría con ellos casi todo el año… Podría darle a Miguel todo lo que quisiese… Eulogio, allá en Villa de Robre y en Las Duras, sería

feliz también, seguramente. Era una felicidad sin mal alguno… Tendría a Antonio legítimamente. Su gozo humano estaría bendecido… Ya había sufrido suficientemente.

Fue después de reaccionar a estos pensamientos, comprendiendo que eran tontos, que las cosas no suceden nunca así, y que su belleza y su valor están precisamente en sus dificultades, cuando, al fin, se declaró vencida… Sabía que en un matrimonio es necesaria una abnegación, un plegarse a otro ser, que sólo es posible con un amor muy grande. Ella había realizado esta felicidad en los años de guerra, cuando los celos y el cuidado de Eulogio la habían aislado; y no pudo realizarla cuando el amor dejó de existir. Entonces, en vez de felicidad, hubo miseria mezquina, dureza, incomprensión total.

Pero ella ahora sentía que su amor por Antonio seguía vivo. Sabía también que este amor podría hacer a este hombre, a quien quería, más completo y más bueno y que este amor suyo no se sorprendería nunca, porque no era el amor ciego de la juventud. Sabía los defectos y las debilidades y las frivolidades del ser querido y los aceptaba generosamente, como iba a aceptar el gozo vivo de quererle y de amarle, al fin, benditamente…

Tomada su decisión, durmió rendida, con un profundo sueño que la hizo despertarse con la imaginación limpia y el cuerpo firme y dispuesto.

Era tan pronto que aún había estrellas en el cielo de verano. Su alma se volvió naturalmente a Dios y le pareció que acababa de salir de un mar de angustia y duda con una facilidad extremada.

Ella había pedido a Dios que alumbrase su camino con la verdad… ¿Por qué no aceptar esta verdad de la humana alegría que le ofrecía el Señor después de su

sufrimiento? Rechazarla por orgullo, ahora que le venía limpiamente a las manos, resultaba tan falso y quizá tan dañino como apoderarse de ella por la fúerza cuando estaba prohibida.

Salió muy temprano a la calle. Le parecía que sus pasos nunca habían resonado con tanta ligereza en el fresco y puro silencio del amanecer.

Iba a la iglesia. Todos los días comulgaba y se sentía ansiosa de hacerlo, después de haberlo dejado el día anterior. Le parecía que hacía años enteros que había estado privada de esa gran consolación, de ese gran misterio de amor y de fuerza.

¿Cómo había podido pensar que su amor con Antonio tendía a debilitar esta fuerza de su relación con Dios, que alimentaba su vida? Todo provenía de que el día en que supo la muerte de Rita ella había hecho planes de perfección que no eran los que Dios quería…

Era necio haberlo pensado un solo momento. Antes de escribir a Antonio quería ofrecer al Señor su decisión de no perder este amor humano, cuyos dolores sabía, cuya alegría la traspasaba. Dios la bendeciría. Dios la ayudaría, puesto que había luchado tanto por su Amor, contra este otro amor de un hombre que ahora Él le ofrecía de nuevo, purificado….

Hacía mucho rato que el mundo estaba sumergido en una luz azul pálida, lechosa. Paulina vio allá, hacia el este, al fondo de las calles, un rojo sangriento adornado por cirros oscuros. Se detuvo un instante a mirarlos. Se le ocurrió que eran como dedos negros y misteriosos aquellas nubes, dedos que estuviesen extendidos, quietos, en un aviso incomprensible… Se estremeció un poco.

La iglesia destacaba en obscuro su campanario. Una emoción débil, inexplicable, hizo a Paulina detenerse delante del templo. Tuvo la intuición de que algo sorprendente la aguardaba allí. Se rehizo, fastidiada y asombrada de sus propios nervios, y entró.

Siempre llegaba un rato antes de empezar la primera misa. Estaba acostumbrada a una discreta y fría penumbra y parpadeó un poco al ver un altarcito lateral muy encendido y cargado de flores. Se acercó allí y se somió. La sorpresa estaba allí, efectivamente. Pero no era nada terrible, sino tierno. Nada angustioso, sino que para ella tenía un encanto especial: en aquel altar adornado se celebraba una boda. Sintió humedecérsele los ojos, inesperadamente, y se acercó con un respeto grande… Se casaban dos viejos con el cabello blanco. Los hijos servían de testigos… El hombre parecía más emocionado que la mujer, que era gruesa y seria. Tenían aire de campesinos. Seguramente se casaban a aquella hora para evitar comentarios por su edad.

Paulina se acercó al grupo y se arrodilló muy cerca, escuchando el juramento que aquellas dos personas se otorgaban, y después empezó a oír con ellos la misa matrimonial.

Lentamente, profundamente, las palabras de la misa por los esposos le acariciaron el alma con su belleza y, al mismo tiempo, le revelaron algo hondo y real en que hasta entonces había pensado muy poco.

La pareció comprender, como nunca, la grandeza del matrimonio católico, que no es sólo un contrato, sino un sacramento. Una unión indisoluble de dos seres que quieren juntar sus vidas hasta la muerte, ayudándose uno a otro, espiritual, material, camalmente. Una unión para Dios. Una unión cuya

indisolubilidad sólo tiene sentido en orden a Dios, pues no es sólo un egoísmo de amor, o de conveniencia. Traspasa el amor, traspasa la conveniencia y la atracción. Cuando esto cesa, el sacramento no se rompe y quien lo recibe, recibe también gracia suficiente para llevarlo hasta el final. Y tiene la bendición de Dios, porque es un camino donde toda abnegación y todo perfeccionamiento y toda hondura de los hombres puede manifestarse. Precisamente porque es una gran entrega que excluye el egoísmo.

Paulina comprendía. Se empapaba de esta honda sabiduría. Comprendía qué perfección y qué verdad pueden alcanzarse sólo con vivir hasta el fondo la vida cristiana del matrimonio. Si alguna vez se casase con Antonio, no le podrían separar de él ni el desamor ni la desgracia. Estaría empeñada en una tarea mucho más grande que la satisfacción de un simple instinto.

Miró a los dos viejos. La mujer seguía seria y tranquila, con sus manos oscuras sosteniendo un rosario. El hombre moquiteaba y se limpiaba con su pañuelo. ¿Qué historia tendrían estos dos? ¿Qué les habría ocurrido hasta llegar al momento tan grave de otorgarse una a otro este sacramento?… Porque se lo habían otorgado uno a otro. Era emocionante pensarlo. Uno a otro, dos seres humanos libres y con el deseo de una unión de por vida, se otorgan el sacramento matrimonial. El sacerdote es sólo un testigo autorizado que bendice… Paulina repasaba en su cabeza esta lección del catecismo, distraídamente, y sonreía con una bgera somisa porque había algo de entemecedor en aquel matrimonio de los viejos.

La misa había terminado. La somisa se fue borrando de los labios de Paulina… Sintió algo así

como si sus rodillas se hicieran de plomo y no se pudo levantar para el último Evangelio.

«Se os exigirá en la medida en que comprendáis»… No sabía quién había dicho esto, le parecía que era una frase de San Pablo… Ella había pedido el gran don de la verdad.

La cara de Paulina empezó a tomar una expresión atenta que la hacía casi fea… Fuera de la iglesia estaba amaneciendo, y se veían los vitrales encendidos de rosa, y le parecía a Paulina que dentro de su alma también iba llegando, en una suave oleada de luz, aquella comprensión que tanto había pedido… El altarcito estaba iluminado por varias velas encendidas. Las flores que lo adornaban olían cálidamente.

A Paulina le pareció sentir el olor a hierba recién cortada. Vio de nuevo los serios ojos azules de Eulogio sobre los suyos: «Para siempre, Paulina… En la riqueza, en la pobreza, en la felicidad, en el dolor»… Ella también se había dado así. No como en una aventura, sino para toda la vida. Para siempre. No importaba que sus impulsos egoístas hacia Eulogio hubiesen terminado. No importaba que le horrorizase mucho más la idea de vivir con él en el campo que encerrada en un convento para toda la vida. No importaba que le pareciese mucho más difícil dedicarse a Dios, entre embarazos y tareas obscuras de ama de casa campesina, que en un lugar cuyas horas estaban marcadas para los rezos y para el silencio. No importaba que hubiese pensado en una felicidad terrena con otro hombre. No importaba nada. Dios le daría la gracia necesaria para seguir su camino, porque ella era la mujer de Eulogio, y esto es lo que continuamente se le estaba señalando en su vida, sin que ella, cegada por su propia imaginación,

hubiese sabido ver la sencilla verdad: ella era la mujer de Eulogio, ya que los dos, siendo libres, se habían dado uno a otro, limpiamente y para toda la vida.

Su ceguera había sido un egoísmo, tanto cuando pensaba en la felicidad con Antonio como cuando soñaba las grandes alturas penitenciales del convento. Todo era más sencillo y para ella más profundamente mortificante de lo que había supuesto. No había sido llamada a la soledad de los contemplativos en un convento, ni tampoco le había sido negado un gran sacrificio inicial en esa llamada de Cristo, que todos los bautizados oyen, cada cual dentro de sus circunstancias. Su camino de perfección debía de estar marcado por el íntimo despojo de aquellos a los que Dios quiere llenar de luz, pero en apariencia era el más simple y el más anodino: la realización total, en cuerpo y alma, de su abandonado matrimonio con Eulogio.

Capítulo XVI

Hasta finales de septiembre no llegó el telegrama de Eulogio anunciando su venida. No le escribió en todo el verano, y Paulina estaba empezando a preguntarse si es que en realidad él habría decidido no venir. Consideraba esta última posibilidad con una serenidad muy grande. En realidad, le empezó a entrar una verdadera angustia cuando recibió el telegrama aquella tarde.

Paulina había escrito a Eulogio con toda lealtad, después de estar absolutamente segura de su deber, tal como ella lo veía a la luz de Cristo. Tal como lo veía aquella mujer nueva en que ella se había ido convirtiendo por su amor a Cristo.

Eulogio había dejado pasar dos meses sin contestarle, y al fin llegó una carta suya muy pensada y sensata, pidiéndole disculpas por su tardanza, pero diciéndole que su carta le había llegado a Las Duras —donde estaba— con muchos días de retraso, y que él también había querido tomarse algún tiempo para resolver este asunto de los dos; pues ya se había acostumbrado a la idea de vivir solo; y tampoco podía estar muy seguro de las cambiantes decisiones de Paulina, aunque la creía sincera.

Al fin —dijo— había decidido aceptar el matrimonio pensando en Miguel, y siempre sobre la base de que Paulina supiese amoldarse al género de vida que él exigiría de ella en la soledad del campo. Paulina podía pensarlo bien, podía pensar si estaba dispuesta a soportar inviernos en Las Duras, como a lo mejor pasarían, sin compañía de ninguna persona de su educación ni de su sensibilidad. Si estaba dispuesta a aprender todas las tareas que se exigen a una señora de aldea al tanto de sus tierras y de sus criados; si estaba dispuesta, en fin, a secundarle enteramente en la nueva vida que él había emprendido y que él comprendía que de ningún modo le iba a resultar fácil, Paulina debería saber, por otra parte, que él no tomaría a mal su negativa, en ningún caso…

Esta carta de Eulogio había llegado después de aquellos meses tan solitarios, tan tremendos, en los que, después de renunciar a Antonio ya para siempre, Paulina entró en lo que le parecía una época verdaderamente penitencial y purificadora… No sólo por el calor, la soledad y el aire seco que la estuvo rodeando aquellos meses, sino porque una vez pasada la época de las primeras luchas, Dios no se manifestaba en la oración de Paulina de una manera sensible, y ella sabía que estaba dando los primeros pasos en ese estadio que los teólogos llaman desierto de la vida espiritual. Un camino desabrido, en pura fe, sin más fuerzas que las naturales para vivir, soñar y pensar…

Antonio tampoco había escrito, y esto, por el contrario, le pareció un alivio. Hasta llegó a sospechar si él no habría sentido que se le quitaba un agobio con su negativa… Los Nives, todos, eran capaces de comprometer la vida entera por tozudez, por salirse con la suya… Pero como este pensamiento de Antonio

desamorado le dolía inútilmente, aprendió a apartarlo, hasta que al fin quedó arrinconado.

Después de recibir la carta de Eulogio a finales de agosto, Paulina fue un día a casa de Amalia para comunicarle que volvía con su marido, al pueblo.

Encontró a la mujer, destruida. Seguía con una especie de buen humor que resultaba caricaturesco, metida en las profundidades de la casa, de la que ya no salía… Había dejado la compraventa de trajes y se dedicaba únicamente a la pensión. —No estoy para esos trotes, Paulina. Mire mis piernas. Tenía las piernas hinchadas. También la cara estaba como hinchada. Amalia se había vuelto gruesa y vieja en unos meses. Su casa estaba llena de huéspedes femeninos pertenecientes a la clase social que ella llamaba «sucedáneas». Se pasaba la vida jugando a las cartas. Era una manía… Todas las tardes tenía su tertulia de jugadores en el comedor… Del hijo no hablaba nunca. A Paulina le habían dicho que bebía mucho y la misma Amalia le enseñó un día su botella de anís asegurándole que éste era el único consuelo cierto que conocía… Esto había sido hacía tiempo, una vez que Paulina intentó catequizarla.

—Vaya, con Paulina… ¿De modo que al fin se va usted al pueblo?… Yo creí que su marido no le perdonaría nunca aquella aventurilla… O ¿no se llegó a enterar?… No se ruborice; todos sabemos ese secreto suyo… Tiene usted mucha suerte, hija, con tener ese marido tan bueno, y, por añadidura, rico. Siempre dije que usted había nacido de pie… Las beatas siempre tienen ustedes suerte… Usted antes no era beata… Y no tenía suerte tampoco, pobrecilla… Ahora le ha llegado su buen momento.

—¿Y usted no se casa, Amalia?

—¿Para qué, hija?… Rosendo vive aquí, el hombre… Cuando uno ha sido lo que ha sido, ¡y se ve como se ve!… Ya le digo, Paulina, que usted tiene muchísima suerte. Créame a mí… Pero todos no tenemos la misma suerte de usted…

Esa fue la impresión de Amalia sobre su decisión.

En la carta de Eulogio, una postdata le explicaba a Paulina que en septiembre o en octubre pensaba venir a Madrid. Si para entonces ella no había cambiado de idea se casarían en secreto para evitar murmuraciones que perjudicarían a Miguel, y volverían juntos a Villa de Robre.

Paulina había esperado, día tras día, casi con angustia, el telegrama que acababa de llegar.

A pesar de estar finalizando septiembre, hacía calor. El eterno decorado de las ventanas abiertas y encendidas llenó la noche de la ciudad. Paulina se acodó en el balcón, como tantas veces, y estuvo viendo aquel espectáculo, «Pronto dejaré todo esto», pensaba. Se había acostumbrado al piso, a la vecindad, a los feos muebles. Es posible encariñarse con todo aquello que nos rodea y nos contempla, mientras sufrimos y gozamos.

Sacó al balcón una tumbona, almohadas y mantas. Decidió pasar al aire libre aquella última noche de soledad, como había hecho otras noches del verano anterior. No tenía sueño. A veces se adormilaba y se volvía a despertar. Le gustaba entonces encontrar aquel maravilloso cielo estrellado. A veces, una estrella fugaz caía trazando una raya de luz que daba vértigo.

No pudo menos que pensar aquella noche en Antonio. Lo que hubiera sido su vida si hubiese cerrado los oídos y los ojos a la verdad, que Dios le

había hecho conocer tan vivamente, y le hubiese aceptado.

Imaginó la aventura que pudo ser suya, el matrimonio con este hombre ocho años más joven, que apenas la hubiese besado la hubiera vuelto a apasionar. La Iglesia, sin prueba alguna de aquel juramento entre ella y Eulogio, hubiera bendecido el matrimonio. Miguel no hubiese podido avergonzarse de su madre en un caso así; quizá hasta se hubiese alegrado cuando, al ser mayor, comprobase sus grandes ventajas materiales. Ella, Paulina —no se le ocultaba—, hubiera vivido una temporada de gozo intenso, aunque su conciencia le dijese que estaba haciendo una trampa a Dios, que aquello no debía ser… Después, su conciencia se iría embotando, callaría también. Ella tendría penas y gozos puramente humanos. A los ojos de todos, sería respetable. En el mejor de los casos, en el caso en que no hubiese traiciones, ni celos, ni las desesperaciones ni la presión de uno para otro, que siempre suelen resultar de los grandes amores, en caso de que nada de esto hubiese sido, ella se sentiría siempre feliz a la manera humana. Y hasta puede que tuviese fama de santa y de gran señora caritativa, ya que podría hacer vistosas obras de caridad con su dinero… Pero su espíritu moriría al no ser alimentado por la verdad. Y al fin, todo pasaría. Y delante de Dios, y en lo hondo de su ser, su vida en aquel caso, sería vacío y mentira y nada.

Se revolvió un poco. Las estrellas se le metían en los ojos. No podía dormir.

Al volver con Eulogio padecería un poco, pero la gracia sacramental la ayudaría siempre, y a cada vacío, a cada abnegación, Dios la iría llenando. La vida

de Eulogio y la suya, al fin, estarían colmadas por algo más que por el propio egoísmo.

Fue aquélla una noche lenta, en que su alma se sumergió hasta el fondo de su sereno dolor. De un dolor que para nada borraba su nítida percepción de las cosas. Amaneció muy pálida. Sin embargo, sentía el corazón como liberado.

A mediodía llegó Eulogio. Cuando Paulina le abrió la puerta lo encontró más macizo, con más aire de campesino que el año anterior. Tenía la cara muy curtida.

Los dos se estuvieron mirando con una somisa avergonzada, extraña. Paulina sabía que Eulogio miraba varias canas que los últimos meses habían dejado entre sus cabellos.

—Envejecemos los dos —dijo Eulogio al fin.

Y en aquel momento, al ver su somisa, Paulina tuvo la seguridad de que su vida al lado de aquel hombre podía ser profundamente buena.

Al atardecer fueron a dar una vuelta», como decía Eulogio. Le explicó a Paulina que desde que se había acostumbrado a vivir al aire libre en el campo, no podía soportar un encierro entre cuatro paredes. Sobre todo, estos pisos de la ciudad, como cajones, le ahogaban.

Llegaron al Retiro, lleno del último griterío de los niños y de los pájaros. Algunos árboles tenían un tinte rojizo ya en sus hojas. Se presentía el otoño, que parecía rondarlo todo, poetizar el aire y hacerlo más limpio.

Eulogio habló bien y lentamente de sus trabajos y de cosas del campo. A veces decía vulgaridades.

—Me gusta eso que me dices de que estás perdiendo la costumbre de fumar. En Villa de Robre no importa, pero allá en Las Duras, la gente se

extrañaría y… Cada vez mi trabajo está más centrado allí, en aquellos bosques… A ti te dan miedo, ¿eh?

Paulina estaba mirando un árbol pequeño y tierno, con las hojas completamente amarillas, como monedas de oro, entre otros árboles intensamente verdes o rojizos.

Imaginó su vida en Las Duras. En otoño, la lluvia de hojas de los viejos robles debería ser muy bella. Ahora estaba segura de que podría apreciar la belleza de aquellos grandes árboles y que la soledad le sería buena, porque teniendo a Dios, la soledad no sólo no estorba, sino que puede ser una gran maravilla, un regalo del cielo.

Dijo que no sólo no le daba miedo, sino que le gustaba pensar en aquello.

Eulogio la enlazó, pasándole su brazo por la espalda, y su fuerte mano quedó en el hombro de la mujer. Así habían paseado a veces, cuando jóvenes, durante su corto noviazgo en Villa de Robre. Así pasearon ahora, por los senderillos del Retiro, pisando las primeras hojas que el verano había desecado.

Paulina empezó a notar en ella una gran confianza. Y una gran paz. La paz de haber empezado, al fin, su camino y de andar «en espíritu y en verdad». Esa paz de Cristo «que supera todo sentido», y que la envolvía enteramente, cuando regresaron hacia la casa.

FIN